



UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO
FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS

LA BOCA DE LA RE(E)NUNCIACIÓN:

“ÉL, CON SU PIE EN SU BOCA” DE SAUL BELLOW

TRADUCCIÓN COMENTADA

QUE PRESENTA

HUGO GUTIÉRREZ TREJO

PARA OBTENER EL TÍTULO DE

LICENCIADO EN LENGUA Y LITERATURAS MODERNAS

(LETRAS INGLESAS)

ASESOR: DR. MARIO MURGIA LIZALDE

CIUDAD UNIVERSITARIA, CDMX.,

2016



Universidad Nacional
Autónoma de México



UNAM – Dirección General de Bibliotecas
Tesis Digitales
Restricciones de uso

DERECHOS RESERVADOS ©
PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

Para Nattie, quien dio luz a la costa entre la espesa niebla

AGRADECIMIENTOS

A mis padres, Alma y Hugo, por su amor, apoyo y paciencia a lo largo de una vida.

A mi hermano, Omar, porque su presencia es indeleble en mi existencia.

A Miguel, por el gran regalo de su amistad constante.

A la UNAM, la casa generosa que me ha acogido con tantas alegrías.

A mi asesor, el Dr. Mario Murgia, por todo el trabajo y el acompañamiento realizado a lo largo de este dilatado proceso.

A mis lectores, el Dr. Gabriel Linares y la Mtra. Raquel Serur por tomarse la molestia de leer este trabajo. Doy también las gracias a la Dra. María Elena Isibasi y a la Mtra. Mariana Arzate por sus oportunos y clarificadores comentarios a este texto, mismos que me fueron de gran ayuda para poder poner punto final al mismo.

A mis maestras y maestros del Colegio de Letras Inglesas, quienes me enseñaron los senderos de este nuevo mundo.

ABREVIACIONES

“HFM”	“Him with His Foot in His Mouth”
LM	Lengua Meta
LO	Lengua de Origen
LM α	Lengua Meta <i>alpha</i>
LO α	Lengua de Origen <i>alpha</i>
TM	Texto Meta
TO	Texto de Origen
TO α	Texto de Origen <i>alpha</i>
TM α	Texto Meta <i>alpha</i>

ÍNDICE

Prefacio	6
1. La traducción vista desde diferentes enfoques	8
2. Análisis literario del cuento bajo la poética de Bellow	16
3. Traducción del cuento: “Él con su pie en la boca”	38
4. Problemas de traducción del cuento	104
Conclusiones	145
Bibliografía	148
Apéndice I	“Him with His Foot in His Mouth”
Apéndice II	“El hombre que hablaba demasiado”
Apéndice III	“Él siempre metiendo la pata”

Prefacio

Extraje la narración que ahora traduzco –“Him with His Foot in His Mouth”– del libro *Collected Stories* de Saul Bellow (1915-2005), autor estadounidense que pese a haber sido Premio Nobel de Literatura en 1976 y uno de los más celebrados durante el siglo XX, yo –como estudiante de Letras Inglesas– desconocía y cuya obra, pese a ser extensa y bastante difundida en lengua inglesa, era –y me parece que aún es– raramente familiar entre los lectores mexicanos. Al leer el cuento decidí que sería mi proyecto de traducción comentada debido al peso que tuvo el autor en la literatura estadounidense del siglo XX, a la amplitud de referencias intertextuales e históricas a las que su narración alude, a la copiosidad del lenguaje que utiliza y a la oportunidad que el texto ofrecía para enfrentar y proponer soluciones a varios escollos que surgen desde el punto de vista traductorial cuando uno intenta traducir la obra al español.

Dado que este trabajo es una traducción comentada, el primer capítulo con el que abro el mismo pretende ofrecer a quien lo lea una muy somera idea de las teorías de la traducción que me parece que fueron más relevantes para la elaboración de este comentario. Creo indispensable utilizar el adjetivo “somera” porque en ocasiones la profusión de teorías y discusiones teóricas que surgieron a partir del siglo XX sobre el tema de la traducción llega a ser no sólo ingente sino abrumadora. Por lo mismo, me limito a señalar ahí a los autores y autoras cuyas ideas principales me fueron de utilidad para comprender con más pertinencia este proceso de traducción.

En el segundo capítulo de esta traducción comentada realizo un análisis del cuento de Bellow. Enmarco el análisis dentro del contexto de la poética del autor en

sentido amplio pues, por las razones que ahí expongo, entiendo a esta narración como un muestra condensada de las temáticas sempiternas del escritor a lo largo de su obra.

La traducción que generé del cuento aparece en el capítulo 3 de este trabajo. Advierto desde ahora que el título que le asigné a la misma “Él, con su pie en su boca” es quizás extraño y muy literal. Lo escogí por las razones que expondré y defenderé en el capítulo último de este trabajo pero quiero subrayar desde ya que me parece que el título es lo único que resultará tal vez materia de debate por su literalidad y por forzar al lector a “acercarse” al texto original, en términos de Friedrich Schleiermacher. El resto de la traducción se apega al criterio generalizado hoy día de invisibilidad del traductor, en términos de Lawrence Venuti, por lo que creo que quien la revise no deberá enfrentar sobresaltos relevantes –más allá de los comunes a la región geográfica o al paso del tiempo– al momento de la lectura.

Será en el cuarto y último capítulo en el que elaboraré mis observaciones sobre las problemáticas que me parecen más sobresalientes o interesantes respecto de la traducción de este cuento. Allí expondré con más detenimiento técnico las problemáticas que se presentaron al momento de la traducción así como las soluciones a las que arribé. Considero importante destacar que al momento de arribar a cualquier solución, al momento de reenunciar de modo final para una versión en una lengua meta, uno como traductor por lo general elige de entre un racimo de posibilidades y tácitamente renuncia, al mismo tiempo, a las demás, con lo que genera, a la vez, efectos anticipados e insospechados en el texto que se crea y se recrea en la nueva lengua.

1. La traducción vista desde diferentes enfoques

Both the philosophy and practice of translation are in constant motion and debate
George Steiner

En traducción no hay nada definitivo ni nada completamente resuelto a la fecha. Las discusiones sobre los enfoques con los que pueden ser abordados los temas de cómo se traduce y cómo se debe traducir han sido divergentes desde hace milenios; estas disputas son tan añejas que hay vestigios que datan de tiempos de Cicerón, Horacio y San Jerónimo.¹ Más aún, en épocas recientes no sólo se ha prolongado la discusión sobre cómo se debe traducir sino que ahora se han añadido al debate los temas de qué significa la labor misma de la traducción, qué puede ser entendido por ésta y cuál es el papel que el traductor, la cultura, el sistema (y el polisistema), el género, el colonialismo y la indeterminación, además de otras consideraciones, desempeñan en todo este proceso.

Esta mirada de perspectivas divergentes –y en ocasiones conflictivas– sobre la traducción ocasionan que el traductor no encuentre un camino claramente determinado a seguir no sólo para llevar a cabo su labor de traducción, sino para poder analizarla y justificarla. Tan pronto como un traductor elige una perspectiva y sigue en mayor o menor medida una corriente de pensamiento, se encuentra con otra que abre una nueva ruta para analizar de manera distinta los fenómenos con los que se va tropezando sobre la marcha.

¹ Cicerón delineó su enfoque de traducción en su *De optimo genere oratorum*, en la que tradujo los discursos de los oradores áticos Esquines y Demóstenes. Ahí, el romano privilegia la traducción del sentido sobre el de la letra: “Si logro traducir sus oraciones [las de Esquines] como lo espero, esto es, poniendo de manifiesto todas sus bellezas, sentencias, figuras, y siguiendo no sólo el orden de las cosas, sino hasta el de las palabras, *con tal de que no se aparten de nuestro grado de decir (pues aunque no todas exactamente traducidas del griego, procuraré sin embargo que sean equivalentes)*, habrá una regla y un modelo para los que quieran imitar el estilo ático.” Por su parte, Horacio advierte en su *Ars poetica* (s. I a.C.): “No trates de verter, escrupuloso intérprete, palabra por palabra.” Añade: “Un tema que te sea familiar puedes apropiártelo siempre y cuando no malgastes tu tiempo en elaboraciones trilladas; tampoco deberás someter tu traducción a una interpretación palabra por palabra, cual si fueras un traductor esclavizado, ni deberás tampoco meterte en dificultades al intentar imitar a otro escritor.” (Bassnett, *Translation Studies*. 48) (López 31). Las cursivas en las citas son mías. En tanto, San Jerónimo (s. IV d.C.), se valió del enfoque de Cicerón para justificar su propia traducción del griego al latín del Antiguo Testamento. San Jerónimo explica su enfoque traductológico en su carta al senador Pammaquio en el 395 d.C. (Bassnett, *Translation Studies* 51).

Esta situación provoca que, en términos generales, uno no acoja las teorías totales sino más bien postulados de varias de ellas que incorporará a su trabajo en la medida en que considere que éstas resultan adecuadas o benéficas para la labor de traducción.

Ante tal perspectiva el propósito del presente capítulo es ofrecer un panorama muy general de las tendencias traductológicas que de alguna suerte me fueron de ayuda para esta traducción a efecto de que el lector pueda estar un poco más familiarizado con éstas y pueda identificarlas con posterioridad cuando se haga referencia a ellas nuevamente en el tercer capítulo sobre los problemas específicos de traducción de “Him With His Foot In His Mouth” (en lo sucesivo “HFM”); dado que no hay nada fijo ni definitivo en el campo de la traducción, el proceso de traducir el cuento de Saul Bellow ha seguido caminos y aproximaciones de diferentes tonalidades y matices en el que se entrecruzaron enfoques a los que haré alusión teórica en este capítulo y que posteriormente identificaré en las partes concernientes de la traducción misma.

Abriré este capítulo con el aserto con el que Gideon Toury tuvo a bien iniciar su libro *Descriptive Translation Studies and beyond* al afirmar que la traductología, o estudios sobre la traducción, como disciplina empírica que es, está diseñada para dar cuenta, de un modo sistemático y controlado, de segmentos particulares del “mundo real” por lo que al igual que las demás disciplinas empíricas no puede hacer alarde de completitud y (relativa) autonomía a menos que cuente con una rama propiamente descriptiva (1).

Asimismo, Toury afirma que ya sea que uno escoja centrar sus esfuerzos en los textos traducidos o en sus constituyentes, en las relaciones intertextuales, en los modelos y las normas de comportamiento percibidos durante la traducción o en las estrategias a las cuales recurrir en y para la solución de problemas particulares, lo que constituye la materia de estudio de la propia disciplina de los estudios sobre traducción son los hechos del

mundo real (observables y recreables) más que entidades especulativas resultantes de hipótesis preconcebidas y modelos teóricos. Por lo tanto, los estudios sobre traducción son empíricos por su propia naturaleza y deberían de ser trabajados en concordancia.²

Sobre este punto, y con anterioridad a lo sostenido por Toury, Wolfram Wilss aseveró que lo que distingue a la ciencia traductorial moderna de las reflexiones teóricas anteriores es su interés en un discernimiento teórico y su conciencia más aguda del problema que es traducir, y que el creciente rigor científico de la discusión teórica sobre la teoría traductorial tiene varias causas. En primer lugar, en la ciencia se puede observar una reorientación general, desde un modo hermenéutico-histórico de pensar hacia un planteo analítico-clasificador, correspondiente a las formas específicas de pensamiento de una época de enfoque sistemáticamente teórico (63).

Ahora bien, y como primer ejemplo de los enfoques casi contradictorios que puede haber sobre el tema de la traducción y los estudios sobre la traducción es pertinente contrastar lo antes dicho con lo sostenido por André Lefevere y Susan Bassnett quienes afirman:

The questions that are generally accepted as relevant and important enough to be asked in the field of translation studies are very different now from what they were twenty years ago, when we first began to publish on translation. That fact is perhaps the clearest indicator of the distance we have covered in the meantime. Another indicator is that 'translation studies' has now come to mean something like 'anything that (claims) to have anything to do with translation'. Twenty years ago it meant: training translators [...] History, then, is one of the things that happened to translation studies since the 1970s, and with history a sense of greater relativity and of the greater importance of concrete negotiations at certain times and in certain places, as opposed to abstract, general rules that would always be valid. In the post-war period, the agenda behind the analysis of translatability was that of the possible development of machines that would make translations valid for all times and all places, and would do so at any time, in any place. Machines, and machines alone, were to be trusted to produce 'good' translations, always and everywhere. History has turned out to be the ghost in that machine, and as the ghost has grown, the machine has crumbled. Perhaps the most

² El propio autor añade que, a pesar de los intentos incesantes de elevar a la traductología a un estatus verdaderamente científico, la disciplina misma –en su opinión merecedora sin duda en algún momento de convertirse en eso– aún debe recorrer un trecho para adquirir tal categoría (Toury 1).

arresting example of this crumbling of the machine is the long retreat, and final disintegration of the once key concept of equivalence. (1)

Pese a lo antes señalado y pese al paso de los años y el surgimiento de múltiples opiniones respecto de la materia, me parece que el camino para la consolidación de la ciencia de la traducción está, en varios sentidos, aún en etapas de definición³ si se piensa a la misma desde una óptica omnicomprendiva que pretendiese explicar a cada paso el proceso y el resultado de traducir. Señalaré ahora que, a mi entender, de las tendencias de traducción consultadas, aquellas que fueron relevantes para la elaboración del comentario a la traducción de “HFM” pueden agruparse *grosso modo*, desde mi punto de vista, en cuatro perspectivas de partida que se han sucedido las unas a las otras —o quizás que han añadido elementos de análisis sucesivamente— y que son las siguientes: las teorías que a partir de un análisis lingüístico buscan hallar una traducción correcta y única; una teoría de análisis lingüístico pero centrada en la equivalencia del sentido; las teorías centradas en el propósito de la traducción, y las teorías centradas en el reencuentro.

Dentro de la primera perspectiva estarían las teorías de los canadienses Jean-Paul Vinay y Jean Darbelnet y el británico John Cunnison Catford. Estos autores centran su observación del fenómeno de la traducción en la transmisión del sentido y la equivalencia del mismo en la lengua meta a partir de una elaboración lingüística pero sin perder de vista nunca el mensaje en la lengua de origen (en lo sucesivo LO) que, desde su punto de vista, es la pauta rectora del quehacer traductológico.⁴ La preocupación principal de estos autores

³ Cabe señalar que en su momento, George Steiner afirmó: “creo que la denominación ‘teorías de la traducción’ es arrogante e inexacta. El concepto de ‘teoría’ que implica necesariamente el de experimentos y falsificaciones cruciales es, cuando se aplica a las humanidades, como ya he dicho, en gran medida espurio. Su prestigio en el actual clima de los estudios humanísticos y académicos surge de un empeño casi lamentable por remediar la buena suerte, el reconocimiento público de las ciencias puras y aplicadas. Los diagramas, las flechas con que los ‘teóricos’ de la traducción adornan sus proposiciones son artificiales. No demuestran nada.” (*apud* Mayoral 36).

⁴ Dentro de este grupo también podría contarse a la teoría interpretativa o teoría del sentido de los investigadores del ESIT (*École Supérieure d’Interpretes et de Traducteurs*) de la *Université Sorbonne Nouvelle, Paris III*, que comenzó a desarrollarse a finales de los setentas. A diferencia de la traducción lingüística, la escuela parisina no se centra en la

radica en ofrecer teorías que, partiendo del análisis lingüístico, doten a los traductores de un corpus de métodos y términos que quizás les permitan entender mejor su quehacer empírico teniendo en mente que estos métodos y términos ofrecerán también una pauta normativa para desempeñar “correctamente” la labor de la traducción. Vinay y Darbelnet conceden que puede llegar a haber una diversidad de resultados respecto de un texto de origen pero buscan como meta última conseguir esa traducción única que será la “ideal”:

Il y a cependant de nombreux cas où le passage de la langue A à la langue B est une porte étroite, qui n'admet qu'une solution. C'est alors qu'éclatent les divergences profondes entre les « génies » linguistiques qui se battent autour de notre pauvre écriteau (car nous ne l'oublions pas), planté là, frissonnant, sur le bord de la route. Et pour ces cas précis, il faudra que nous essayions de dégager la motivation profonde qui a poussé l'auteur du texte A, pour le transposer dans la langue du texte B. *En d'autres termes, il nous faudra passer par-dessus les signes pour retrouver des situations identiques. Car de cette situation doit naître un nouvel ensemble de signes qui sera, par définition, l'équivalent idéal, l'équivalent unique des premiers* [énfasis propio]. (21-22)

Distinto a los anteriores es el enfoque del estadounidense Eugene A. Nida quien, dada su importancia en la teoría de la traducción, constituye por sí mismo la segunda tendencia de traducción. Pese a que él también utiliza un análisis lingüístico para realizar su teoría de la traducción y pese al fuerte énfasis prescriptivo de su enfoque sobre la traducción⁵, dado que su propósito original era poder transmitir lo más efectivamente el mensaje bíblico, se centró en la elaboración de toda una teoría cuya piedra de toque fue el concepto de la “equivalencia dinámica” del significado del texto original. Las observaciones de este autor resultaron útiles para el presente trabajo en la medida en la que efectivamente denominan y analizan situaciones que se presentan al momento de traducir –como por ejemplo, las expresiones semánticamente endocéntricas y exocéntricas (Nida, *Towards a*

traducción frástica sino en la traducción contextual haciendo un enfoque discursivo basado en el análisis del sentido tal y como se desprende del discurso. Sus expositores más reputados serían la francesa Danica Seleskovitch, los canadienses Marianne Lederer y Jean Delisle y la española Amparo Hurtado (Moya 46).

⁵ Para una ejemplificación de lo que afirmo véase principalmente el muy detallado y comprensivo estudio de Nida *Towards a Science of Translating*.

Science 95)–, y dentro de la lógica de sus sistematizaciones agrupa de modo ordenado los fenómenos a los que uno se enfrenta como traductor.

En el tercer grupo de teorías está la teoría del *skopos*, palabra que en griego significa fin u objetivo, cuya premisa de partida establece que no hay una única forma correcta de traducir un texto hacia una lengua meta sino que habrá tantas formas como objetivos translatorios entren en la ecuación y serán estos últimos los que determinarán las diferentes estrategias de traducción. La teoría del *skopos* engloba la traducción dentro del ámbito de la teoría general de la acción intercultural donde el análisis de los procedimientos translatorios queda encuadrado en el marco del estudio del comportamiento o acción, mismo que está en función de su finalidad por lo que los funcionalistas deducen que el texto meta (en lo sucesivo TM) queda determinado por su finalidad o *skopos*.

Tal como afirman dos de los más importantes exponentes de esta teoría, Katharina Reiss y Hans J. Vermeer: “El principio dominante de toda translación es su finalidad”. Es decir, no será lo mismo traducir el prospecto de un nuevo medicamento estadounidense para ciudadanos de habla hispana que viven en ese país y que quieren saber qué es lo que dice el texto en inglés, que traducirlo para ser vendido en México (Moya 89). El representante de esta escuela cuyas ideas retomo para este comentario sobre la traducción de “HFM” es Wolfram Wilss quien expone en su libro *La ciencia de la traducción* que traducir significa encontrar lo intentado según su contenido y estilo, correspondiente al signo en la lengua de origen (LO) a través de lo designado en la lengua meta (LM) (52). Wilss dejaba ya en claro a finales de la década de 1970 que lo que él denominó la “ciencia de la traducción”:

no es una ciencia nomológica o nomotéticamente blindada, sino hermenéutica, que concibe las expresiones lingüales de manera dinámica; busca resolver la cuestión de las posibilidades y limitaciones de la trasmisibilidad de textos, y de la simetría de efectos en el idioma original y el idioma-meta. Carece de la estabilidad de un sistema cibernético

con su pretensión metódica de ser reconocido como absoluto. Tan sólo en forma limitada puede satisfacer la exigencia de objetividad y neutralidad de sus procedimientos, formulada –según el ejemplo de las ciencias naturales– por la teoría científica moderna. Por consiguiente, sus resultados son tan sólo parcialmente formalizables, matematizables, y operacionalizables. (14)

En el cuarto y último bloque de elaboraciones teóricas contenidas en este capítulo finalmente englobo a los estudiosos que, desde mi perspectiva, concentran sus análisis en los puntos de vista desde los cuales se reenuncia en el acto de traducir. Desde estas ópticas, lo importante no es ya sólo la fidelidad, la equivalencia o el propósito de la traducción sino el papel mismo del traductor (Venuti), el engranaje que ocupará la traducción dentro de un sistema específico (Even-Zohar), o los procesos socio-culturales y de género en los que opera el texto traducido (Bassnett y Lefevere; Niranjana; Spivak; Cronin; Simon). Aunque en la elaboración de este comentario no utilizaré a todos los autores arriba citados, me parece útil señalarlos para ofrecer al lector un muy somero panorama de la amplia gama de perspectivas desde las que ahora se observa el fenómeno de la traducción.

Como un ejemplo que me parece representativo del cambio de enfoque con el que estos últimos teóricos y teóricas entienden el campo de la traducción con respecto a los teóricos de la traducción de los otros grupos que he mencionado, conviene citar las palabras de Sherry Simon quien afirma:

Instead of asking the traditional question which has preoccupied translation theorists —“how should we translate, what is a correct translation?”— the emphasis is placed on a descriptive approach: “what do translations do, how do they circulate in the world and elicit response?” This shift emphasizes the reality of translations as documents which exist materially and move about, add to our store of knowledge, and contribute to ongoing changes in esthetics.

More importantly, it allows us to understand translations as being related in organic ways to other modes of communication, and to see translations as writing practices fully informed by the tensions that traverse all cultural representation. That is, it defines translation as a process of mediation which does not stand above ideology but works through it. (7)

Respecto de este último grupo en el tercer capítulo de este comentario me ocuparé con más detenimiento especialmente en los postulados de Lawrence Venuti que fueron de particular relevancia al momento de realizar las elecciones de traducción, particularmente las ideas plasmadas en su obra más conocida *The Translator's Invisibility. A History of Translation*, donde el autor estadounidense, apoyándose en los postulados de Friedrich Schleiermacher, elabora sus nociones de aproximación y alejamiento respecto de la LO y LM a través de la noción de la visibilidad o la invisibilidad del traductor, idea que da pie a varios fenómenos y situaciones que se presentarán al adoptar uno u otro enfoque respecto de la proximidad o del alejamiento de la traducción de los patrones culturales de habla más habituales en las comunidades en un momento determinado.

2. Análisis literario del cuento bajo la poética de Bellow.

La narración de Saul Bellow (1915-2005) que elegí, “Him With His Foot in His Mouth”, publicada originalmente en 1984, representa un compendio de las elaboraciones, obsesiones y reflexiones que pueblan la obra de este escritor judío. Los temas de presencia sempiterna en su quehacer literario y las anécdotas personales apenas disfrazadas reverberan en la historia. Al hablar en general sobre las narraciones cortas de Bellow, Gloria L. Cronin opina:

The short stories and novellas are Bellow’s “small planets” that echo the great themes of the galactic novels. However, they carry their own authority, intensity and artistry [...] Ultimately, the short stories present their own image of the human condition – *homo loquens* afflicted with an intense desire of talking out his existential loneliness as he attempts to push back the worst incursion of modernity and address the great secular–religious questions of the latter half of the twentieth century. (342)

Dentro de los diversos asuntos que aparecen en esta narración-monólogo están: las consecuencias psicológicas y culturales que viven los hijos de la gran oleada de inmigración judía a los Estados Unidos; el proceso de aculturación que viven los emigrados; el distanciamiento de la familia cercana y el sentimiento de no pertenencia a la misma que vive el protagonista; la rivalidad entre hermanos; la perenne crítica a la atmósfera materialista estadounidense; el muy particular sentido del humor judío, y la personal convicción que Bellow tenía sobre la realidad del alma. Todos estos temas aparecen en medio de una profusa catarata de alusiones literarias y culturales, del mismo modo que lo hacen en el grueso de las obras del mismo autor.

El cuento contiene un narrador en primera persona, un musicólogo judío de cierto renombre, Herschel Shawmut, quien, tras caer en desgracia, por incurrir en una serie de equívocos y desde el exilio, utiliza de pretexto a la destinataria de una supuesta carta de disculpa, la señorita Rose, para hacer una revisión de su pasado a la luz de las imprudencias que

ha cometido –de palabra y de hecho– y que lo han alejado y separado de familiares, colegas, conocidos y congéneres en general, en busca quizá de hallar una narrativa que le confiera sentido a su muy particular periplo y le dé cierto grado de exculpación. Aunque el tema del exilio es común en la literatura judía, se puede decir que, en cierta forma, Bellow narra un tipo de exilio muy distinto al normalmente asociado con la diáspora judía que es producto de persecuciones, pogromos, etc.

Por otra parte, Shawmut en realidad no le escribe a una allegada a quien ha ofendido para disculparse sino que le escribe a la desconocida y sobre todo a la silente y no replicante señorita Rose para poder tener una destinataria imaginada –en sí un pretexto– para conversar sobre sí mismo con él mismo. Shawmut escribe para sí y desde sí, para un pasado irrecuperable e inextricable y para un yo que desea una justificación, una autoafirmación y quizás una respuesta expiatoria y una versión benigna de sí mismo que lo coloque en el papel de la víctima, y qué mejor forma narrativa para lograr esto que el monólogo. El personaje que monologa es una característica clásica de la obra de Bellow. Tal como recuerda James Atlas:

The brainy character who talks and talks and talks, brilliantly, digressively, with a comic mix of high-flown erudition and vaudeville brio –a character who is virtually always alone, entertaining himself with the rhythm of his own thoughts– was to become one of Bellow’s trademarks. (Ubicación 2861-63)

Esta estrategia presente a lo largo de la obra de Bellow cumple una función muy particular: cierra la puerta a cualquier tipo de alegato en contra, a cualquier tipo de divergencia, a algún contrapunto, a la posibilidad de un diálogo verdadero y a alguna posible confrontación con el personaje principal. El monólogo permite también algo más: la falsificación y la manipulación de los hechos son más fácilmente realizables porque cualquier voz o perspectiva otra ha sido suprimida. El propio Shawmut prevé esto último y se advierte a sí mismo en el cuento: *“Lo diré todo y luego lo revisaré. Le enviaré a la señorita Rose sólo las partes apropiadas”*

(Traducción 39). El lector sabe así de antemano que el discurso del personaje principal será un recuento poco confiable de los hechos pues está elaborado con un solo objetivo en mente: conseguir una exculpación, así se tenga que recurrir a la falsificación o, en el mejor de los casos, al acomodo a conveniencia de los hechos, y los lectores son testigos de ello. Aquí es útil la afirmación de Richard Skinner sobre los narradores no confiables: “unreliable narrators are often a result of people reassessing their lives and the disappointment of it and, if the feeling of disappointment was too great, narrators might choose to leaven it in order to make it manageable”.⁶ Me parece que una buena forma para llevar a cabo esto es a través del humor en la narración, un humor que no deja de tener algo de ominoso o grotesco; sobre este tema hablaré más adelante.

La utilización de una forma epistolar es de suma utilidad para el monólogo que Bellow construye, estrategia que además está presente a lo largo de su obra literaria, baste recordar que una de sus más famosas novelas, *Herzog*, sigue este tipo de construcción. Este recurso literario le permite a los protagonistas iniciar y continuar sus disquisiciones sin ningún tipo de cortapisas ni de obstáculos. La narración carece así de un conflicto dramático real salvo por la lucha sumamente abstracta que el protagonista emprende en medio de sus emociones agitadas (Rovit 17). El resultado final que arroja este procedimiento es por demás interesante y Rovit lo describe muy atinadamente:

With Bellow’s predilection for the first-person narrative focus and the “autobiographical tale,” we would expect the curve of his hero’s adventures to be cast in the form of the *Bildungsroman* or “educational romance.” That is, we would expect the hero to advance from some kind of innocence to experience, from a position of ignorance to one of knowledge. And we would suppose that the chorus of instructional voices must exert some influence on this progress toward his own acquisition of values. But this does not happen. In the first place [...] the voices are patently unacceptable to the protagonist’s temperament [...] And in the second place, the hero never learns anything from his experiences anyway. To be sure, he goes through all the external forms of the educative experience, but he ends up in pretty

⁶ Richard Skinner, “A Master in the Art of Narration”. <http://thethoughtfox.co.uk/kazuo-ishiguro-master-in-the-art-of-narration/>

much the same state as he began, just a little bit older perhaps and a little bit more weary. In an irony that may be even more bitter than Bellow had intended, the Bellow hero's fate *is* his character, and his character is his doom. (20)

Todo lo anterior describe con precisión el periplo que Shawmut realiza, el cual al terminar su singular recorrido queda más o menos en la misma situación en la que inició. Él claramente lo indica en la etapa final de su discurso:

Pero para regresar a lo que literalmente soy: fundamentalmente, un sujeto viejo y sin importancia, afligido, sin amistades, en espera de ser extraditado y con un futuro en el cual la más negra de las perspectivas es justificable (¿debo acaso pedir una cama más en el cuarto de mi madre y alegrar enfermedad e incompetencia?) [...] Tras muchas trapacerías, señorita Rose, estoy dispuesto a escuchar palabras de suma gravedad. No queda mucho tiempo. El agente federal partirá, cualquier día de estos, desde Seattle. (Traducción 103)

No obstante, los protagonistas de Bellow no son las únicas víctimas de la ridiculización. A lo largo de su historia creativa, el estadounidense llegó a utilizar sus relatos como una herramienta de la que podía valerse para “poner a la gente en su lugar” o para contar las historias de la forma en la que a él le hubiera gustado que fueran. De este modo, quienes llegaron a zaherirlo en alguna ocasión tuvieron la oportunidad de hallarse retratados de una forma apenas disimulada y por demás grotesca en las páginas que el autor escribiría con posterioridad. Sobre este proceder del escritor, Atlas comenta:

But grievance, in Bellow's hands, provided an imaginative spark. A major impetus to his novels was to set the record straight as he saw it or in ways that vindicated him. Ex-wives, ex-friends, journalists who had condescended to him, and New York intellectuals who had failed to recognize his genius were all liable to surface in one of his books, their biographies and physical traits portrayed minutely and recognizably. “You forgive people too easily,” he once chastised a friend. “Jews don't forgive.” (Ubicación 1739)

Ahora bien, aunque es cierto que, tal como afirmó Roland Barthes en su famosísimo ensayo, el autor y su vida no son los ejes rectores en la lectura de las obras,⁷ ni son éstas las

⁷ “un texto no está constituido por una fila de palabras, de las que se desprende un único sentido, teológico, en cierto modo (pues sería el mensaje del Autor-Dios), sino por un espacio de múltiples dimensiones en el que se concuerdan y se contrastan diversas escrituras, ninguna de las cuales es la original: el texto es un tejido de citas

formas únicas de interpretación de las narraciones, durante el proceso de estudio del cuento de Bellow me pareció interesante la correspondencia entre su ficción y su propia vida. La vida de este autor es la veta inextinguible a la que éste recurre compulsivamente para extraer la materia prima de sus personajes. A manera de ejemplo de lo que menciono, me parece ilustrativa la opinión que dio la propia sobrina de Bellow, Lynn, hija de su hermano mayor Maurice, respecto de los métodos de creación que su célebre tío utilizó en el libro *Augie March*: “What kind of creative [writing]? He just wrote it [la historia familiar] down” (Atlas Ubicación 3503-04).

Las anécdotas personales no sólo pululan en la obra general de Bellow y en esta narración en particular sino que, de hecho, son el génesis mismo de “HFM”. La anécdota principal del cuento es una rememoración de una agudeza cruel que el propio escritor le dijo a la bibliotecaria del *Bard College*, Ada Green, ocurrencia que Theodore Hoffman —quien fuera colega del escritor en ese colegio entre 1953 y 1954— le recuerda al autor al escribirle una carta en 1976 con motivo de su obtención del Premio Nobel. La misiva no fue del agrado del escritor chicagüense, quien procedió, según su costumbre, a poner a Hoffman “en su lugar” mediante el cuento “HFM” (Atlas Ubicación 9230). Hoffman es descrito en este cuento bajo la forma de Eddie Walsh, el personaje antipático que da pie a la catarsis del protagonista respecto de sus tribulaciones, en los siguientes términos:

Walish, bajo y cojo, me miraba —hacia arriba— con verdadera astucia y rastros de desconfianza alrededor de su boca [...] Para aumentar su estatura, Walsh usa el pelo parado. Uno no podía embutirle un sombrero. [...] Eddie Walsh, como le comentaba, no se comportaba como un lisiado a pesar de su columna torcida. Pese a que caminaba desgarbadamente y cacheteando su pie izquierdo, se conducía con estilo. Usaba buenos trajes tweed y zapatos de Lloyd & Haig. Él mismo decía que había suficientes mujeres masoquistas por ahí como para que cualquier tipo se sintiera motivado a pavonearse y

provenientes de los mil focos de la cultura. [...] un texto está formado por escrituras múltiples, procedentes de varias culturas y que, unas con otras, establecen un diálogo, una parodia, un cuestionamiento; pero existe un lugar en el que se recoge toda esa multiplicidad, y ese lugar no es el autor, como hasta hoy se ha dicho, sino el lector: el lector es el espacio mismo en que se inscriben, sin que se pierda ni una, todas las citas que constituyen una escritura; la unidad del texto no está en su origen, sino en su destino.” (Barthes 68).

dar una buena impresión. A los lisiados les iba muy bien con cierta clase de chicas [...] ¿Quién es esta extraña figura, esta gran cabeza por debajo de mí, cuyo cabello crece puntiagudo y grueso? También le crece gruesamente en las orejas, con un sesgo diferente, como las hebras de la trenza de un látigo [...] Él tiene una risa como de instrumento de viento, más parecida a un oboe que a un clarinete, y la libera desde sus gruesas fosas nasales y desde su boca que parece de calabaza tallada. (Traducción 43-48)

Suerte similar correría el crítico literario Leslie Fiedler (Atlas Ubicación 9240), sobre quien Bellow expresó en la vida real lo que Shawmut expresa en el cuento con respecto al profesor Schulteiss:

Él era uno de esos tipos fanfarrones sabelotodo que a todos les caía en la punta del hígado. Ya fuera que se hablara de cocina china o física cuántica o de las relaciones entre el bantú y el swahili (si es que hay alguna) o de por qué Lord Nelson era tan aficionado a William Beckford o del futuro de la computación, no se le podía interrumpir el tiempo suficiente como para poder decirle que estaba acaparando la conversación. Era un hombre robusto, de barba, con un abdomen protuberante y dedos puntiagudos, de modo que si yo hubiera sido un caricaturista lo hubiera dibujado cantando como un tirolés, con patillas negras y dedos respingados. Uno de los invitados me comentó que a Schulteiss le preocupaba mucho el que nadie fuera lo suficientemente erudito como para escribir un obituario apropiado cuando muriera. “No sé si yo esté lo suficientemente calificado –dije– pero asumiría con gusto la labor, si eso le da la tranquilidad de hacerlo”. (Traducción 63, 64)

En este sentido, la lectura de la obra de Bellow puede verse a la luz de las vivencias personales como una muestra clara de efecto catártico. No obstante, pese a la influencia de la biografía del autor en la obra, ésta última es en sí misma algo más que un simple recuento de hechos. Al respecto, Atlas señala:

Bellow was writing about fiction, he impatiently reminded those who probed his work for clues about his life. What’s remarkable about his inventions is the balancing act they negotiate between proximity to the truth and deviation from it: It was as if, by altering the details to suit him, Bellow could become, in his books, the person he wanted to be. (Ubicación 3993-95)

En entrevista con Matthew C. Roudané, el chicagüense confirma que la experiencia propia es el génesis de este cuento cuando recuerda el suceso y afirma que escribió el relato sin

dificultad alguna “*just as if I were speaking*” (278). En otra ocasión, Bellow le dijo a D. J. R. Bruckner que esbozó la narración completa en sólo una semana y la completó en dos más⁸.

Pese a que el narrador de la historia, Herschel Shawmut, es un hombre egocéntrico y soberbio es también un personaje nostálgico, impráctico, ridículo, propenso a la reflexión meditabunda pero que, paradójicamente, no logra conseguir la empatía del lector sino su irrisión. ¿Por qué el personaje principal del cuento de Bellow es un personaje en esencia ridículo, cómico, o, mejor dicho, tragicómico? Porque Bellow se oponía a la noción de predictibilidad del ser humano y, tal como H. Porter Abbot apunta, su interés en los personajes –concebidos éstos como un nexo entre pasión, enigma, libertad y forma– está detrás de muchas de las faltas que se le atribuyen a su trabajo: sensiblería, enamoramiento con el fracaso y el sufrimiento, sensacionalismo y un colapso intelectual continuo (281).

El crítico justifica:

There is, of course, nothing new in having a bumbler for your protagonist. Its frequency of recurrence in the novel begins in the nineteenth century and begins for much the same reason it persists in Bellow: as part of a warfare against human predictability... Dostoevsky’s fondness for children, holy fools and ridiculous men is part of a repudiation of theories of human predictability. The difference between these Russians [Tolstoy y Dostoevsky] and Bellow is the extremity with which he feels the threat to which they are reacting. And the result of this has been, in him, a diminishment of context in favor of character as the phenomenon of principal interest. (Porter Abbott 281)

Gloria L. Cronin recuerda que esta forma de creación de personajes acompañó a Bellow a lo largo de la elaboración de su narrativa:

In the early short stories and novellas, Bellow began expressing his dissatisfaction with the by now stock figure of the alienated hero, the nihilistically absurd world, and the wasteland outlook. Instead, he created a series of comically absurd romantic heroes, men of learning and sensibility who spend their brief fictional lives refuting modernist philosophical scepticism and refusing courtship to the void [...] In each story, Bellow explores isolated, immobilized, and overly cerebral characters, all of whom express belief in the preeminence of human feeling. (334)

⁸ D. J. R. Bruckner “A Candid Talk With Saul Bellow” en: [<http://www.nytimes.com/1984/04/15/magazine/a-candid-talk-with-saul-bellow.html?pagewanted=1>]

Al hablar sobre los personajes de Bellow, Daniel Fuchs sostiene: “Bellow sees his characters in their personal reality, sees them as selves, or better, souls, whose thought moves with the inevitability of an emotion” (63). Y añade:

What Bellow does is resist total absorption by them [lo que él consideraba los rasgos característicos de la escritura de los escritores modernos] and repudiate the modernist orthodoxy of “experimentation” which derives from this view, the aesthetic ideology already described. Above all, he tries to dramatize states of emotion and consciousness which prove that there is more to it than that. His prose –of course it varies from book to book– reflects the tension involved in this resistance, balanced as it is between affirmation and skepticism, the maniac and the depressive, action and reverie, common sense and mystical feeling, the ordinary and the abstruse, the colloquial and the learned, Yiddish inflection and latinate elongation. (75)

La creación de personajes emotivos, contradictorios, ridículos, a su manera, heroicos, y, sobre todo, reacios a la definición trasciende toda la obra de Bellow. El mismo escritor anticipa esta preferencia creativa más de cuarenta años antes de crear a Herschel Shawmut cuando en 1948 solicitó una beca de creación de la Fundación Guggenheim para un proyecto que al final nunca llevaría a cabo denominado “A Young Eccentric”: “My conception of the protagonist of this comedy is that he resists definition; he cannot endure to be committed, to see an end to his possibilities, and in this he is thoroughly modern and thoroughly American” (Atlas Ubicación 2513-15). El protagonista de ese proyecto abortado también era propenso a “delivered high-minded lectures on the modern world and dabbled in improbable investments” (Ibídem), descripción que retrata a la perfección a Herschel Shawmut, quien lo mismo discurre sobre el valor de la poesía de Ginsberg que sobre los sentimientos de Trotsky hacia su perro, y cuya última empresa financiera en un deshuesadero de autos a instancias de su hermano Philip lo catapultó a la catástrofe. Las características esenciales de proceder ante el mundo que comparten ambos personajes, cuya creación dista por más de cuatro décadas,

permiten darle validez a la tesis que Pilar Alonso Rodríguez tiene sobre los personajes de Bellow en general:

Existe en la obra de Saul Bellow una serie de elementos retóricos interrelacionados y recurrentes que nos permiten, desde perspectivas lingüísticas textuales considerar la totalidad de la obra de este autor como un texto único, donde todas y cada una de las novelas que lo conforman participan de un entramado superior cohesivo y coherente que responde a la intención del autor de construir a través de sus sucesivos protagonistas un modelo de personajes en el que los valores intrínsecamente humanos primen sobre las convenciones sociales. (89)

Y no hay nada más alejado de la definición que encasilla ni con mayor capacidad para romper convenciones sociales que la risa, el humor, el ridículo. Bajo esta óptica, el tema del humor, y más específicamente de la legítima irresponsabilidad de la comedia son consustanciales a la creación de la narración.

the title story ["Him with His Foot in His Mouth"] in the volume is almost all laughter. Rueful laughter, to be sure, since the narrator, Shawmut, cannot help making outrageous remarks and is done in by his own tongue. Many of the jokes in the story come from friends of Bellow. "One of the attractions of that story," he says [...] "is that it is written on a theme, the legitimate irresponsibility of comedy. The life of Shawmut developed out of that. It's an interesting problem; things just pop out of your mouth. They come from comic inspiration, and that is one of the prominent forms of freedom. It also sorts well with Jewishness, where there is a tradition of being able to say some things only when laughing." He is no stranger to the problem and admits that one of Shawmut's retorts was his own. When a rich woman said she was thinking of writing her memoirs, it was Bellow who asked, "Will you use a typewriter or an adding machine?"⁹

Esta concepción creativa sobre la inspiración cómica opera de manera tal que el protagonista no se ve a sí mismo tanto como artífice de sus acciones sino como sujeto pasivo de las mismas. El mismo Shawmut lo enuncia de esta forma: "cuando yo decía algo lo decía por amor al arte, es decir, sin perversidad o malicia, no que la malicia tuviera un efecto como el alcohol y yo estuviera ebrio de perversidad. Rechazo eso. [...] lo que sucede cuando se me provoca ocurre porque la tierra se levanta bajo mis pies y entonces desde los confines opuestos

⁹ D. J. R. Bruckner "A Candid Talk With Saul Bellow" en: [<http://www.nytimes.com/1984/04/15/magazine/a-candid-talk-with-saul-bellow.html?pagewanted=1>]

del cielo me acomete un choque simultáneo en ambos oídos. Me quedo sordo y tengo que abrir la boca” (Traducción 65).

Lo antes dicho se traduce también en las siguientes palabras de Shawmut en su intento de explicación de su proceder ante la señorita Rose:

¿Por qué una persona dice cosas como la que yo le dije a usted? Bueno, es como si un hombre saliera a pasear un día extremadamente hermoso, tan hermoso que lo impeliera incomprensiblemente a hacer algo, a realizar una acción igualmente extraordinaria: de otro modo se sentiría como un inválido en una silla de ruedas a la orilla del mar, un impedido al que su enfermera le dice, “Siéntate aquí y mira las olas pequeñas.” (Traducción 62)

Más adelante Shawmut reflexiona respecto de su ocurrencia para la señora Pergamon en términos igualmente pasivos:

¿Tenía que decir eso? ¿En realidad lo dije? Demasiado tarde para cuestionarlo, la tempestad se había desatado. [...] Con todo mi corazón me concentré en el *Fatum*. *Fatum* significa que en cada ser humano hay algo que permanece inaccesible al examen. Nada se le puede enseñar a este algo. Quizá se funda en la Voluntad de Poder, y la Voluntad de Poder no es otra cosa sino el Ser mismo. Conmovero, o como dirían los jóvenes, completamente drogado, por el *Stabat Mater* (la gloriosa madre que no me defenderá), fui instigado a hablar desde las profundidades de mi *Fatum*. (Traducción 68)

Y se lamenta de contestarle a su esposa: “Y nuevamente dije lo que no debía, especialmente dado su estado de salud” (Traducción 71). Un poco más adelante reitera sus reflexiones y sus lamentos al hablar del suceso que ocurre con su primer abogado, Klaussen, a quien también ofende:

Pero inevitablemente tenía que ofenderlo y lo hice pronto. No puedo decirle por qué. Es un misterio. Cuando intentaba hablar del ensayo de Freud sobre la epilepsia con la señora Pergamon quería insinuarle que yo mismo era víctima de ataques extraños que se asemejaban a caer enfermo. Pero no era simplemente una patología cerebral, una lesión, la química de una crisis convulsiva tónico-clónica. Era un tipo de *gaieté de coeur* perversamente alegre. ¿Elementos de espíritu vengativo o de blasfemia? Bueno, puede ser. ¿Qué decir de la inspiración demoníaca, de los energúmenos, del dios Dionisio? (Traducción 70)

Y para cerrar, no deja de ofender a su segundo abogado Hansl, el hermano de su difunta esposa, y describe el hecho en los siguientes términos, también pasivos y autoexculpatorios:

No me di cuenta de que uno de mis ataques se aproximaba, pero cuando estábamos frente a la puerta divisible del guardarropa y Hansl le estaba diciendo a la encargada que el de la señorita era un abrigo de marta de tres cuartos, Babette dijo:
–Ahora me doy cuenta de que monopolicé la conversación, hablé y hablé toda la noche. Lo lamento...”
–No se preocupe. –le respondí– No dijo absolutamente nada. (Traducción 99)

Todo lo cual lleva a concluir a Shawmut, no sin dejar el tono pasivo y autoexculpatorio y en todo contrario a la evidencia, casi al final del cuento lo siguiente:

Por lo que respecta a los insultos, nunca ofendí a nadie intencionalmente. A veces creo que para insultar a la gente ni siquiera necesito decir palabra alguna, que mi sola existencia es insultante para ellos. Llego a esta conclusión con reticencia, pues Dios bien sabe que me considero un hombre de instintos sociales normales y no estoy consciente de ningún deseo de ofender. He intentado decirle esto de diversas formas, usando palabras como ataque, episodio, posesión demoníaca, frenesí, *Fatum*, locura divina, e incluso tormenta solar: en una escala microcósmica. (Traducción 101)

En su libro, *The Humanist in the Bathtub*, Mary McCarthy describe el atractivo que ejercen los personajes cómicos al sostener:

A comic character, contrary to accepted belief, is likely to be more complicated and enigmatic than a hero or a heroine, fuller of surprises and turnabouts; Mr. Micawber, for instance, can find the most unexpected ways of being himself; so can Mr. Woodhouse or the Master of the Marshalsea. It is a sort of resourcefulness. (211-12)

Al hablar sobre los escritores judíos estadounidenses en general Karl Shapiro afirma “Mockery of the solemn and the thousand shapes of irony are not of course Jewish’ inventions, but are part of the response mechanism of Jewish consciousness [...] To make a larger generalization about it , I would say that the American Jewish writer is condemned to comedy” (8). Y al referirse directamente a Bellow¹⁰ añade: “The luck of the American Jew

¹⁰ El tema de los escritores judíos estadounidenses es también controversial en la obra de Bellow. Él mismo nunca gustó de ser considerado sólo como un escritor judío y más bien prefería ser considerado un escritor a secas. Aunque hay escritores y críticos que ven a Bellow como un escritor que puede ser clasificado como judío, hay quienes también sostienen que Bellow no es un escritor judío. En esta última línea baste recordar el juicio de

enables him still to live in the best of all possible Diasporas; here there is still the luxury of laughter. I think of Bellow's trademark as the laugh" (Ibídem).

Por su parte, Earl Rovit nos recuerda que el humor es un tema complejo y problemático en la literatura moderna y uno particularmente proteico y evasivo en el trabajo de un escritor como Bellow, a quien él considera un "ironista moral" (37). Tras una disquisición sobre la utilización de la sátira tradicional y la parodia en general, el crítico concluye que:

As a humorist, Bellow's dominant strength has been his powerful sense of the grotesque and his accomplished capacity to communicate that sense to his reader. In *Dangling Man* Joseph remarks that "there is an element of the comic or fantastic in everyone," and Bellow, agreeing so completely with Joseph's perception that he sees Joseph himself as "fantastic," writes under the full ironic force of that conviction. That is, not only does the Bellow hero view the world in terms of the grotesque, but he is himself viewed in the same way. (37-38)

Todo lo anterior confirma parte de mi entendimiento de que no sólo el papel de lo cómico sino más bien de lo grotesco es una piedra angular en la obra de Bellow. Mi entendimiento de esto se transforma en decisiones de traducción que buscan visibilizar ese efecto grotesco. Ello da pie, principalmente, a mi decisión respecto a la traducción del título mismo del cuento, decisión que explicaré en el capítulo tercero. Lo grotesco, lo entiendo en el sentido enunciado por Wolfgang Kayser, quien afirma:

Pero ya no es simplemente risa lo que nos asalta frente a lo grotesco [...] Lo grotesco es, para nosotros la ley estructural en cuya virtud un mundo se presenta como desencajado. Las formas que nos son familiares se deforman, las proporciones naturales se alteran, el orden al que estamos acostumbrados se trueca espacial y temporalmente, se suspenden las leyes de la identidad, de la estática, etc., y la separación de los dominios se suprime [...] Algo inquietante parece haber caído sobre las cosas y los hombres. Pero lo decisivo es que este distanciamiento nos desorienta y no nos permite ninguna interpretación congruente. Toda aclaración, incluso el intento de pedir compasión para la víctima ofrecida comprometería lo grotesco, y la pincelada dura y fría es tan característica del Bosco y de Brueghel como de Goya y de Callot o de Wilhelm Bush y de Kubin. Algo inquietante irrumpe en nuestro mundo y lo distancia de nosotros, y *la risa que nos causan las deformaciones y los descoyuntamientos va siempre*

Steven J. Rubin sobre Bellow: "Bellow is not a 'Jewish' writer. Roth, Malamud, and Bellow are ethnic writers; they have explored the essence of the minority experience in America –the process of assimilation and the concomitant crisis of identity. But they are not Jewish writers in the sense that their works deal with subjects, themes, historical events, or problems that are particularly or exclusively Jewish." (6)

mezclada con cierto horror. El sentimiento que lo grotesco nos inspira no es el miedo a la muerte, sino el temor a la vida, y la creación artística es aquí como un intento de conjurar y exorcizar lo demoníaco-abismal [...] Especialmente en la literatura inglesa abunda tanto este elemento como en la pintura española. [...] Igual que lo puramente cómico, tampoco lo grotesco –y para comprobarlo basta dirigir la mirada a la pintura– tiene nada de directamente genérico, sino que es una categoría de percepción, una categoría de la concepción del mundo y de su configuración. (512-513) [énfasis propio]

La definición de Kayser resulta particularmente útil para este comentario de “HFM” dado que el crítico vincula la noción de lo grotesco en la literatura con la de lo grotesco en la pintura y nos recuerda que el término mismo pasó de ser una noción originalmente pictórica a una literaria (512) y curiosamente señala a un pintor español al que Bellow recurre también para enfatizar el particular sentido de humor grotesco del cuento: Goya. Más aún, la otra pintura a la que el autor chicagüense hace referencia, la de Daumier, puede fácilmente ser descrita también como grotesca por los ojos del espectador (véanse Imagen 1 e Imagen 2). No obstante, si ambas son vistas con humor –cierto, con un humor grotesco–, el trazo deforme y ridiculizante de ambas composiciones pictóricas puede ser leído no sólo ya como ominoso y espeluznante, especialmente la de Goya, sino como un tipo de tragedia que puede ser salvada de cierta forma a través de la risa puesto que la risa salva y es ese el tipo de humor grotesco el que reverbera en el cuento de Bellow, en palabras del autor, el humor hace posible “to say some things only when laughing”.

Incluso, el escritor estadounidense –como si en el lienzo que es su texto le respondiese al pintor español– desfigura también la forma de escritura de la supuesta “carta” de disculpa que Shawmut le dirige a la señorita Rose pues en su construcción se incluye al menos un elemento anómalo que no aparece comúnmente en el género epistolar: el uso de las cursivas. Éstas indican no sólo énfasis en ciertos pasajes o palabras, sino tonos de enunciación y, de manera muy clara, el diálogo interno del autor consigo mismo, un diálogo que, como ya he mencionado, no es compartido con la supuesta destinataria sino con él mismo. Todo lo cual

nos indica que en realidad el lector de la narración no está leyendo una simple carta sino algo distinto, otra cosa un tanto indefinida e intermedia, una forma narrativa híbrida: una creación a su vez deformada, desfigurada.



Imagen 1 (Goya, Edad con sus desgracias)

Imagen 2 (Honoré Daumier, *Trois Avocats Causant*)



Otro de los temas que aparecen en el cuento es el de la migración y las consecuencias que ésta acarrea en los personajes. Esta circunstancia es también compartida entre el autor y el personaje principal del cuento. Tal como el propio Bellow, Hershel Shawmut ha vivido y padecido el proceso de la inmigración que ha tenido que experimentar una familia pauperizada de judíos de Europa en los Estados Unidos. Detalles tan simples como la alteración del nombre de la familia son comunes tanto para el personaje como por el autor. El nombre original de la familia del autor era Belo —que derivaba del ruso *byelo*, “blanco”— y que se convirtió en Bellow por obra de la transliteración fortuita de un oficial de aduanas de Halifax, Canadá (Atlas Ubicación 275). Por su parte, el protagonista de “HFM” manifiesta que el nombre original de su familia ha sido alterado pese a que él mismo no puede identificar con claridad el original y vacila entre Shamus y Untershamus, ambas opciones con connotaciones de ridículo y grotesco por cierto (Ibídem).

La circunstancia migratoria da pie a una dislocación no sólo geográfica, sino también anímica de los personajes. Dislocación que Rovit le atribuye también al autor del cuento en los siguientes términos:

In terms of family and childhood background, Bellow's is a specimen case of multiple dislocation —from the *shtetl* life of East Europe to Montreal to Chicago. In his early youth he received an orthodox religious education, but he emerged from the American university system with the preparatory training of a social scientist. The recurrent accent of his growing up would seem to be one of unremitting change, discontinuity, fluidity. The traditional sanctions of Jewish *shtetl* orthodoxy may have lingered artificially in the old Montreal ghetto, but they rapidly dissolved in the secularism and relative prosperity of Chicago in the 1920's and 1930's. (8-9)

El tema de las consecuencias de la migración de los judíos a finales del siglo XIX e inicio del siglo XX permea significativamente el relato de Bellow de modo tal que aunque las menciones al mismo son breves, el lector puede percibir las consecuencias de esta circunstancia en el carácter del personaje. No es casual que el padre de Shawmut, en realidad ausente en el cuento, sea un vendedor de puerta en puerta. Este hecho aparentemente simple

evoca al periodo histórico de la Gran Oleada de inmigración judía hacia los Estados Unidos durante el periodo de 1840 a 1924, periodo que Bellow vivió en carne propia. Aunque tangencial, la alusión al padre es a la vez una alusión al suceso histórico. Sobre la Gran Oleada, Chametzky, Felstiner, Flanzbaum y Hellerstein refieren:

Jewish immigrants, too, headed for the larger midwestern and western settlements of Cleveland, Chicago, Omaha, San Francisco and the agricultural regions of Minnesota and the Dakotas. While the earliest settlers –especially the Sephardim– had largely been prosperous merchants, by mid-century [1850] the picture of the typical immigrant was of a poor, young, single and unskilled person. Whether in cities or in the countryside, Jews typically became peddlers. (18)

El protagonista del cuento resume todo lo anterior en un par de frases: “Nuestro papá, durante la Depresión, vendía alfombras de puerta en puerta a las granjeras del norte de Michigan. *Él* no podía pagar la renta” (Traducción 80). Además, Shawmut enuncia de manera concisa y desdeñosa las posibles consecuencias psicológicas del proceso de migración al expresar:

Walish solía decirme: “Eres un surrealista a pesar de ti mismo”. Su interpretación era que a partir de mis orígenes de inmigrante, con penosos esfuerzos, me había convertido en un hombre de clase media y me desquitaba de los tormentos y las adulteraciones de mis instintos naturales, deformaciones que me fueron impuestas durante el proceso de ajuste hacia la respetabilidad: la presión del arribismo social. (Traducción 45)

Sólo que el proceso de migración y adaptación no lo experimenta nada más el protagonista sino toda la familia del mismo aunque con resultados diversos. La familia y la reflexión sobre ésta es un tema fundamental en el cuento en particular y en la obra de Bellow en general. Se puede decir que el colapso de la familia extendida judía es en realidad la preocupación básica que corre a lo largo no sólo de este cuento aislado sino de todos los cuentos que forman parte de la colección que apareció bajo el mismo título de esta historia. Bellow mismo se lamentó en alguna ocasión “*I never belonged to my own family [...] I was always the one apart*” (Atlas Ubicación 292). Atlas añade:

For Bellow, this condition of economic limbo was exacerbated by a growing estrangement from his family. He saw himself as the rejected one, the one who had been left behind, like the little boy in *Ward H.* While his brothers concentrated on making money, Bellow appointed himself the one to feel [...] Bellow's self-dramatizing impulse, so crucial to his development as a writer, grew out of a need to make himself heard. To his siblings, he would always be the baby of the family. Sam thought of him as "a perverse child growing into manhood with no prospects or bourgeois ambitions, utterly unequipped to meet his world," Bellow wrote Tarcov. "He is wrong, am not unequipped but unwilling." (Ubicación 883)

El papel que desempeñan los hermanos y el padre son de cuño corriente en la obra de Bellow y forman parte total del conflicto que se presenta durante la narración. Al analizar los cuentos de Bellow, Gloria L. Cronin apunta:

By this time [1941], Bellow is thoroughly estranged from his father and brothers, and, throughout the rest of his fiction, whenever brothers appear, they will be rather crass, obsessed American money makers. All future fictions, with the exception of *Ravelstain* (2000), will lament the failure of male bonding. (330)

Tal como Philip, el hermano de Herschel en la narración, los hermanos de Bellow eran hombres materialistas, prácticos y agresivos. El fracaso del vínculo fraterno queda retratado en el cuento cuando Philip traiciona sin miramiento alguno y por cuestiones monetarias a Herschel, quien previamente se ha sentido abandonado por el resto de su familia nuclear. El protagonista describe a su hermano en estos términos:

Mi difunto hermano era un hombre astuto. Formulaba planes a largo plazo. Sobre mí tenía la ventaja suprema del desapego. Mi debilidad era mi cariño hacia él, despreciable en un hombre adulto. Se parecía ligeramente a Spencer Tracy, pero era más codicioso y agudo. Tenía un bronceado tejano, iba al "estilista", no al peluquero, y usaba anillos mexicanos en cada uno de sus dedos. (Traducción 72-73)

Y más adelante remata:

Philip había cambiado del estilo de vida estadounidense de las revistas para mujer (una esposa encantadora, una casa hermosa, los más altos estándares de normalidad) a aquel de los pueblerinos incultos: que le gritan a los orientales mientras le ordenan a sus hijos que los comuniquen por teléfono con su abogado. La idiosincrasia prosaica de los brutos estadounidenses ricos. Pero uno ya no puede ser un prosaico sin una alta sofisticación que rivalice con la sofisticación de lo que uno odia. Sin embargo, no tiene caso hablar de la "falsa conciencia" o cualquiera de esas patrañas. Philly se había puesto en las manos de Tracy para convertirse en todo un estadounidense. Para conseguir este privilegio (obsoleto), pagó con su alma. De cualquier modo, puede que

él jamás haya estado absolutamente seguro de que hubiera semejante cosa como el alma. Lo que resentía de mí era que no paraba de insinuar que las almas existían. (Traducción 83)

El juego de opuestos que se presenta en varios de los personajes de hermanos de la obra de Bellow refleja en cierto modo la rivalidad y competencia que el propio Saul vivió con sus hermanos Maurice (Moishe) y Sam (Schmule):

A flashy dresser, large and stout, Maurice was an intimidating presence. He peeled off bills from a roll in his pocket and always seemed to have a girl on his arm. He knew the police lieutenants and captains, the gamblers and bookies, the men who ran the city. He was contemptuous of Sol's bookish proclivities. But there was an element of deliberate provocation in Maurice's philistinism; when he asked his literary younger brother who "Prowst" was, he was taunting him. In his own family, Bellow wasn't taken seriously. (Atlas Ubicación 875)

Esta actitud de discrepancia y menosprecio entre hermanos queda muy bien retratada en el cuento con el siguiente diálogo entre Herschel y Phillip:

—¿Qué es un zigurat?
—Es una construcción asiria o babilona —expliqué— con terrazas, que no termina en una punta.
—Enviarte a la universidad fue un error —dijo Philip— aunque no sé para qué otra cosa hubieras podido servir. Nadie más pasó del bachillerato... (Traducción 80)

El conflicto familiar no se circunscribe únicamente a la órbita de los hermanos sino que se exagera con el papel que tiene la madre, quien no siquiera es capaz de reconocer o de escuchar al hijo leal que es Shawmut. Esto podría también interpretarse como una sublimación en la ficción del trauma que, según sus biógrafos, Bellow vivió en el seno de su familia, tras la muerte de su propia madre.

No es casual que la obra que dirige Shawmut en el cuento sea el *Stabat Mater* de Pergolesi que es al final de cuentas el canto doliente de la madre ante el hijo inocente crucificado. La simbología que implica esta elección se compagina plenamente con la visión que el protagonista quiere presentar de sí mismo: el de un inocente que es víctima no sólo de

las circunstancias sino de su propia naturaleza. Lo que queda expresado de la siguiente manera en la narración:

Besé a la vieja chica: la sentí más liviana que el mimbre. Pero yo me preguntaba qué había hecho para merecerme este olvido, y por qué el gordo malhechor de Philip tuvo que haber sido su favorito, el hijo verdadero. Bueno, él no le mintió respecto a *Dallas*, ni trató de resucitar las emociones de ella para beneficio de él, apelar a su memoria maternal con música cristiana (latín del siglo catorce de J. da Todí). Mi madre, tres cuartas partes de ella perdidas ya, y mi hermano –¿quién sabe dónde lo enterró su esposa?– habían sido ambos leales al mundo estadounidense de hoy y sus bulliciosos intereses materiales. En consecuencia, Philip le hablaba a su entendimiento. Yo no. [...] “Dándome cuenta de cuánto sufrimos”, como escribió Ginsberg en “Kadish”, yo estaba perversamente atormentado. Había ido a tomar una decisión respecto a Ma, y era posible que estuviera manoseando el mazo, acomodando las cartas, diciéndome a mí mismo, señorita Rose: “Siempre fui yo el que se hizo cargo de esta demente, afligida, calamitosa, temblorosa vieja madre, no Philip. Él estaba demasiado ocupado haciendo de sí mismo un estadounidense imperial”. (Traducción 94-95)

Las elecciones intertextuales que hacen su aparición en esta narración ayudan a crear un efecto de grotesca victimización pues gracias a la intertextualidad es posible concatenar alusiones que crean significado dentro del texto, ya que tal como Graham Allen subraya al inicio de su obra:

Texts, whether they be literary or non-literary, are viewed by modern theorists as lacking any kind of independent meaning. They are what theorists now call intertextual. The act of reading, theorists claim, plunges us into a network of textual relations. To interpret a texts, to discover its meaning, or meanings, is to trace those relations. Reading thus becomes a process of moving between texts. Meaning becomes something which exists between a text and all the other texts to which it refers and relates, moving out from the independent text into a network of textual relations. The text becomes the intertext. (1)

De este modo, las alusiones que hace Bellow en su cuento contribuyen, gracias a la intertextualidad, a crear una caja de resonancia respecto a temas como el ridículo, el sufrimiento, la vejez, la desgracia, lo grotesco y la burla. El aguafuerte de Goya retrata a un anciano que sufre al encontrarse en una situación embarazosa no por otra razón sino por el sólo paso del tiempo pero su sufrimiento es uno que bien puede dar pie a una risa un tanto malévol, una suerte de infortunio ridículo que provoca la burla en tanto no sea uno el que lo padezca. La introducción de Papá Goriot, el viejo que es explotado y padece a manos de sus

hijas hasta sus últimos días, nos recuerda el grotesco de la vida que Balzac retrató en esta parte de la *Comedia humana*¹¹. Del mismo modo, el Dr. Pangloss es a lo largo de toda la novela de Voltaire¹² un personaje patético y risible para el lector a la luz de la tozuda renuencia del doctor a renunciar a su creencia en los postulados de una filosofía que se demuestra impráctica y errónea al final de sus días.

Situación similar de ridículo y padecimiento es la que sufre el rey Lear, quien como Shawmut es también víctima que de su propia naturaleza orgullosa, al ser incapaz de resignarse a enfrentar los hechos descarnados por los que padece tras dividir su reino y enfrentar la vejez. Y gracias a la inclusión de fragmentos de esta obra de Shakespeare en el cuento de Bellow uno como lector no puede dejar de recordar a modo de respuesta intertextual a las monologadas palabras de autoexculpación de Shawmut respecto de su proceder —de las que hablé más arriba— el monólogo del villano Edmund en *King Lear*:

This is the excellent foppery of the world: that
when we are sick in fortune —often the surfeit of our own
behaviour— we make guilty of our disasters the sun, the
moon, and the stars, as if we were villains by necessity,
fools by heavenly compulsion, knaves, thieves, and
treacherers by spherical predominance, drunkards,
liars, and adulterers by an enforced obedience of planetary
influence, and all that we are evil in by a divine
thrusting on. An admirable evasion of whoremaster
man, to lay his goatish disposition to the charge of stars! (Shakespeare 836)

Gracias a las referencias que realiza Bellow en “HFM”, la intertextualidad opera en la forma de lo grotesco no sólo con la literatura sino también con la pintura y la música. Los cuadros a los que hace referencia el texto, tanto el aguafuerte de Goya como el óleo de Daumier, son grotescos en sí mismos por su trazo desfigurado y desfigurante. Asimismo, el *Stabat Mater* produce también al escucharlo una sensación de lo sublime mezclada con el

¹¹ Véase Balzac, *Papá Goriot*.

¹² Véase *Cándido* de Voltaire en *Cuentos completos en prosa y verso*, pp. 206-289.

patetismo. De la misma forma, las alusiones al ingenio hiriente de La Rouchefoucauld, de Churchill, de Clemenceau y de Disraeli recuerdan al lector la profunda raigambre que la burla ridiculizante tiene en la cultura occidental. El texto de Bellow se revela de este modo como un mosaico de posibilidades en donde reverberan y pueden hallarse elementos de un corpus literario y artístico en general que contiene los mismos temas de victimización pero también de imprudencia, sufrimiento, ridículo, tragicomedia, humor grotesco, burla y búsqueda del sentido de la experiencia humana. Bellow abreva de la tradición artística para cimentar mejor a su personaje Shawmut. Éste último se vincula así con los personajes ridículos y patéticos que han sido creados a lo largo de la tradición artística y puede por lo tanto afirmar de mejor forma su pertinencia.

3. Traducción del cuento

Él, con su pie en su boca

Querida señorita Rose: Casi comienzo con “Mi querida hija,” porque en cierto modo lo que le hice a usted hace treinta y cinco años nos convierte en hijos el uno del otro. De tanto en tanto he recordado que hace mucho tiempo hice una mala broma a costa suya y me he sentido inquieto por ello pero recientemente se me ha hecho ver que lo que le dije a usted fue tan perverso, tan ruin, grosero, insultante, insensible y agresivo que usted no podría superarlo ni en mil años. Se me ha hecho entender que la lastimé de por vida y mi culpa es aún mayor porque mi ataque fue tan inmerecido. Apenas si nos conocíamos, tan sólo de vista. Ahora bien, la persona que me acusa de esta crueldad no está libre de animadversión hacia mí, obviamente; él busca acabar conmigo. Aun así, he permanecido alterado desde que leí sus acusaciones. No estaba exactamente en mi mejor momento cuando recibí su carta. Como muchos viejos, tengo que tomar todo tipo de pastillas. Tomo Inderal y quinidina para la hipertensión y los trastornos cardíacos, y también estoy, por diversas razones psicológicas, profundamente afligido y, por el momento, con el ego vulnerable.

Quizá explique mejor lo que me motiva a escribirle ahora si le digo que tengo algunos meses visitando a una anciana que lee a Swedenborg y a otros autores ocultistas. Ella me dice (y un hombre de sesenta y tantos años no puede rechazar fácilmente tales sugerencias) que hay una vida después de ésta –ya lo verá– y que en esa vida sentiremos el sufrimiento que le hemos infligido a otros. Sufriremos todo lo que los hicimos sufrir, pues en la otra vida toda experiencia se revierte. Entramos en las almas de quienes conocimos en vida. Ellos también entran en nosotros y nos sienten y nos juzgan desde adentro. En el remoto caso de que esta

anciana canadiense esté en lo cierto, debo intentar retomar este asunto con usted. No es que yo hubiera intentado matarla, pero mi ofensa es patente de cualquier manera.

Lo diré todo y luego lo revisaré. Le enviaré a la señorita Rose sólo las partes apropiadas

...En esta vida entre el nacimiento y la muerte, mientras aún sea posible enmendar las cosas...

Me pregunto si usted me recuerda en lo absoluto, más allá de ser la persona que la ofendió: un hombre alto y, por aquellos días, completamente oscuro, de bigote (no muy grueso), un individuo singular físicamente, con un dejo de camello, de aspecto algo entretenido. Si puede recordar al Shawmut de esos días, debería de verme ahora. *Edad con sus Desgracias*¹³ fue el nombre que Goya le dio al aguafuerte de un anciano que se esfuerza para levantarse del bacín, con sus pantalones enrollados en los tobillos. “Junto con las nalgas más caídas” como malévolamente le dice Hamlet a Polonio, al hablar sin misericordia de los viejos¹⁴. A las dolencias antes mencionadas he de añadir unos dientes con las raíces agrietadas, cuya periodoncia requirió de antibióticos que me provocaron diarrea y me ocasionaron una almorrana del tamaño de una nuez, además de artritis paralizante en las manos. El invierno es sombrío y húmedo en la Columbia Británica, y cuando me desperté una mañana en esta tierra de exilio desde donde enfrente una extradición, descubrí que algo malo le ocurría al dedo medio de mi mano derecha. La articulación había dejado de funcionar y el dedo estaba enrollado como un caracol: un nuevo y doloroso padecimiento. Vaya broma a costa mía. Y la extradición es real. Me ha sido notificada.

Así que cuando menos puedo intentar reducir uno de los tormentos en la otra vida.

Podría parecer que después de treinta y cinco años ahora vengo suplicando perdón con mis infortunios, pero como verá, no se trata de eso.

¹³ Así escrito en el original. (N. del T.)

¹⁴ *Hamlet*, acto II, escena 2. (N. del T.)

La localicé a usted por medio de la señorita Da Sousa del Ribier College, donde todos fuimos colegas a finales de los cuarenta. Ella se quedó ahí, en Massachusetts, donde aún permanecen tantas cosas del siglo diecinueve, y me escribió cuando los diarios publicaron mis ridículos y embarazosos problemas. Es una mujer amable, inteligente que *como usted, ¿será conveniente decir eso?*- nunca se casó. Al responderle en agradecimiento, le pregunté qué había sido de usted y me informó que era una bibliotecaria jubilada que vivía en Orlando, Florida.

Jamás pensé que envidiaría a los jubilados, pero eso fue cuando el retiro aún era una opción. Para mí esa ya no es una de mis cartas a jugar. La muerte de mi hermano me deja en un profundo bache legal y financiero. No la importunaré con los detalles del caso, distorsionados por los diarios. Baste decir que los delitos de él y mis propios defectos o vicios me han arruinado. Por una mala asesoría legal, me refugié en Canadá y los tribunales serán severos conmigo porque intenté escapar. Quizá no me manden a la cárcel pero tendré que trabajar por el resto de mi vida, moriré bajo un yugo, y qué singular maldito yugo, arrastrando mi carga hasta una peculiar cúspide. Una de las parábolas favoritas de mi padre era sobre un caballo enfermizo cuyo arriero lo azotaba cruelmente. Un transeúnte intenta interceder y dice: “La carga es muy pesada y la colina empinada, es inútil azotar en la cara a su viejo caballo, ¿por qué lo hace?” A lo que el arriero responde: “Ser un caballo fue *su* idea”.

Siempre he tenido debilidad por este tipo de humor judío, que puede resultarle extraño a usted no sólo porque es escocesa-irlandesa (según afirma la señorita Da Sousa) sino también porque como bibliotecaria (anterior a las computadoras) usted pertenecía a otro orbe: una zona de tranquilidad, circunscrita en la órbita del sistema decimal de Dewey. Es posible que a usted le haya desagradado la idea de una vida monacal o pastoril que la palabra “bibliotecaria” alguna vez sugirió. Puede que lo resintiera por haberla mantenido alejada de la “acción” moderna: erótica, narcótica, dramática, peligrosa, picante. Quizás usted haya aborrecido hacer circular los

arrebatos ilícitos de los demás, haber manejado libros perversos (las más de las veces falsos, se lo aseguro, señorita Rose). Permítame suponer que usted es lo suficientemente anticuada como para no enfurecerse por haber llevado una vida provechosa. Si usted no es una persona anticuada no la habré ofendido tan profundamente después de todo. Ninguna mujer moderna cavilaría durante cuarenta años por una ocurrencia estúpida. Simplemente diría: “¡Vete al demonio!”

¿Quién es el que me acusa de haberla herido? Es Eddie Walsh. Hasta donde sé él se ha vuelto el principal organizador de encuestas de los colegios de humanidades en el estado de Missouri. En semejante trabajo es maravilloso, un verdadero genio. Pero aunque ahora vive en Missouri, parece que no piensa en otra cosa sino en los días de antaño en Massachussets. No puede olvidar el mal que cometí. Él estaba ahí cuando lo ocasioné (lo que sea que *en realidad* haya sido), y me escribe: “Tengo que recordarte cómo heriste a Carla Rose. Tan típico de ti, cuando ella intentaba ser agradable, no sólo malinterpretaste sus amables intenciones sino que además le propinaste una demoledora patada en la cara con tu respuesta. Casualmente sé que la traumatizaste de por vida.” (Fíjese cómo el vocabulario liberal estadounidense se utiliza como instrumento de tortura: con “típico”, él quiere decir: “Tú no eres una *buena persona*, Shawmut.”) Ahora bien, ¿es cierto que la traumaticé, señorita Rose? ¿Por qué Walsh “casualmente sabe”? ¿Usted se lo dijo? ¿O es esto, como lo conjeturo, tan sólo un chisme? Me pregunto si usted recuerda el incidente en lo absoluto. Sería una bendición si no lo recordara. Y yo no deseo imponerle recuerdos indeseables a usted, pero si en efecto la desfiguré tan cruelmente, ¿hay acaso un modo para evitar recordarlo?

Así que regresemos al Ribier College. Walsh y yo éramos grandes amigos entonces, maestros jóvenes, él de literatura, yo de bellas artes: mi especialidad, historia de la música. Como si esto

fuera una novedad para usted; mi libro de Pergolesi está en todas las bibliotecas. Es imposible que usted no se lo haya encontrado. Además, hice unos programas de musicología en televisión pública, que eran bastante populares.

Pero estamos de vuelta en los cuarenta. El semestre inició después del Día del Trabajo. Mi primer puesto docente. Tras siete u ocho semanas aún estaba loco de la emoción. Permítame iniciar con el hermoso paisaje de Nueva Inglaterra. Recién llegado de Chicago y de Bloomington, Indiana, donde me doctoré, nunca había visto abedules, helechos junto a los senderos, tupidos bosques de pinos, pequeños campanarios blancos. ¿Cómo podía no desentonar? Me provocaba alaridos de risa el que me dijeran “Dr. Shawmut”. Me sentía absurdo aquí: como un camello en el verde prado público del pueblo. Soy un hombre de cintura elevada y piernas largas, que es propenso a ofrecer visiones paradójicas, absurdas de sí mismo. Tampoco había adquirido aún la verdadera dimensión de Ribier. No era la Nueva Inglaterra verdadera: era una universidad bohemia para muchachos ricos de Nueva York que eran demasiado nerviosos como para ir a las mejores escuelas: inadaptados.

Ahora bien: Eddie Walsh y yo caminamos juntos por enfrente de la biblioteca. La dulce tibieza otoñal se contrapone al frío en lontananza de los bosques circundantes: todo ello lo tengo frente mí. La biblioteca es un edificio neoclásico y la luz del pórtico es musgosa y soleada: musgo verde brillante, luz entre hojas, líquenes en las columnas. Estoy emocionado, enloquecido, por las nubes. Mis relaciones con Walsh en esta etapa son fáciles de describir: muy joviales, nada fuera de su lugar, ni una nube en el horizonte. Estoy deseoso de aprender de él pues jamás he estado en una universidad progresista, jamás he vivido en el Este, jamás he estado en contacto con la élite académica del Este, de la que tanto he oído hablar. ¿Cuál es la maravilla de todo esto? Una chica a la que le fui asignado como tutor ha pedido un cambio porque a mí no me han psicoanalizado y así no puedo siquiera empezar a identificarme con

ella. Y esta misma mañana he pasado dos horas en una junta de comité para decidir si un curso de historia debe ser obligatorio para la especialidad en bellas artes. Tony Lemnitzer, profesor de pintura, dijo: “Dejen que los chicos lean sobre los reyes y las reinas: ¿cuál es la bronca?”. Brooklyn Tony, quien había huido de su casa para convertirse en un gañán de circo, se convirtió en un rotulista y con el tiempo en expresionista abstracto. “No compadezcas a Tony –me recomienda Walsh–, la mujer con la que se casó es millonaria. Le ha construido un estudio digno de Miguel Ángel. Está demasiado avergonzado como para pintar: tan sólo talla madera ahí. Talló dos bolas de madera dentro de una jaula para pájaros”. El mismo Walsh –de los primeros *hipsters*, con una formación en Harvard– al principio sospechaba que mi ignorancia era una pose. Walsh, bajo y cojo, me miraba –hacia arriba– con verdadera astucia y rastros de desconfianza alrededor de su boca. Proveniente de Chicago, con un doctorado en Bloomington, Indiana, ¿podía ser yo tan retrógrado como parecía? Pero soy buena compañía, y poco a poco me dice (¿es un secreto?) que aunque él es de Gloucester, Massachusetts, no es Yankee verdadero. Su padre, estadounidense de segunda generación, es un maquinista, jubilado, sin educación. Una de las cartas del viejo dice: “Tu pobre madre, dice el doctor que tiene un agrandecimiento en su virginia para operar. Cuando vaya a operación espero aquí a ti y tu hermana para apoyarme”.

Había dos cojos en la comunidad, y sus nombres eran parecidos. El otro cojo, Edmund Welch, juez de paz, usaba bastón. Nuestro Ed, que padecía de una curvatura de la espina dorsal, no llevaba bastón, y mucho menos usaba un zapato ortopédico. Se comportaba con indiferencia exhibicionista y desafiaba a los ortopedistas cuando éstos le advertían que su columna vertebral se vendría abajo como fichas de dominó. Su estilo era el de alguien libre y ágil. Había que aceptarlo como era, sin concesión alguna. Yo lo admiraba por eso.

Ahora bien, señorita Rose, usted ha salido de la biblioteca a tomar el aire y está recargada, con los brazos cruzados, y con la cabeza apoyada en contra de la columna griega. Para aumentar su estatura, Walish usa el pelo parado. Uno no podía embutirle un sombrero. Yo en cambio llevo una gorra de béisbol. Entonces, señorita Rose, usted dice sonriéndome: “Oh, Dr. Shawmut, con esa gorra parece un arqueólogo”. Y antes de que pueda contenerme, le respondo: “Y usted parece algo que acabo de desenterrar”.

¡Terrible!

Ambos, Walish y yo, aceleramos el paso. Eddie, cuyas caderas estaban desalineadas, se esforzó para caminar más de prisa, y cuando nos alejamos de su pequeño santuario-biblioteca, vi que él me sonreía maliciosamente, su tibia cara veía para arriba regodéandose hacia mi rostro, con admiración acusadora. Había presenciado algo extraordinario. Lo que sea que haya sido, llámese humor o psicopatía o perversidad, nadie podía decirlo aún, lo había complacido. Aunque se apresuró a exculparse a sí mismo: era exactamente su tipo de ocurrencias. Le encantaba comportarse como Groucho Marx, o darle un giro tipo S. J. Perelman a sus oraciones. Por mi parte, volví a un estado de seriedad absoluta, como generalmente hago tras decir alguna de mis ocurrencias. Éstas me sorprenden a mí tanto como a los demás. Quizás sean síntomas de histeria, en el sentido clínico. Solía considerarme absolutamente normal, pero hace mucho me he dado cuenta de que en ciertos estados de ánimo, mi risa raya en la histeria. Yo mismo me daba cuenta de su tono anormal. Walish sabía perfectamente que yo estaba a merced de semejantes ataques y, cuando percibía que se aproximaba uno de mis arranques, me azuzaba. Y después de haberse entretenido decía, con una mueca como del sátiro Pan: “Eres un desgraciado, Shawmut. ¡Qué sádicas puñaladas puedes dar!” Como podrá usted darse cuenta, se aseguraba de no ser incriminado como cómplice.

Y mi broma ni siquiera fue ingeniosa, tan sólo vil, imperdonable: ciertamente no fue producto de la “inspiración”. ¿Cómo podría ser la inspiración tan idiota? Fue simplemente una broma idiota y cruel. Walish solía decirme: “Eres un surrealista a pesar de ti mismo”. Su interpretación era que a partir de mis orígenes de inmigrante, con penosos esfuerzos, me había convertido en un hombre de clase media y me desquitaba de los tormentos y las adulteraciones de mis instintos naturales, deformaciones que me fueron impuestas durante el proceso de ajuste hacia la respetabilidad: la presión del arribismo social. Este tipo de análisis ingenioso e intrincado era popular en el Greenwich Village de esos días, y Walish había adquirido el hábito. Su carta del mes pasado estaba llena de perspicacias de este tipo. La gente raramente renuncia al capital intelectual acumulado durante sus “mejores” años. A los sesenta y tantos años, Eddie sigue siendo un joven residente de Greenwich Village y se relaciona principalmente con jóvenes. Yo ya he aceptado la vejez.

No es fácil escribir con dedos artríticos. Mi abogado, cuyo consejo fatal seguí (es el hermano menor de mi esposa, fallecida el año pasado) me incitó a irme a la Columbia Británica donde, debido a las corrientes de aire japonesas, las flores crecen en pleno invierno y el aire es más puro. Hay, en efecto, primulas en medio de la nieve, pero mis manos están paralizadas y me temo que tendré que inyectarme oro si no mejoran. Aun así, enciendo el fuego y me siento abstraído en la mecedora porque necesito hacer que valga la pena para usted considerar estos sucesos conmigo. Si hago caso de lo que dice Walish, a partir de ese día usted ha crepitado como una flama en un altar clasemediero de humillación inmerecida. Una de los agraviados y los ofendidos.

Por mi parte he de admitir que me fue difícil adquirir buenos modales, no porque fuera grosero por naturaleza sino porque sentía la tensión de mi posición. Durante un tiempo creí que no podría progresar en la vida hasta que contara también con una personalidad falsa como

todos los demás y por lo mismo me esforcé especialmente en ser considerado, deferente, cortés. Y por supuesto me esforzaba de más y me limpiaba dos veces cuando gente de mejor cuna se limpiaba sólo una. Pero semejante programa de mejoramiento no podía contenerme por mucho tiempo. Lo implanté y luego lo destruí y lo quemé en una hoguera rabiosa.

He de decirle que Walsh me pone como lazo de cochino en su carta. Me pregunta ¿por qué cuando la gente vacilaba en las conversaciones yo proveía las frases faltantes y finalizaba sus oraciones con pedantería voraz? Walsh sostiene que yo fanfarroneaba, escabulléndome de mis orígenes vulgares, para congraciarme con los aristócratas y calificar como el tipo de judío aceptable (a duras penas) para la sociedad cristiana con que T. S. Eliot fantaseaba. Walsh me retrata como un paria arribista que buscaba la esclavitud como uno buscaría la salvación. En respuesta, dice, yo tenía ataques de rebeldía y me volvía brutalmente insultante. Walsh percibe perfectamente todo esto, pero no dijo nada durante los años que fuimos amigos cercanos. Él se reservó todo. En el Ribier College nos apreciábamos mutuamente. Éramos amigos, de algún modo. Pero a fin de cuentas, en cierta forma, él pretendió ser mi enemigo mortal. Todo el tiempo que se comportó como un caro y cercano amigo engordaba mi alma en un corral mientras estaba lista para ser sacrificada. Mi éxito en la musicología debió haber sido demasiado para él.

Eddie le contó a su esposa –le contó a todo el mundo– lo que yo le había dicho a usted. Ciertamente se comentó por todo el campus. La gente se rió pero yo estaba deprimido. Tenía remordimiento: usted era una mujer pálida de brazos delgados, cuya piel adquiría el color del musgo, el líquen y la caliza. Las pesadas puertas de la biblioteca se abrían y dentro había lámparas verdes de lectura y pesadas mesas lustrosas y libros amasados hasta el corredor y más allá. Unos pocos de estos libros eran sublimes, algunos eran provechosamente informativos, la mayoría de ellos sólo congestionaban la mente. Mi anciana dama swedenborgiana dice que los

ángeles no leen libros. ¿Por qué lo harían? Ni tampoco, imagino, los bibliotecarios pueden ser grandes lectores. Tienen demasiados libros, la mayoría de ellos, gravosos. Los estantes atiborrados exhalan un olor incitante, confortante, seductor, que también está levemente teñido con algo pernicioso, con veneno y perdición. Los seres humanos pueden perder sus vidas en las bibliotecas. Debería advertírseles al respecto. Y usted: una sacerdotisa menor de este templo que salió para ver el cielo, y el señor Lubeck, su jefe: un exiliado cortés que tropezaba siempre con su gran perro senil y se disculpaba con el animal, “¡Auch, lo siento!” (con énfasis sibilante).

Nota personal: La señorita Rose nunca fue bonita, ni siquiera lo que los franceses llaman une belle laide, o una fea atractiva, una mujer cuyo dominio de las fuerzas sexuales hace que la fealdad misma contribuya a su poder erótico. Una belle laide (¡si será una idea francesa!) tiene que ser una fragua de lujuria. Esa fuerza estaba ausente. No tenía soporte corporal para ello. Cincuenta años antes la señorita Rose habría estado tomando el Compuesto Vegetal de Lydia Pinkham. Aun así, incluso viéndose verdosa, algún hombre pudo haberla amado: por su calidez tímida, o por el coraje que había tenido que reunir para piropearme por mi gorra. Hace treinta y cinco años pude haber disimulado esta incómoda situación con un cumplido diciendo: “Tan sólo piense, señorita Rose, cuántos objetos de singular belleza han sido descubiertos por los arqueólogos: la Venus de Milo, los toros alados asirios con rostros de grandes reyes. E incluso Miguel Ángel enterró una de sus estatuas para que adquiriera un aspecto antiguo y la exhumó posteriormente”. Pero es demasiado tarde para galanterías retóricas. Debería avergonzarme. Fea, soltera, la pequeña y maliciosa comunidad universitaria que reía de mi broma: la señorita Rose, pobrecilla, debió haberse sentido desesperada.

Eddie Walsh, como le comentaba, no se comportaba como un lisiado a pesar de su columna torcida. Pese a que caminaba desgarradamente y cacheteando su pie izquierdo, se conducía con estilo. Usaba buenos trajes tweed y zapatos de *Lloyd & Haig*. Él mismo decía que había suficientes mujeres masoquistas por ahí como para que cualquier tipo se sintiera

motivado a pavonearse y dar una buena impresión. A los lisiados les iba muy bien con cierta clase de chicas. Usted, señorita Rose, mejor le hubiera hecho el cumplido a él. Pero para entonces su mujer estaba embarazada; el soltero era yo.

Durante los primeros días soleados del semestre salíamos a caminar casi a diario. Entonces lo consideraba a él misterioso.

Yo pensaba: ¿quién es él, este, a final de cuentas, (repentino) amigo íntimo? ¿Quién es esta extraña figura, esta gran cabeza por debajo de mí, cuyo cabello crece puntiagudo y grueso? También le crece gruesamente en las orejas, con un sesgo diferente, como las hebras de la trenza de un látigo. Una de las señoritas del campus me ha sugerido que lo convenza de rasurarse las orejas, pero ¿por qué he de hacer eso? A ella no le gustará más con las orejas rasuradas, tan sólo imagina que así podría ser. Él tiene una risa como de instrumento de viento, más parecida a un oboe que a un clarinete, y la libera desde sus gruesas fosas nasales y desde su boca que parece de calabaza tallada. Sonríe burlonamente como Alfred E. Neuman de la portada de la revista *Mad*, el sucesor del Chico Malo de Peck. Sin embargo, sus ojos son cálidos y me invitan a acercarme más y más, pero me niegan lo que yo más quiero. Anhele su afecto, desconfío de él y lo quiero, lo cortejo con mis bromas ocurrentes. Porque él es un tipo astuto, de una forma actualizada, posmoderna, existencialista, taimada. También parece amable. Parece toda clase de cosas. Aficionado a Brecht y a Weill, canta “*Mackie Messer*” y vapulea la melodía en el piano vertical. No obstante, esto es una cosa de la época: el jazz alemán de cabaret de los veintes, la respuesta de Berlín a la guerra de trincheras y el humanismo desacreditado. ¡Imagínese sorprender a Eddie permitiendo que se le feche de esa forma! El Eddie al último grito de la moda siempre ha sido de vanguardia. Uno de los primeros aficionados a los poetas Beat, fue el primero en citarme la maravillosa línea de Allen Ginsberg: “Estados Unidos, estoy metiendo mi hombro maricón por tí”.

Eddie hizo de mí un lector que sabe apreciar a Ginsberg, de quien tanto aprendí acerca del ingenio. Puede parecerle extraño señorita Rose (a mí me lo parece) que haya seguido leyendo a Ginsberg desde hace tanto tiempo. No obstante, permítame ofrecerle como muestra una frase memorable y también encantadora de uno de sus libros recientes. Ginsberg escribe que Walt Whitman durmió con Edward Carpenter, el autor de *Love's Coming-of-Age*; posteriormente, Carpenter fue el amante del nieto de uno de nuestros más oscuros presidentes, Chester A. Arthur: Gavin Arthur; cuando éste último ya era muy viejo fue el amante de un homosexual de San Francisco quien, cuando tuvo a Ginsberg entre sus brazos, completó todo el ciclo y puso al Sabio de Camden en contacto con su único verdadero sucesor y heredero. Todo esto es un poco como el recuento del Dr. Pangloss¹⁵ sobre cómo se contagió de sífilis.

Discúlpeme por favor, señorita Rose. Parece ser que requeriremos de la más amplia experiencia humana posible para tratar esta cuestión, que puede que afecte mucho sus emociones y las mías. Usted debe saber a quién se dirigió aquel día cuando juntó coraje, sonriendo y temblando, para hacerme un cumplido: para darme a mí, a nosotros, su bendición. Acto que yo retribuí con una mala ocurrencia extraída, como de costumbre, de las profundidades de mi naturaleza, de esa horda de extrañas manifestaciones. Casi había olvidado el incidente cuando me llegó la carta de Walish a Canadá. La carta: una extraña *megillab*¹⁶ de la cual yo mismo fui el Amán. Él debió haber cavilado con resentimiento¹⁷ durante décadas sobre mi personalidad, delineando el perfil de mi más profundo ser una y otra y otra vez. Compiló una lista de todos mis errores, de mis pecados, y los detalles son tan minuciosos, el inventario

¹⁵ Personaje de la noveleta *Candide* de Voltaire. (N. del T.)

¹⁶ Relato del Libro de Esther de la Biblia. (N. del T.)

¹⁷ *ressentiment* en el original. (N. del T.)

tan extenso, el resumen tan condensado, que debió haberlo recolectado, archivado, formulado y pulido furiosamente a lo largo de los días más cálidos y dorados de nuestra amistad. Recibir semejante documento: le pido que lo imagine, señorita Rose, la forma en la que me afectó en un momento en el que yo estaba lidiando con mi pena y grandes injusticias, guardando luto a mi esposa (e irónicamente también a mi hermano estafador) y experimentando la *Edad con sus desgracias*, descubriendo que ya no podía más enderezar mi dedo medio, sumando los esfuerzos y el dolor de tres veintenas y media de años (que se aproximan rápidamente). A nuestra edad, querida, nadie se puede indignar o sorprender cuando la maldad se manifiesta, pero yo me pregunto una y otra vez ¿por qué Eddie Walsh debió fomentar mis faltas durante treinta y tantos años para luego echármelas en cara? Esto es lo que despierta mi más agudo interés, tan agudo que hace que grite en mis adentros. La ridiculez de todo esto me acomete en la noche con la intensidad de los dolores de parto. Yazco en la recámara trasera de esta casa miniatura canadiense, que apenas está separada de las otras, y me contengo a duras penas para no gritar. Lo único que les falta a los vecinos es escuchar semejantes ruidos a las tres de la mañana. Y no hay una sola persona en la Columbia Británica con la que pueda hablar. Mi única conocida es la señorita Gracewell, la anciana (es muy anciana) que estudia literatura ocultista, y no puedo molestarla a ella con estos asuntos de una naturaleza tan distinta. Nuestras conversaciones son puramente teóricas... De cualquier modo ella me hizo una observación que sí es útil: “El Salmista se refirió al ser inferior cuando escribió: ‘soy un gusano y no un hombre’. Poca gente está preparada para hacer caso al ser superior. Ésta es la razón por la cual la gente habla tan mal la una de la otra”.

En más de una ocasión, la carta de Walsh (su denuncia) toma como punto de partida la prosa y la poesía de Ginsberg, así que finalmente envíe un pedido a la librería *City Lights* de San Francisco y he pasado muchas tardes estudiando libros suyos que no había leído: tiene

publicados tantos libros pequeños. Ginsberg asume una postura respecto a la ternura verdadera y a la franqueza plena. La franqueza verdadera significa literalidad excretoria y genital; por lo que Ginsberg opta es por la calidez de una humanidad de coito libre, masculino, femenino, camaraderil y de “caminos abiertos” que no deje de lado la oración y la meditación. Habla con horror de nuestra “cultura plástica”, la que relaciona de una manera un tanto obsesiva con la CIA. Y además de la CIA hay otros centros de espionaje vinculados a Exxon, Mobil, Standard Oil of California, la siniestra Occidental Petroleum y sus conexiones con el Kremlin (*esa* es, innegablemente, una extraña conexión digna de verse). El supercapitalismo y su tecnología petroquímica cancerígena se vinculan mediante James Jesus Angleton, un alto funcionario de la comunidad de espionaje, con T. S. Eliot, uno de sus cuates. Angleton, que en su juventud fue el editor de una revista literaria, tenía el propósito declarado de revitalizar la cultura Occidental en contra de los “así llamados estalinistas”. El fantasma de T. S. Eliot, a quien Ginsberg entrevista en la popa de un barco en algún lugar de las aguas de la muerte, admite haber hecho pequeños trabajos de espionaje para Angleton. Contra éstos, los Hijos de la Obscuridad, Ginsberg alinea a los gurús, los meditadores barbudos, los poetas fieles a Blake y Withman, los “santos repugnantes”, los homosexuales líricos sin sofisticación cuyos pequeños grupos rastrea la policía secreta en sus computadoras, entre los cuales plantan provocadores, y a quienes tratan de corromper con heroína. Esta visión psicopática –tan conmovedora porque hay en realidad tanto a lo cual temer, y también por el hambre de bondad que refleja– es una estafalaria defensa de la belleza, que valoro más de lo que mi acusador, Walsh, hace. Yo de verdad entiendo. Ante los sexuales fuegos de artificio de Cuatro de Julio de Ginsberg yo exclamo “Jajaja”. Pero luego reflexiono acerca de sus obsesiones con simpatía, acicalando mi bigote hacia abajo con la punta de mis dedos, mis ojos sintiéndose penetrantes mientras trato de descifrarlo. Soy un admirador más desinteresado de Ginsberg de

lo que es Eddie. Eddie, por así decirlo, se sienta a la mesa como si fuera un crupier. Trabaja para la casa. Lucra con la poesía.

Uno de los problemas de siempre de Walish fue que parecía claramente judío. Algunas personas desconfiaban de él y se volvían gratuitamente hostiles contra él, pues sospechaban que intentaba hacerse pasar por un auténtico estadounidense. Algunas veces decían, como descubriendo cuánta fuerza les daba el ser descarados (y la fuerza es siempre bienvenida): “¿Cómo se apellidaba antes de Walish?”: el tipo de pregunta que los judíos escuchan con frecuencia. Sus padres provenían del norte de Irlanda, de hecho, eran protestantes, y el apellido de su madre era Ballard. Él mismo firma como Edward Ballard Walish. Él fingía no darle importancia a esto. Una probada de lo que era ser perseguido hacía que fuera amigable con los judíos, o al menos eso decía. Fascinado con su amistad, sin capacidad crítica, escogí creerle.

Resulta que tras muchos años de vaivenes ocultos, Walish concluyó que yo era un tonto. Cuando el público comenzó a tomarme en serio fue cuando perdió la paciencia conmigo y su afecto se volvió rencor. Mi programa de televisión sobre la historia de la música fue lo que lo ocasionó. Puedo imaginarlo: Walish observaba la pantalla con una bata de lana sucia, sosteniendo un codo con su mano mientras fumaba un cigarro, criticándome mientras continuó hablando acerca de los últimos días de Haydn, o Mozart y Salieri, desarrollando temas en el clavicordio: “¡Superestrella!”, “¡Qué idiota de mierda!”, “¡Santo dios!”, “¡Cuán farsante puedes ser!”, “¡Don Quijote de la Farsa!”

Mi propio nombre, Shawmut, había sido alterado obviamente. La alteración fue hecha muchos años antes de que mi padre desembarcara en los Estados Unidos por su hermano Pinye, quien usaba unos quevedos y era músico copista para Sholom Secunda. La familia debió haberse llamado Shamus o, más degradante aún, Untershamus. El *untershamus*, lo más bajo de lo bajo en la sinagoga del Viejo Mundo, era un parásito incompetente casi incontratable, de

barba enmarañada y aquejado por una dolencia cómica, como escrófula o una gran hernia, un miserable entre los miserables. “*Ormi*” como solía decir mi padre “*auf steiffleivent*”. *Steiffleivent* era la tela de relleno rígido y crin que los sastres ponían en el forro de las chamarras para darles forma. No había nada más barato que eso. “Era tan pobre que se vestía con un remedo de ropa”. Más barato que un sudario. Pero en Estados Unidos, Shawmut resultó ser el nombre de una cadena de bancos de Massachusetts. ¡Cómo les quedó el ojo! Puede ser que usted haya escuchado cosas encantadoras, cautivantes, sentimentales acerca del yiddish, pero el yiddish es un lenguaje *duro*, señorita Rose. El yiddish es severo y denigra sin misericordia. Sí, generalmente es delicado, encantador, pero también puede ser explosivo. “Una cara de bacinica”, “una cara de cubeta de bazofia”. (Las referencias al puerco le dan especial fuerza a los epítetos en yiddish). Si hay un demiurgo que me inspira a hablar salvajemente, pudo haber sido atraído hacia mí por este lenguaje violento e implacable.

Mientras le cuento esto, imagino que me presta atención de buena gana, y siento el mayor afecto hacia usted. Estoy muy solo en Vancouver, pero esto también es mi culpa. Cuando llegué, unos músicos locales me invitaron a una fiesta y no pude ser amable. Me hicieron las preguntas que los canadienses hacen a los estadounidenses: ¿simpatizaba yo con Reagan? Por supuesto que no. Pero la verdadera pregunta era si El Salvador podría convertirse en otro Vietnam, y perdí la mitad de mi audiencia tan pronto como respondí: “Para nada. Los norvietnamitas son soldados curtidos con una tradición bélica centenaria: gente *de verdad* recia. Los salvadoreños son campesinos indios”. ¿Por qué no pude callarme la boca? ¿A mí qué me importa Vietnam? A los dos o tres invitados compasivos que se quedaron conmigo los ahuyenté de la siguiente manera: un profesor de la Universidad de la Columbia Británica señaló que él concordaba con Alexander Pope acerca de la irrealidad última del mal. Si se veía desde la

perspectiva más alta de la metafísica. Para una mente racional, nunca ocurre nada malo en realidad. Estaba diciendo tonterías de altos vuelos. ¡Patrañas! pensé. Comenté: “¡Vaya! ¿Quiere usted decir que se le debe ver el lado amable a cada cámara de gases?”.

Con eso bastó, y ahora doy mis caminatas diarias solo.

Este lugar es muy hermoso, con montañas nevadas y puertos tranquilos. Se dice que las instalaciones portuarias son limitadas y los cargueros tienen que esperar (a razón de \$10,000 por día). Verlos atracados es agradable. Recuerdan la “*Invitation au Voyage*”, y también “*Anywhere, anywhere, out of the world!*”¹⁸ Qué limpia y civilizada es esta ciudad, con sus aguas claras del norte y, a lo lejos, la sensación de una naturaleza salvaje ilimitada que comienza donde los bosques se encrespan, se extiende a través de millones de kilómetros cuadrados hacia el norte y termina en las espirales de hielo que circundan el Polo.

Los académicos provincianos se ofendieron por mis peculiaridades. Ni modo.

Pero que no quede la impresión de que siempre soy yo quien reparte los insultos, déjeme decirle, señorita Rose, que con frecuencia los he recibido, he sido humillado por virtuosos, por artistas más grandes que yo en estas cosas. El fallecido Kippenberg, príncipe de los musicólogos, cuando estábamos en una conferencia en la Villa Sebelloni en el Lago Como, me invitó a sus aposentos una noche para que le leyera un adelanto de mi ponencia. Bueno, en realidad él no me invitó. Yo moría de ganas de ir. La sugerencia fue mía y él no tuvo corazón para rehusarse. Era un hombre enorme vestido con ropa de terciopelo para la cena, un traje copioso, de color verde esmeralda, sobre el cual su inteligente, vasta y pálida cabeza parecía haber sido depositada por un tronido. Aunque caminaba con dos bastones, un tipo de *diable boiteux*,¹⁹ no había nadie más ágil con la palabra. Él había publicado *la* gran obra sobre Rossini, quien también había pronunciado ocurrencias inmortales (como aquella sobre Wagner: “*Il a de*

¹⁸ Poemas de Charles Baudelaire. (N. del T.)

¹⁹ “diablo cojo” (N. del T.)

*beaux moments mais de mauvais quarts d'heure*²⁰). Usted imaginará también el tipo de suite que Kippenberg ocupaba en la villa: cuartos del siglo dieciocho, sofás de tafetán, brocados, una maravillosa colección de estatuas, lámparas increíbles de seda. Los sirvientes ya habían cerrado las ventanas esa noche, así que la sala estaba bastante encerrada. Como sea, yo le estaba leyendo a Kippenberg, el docto y conocedor del mundo, henchido él todo de verde, su boca alargada con expresión agradable. El hombre también tenía ojos extraños, colocados a los lados de su cabeza como si fueran de visión bilateral, y cejas como orugas del Árbol del Conocimiento. Mientras yo leía, empezó a cabecear. Le dije: “Me temo que lo estoy durmiendo, profesor”. “No, no, al contrario, usted impide que me vaya a dormir”. Ese comentario, hecho a costa mía, era genial, y era un privilegio el haberlo provocado. Él había estado sentado ahí, colosal, con sus dos bastones, como si descendiera por una pendiente, deslizándose hacia un profundo sueño. Pero incluso al borde del sueño, cuando estaba ya extinguiéndose el singular tesoro de su atención, él aún era capaz de deslumbrar. Yo habría dado la vuelta al mundo para escuchar semejante desaire.

Pero permítame regresar a Walish por un momento. Los Walish vivían en una pequeña casa de campo propiedad de la universidad. Se encontraba a las faldas del bosque, que en esa estación era polvoso. Quizás ahora en Florida usted recuerde que en Nueva Inglaterra los bosques tienen un otoño seco: polen, humo de madera, hojas marchitas y polvorientas, telarañas, quizás el polvo de las alas de las polillas muertas. Si al llegar a los pilares de piedra de la entrada de la casa de los Walish encontrábamos las botellas de leche que había dejado el lechero, las tomábamos por el cuello y, gritando, las arrojábamos hacia los arbustos. El pedido de leche era para Peg Walish quien estaba embarazada pero, ella la odiaba, así que de todas maneras no la tomaba. Peg tenía una mejor posición social que su esposo. Cualquiera en esos

²⁰ “Tiene momentos bellos pero cuartos de hora espantosos” (N. del T.)

días la podía tener; debajo de Walish sólo estaban los negros y los judíos, y debido a su apariencia judía, ni siquiera estaba seguro de tener esa ventaja. Por lo tanto, su actitud bohemía lo fortalecía. La señora Walish disfrutaba el estilo bohemio de su esposo, o al menos eso decía. Mi conocimiento de Pergolesi y Haydn me hacían menos objetable para ella de lo que hubiera sido de otra forma. Además, mi compañía animaba a su esposo. Créame, él necesitaba de alguien que lo animara. Él estaba deprimido y su esposa preocupada. Cuando ella me vio noté que me miraba como una posible cura.

Tal como Alicia después de haber bebido la botella de BÉBEME en el País de las Maravillas, Peg era muy alta: huesuda pero delicada; se parecía a una estrella del cine mudo llamada Colleen Moore, una joven candorosa de ojos grandes y flequillo. A los cuatro meses de embarazo, Peg seguía trabajando en Filene's, y Eddie, remiso a levantarse en la mañana para llevarla a la estación, pasaba largos días en cama bajo los parches desvaídos de las colchas. El rosa, cuando no es fresco y vivaz, puede ser un color desesperanzado. El rosa de las colchas de Walish entristeció mi corazón cuando fui a buscarlo. La cabaña tenía paneles veteados de nogal, en los cuartos no entraba la luz del sol, la cocina era particularmente sombría. Lo hallé durmiendo en el piso de arriba, su quijada prognata y su labio judío prominente. La impresión que él daba era a la vez brutal e inocente. Mientras dormía, carecía de la seguridad que tanto se esforzaba en proyectar. No muchos de nosotros somos avispados del todo pero Walish se enorgullecía particularmente de estar siempre alerta. Su principal premisa era no ser el tonto de nadie. Pero dormido no se veía astuto.

Lo desperté. Él estaba apenado. Después de todo, no era un bohemio cabal. Le molestó estar amodorrado a mediodía, refunfuño y sacó sus delgadas piernas de la cama. Fuimos a la cocina y comenzamos a beber.

Peg insistía en que viera a un psiquiatra en Providence. Él me ocultó esto por un tiempo: al final aceptó que necesitaba una afinación, pequeños ajustes internos. Volverse padre lo estremecía. Su esposa finalmente parió gemelos. Estos hechos son triviales y no siento que esté traicionando su confianza. Además, no le debo nada. Su carta me inquietó demasiado. ¡Qué momento eligió para enviarla! Treinta y cinco años sin una maledicencia. Me hace creer que es mi amigo. Y luego se revela tal cual es. ¿Cuándo se apuñala a un amigo? ¿En qué momento se le da la copa envenenada? No cuando es lo suficientemente joven como para recobrase. Walsh esperó hasta el final: *mi* final, por supuesto. *Él* aún es joven, me escribe. Prueba de esto es que verdaderamente se interesa en las jóvenes lesbianas allá en Missouri, sólo él conoce las profundidades de sus almas y ellas le permiten hacerles el amor: Walsh, la única excepción masculina. Tal como el explorador McGovern²¹, que fue a Lhasa disfrazado: el único occidental que penetró las habitaciones sagradas. Ellas sólo confían en la juventud, confían en él, así que por supuesto no puede ser un viejo.

En su carta me hace trizas sin miramientos. Y, objetivamente, concuerdo en que mi personalidad no es un logro excepcional. Soy desconsiderado, espiritualmente perezoso, alguien que desentona. Él dice que he intentado hacer que esta indolencia mía luzca bien. Por ejemplo, nunca revisaba las cuentas de las meseras; me rehusaba a calcular yo mismo mis impuestos; era “muy poco mundano” para manejar mis inversiones yo mismo y contrataba a expertos (léase “sinvergüenzas”). Al Walsh con los pies en la tierra no le importaba pelearse por unos centavos; lo que importaba era el principio, tal como lo era el honor para los grandes soldados de Shakespeare. Cuando empezaron a usarse las tarjetas de crédito, Walsh, tras

²¹ William Montgomery McGovern (1897-1964) fue un aventurero, científico político antropólogo y periodista estadounidense, profesor de la Universidad Northwestern. Entre sus obras están *Colloquial Japanese* y *To Lhasa in Disguise*, sobre la que hace referencia el cuento. (N. del T.)

calcular los intereses y los cargos del servicio hasta el cuarto decimal, destruyó las tarjetas de Peg y las tiró por el caño. Cada año se peleaba con los auditores, tanto federales como estatales. Nadie le iba a ver la cara a Eddie Walsh. Con semejante intransigencia se vinculaba a sí mismo con los multimillonarios avaros: Rockefeller el viejo, que nunca dejaba más de diez centavos de propina, o Getty el billonario, en cuya mansión de descanso los invitados tenían que usar teléfonos de monedas. Walsh no era mezquino, era duro, estricto, más apretado que el culo de una rana. No se trataba simplemente de capitalismo básico. Tomando en cuenta que Walsh era un admirador de Brecht, se trataba también de una dureza leninista o estalinista. Y, según él, el que yo me condujera con vaguedad en los asuntos de dinero era presumiblemente una “estrategia semiinconsciente”. ¿Acaso insinuaba que yo quería sobresalir por ser el judío que despreciaba los mugrosos dólares? ¿Que deseaba ser visto como alguien mejor que yo mismo? En otras palabras ¿que quería asimilarme? Sólo que yo nunca consideré que los antisemitas de ningún tipo fueran mejores que yo.

Yo no pretendía ser descuidadamente angelical con mis finanzas. De hecho, señorita Rose, no lo era. Mi ineptitud con el dinero era parte del mismo síndrome histérico que provocaba que metiera mi pie en mi boca. Genuinamente padecía por ello y aún lo hago. El Walsh de ahora ha olvidado que cuando fue al psiquiatra para que lo curara por dormir dieciocho horas de corrido, yo le dije que entendía su problema. Para consolarlo, le dije: “Cuando bien me va, puedo ser agudo durante media hora y luego empiezo a desvanecerme y cualquiera puede aprovecharse de mí”. Me refería al estado de ensoñación o de vaga turbulencia, con momentos aislados de claridad, en el cual la mayoría de nosotros existe. Nunca se me ocurrió adoptar una pose. Le he dicho ya que en algún tiempo pareció ser una necesidad práctica tener una identidad falsa, pero que rápidamente renuncié a ello. Sin embargo, Walsh asume que cualquier hombre inteligente y moderno es su propia invención

avant-garde. Ser *avant-garde* significa manipular la personalidad propia, tener un proyecto personal que requiere de una rutina histriónica: en resumen, ser un farsante. Pero ¿qué clase de farsa era confiar en un pariente cercano que resultó ser un criminal, o dejar que mi difunta esposa me convenciera de confiarle mis problemas legales a su hermano más joven? Fue mi cuñado el que me arruinó. Mientras los demás simplemente carecían de principios o eran deshonestos, él además estaba zafado. Paciencia, ya hablaré de eso.

Walish escribe: “Creo que ya es hora de que sepas cómo eras realmente,” y me despedaza de una forma que pocos hombres han padecido. Yo era abusivo y ofensivo con todo el mundo: no soportaba que las personas se expresaran por sí mismas (esto lo irritaba particularmente; lo menciona varias veces) sino que ponía palabras en sus bocas, finalizando sus oraciones, haciéndolas olvidar lo que estaban a punto de decir (suministrando las obviedades que ellas buscaban a tientas). Según él, yo era “un repertorio ambulante de ideas clasemedieras”, lo que significa que estaba saturado de la información irrelevante y de hecho demente que hace que el odioso aparato social continúe su marcha hacia el abismo sin fondo. Y cosas por el estilo. Por lo que respecta a mi devoción celestial por la música, ésta era solamente una fachada. El verdadero Shawmut era un promotor astuto cuya *Introducción a la apreciación musical* se convirtió en libro de texto de cientos de universidades (“algo que no sucede sólo porque sí”), lo que le significó un millón en regalías. Me compara con Kissinger, un judío carente de una base política o electoral propia que se consolidó en el aparato del poder gracias a una autopromoción genial, operando como una celebridad... Imposible para Walish entender la fortaleza de carácter, incluso la fortaleza física y biológica que semejante logro requeriría; apreciar (con sus orejas peludas hundidas en su almohada, y su pequeña figura doblada en posición fetal, como una pequeña escalera para incendios, bajo los pliegues de la colcha rosa) lo que le cuesta a un hombre culto conseguir una posición de poder entre políticos

semianalfabetos. No hay punto de comparación. Hacer programas de música del siglo dieciocho en el Canal Público de Televisión no es nada parecido a hacerse cargo de la política exterior de Estados Unidos y lidiar con alcohólicos y embusteros en el Congreso o en el Poder Ejecutivo.

¿Un judío honesto? Ese sería Ginsberg el Confesor. Sin ocultar ningún hecho, Ginsberg atrae a los antisemitas al exagerar todo lo que éstos piensan de los judíos en sus fantasías patológicas. Les toma el pelo, pienso, con un candor de locura, con sus sueños reales sobre encontrar el ano de alguien en su sándwich, o con sus poemas sobre clavarse un consolador a sí mismo. Éste que en el fondo es un erotismo materialista resulta más atractivo para los estadounidenses, es prueba de sinceridad y autenticidad. Es en este nivel que dicen que “se ponen al mismo nivel” con uno, aunque las deformidades y las obscenidades que surgen por supuesto deben ser atribuidas a alguien más, a algún maricón hermafrodita o a un travesti exótico adicto. Mi consejo es que cuando ellos le digan que se están “poniendo al nivel” con usted, mejor esconda su dinero en el zapato.

No obstante, percibo algo más en Ginsberg. Ciertamente, con esta autodegradación él está actuando un papel tradicionalmente judío, tal como se actuaba en la antigua Roma, y quizás antes. Pero hay algo más, igualmente tradicional. Debajo de todo este candor omnirevelador (o autoflagelación agravada), hay pureza de corazón. Como judío estadounidense debe reafirmar y justificar la democracia. Estados Unidos está destinado a convertirse en uno de los grandes logros de la humanidad, una nación constituida por muchas naciones (sin excluir a la nación de los maricas: ¿cómo podría excluirse a alguien?) Estados Unidos mismo está destinado a ser el mejor de los poemas, tal como profetizó Whitman. Y el único representante auténtico del trascendentalismo estadounidense es ese homosexual calvo, barbón con senos flácidos y anteojos manchados, inocente en su impureza. Pureza en la obscenidad, señorita Rose. El

hombre es un microcosmos judío de esta tierra de Midas, cuyo cuerpo enterrado produjo frutos de oro. Éste no es un judío que va a Israel a batallar con el Levítico para justificar la homosexualidad. Es un maricón budista que cree en Estados Unidos, la tierra donde nació. El enemigo petrolero capitalista (un enemigo que necesita redención sexual y religiosa) está justo aquí, en casa. ¡Quién no podría sino amar a semejante cómico! Además, Ginsberg y yo nacimos bajo el mismo signo y ambos tuvimos madres locas y somos propensos a los dichos inspirados. Sin embargo, yo me rehúso a sobrevaluar la vida erótica. No creo que el camino a la verdad tenga que pasar por todas las etapas de la masturbación y la sodomía. Él es consistente: debe reconocérsele que recorre todo el camino, cosa que no puede decirse de mí. De los dos, él es el más estadounidense. *Él* es miembro de la Academia Estadounidense de las Artes y las Letras – yo nunca he sido propuesto como candidato– y aunque ha sugerido que algunos de nuestros presidentes recientes eran adictos al LSD, nunca se le ha pedido que devuelva sus premios nacionales ni sus medallas. Entre más los difama (¿LBJ²² usaba LSD?) más crecen sus posibilidades de ganar más medallas. Por lo tanto tengo que reconocer que él está más cerca de la corriente dominante de pensamiento estadounidense que yo. Yo ni siquiera parezco estadounidense. (Ni tampoco Ginsberg para el caso). Nací en Hammond, Indiana (justo antes de la Prohibición mi padre tenía una cantina ahí), pero pude haber venido directo de Kiev. Ciertamente no tengo la facha de alguien de Indiana: soy alto, pero me encorvo, mis nalgas están más arriba de mi cuerpo que las del resto de la gente, siempre he tenido la impresión de que mis piernas son desproporcionadamente largas: se necesitaría de un ingeniero para descifrar su dinámica. Además de los negros y los pueblerinos incultos, Hammond es principalmente de extranjeros, hay montones de ucranianos y finlandeses ahí. Sin embargo, éstos tienen toda la pinta de estadounidenses, en cambio, yo reconozco rasgos como los míos

²² Lyndon Baines Johnson, 36º presidente de los Estados Unidos. (N. del T.)

en el arte de las iglesias rusas: la cara compacta de los íconos, pequeños ojos redondos, cejas arqueadas y las cabezas calvas. Y en situaciones sumamente delicadas en las que se requieren los rasgos paladines de los ejecutivos estadounidenses, como la prudencia y la discreción, yo siempre pierdo el control y soy, como dicen los árabes, rehén de mi lengua.

Todo lo anterior sólo ha sido un divertimento: lo que quiero decir, señorita Rose, es que he evitado realizar un análisis riguroso. Necesitamos acercarnos al tema. Tengo que disculparme con usted, pero aquí también hay un misterio (quizá del karma, como la anciana señorita Gracewell sugiere) que está pidiendo a gritos ser investigado. ¿Por qué una persona *dice* cosas como la que yo le dije a usted? Bueno, es como si un hombre saliera a pasear un día extremadamente hermoso, tan hermoso que lo impeliera incomprensiblemente a *hacer* algo, a realizar una acción igualmente extraordinaria: de otro modo se sentiría como un inválido en una silla de ruedas a la orilla del mar, un impedido al que su enfermera le dice, “Siéntate aquí y mira las olas pequeñas”.

Mi difunta esposa era una mujer cortés, esbelta, bastante pequeña, criada conforme estrechos principios medievales. Tenía una manera especial de juntar las palmas bajo su barbilla cuando yo la hacía enojar, como si estuviera orando por mí, y su color rosáceo se oscurecía hasta el rojo. Padecía en extremo por mis ataques y asumía el deber de remediar mis entuertos, para proteger mi reputación y convencer a la gente de que no pretendía ofenderlas. Era morena y tenía un cutis lozano. Si su color se debía a su buena salud o a su excitabilidad era una incógnita. Sus ojos eran ligeramente saltones, pero esto no era ningún defecto; en lo que a mí concierne era uno de sus encantos. Era austriaca de nacimiento (de Graz, no de Viena), una refugiada. Nunca me sentí atraído por las mujeres de mi talla: dos personas altas forman un incomprensible revoltijo juntas. Además prefería tener que buscar lo que deseaba. Cuando era

niño, no me atraían sexualmente las maestras. Me enamoré de la chica más pequeña de la clase, y le hice caso a mis preferencias tempranas al casarme con una mujer esbelta a lo van der Weyden o Lucas Cranach. El color rosáceo de mi mujer no estaba confinado a su rostro. Había algo en su cutis que no era del todo contemporáneo, y su idea de gracia también pertenecía a una época anterior. Tenía una tendencia particular a inclinarse: su figura se inclinaba al caminar, sus manos se hundían desde las muñecas cuando cocinaba, se inclinaba cuando comía, inclinaba atentamente su cabeza cuando uno tenía algo importante que decirle y abría ligeramente los labios para conminar a uno a expresarse más claramente. En cuanto a sus principios, no importaba cuán irracionales fueran, era inamoviblemente obstinada. La muerte puso a Gerda fuera de circulación, fue puesta en una caja y despachada en definitiva. Ya no más cuerpo recto y ruboroso ni pechos rosáceos ni saltones ojos azules.

Lo que le dije a usted cuando pasaba por la biblioteca la hubiera horrorizado. Se tomaba a pecho que yo insultara a las personas. Permítame darle un ejemplo. Esto sucedió años después, en otra universidad (una de a de veras), una tarde cuando Gerda ofreció una cena para un grupo numeroso de académicos: la crema y nata estaba en nuestra mesa escandinava de cerezo. Yo ni siquiera sabía quiénes eran los invitados. Luego del plato principal, alguien mencionó a un tal profesor Schulteiss. Él era uno de esos tipos fanfarrones sabelotodo que a todos les caía en la punta del hígado. Ya fuera que se hablara de cocina china o física cuántica o de las relaciones entre el bantú y el swahili (si es que hay alguna) o de por qué Lord Nelson era tan aficionado a William Beckford o del futuro de la computación, no se le podía interrumpir el tiempo suficiente como para poder decirle que estaba acaparando la conversación. Era un hombre robusto, de barba, con un abdomen protuberante y dedos puntiagudos, de modo que si yo hubiera sido un caricaturista lo hubiera dibujado cantando como un tirolés, con patillas negras y dedos respingados. Uno de los invitados me comentó

que a Schulteiss le preocupaba mucho el que nadie fuera lo suficientemente erudito como para escribir un obituario apropiado cuando muriera. “No sé si yo esté lo suficientemente calificado –dije– pero asumiría con gusto la labor, si es eso le da la tranquilidad de hacerlo”. A la señora Schulteiss, a quien no me dejaban ver las flores de mesa de Gerda, le estaban sirviendo el postre en ese momento. No importó si en realidad me oyó porque cinco o seis invitados inmediatamente repitieron lo que había dicho, y vi que ella hizo las flores a un lado para observarme.

En la noche intenté convencer a Gerda de que en realidad no los había ofendido. Anna Schulteiss no era fácil de herir. Ella y su esposo estaban siempre peleados: ¿por qué había ido sin él? Además, era difícil saber qué estaba pensando y sintiendo; seguramente algunas de sus partículas (una referencia al conocimiento de Schulteiss en el campo de la física de partículas) no estaban en donde deberían. Este tipo de comentarios sólo empeoraba las cosas. Gerda no decía nada, simplemente yacía rígida en su lado de la cama. Era una experta en el arte de respirar apesadumbradamente por la noche, y cuando suspiraba pesarosa no había forma de poder dormir. Yo padecía con ella y cedía a la misma rigidez. El adulterio, que raramente me tentó, no hubiera podido hacerme sentir más culpable. Mientras tomaba mi café matutino, Gerda le habló a Anna Schulteiss y quedó en almorzar con ella. Luego, en la semana, fueron juntas a un concierto sinfónico. Antes de que acabara el mes, cuidamos a los niños de los Schulteiss en su sucia casita de la universidad, cuya cocina había sido convertida en un estercolero de la Edad de Piedra. Cuando se alcanzó esa etapa de conciliación, Gerda se sintió mejor. Sin embargo, yo creía que un hombre que se permitía a sí mismo hacer ese tipo de bromas debía ser lo suficientemente descarado como para llegar hasta las últimas consecuencias y no sucumbir ante su conciencia una vez que las palabras fueron dichas. Ese hombre debía asumir las cosas como el principesco Kippenberg. Como sea, ¿quién era el

verdadero Shawmut, el hombre que hacía bromas insultantes, o el otro, el que se había casado con una mujer que no soportaba que nadie se sintiera ofendido por los insultos de su marido?

Usted se preguntará: con una mujer dispuesta a batallar hasta el fin para resguardarlo del rencor de las personas ofendidas ¿no estaba usted perversamente tentado a buscar problemas, sólo para que las cosas siguieran funcionando? La respuesta es no, y la razón radica no sólo en que amaba a Gerda (su muerte me ha confirmado terriblemente que la amaba) sino también porque cuando yo decía algo lo decía por amor al arte, es decir, sin perversidad o malicia, no que la malicia tuviera un efecto como el alcohol y yo estuviera ebrio de perversidad. Rechazo eso. Claro, tenía que haber alguna provocación. Pero lo que sucede cuando se me provoca ocurre porque la tierra se levanta bajo mis pies y entonces desde los confines opuestos del cielo me acomete un choque simultáneo en ambos oídos. Me quedo sordo y tengo que abrir la boca. Gerda, en su simplicidad, intentaba neutralizar los efectos dañinos de las palabras que salían de mi boca y elaboraba planes para recuperar la amistad de todo tipo de improbables involucrados cuyas partículas elementales se habían perdido y que no tenían capacidad para la amistad, ni interés en ella. A semejante gente ella le enviaba azaleas, begonias, flores cortadas, llevaba a almorzar a las esposas. Volvía a casa y me contaba con seriedad cuántas cosas fascinantes se había enterado sobre ellas: que sus maridos estaban mal pagados o que tenían padres viejos y enfermos o sobre la locura en la familia o de sus hijos de quince años que robaban casas o eran heroinómanos.

Nunca le dije nada perverso a Gerda, sólo a la gente provocadora. El suyo es el único caso del que puedo acordarme en el que no existió provocación alguna. Señorita Rose: por eso esta carta de disculpa, la primera que he escrito jamás. Usted es la causa de la autorevisión de mi proceder. Quisiera volver sobre este punto después. Pero por el momento estoy pensando en Gerda. Por su bien intenté practicar el autocontrol y con el tiempo comencé a comprender

el valor de mantener la boca cerrada y cómo puede fortalecer a un hombre retener sus inspiradas palabras y dejar que la perversidad (si es que perversidad es lo que es) se reabsorba nuevamente en su sistema. Tal como el “discurso correcto” de los budistas, me imagino. “El discurso correcto” es fisiología sana. ¿Y tenía mucho sentido pronunciar las palabras adecuadas en tiempos en los que las palabras han caído en la vulgaridad y la decadencia? Si hoy apareciera un LaRochefoucauld la gente le daría la espalda a mitad de la oración y bostezaría. ¿Quién necesita de máximas hoy día?

Los Schulteiss eran colegas y Gerda podía congraciarme con ellos, tenía acceso a ellos, pero había ocasiones en las que no podía protegerme. Por ejemplo, estábamos en una cena formal de la universidad y yo estaba sentado al lado de una anciana que le daba millones de dólares a compañías de ópera y orquestas. Yo era una especie de celebridad esa noche y llevaba frac y moño blanco, porque había dirigido una ejecución del *Stabat Mater* de Pergolesi, sin duda una de las obras más conmovedoras del siglo dieciocho. Usted pensaría que semejante música me habría ennoblecido, al menos hasta la hora de acostarme. Pero no, pronto empecé a buscar problemas. No era casualidad el que estuviera a la derecha de la señora Pergamon. Se planeaba pedirle una contribución cuantiosa. A alguien se le había ocurrido construir una *schola cantorum*, y se suponía que yo tenía que insinuárselo (delicadamente). La verdadera petición vendría después. Honestamente, a mí no me agradaban los sujetos detrás de este plan. Eran una mala camarilla y una donación importante les hubiera dado más poder del que era conveniente para nadie. El viejo Pergamon le había dejado a su esposa una fortuna prodigiosa. Tener tanto dinero era casi un atributo sacro. Y yo también había dirigido música sacra, así que era lo sagrado contra lo sagrado. La señora Pergamon me habló de dinero, no mencionó el *Stabat Mater* ni mi interpretación de él. Es cierto que en Estados Unidos el dinero aventaja a los

demás temas por mil a uno, pero ésta era una ocasión en la que la música no debió haber sido omitida. La anciana me habló del acuerdo tácito que tenían los grandes filántropos y de cómo se repartían las obras benéficas entre los Carnegie, los Rockefeller, los Mellon y los Ford. En el extranjero estaban los diversos intereses de los Rothschild y de la Fundación Volkswagen. Los Pergamon se ocupaban de la música, principalmente. Ella mencionó las cantidades gastadas en compositores electrónicos, música de computadoras –que detesto–, y mi sangre hervía todo el tiempo que yo le dirigía una mirada de perfecta cortesía de Kiev. Había visto su limosina en la calle custodiada por los guardias de seguridad del campus, que suplían a los policías de la ciudad. Los diamantes en su busto reposaban como los Lagos Finger entre las colinas. Debo decir que la plática sobre el dinero tiene efectos curiosos en mí. Llega a lugares muy profundos. Mi difunto hermano, cuya vida entera estaba dedicada al dinero, había sido el favorito de mi madre. Continúa siendo su favorito, y ella ya tiene noventa y tantos años. En seguida escuché que la señora Pergamon decía que planeaba escribir sus memorias. Entonces pregunté –y Nietzsche podría haber descrito la pregunta como surgiendo de mi *Fatum* interno–: “¿Y usará una máquina de escribir o una calculadora?”

¿Tenía que decir *eso*? ¿En realidad *lo* dije? Demasiado tarde para cuestionarlo: la tempestad se había desatado. Ella me observó, bastante calmada. Ahora bien, ella era una gran dama y yo venía de un manicomio. Dado que no se veía reacción alguna en su anciano rostro difuso y el azul de sus ojos se clarificaba y aumentaba con los anteojos, estaba tentado a creer que no había escuchado o que no había entendido. Pero eso no funcionó. Cambié el tema. Sabía que pese a su casi exclusivo interés por la música, ella había patrocinado de tanto en tanto investigación científica. Los diarios asentaban que ella había dado dinero para un proyecto de investigación de la epilepsia. De inmediato intenté conducir la conversación hacia el tema de la epilepsia. Mencioné el ensayo de Freud en el que se desarrollaba la teoría de que

un ataque epiléptico era la dramatización de la muerte del padre de uno. Esta era la razón por la cual ocurría la rigidez. Pero al darme cuenta de que mis intentos por escapar del sedal tan sólo me perjudicaban más, decidí irme al fondo, gélidamente en silencio. Con todo mi corazón me concentré en el *Fatum*. *Fatum* significa que en cada ser humano hay algo que permanece inaccesible al examen. *Nada* se puede enseñar a este algo. Quizá se fundamenta en la Voluntad de Poder, y la Voluntad de Poder no es otra cosa sino el Ser mismo. Conmoverlo, o como dirían los jóvenes, completamente drogado, por el *Stabat Mater* (la gloriosa madre que no me defenderá a mí), fui instigado a hablar desde las profundidades de mi *Fatum*. Creo que malentendí completamente a la anciana señora Pergamon. Hablarme a mí de dinero era algo amable, incluso magnánimo de su parte: un hombre que conocía a Pergolessi era tan importante como un rico e incluso podía hablársele como a un igual. E incluso a pesar de mí patrocinó la *schola cantorum*. Usted no castiga a una institución sólo porque un chiflado en una cena le habla brutalmente. Era tan anciana que había conocido a todos los tipos de locos que hay. Tal vez yo me sobresalté más que ella.

Ella había sido cortés, señorita Rose, y yo había intentado sobrepasarla, rebasarla en una curva peligrosa. ¿Una lucha de poder? ¿Qué podía significar eso? ¿Por qué necesitaba yo poder? Bueno, quizá lo necesitaba porque desde una posición de poder usted puede decir lo que sea. Los hombres poderosos ofenden con impunidad. Tome como ejemplo lo que Churchill dijo sobre un parlamentario llamado Driberg:²³ “Es el hombre que le dio mala fama a la pederastía”. Y Driberg en lugar de encolerizarse se sintió halagado, tanto que cuando otro miembro del Parlamento quiso hacerse el aludido por el comentario e insistió en que Churchill hablaba de él, Driberg dijo: “¿De *ti*? ¿Y Winston por qué hablaría de un maricón insignificante como *ti*?” Esta disputa entretuvo a Londres por varias semanas. Pero, por supuesto, Churchill

²³ Thomas Edward Neil Driberg, Baron de Bradwell, (1905-1976) fue un periodista, político de izquierda y miembro del Parlamento de 1942 a 1955 y de 1959 a 1974. (N. del T.)

era Churchill, el descendiente de Marlborough, su gran biógrafo, y también el salvador del país. Ser insultado por él garantizaba un lugar en la historia. No obstante, Churchill era un vestigio de una época más civilizada. Un caso menos civilizado sería el de Stalin. Al recibir una delegación de polacos comunistas en el Kremlin, Stalin dijo: “¿Pero qué pasó con esa fina e inteligente mujer, la camarada X?” Los polacos agacharon la cabeza. Dado que el mismo Stalin había mandado matar a la camarada X, no había nada que decir.

Esto es desprecio, no ingenio. Es mero despotismo oriental, señorita Rose. Churchill era humano, Stalin meramente un coloso. En cuanto a nosotros, aquí en Estados Unidos, somos una civilización híbrida, demótica. Tenemos nuestras virtudes pero desconocemos el estilo. Es sólo gracias a que en la sociedad estadounidense no hay lugar para el estilo (estilo en el sentido de Voltaire o de Gibbons, a la manera de Saint-Simon o Heine) que es posible que un hombre como yo pueda hacer semejantes comentarios como los que hace, sin dañar a nadie salvo a sí mismo. Si la gente se ofende es por la “intención hostil” que perciben, no por la agudeza de las palabras. Entonces me clasifican como una curiosidad psicológica, una personalidad retorcida. Nunca se les ocurre observar una imagen panorámica o biográfica. En el sentido real del término, la biografía se nos ha perdido de vista. Todos revoloteamos como polluelos recién nacidos bajo los pies de los grandes ídolos, los monumentos del poder.

Entonces ¿qué son las palabras? Un abogado, el primero, el que me representó en el juicio por la herencia de mi hermano (el segundo fue el hermano de Gerda), el abogado número uno, cuyo nombre es Klaussen, cuando tenía que bosquejar una carta importante me dijo: “Hazlo *tú*, Shawmut. Tú eres el hombre de las palabras.”

“¡Y tú la puta de diez coños!”

Pero no lo dije. Él era muy poderoso. Yo lo necesitaba. Tenía miedo.

Pero inevitablemente tenía que ofenderlo y lo hice pronto.

No puedo decirle *por qué*. Es un misterio. Cuando intentaba hablar del ensayo de Freud sobre la epilepsia con la señora Pergamon quería insinuarle que yo mismo era víctima de ataques extraños que se asemejaban a caer enfermo. Pero no era simplemente una patología cerebral, una lesión, la química de una crisis convulsiva tónico-clónica. Era un tipo de *gaieté de coeur*²⁴ perversamente alegre. ¿Elementos de espíritu vengativo o de blasfemia? Bueno, puede ser. ¿Qué decir de la inspiración demoníaca, de los energúmenos, del dios Dionisio? Tras un almuerzo angustiante con el abogado Klaussen en su club formidable, donde me intimidó, en un restaurante lleno de gente acostumbrada a intimidar, una escena de Daumier (me había regateado el precio diez o doce veces, había desechado todas mis sugerencias, y yo le había pagado un anticipo de veinticinco mil dólares, pero Klaussen aún no se molestaba en dominar los hechos básicos del caso): tras el almuerzo, como le decía, mientras caminábamos hacia el lobby del club —en el que jueces federales, funcionarios de la administración, contratistas carreteros y presidentes de juntas directivas conferenciaban en voz baja—, escuché un gran estruendo. Unos trabajadores habían tirado una pared entera.

—¿Qué pasa?—, pregunté a la recepcionista

—Están cambiando el cableado de todo el club —respondió— Todos los días tenemos problemas de energía por el viejo sistema eléctrico.

—Mientras hacen eso quizás se las puedan ingeniar para electrocutar a la gente que está en el comedor.

Al día siguiente Klaussen me notificó que por una u otra razón no podía seguir representándome. Yo era un cliente incompatible para él.

El intelecto de un hombre que declara su independencia del poder terreno: está bien. Pero yo había acudido a Klaussen por protección. Lo escogí porque era grande y arrogante,

²⁴ Alegría del corazón (N. del T.)

como los tipos que había contratado la viuda de mi hermano. Mi difunto hermano me había estafado. ¿Deseaba recuperar mi dinero o no? ¿Estaba peleando o payaseando? Dado que en la corte uno necesita de la desfachatez, era la gran arrogancia o nada. Y con Klaussen, tal como con la señora Pergamon, no había nada que Gerda pudiera hacer: no podía enviarle flores a ninguno de ellos o invitarlos a almorzar. Además, ella ya estaba enferma. Agonizante, se preocupaba por mi futuro.

–¿Tenías que provocarlo? –me reconvenía– Es un hombre orgulloso.

–No resistí la tentación. ¿Qué me sucede? ¿Acaso soy demasiado recto como para ser hipócrita?

–Hipócrita es una palabra fuerte... con decir las cosas de dientes para afuera.

Y nuevamente dije lo que no debía, especialmente dado su estado de salud:

–Hay poca diferencia entre decir las cosas de dientes para afuera y besar traseros.

–¡Ay mi pobre Herschel, nunca vas a cambiar!

Ella se estaba muriendo de leucemia, señorita Rose, y tuve que prometerle que pondría mi caso en manos de su hermano Hansl. Ella creía que Hansl no me traicionaría debido a ella. Ciertamente, sus sentimientos por ella eran genuinos. Él amaba a su hermana. Pero como abogado era un desastre, no es que fuera traidor sino que en esencia era un conspirador inepto. Además él estaba completamente loco.

Abogados, abogados. Usted se preguntará ¿por qué necesitaba yo de todos estos abogados? Porque amaba a mi hermano profundamente. Porque hicimos negocios juntos, y los negocios no pueden hacerse sin abogados. Ellos se han hecho de un nicho en el corazón mismo del dinero: son una fuerza en la esencia misma de lo que es más fuerte. Algunos de los pasajes más placenteros de la carta de Walish se refieren a mi horrible litigio. Afirma: “Siempre

supe que eras un tonto”. Por lo que a él respecta, se tomó las mayores molestias para nunca serlo. No es que alguien pueda estar absolutamente cierto de que su prudencia es perfecta. Pero tener que contratar a un abogado es una prueba contundente de que uno es un tonto. En eso le doy la razón a Walsh.

Mi hermano, Philip, me había hecho una oferta de negocios, y eso también fue por mi culpa. Cometí el error de contarle sobre todo el dinero que había ganado con mi libro de apreciación musical. Él estaba impresionado. Le dijo a su esposa, “¡Tracy, adivina quién es millonario!” Entonces me preguntó: “¿Y qué estás haciendo con el dinero? ¿Cómo te proteges de los impuestos y la inflación?”

Yo admiraba a mi hermano, no porque él fuera un “empresario creativo”, como decían en la familia –eso no significaba nada para mí– sino porque... Bueno, en realidad no hay un “porqué”, sólo estaba la *propensión*, el sentimiento de toda la vida, un misterio. Su interés en mis finanzas me emocionó. Esta vez hablaba conmigo seriamente, y esto nubló mi juicio. Le dije: “Nunca he querido hacerme de dinero y ahora estoy nadando en él”. Semejante aseveración era un poco falsa. Era, si usted prefiere, inexacta. Asumir semejante tono también fue un error pues implicaba que el dinero no era tan difícil de conseguir. El Hermano Philip se había desvivido por él, mientras que el Hermano Harry había ganado carretadas de él, accidentalmente, mientras perdía su tiempo en tonterías. Esto, ahora lo admito, era un “lero-lero” provocador. Él se lo tomó a mal. Incluso noté de inmediato cómo se lo tomaba a mal.

De niño, Philip era muy gordo. Cuando éramos chicos teníamos que dormir juntos, y era como compartir la cama con un manatí. Pero él se había vuelto bastante sólido desde entonces. De perfil, su cara era larga, con ojeras, una angulosa cara seria sobre un cuerpo firme. Mi difunto hermano era un hombre astuto. Formulaba planes a largo plazo. Sobre mí tenía la ventaja suprema del desapego. Mi debilidad era mi cariño hacia él, despreciable en un hombre

adulto. Se parecía ligeramente a Spencer Tracy, pero era más codicioso y agudo. Tenía un bronceado tejano, iba al “estilista”, no al peluquero, y usaba anillos mexicanos en cada uno de sus dedos.

Nos invitaron a Gerda y a mí a su finca cerca de Houston. Ahí vivía a lo grande y cuando me mostró el lugar me dijo:

–Todas las mañanas cuando me despierto me digo: “Philip, estás viviendo en medio de un parque. Eres dueño de todo un parque”.

–En verdad es tan grande como el parque Douglas de Chicago–, dije.

Me paró en seco, no quería saber nada acerca del viejo Lado Oeste, de nuestros orígenes sombríos: la calle Roosevelt con sus cajas para gallinas apiladas en las aceras, el molino talmudista para rábanos en la entrada de la pescadería o el drama diario de la cocina Shawmut en el bulevar Independencia. Él abominaba esos recuerdos míos, porque él estaba completamente adaptado al modo de ser estadounidense. Por otro lado, él no pertenecía más a este rancho texano de lo que yo pertenecía. Quizás nadie pertenecía allí. Numerosos empresarios fracasados lo habían precedido en este parque privado: los petroleros y desarrolladores urbanos que habían hecho construir este monumento. Uno tenía la sensación que todos ellos debieron morir en albergues para vagabundos o en manicomios estatales, mientras maldecían la descomunal *fata morgana*²⁵ que Philip ahora poseía, o parecía poseer. La verdad es que a él tampoco le gustaba: estaba atado a ella. La había comprado por varias razones simbólicas y presionado por su esposa.

Me dijo confidencialmente que tenía para mí una inversión a prueba de tontos. La gente lo buscaba con cientos de miles de dólares para pedirle que los incluyera en el negocio,

²⁵ Una *fata morgana* es un espejismo complejo o una ilusión óptica ocasionada por una inversión de la temperatura. El nombre deriva del italiano “fata Morgana”, cuyo significado es “hada Morgana”, quien según la leyenda era un hada cambiante. (N. del T.)

pero él los rechazaría a todos por mí. Por primera ocasión él podía hacer algo por mí. Luego puso sus condiciones. La primera condición fue que él nunca sería cuestionado: así era como hacía negocios, pero yo podía estar seguro de que él me protegería como debe hacerlo un hermano y que no había nada que temer. En los fragantes jardines de la plantación, se trasladó por un instante (nada más) al yiddish. Él velaría siempre por mis intereses. Luego se trasladó de vuelta. Me dijo que su esposa, que era la mejor mujer del mundo y la personificación del honor, respetaría los compromisos y cumpliría sus deseos con fidelidad fanática si algo le llegara a pasar a él. Su fidelidad fanática hacia él era fundamental. Me dijo que yo no entendía a Tracy. Ella era difícil de entender pero era una verdadera mujer y él no dejaría que hubiera alguna cláusula en nuestro acuerdo que la obligara formalmente. Ella se ofendería con eso y él también. Y usted no creería, señorita Rose, cómo me conmovieron todos esos clichés. Reaccioné como si un acelerador bajo su gordo pie, elegantemente calzado, inyectara sangre, no gasolina, a mi máquina mortal. Estaba loco de sentimiento y dije sí a todo. ¡Sí, sí! El plan era crear un deshuesadero para autos, el más grande de Texas, que proveería partes de autos a todo el sur de los Estados Unidos y también a Latinoamérica. Los grandes exportadores alemanes e italianos estaban notoriamente escasos de repuestos; yo mismo había vivido eso: una vez tuve que esperar cuatro meses por un estabilizador de las llantas delanteras de mi BMW que no se podía conseguir en los Estados Unidos. Pero no fue la propuesta de negocios lo que me emocionó, señorita Rose. Lo que me conmovió fue que mi hermano y yo seríamos realmente socios por primera vez en nuestras vidas. Como nuestra aventura conjunta jamás en este mundo sería Pergolesi, necesariamente tenían que ser los negocios. Yo estaba irracionalmente agitado por emociones que habían aguardado toda una vida para expresarse; ellas debieron haberse abierto camino en mi corazón a una edad muy temprana y ahora afloraban con toda su fuerza para arrastrarme a la ruina.

—¿Y tú qué tienes que ver con automóviles chocados? —preguntó Gerda— Y con grasa y metal y todo ese ruido.

—¿Y qué ha hecho alguna vez Hacienda por la música como para que deba de recaudar la mitad de mis regalías?—, contesté.

Mi esposa era una mujer educada, señorita Rose, y comenzó a releer ciertos libros y contarme de ellos, especialmente a la hora de acostarnos. Recorrimos bastante de Balzac. *Père Goriot* (lo que las hijas le pueden hacer a un padre), *Cousin Pons* (cómo un anciano inocente fue llevado a la ruina por parientes que ambicionaban su colección de arte)... Un pariente embaucador tras otro: todos ellos despiadados. Me relató la destrucción de César Birotteau, el perfumero confiado. También me leyó pasajes selectos de Marx sobre el olvido de los lazos familiares en el capitalismo. Pero jamás se me ocurrió que tales calamidades le podían ocurrir a un hombre que había leído sobre ellos. Había leído acerca de las enfermedades venéreas y jamás había contraído alguna. Además, ya era demasiado tarde para oír advertencias.

En mi último viaje a Texas visité los terrenos vastos, humeantes, del deshuesadero y, camino de vuelta a la mansión, Philip me dijo que su esposa se había vuelto criadora de pit bulldogs. Puede que usted haya leído acerca de estas criaturas, que han escandalizado a los estadounidenses amantes de los animales. Son los más terroríficos de todos los perros. Parte terrier, parte bulldog inglés, de piel suave, pecho amplio, tremendamente musculosos, atacan a cualquier extraño, tanto niños como adultos. Como no ladran, no se escucha ninguna advertencia. Su intención es siempre matar y una vez que han empezado a desgarrarlo a uno, no se les puede detener. La policía, si es que llega a tiempo, tiene que dispararles. En la jaula los perros luchan y mueren en silencio. Los aficionados apuestan millones de dólares en las peleas (que son ilegales, pero ¿qué importa eso?). Las asociaciones humanitarias y los grupos de derechos civiles no saben exactamente cómo defender a éstos animales asesinos o los derechos

legales de sus propietarios. Hay un grupo de cabilderos en Washington que intenta exterminar la raza y, mientras tanto, los aficionados continúan experimentando, haciendo todo lo posible para crear al peor de todos los perros.

Philip estaba sumamente orgulloso de su esposa. “Tracy es una maravilla ¿no?”, decía. “Hay muchísimo dinero en estos animales. Confío en que imponga una nueva moda. Sujetos de todo el país caen a cántaros para comprarle sus cachorros”.

Me llevó a las perreras para presumirme a los pit bull. Mientras pasábamos, los perros se abalanzaban sobre las mallas metálicas y mostraban los dientes. No disfruté visitar las perreras. Yo mismo apretaba los dientes. Philip tampoco estaba de ningún modo a gusto con los animales. Era su propietario, eran sus posesiones, pero él no era el amo. Tracy, que apareció de entre los perros, me saludó silenciosamente con la cabeza. Los perros toleraban a los empleados negros que les llevaban la carne. “Pero Tracy –dijo Philip– es su diosa”.

Debí estar asustado porque no se me ocurrió nada satírico o cáustico qué decir. Ni siquiera se me ocurrieron remedos graciosos para Gerda en casa, cuyo entretenimiento era una de mis preocupaciones en esos días tristes.

Pero como hombre reflexivo, que es mi naturaleza, intenté relacionar la crianza de estos perros terribles con el ánimo del país. Los pros y los contras del asunto añaden algunas líneas curiosas al perfil espiritual de Estados Unidos. Hace no mucho, una señorita le escribió al *Boston Globe* que había sido una falta de juicio de los Padres Fundadores no considerar el bienestar de los perros y los gatos en nuestra democracia, siendo la gente como es. Los Fundadores fueron muy indulgentes con la perversidad humana, decía, y la Carta de Derechos debería haber contenido cláusulas para la seguridad de aquellos inocentes que son forzados a depender de nosotros. La primera conexión que me vino a la cabeza fue que el igualitarismo ahora se extendía a los gatos y a los perros. Pero no es simple igualitarismo, es la fusión de

especies diferentes; la línea que separa al hombre de los otros animales se está volviendo borrosa. Un perro le dará simples verdades honestas como las que nunca podrá obtener de un amante o de un padre. Creo recordar de los treintas (¿o lo leí en las memorias de Lionel Abel?) cuán escandalizado estaba el francés surrealista André Breton cuando visitó a León Trotsky en el exilio. Mientras los dos hombres discutían acerca de la Revolución Mundial, el perro de Trotsky se acercó para que lo acariciaran y Trotsky dijo: “Éste es mi único amigo verdadero”. ¿Qué? ¿Un perro, el amigo de este teórico marxista, del héroe de la Revolución de Octubre, del fundador del Ejército Rojo? Breton podía recomendar actos simbólicos surrealistas, como disparar al azar contra una multitud en la calle, pero ser sentimental con un perro como cualquier burgués era escandaloso. Los psiquiatras de hoy no se escandalizarían. Cada vez un número mayor de pacientes a los que les preguntan a quién quieren más responden: “A mi perro”. A este paso, un perro en la Casa Blanca se convierte en una posibilidad real. No un pit bulldog, ciertamente, pero sí un lindo golden retriever cuyo veterinario sería secretario de Estado.

No le comenté estas reflexiones a Gerda. Ni tampoco le dije que Philip tampoco estaba bien, para no inquietarla. Él había estado viendo a un doctor. Tracy lo tenía en un programa de acondicionamiento físico. Por las mañanas él entraba al anexo a la recámara principal, donde había sido instalado el más moderno equipo de gimnasio. Con unos shorts extralargos de seda (cuyo diseño supongo se inspiraba en el *whiskey sour* pues estaban decorados con rebanadas de naranja que semejaban ruedas), se colgaba con sus brazos gordos en los aparatos relucientes, corría en la caminadora con odómetro y arrastraba las pesas. Cuando se ejercitaba en la bicicleta *Exercycle*, las ruedas naranja de sus calzoncillos intensificaban la ilusión óptica de las ruedas de un vehículo en movimiento, pero él no iba a ninguna parte. ¡Las cosas extrañas que se descubría haciendo en su papel de hombre rico, la posición falsa en la que se encontraba!

Sus hijos adolescentes eran unos pueblerinos incultos. El druídico musgo español vibraba con las sacudidas de la música rock. Los perros criados para la crueldad aguardaban su oportunidad. Parecía que mi hermano sólo era el mayordomo de su esposa y sus hijos.

Aun así, él quería que lo viera hacer sus ejercicios e impresionarme con su fuerza. Mientras hacía lagartijas, sus tetas flácidas tocaban el suelo antes que lo hiciera su barbilla, pero su rostro severo censuraba cualquier comentario cómico que yo me hubiera sentido inclinado a hacer. Yo era convocado para atestiguar que bajo la grasa había un bloque de fuerzas primitivas, un corazón poderoso en su torso, grandes venas en su cuello e hileras de músculos a lo largo de su espalda. “Yo no puedo hacer nada de eso”, le dije, y de verdad no podía, señorita Rose. Mi trasero es como una mochila a la que se le han zafado las correas.

No hice comentarios porque yo era un asociado que había invertido \$600,000 en restos de autos oxidados. Tres kilómetros detrás del parque privado había grúas y compactadores y cientos de metros cuadrados se llenaban de tronidos metálicos y polvo. Para entonces comprendía que la verdadera fuerza detrás de esta empresa era la esposa de Philip, una rubia, rechoncha y baja, con autosuficiencia de marimacha, tan densa como un meteorito y, de algún modo, igualmente lunática. Pero no, yo era el lunático, mientras que ella era intrincadamente astuta.

¡Y la mayoría de mis nociones conyugales derivaban de la gentileza y la diligencia de mi propia Gerda!

Durante esta última visita al Hermano Philip, intenté que me hablara de Madre. El interés que él sentía por ella era mínimo. El afecto familiar no era lo suyo. Todo lo que tenía era para la nueva familia, para la familia vieja, nada. Dijo que no podía recordar Hammond, Indiana, o el bulevar Independencia. “Tú eres el único por el que siempre me preocupé”, dijo. Él estaba consciente de que teníamos dos hermanas muertas, pero no recordaba sus nombres.

Sin siquiera tratarlo, él estaba más adelantado que André Breton y nunca podría ser superado.

El surrealismo no era una teoría, era una anticipación del futuro.

—¿Cuál era el verdadero nombre de Chink? —, preguntó.

—¿Qué, te has olvidado del nombre de Helen? Estás mintiendo —reí—. Luego me vas a decir que no te acuerdas tampoco de su esposo. ¿Qué me dices de Kramm? Él te compró tu primer par de pantalones. ¿O de Sabina? Ella te consiguió el trabajo en la tienda de cubetas en el Centro.

—Ellos se desvanecen de mi memoria —dijo— ¿Por qué habría de conservar esos recuerdos polvorientos? Te tengo a ti para que me des detalles si lo deseo. Tú tienes semejante trauma con la memoria; ¿y de qué te sirve?

A medida que envejezco, señorita Rose, no rechazo esas opiniones o puntos de vista sino que tiendo a tomarlos en cuenta. Ciertamente, yo dependía de la memoria de Philip. Quería que recordara que éramos hermanos. Confiaba en que había invertido mi dinero de forma segura y que viviría de los ingresos que dejaran los autos chocados: veranos en Córcega, cercana a Londres al inicio de la temporada de conciertos. Antes de que los árabes encarecieran los precios de los inmuebles en Londres, Gerda y yo hablamos de comprar un departamento en Kensington. Pero esperamos y esperamos y no había ni un solo reparto de utilidades de la sociedad. “Vamos de maravilla, —decía Philip— para el próximo año podré hipotecar de nuevo y entonces tú y yo tendremos más de un millón para repartirnos. Hasta entonces, te tendrás que conformar con los descuentos fiscales”.

Empecé a hablarle de nuestra hermana Chink, pensando que mi único recurso era remover aquellos sentimientos familiares que pudieran haber sobrevivido en esta atmósfera en la que el musgo español se electrizaba con la música rock (y donde en la parte trasera los perros pitbull se ahogaban silenciosamente en la violencia de sus instintos sanguinarios). Recordé que habíamos oído música muy distinta en el bulevar Independencia. Chink tocaba

“*Jimmy Had a Nickel*” en el piano, y el resto de nosotros cantaba el coro, o lo gritaba. ¿Acaso Philip recordaba que Kramm, manejaba un camión de refrescos (le decíamos Kramm de cariño, porque idolatraba a Helen, a quien le decía Chink²⁶) y podía lanzar con precisión una caja llena de botellas dentro la pequeña apertura en la punta de la pirámide? No, el camión de refrescos no estaba apilado exactamente como una pirámide, era un zigurat.

—¿Qué es un zigurat?

—Es una construcción asiria o babilona —expliqué— con terrazas, que no termina en una punta.

—Enviarte a la universidad fue un error —dijo Philip— aunque no sé para qué otra cosa hubieras podido servir. Nadie más pasó del bachillerato... Kramm era un buen tipo, supongo.

—Sí —dije— Chink hizo que Kramm pagara mi colegiatura.

Kramm había sido soldado de infantería en la Primera Guerra Mundial: ¿acaso Philip recordaba eso? Kramm era regordete pero fuerte, de cara rechoncha, piel lisa como un samoano, y relamía su pelo negro hacia atrás a la manera de Valentino o George Raft. Nos mantenía a todos, pagaba la renta. Nuestro papá, durante la Depresión, vendía alfombras de puerta en puerta a las granjeras del norte de Michigan. *Él* no podía pagar la renta. De todo a todo, el mantenimiento de la gran casa se convirtió en la responsabilidad de Madre, y si ella desde antes ya estaba un poco tocada, melodramática, a los cincuenta pareció volverse demente. Había algo castrense en la manera en la que se hacía cargo de la casa. Su centro de mando era la cocina. Se le debía de dar de comer a Kramm porque él nos daba de comer a nosotros, y era un gran tragón. Ella cocinaba frascos de col rellena y *chop suey* para él. Él solo se podía engullir un balde de sopa y despacharse un pastel de piña completo. Madre compraba, pelaba, cortaba, hervía, freía, rostizaba y horneaba, servía y lavaba. Kramm comía hasta la saciedad y luego, por la noche, podía levantarse en pijama, y caminar dormido. Iba directo a la

²⁶ “Chink” es un término polivalente en inglés que en español puede significar tanto “grieta” o “resquicio” como “tintineo” (N del T.)

hielera. Recuerdo una noche de verano cuando lo vi partir naranjas a la mitad y abalanzarse sobre ellas con los dientes. En su sonambulismo, sorbió como una docena de ellas, y entonces lo vi volver de nuevo a la cama, mientras su vientre lo dirigía hasta la puerta correcta.

—Y apostaba en un tugurio llamado “La herradura de diamante”, en Kedzie y Lawrence—, dijo Philip.

Sin embargo, él no tenía la intención de dejarse arrastrar por la remembranza. Empezó a reír, un poco, pero permaneció básicamente sombrío, reservado.

Claro. Había iniciado una de sus mayores estafas.

Cambió de tema. Me preguntó si no admiraba la forma en la que Tracy dirigía su gran finca. Ella era una maga. No necesitaba de decoradores de interiores: ella misma había decorado todo el lugar. Todos los lienzos eran portugueses. Los jardines eran maravillosos. Sus rosas ganaban premios. Los aparatos eléctricos nunca daban problemas. Era una cocinera *cordón bleu*. Ciertamente, los chicos eran problemáticos, pero ahora así eran los chicos. Era una magnífica psicóloga, y los pequeños bastardos estaban bien adaptados en general. Tan sólo eran muchachos estadounidenses. Su mayor satisfacción radicaba en que todo era muy estadounidense. Todo era una hechura plenamente estadounidense.

Para desayunar, si yo llamaba persistentemente a la cocina, podía almorzar café soluble frío y una rebanada de pan Wonder. Me lo llevaban al cuarto una negra que no respondía preguntas. ¿Tenían huevo, una pieza de pan tostado, una cucharada de mermelada? Nada. Me ofende profundamente el que no me den de comer. Mientras esperaba sentado a que llegara la sirvienta con el café soluble frío y el pan que parecía algodón absorbente, preparaba y pulía comentarios que podría hacerle, considerando cómo conseguir un balance entre la sátira y el interés humano. Era una pérdida de tiempo intentar alcanzar un nivel humano común con los sirvientes. Era obvio que yo era un invitado sin importancia, señorita Rose. Nadie me

escuchaba. Casi podía escuchar cómo se instruía a los sirvientes para “volverse descuidados en sus antiguos deberes” o “Usasen cuanta tediosa negligencia desearan”: las palabras de Goneril en *El rey Lear*²⁷. Además, el cuarto que me habían dado había sido ocupado por una de las niñas pequeñas, que ahora era demasiado grande para él. El papel tapiz, con ilustraciones de Simón el Simple y Goosey Gander, parecía entonces inapropiado (ahora parece agudamente pertinente).

Y yo estaba obligado a escuchar los elogios de mi hermano a su esposa. Una y otra vez me contó cuán sabia y buena era, cuán lista y tierna madre, qué brillante anfitriona, respetada por la gente más refinada que poseía las fincas más grandes. Y una consejera astuta. (¡Eso sí lo podría creer!) Además era una cálida partidaria cuando él estaba ansioso, una amante llena de energía, y le daba a él lo que nunca había tenido antes: paz. Y yo, señorita Rose, con \$600,000 atorados ahí, estaba obligado a seguirle la corriente, asintiendo con la cabeza como un imbécil. Forzado a suscribir todas sus continuas falsedades, refrendando la cuenta de todas las bondades que él se vendía a sí mismo, yo musitaba las palabras que él necesitaba para completar sus oraciones. (¡Cómo se hubiera reído de mí Walish!). La muerte respiraba sobre los dos extraños hermanos con la mismísima fragancia del aire subtropical: magnolia, madreSelva, azahar, o lo que demonios sea que fuera, resoplando en nuestras caras. Lo más extraño de todo fue la última confesión de Philip (¡falsa!). Para que sólo yo lo escuchara, me susurró en yiddish que nuestras hermanas habían chillado como *papagayas*,²⁸ que por primera vez en su vida él tenía paz ahí, tranquilidad doméstica. Mentira. Había música rock amplificada.

Tras este lapsus, se contradijo a sí mismo con creces. Para cenar en familia, fuimos en dos carros *Jaguar* a un restaurante chino, un enorme escaparate construido en círculos, o pozos-comedor, con mesas resaltadas como los timbales de una orquesta. Ahí, Philip hizo una

²⁷ King Lear, acto I. escena 3. (N. del T.)

²⁸ En español en el original, posteriormente Bellow añade su significado en inglés entre paréntesis. (N. del T.)

escena. Ordenó demasiados *bors d'oeuvres* y cuando la mesa estaba atiborrada de platos mandó llamar al gerente para quejarse de que lo estaban estafando: él no había pedido porciones dobles de estos *wontons* fritos, rollos de huevo y costillas asadas. Y cuando el gerente se negó a llevarse los platos Philip fue de mesa en mesa con rollos primavera y costillas diciendo: “¡Tengan! ¡Gratis! ¡Yo invito!”. Los restaurantes siempre lo alborotaban, pero esta vez Tracy le ordenó que se comportara. Dijo: “Basta Philip, venimos aquí a comer, no a elevarle la presión arterial a todo el mundo”. Sin embargo, minutos después él fingió que había encontrado una piedra en su ensalada. Yo había visto esto antes. Llevaba una piedra en su bolsillo para este propósito. Incluso los chicos lo sabían, y uno de ellos me dijo: “Se la pasa haciendo esto, tío”. Me sobresaltó el que me llamara tío.

Téngame un poco de paciencia, señorita Rose. Le cuento las cosas tan rápido como puedo. No tengo a nadie con quien hablar en Vancouver, salvo la anciana señorita Gracewell, y con ella tengo que viajar en nubes esotéricas. Al fingir que se había quebrado el diente, Philip había cambiado del estilo de vida estadounidense de las revistas para mujer (una esposa encantadora, una casa hermosa, los más altos estándares de normalidad) a aquel de los pueblerinos incultos: que le gritan a los orientales mientras le ordenan a sus hijos que los comuniquen por teléfono con su abogado. La idiosincrasia prosaica de los brutos estadounidenses ricos. Pero uno ya no puede ser un prosaico sin una alta sofisticación que rivalice con la sofisticación de lo que uno odia. Sin embargo, no tiene caso hablar de la “falsa conciencia” o cualquiera de esas patrañas. Philly se había puesto en las manos de Tracy para adoptar el estilo de vida estadounidense. Para conseguir este privilegio (obsoleto), pagó con su alma. De cualquier modo, puede que él jamás haya estado absolutamente seguro de que hubiera semejante cosa como el alma. Lo que resentía de mí era que no paraba de insinuar que las almas existían. ¿Qué era yo, un rabí reformista o algo así? Salvo en un servicio funerario,

Philip no toleraría a Pergolesi por más de dos minutos. ¿Y acaso no estaba yo —olvídese de Pergolesi— buscando una inversión jugosa?

Cuando Philip murió al poco tiempo, puede que usted haya leído en los diarios que estaba involucrado con una banda del Medio Este que traficaba partes de autos, ladrones que robaban autos de lujo y los desmantelaban para exportar sus partes a América Latina y al resto del Tercer Mundo. Sin embargo, el crimen de Philip no eran las tiendas de partes robadas. Con el crédito que consiguió con mi dinero, la sociedad adquirió y revendió tierras, pero muchas de estas propiedades carecían de título legítimo: había embargos sobre ellas. Los compradores estafados presentaron demandas. Surgieron grandes problemas. Tras ser condenado, Philip apeló y luego violó su libertad bajo fianza y huyó hacia México. Ahí fue secuestrado mientras trotaba en el Parque de Chapultepec. Sus secuestradores eran cazarrecompensas. Las compañías afianzadoras a las que les había enjaretado el problema habían ofrecido una recompensa por su captura. Hay especialistas que secuestran gente, señorita Rose, si la suma es lo suficientemente grande como para correr el riesgo. Luego de que Philip fue traído de vuelta a Texas, el gobierno mexicano inició un proceso de extradición aduciendo que había sido sustraído ilegalmente, como, en efecto, lo había sido. Mi pobre hermano murió mientras hacía lagartijas en el patio de una prisión de San Antonio durante la hora de ejercicio. Así fue el final de sus pintorescas batallas.

Tras haberlo llorado, y haber tomado medidas para resarcirme de mis pérdidas con su herencia, descubrí que él no tenía bienes en su patrimonio. Había puesto toda su fortuna a nombre de su esposa e hijos.

A mí no podían acusarme de los delitos de Philip pero, dado que él me había hecho asociado suyo, sus acreedores me demandaron. Contraté al señor Klaussen, a quien perdí por

el comentario que hice en el lobby de su club sobre electrocutar a la gente del comedor. Admito que la broma era acerba, aunque no más acerba de lo que la gente generalmente piensa, pero el nihilismo también tiene sus límites, y los profesionales no pueden permitir que sus clientes hagan semejantes bromas. Klaussen pintó su raya. Así que a la muerte de Gerda me hallé en las manos de su energético pero desequilibrado hermano, Hansl. Él decidió, con fundamento suficiente, que yo era un incompetente y dado que es un creyente en las acciones expeditas, tomó medidas dramáticas, y pronto me colocó en mi situación actual. ¡Vaya situación! Dos hermanos prófugos, uno hacia el sur y el otro en dirección norte encarando la extradición. Ninguna compañía afianzadora enviará a cazarrecompensas por mí. No valgo la pena para ellos. Y pese a que Hansl había prometido que estaría a salvo en Canadá, no se molestó en revisar él mismo el fundamento legal. Una de sus pasantes lo hizo por él, y dado que era una chica lista y sexy, él no consideró necesario revisar sus conclusiones.

Cuando mis partidarios bien informados me preguntan quién me representa se impresionan cuando les digo quién. Comentan: “¿Hansl Genauer? Un tipo realmente listo. No tienes de qué preocuparte”.

Hansl se viste muy elegantemente, con trajes y camisas de Hong Kong. Es un hombre delgado, que se comporta como violinista concertante y tiene un comportamiento que, como comportamiento, es plenamente convincente. Por la memoria de su hermana (“Tuvo una vida maravillosa contigo, dijo ella hasta el último momento”) él era, o intentaba ser, mi protector. Yo era un pobre viejo, desolado, incompetente, próspero por accidente, estúpidamente confiado, embaucado del todo.

—Tú hermano te chingó de lo lindo. Él y su esposa.

—¿Ella era parte en esto?

—Piénsalo un poco. ¿Ha respondido alguna de tus cartas?

–No.

Ni una sola, señorita Rose.

–Déjame decirte cómo creo que fueron las cosas, Harry –dijo Hansl–, Philip quería impresionar a su esposa. Él le temía. Debido a ese terror, él deseaba hacerla rica. Ella le dijo que ella era la única familia que él necesitaba. Para probarle que confiaba en ella, él tenía que sacrificar su vieja sangre ante la nueva sangre. Algo como: “Te daré la vida de tus sueños, todo lo que tienes que hacer es degollar a tu hermano”. Él hizo su parte, acumuló lana, lana y más lana, de cualquier modo, no creo que tú le agradas a él, y puso todo el botín a nombre de ella. Para que cuando él muriera, cosa que *nunca* iba a ocurrir...”.

La inteligencia es el instrumento que toca Hansl: lo toca frenéticamente, arqueándolo con elegancia como si estuviera acomodando la estructura de una sonata, frase por frase, ante su retardado cuñado. ¿Qué necesidad tenía yo de su rasgueo? ¿Acaso no hay nadie, Dios mío, de *mi* lado? Mi hermano me agarró por el lado de mi cariño imprevisor como uno agarraría a un conejo por las orejas. Hansl, ahora encargado de mi caso, analizó la traición para mí, hasta las más finas fibras de sus lazos fraternos, y esto demostró que estaba completamente de mi lado, ¿cierto? Revisó las cuentas de la sociedad, que yo nunca me había molestado en revisar, señalando las fechorías de Philip.

–¿Ves? Estaba rentando las tierras de su esposa, la dueña nominal, para el deshuesadero, y cada año ese cerdo se pagaba a sí mismo una renta de noventa y ocho mil dólares. Allí se fueron tus ganancias. Hay más movidas de este tipo por todas las hojas de balance. Mientras, tú planeabas veranos en Córcega.

–Yo no estaba hecho para los negocios. Me doy cuenta de eso.

–Tu querido hermano era un estafador de tiempo completo. Bien pudo establecer un servicio de llamadas 01 800 FRAUDE. Pero tú también provocas a la gente. Cuando Klaussen me

entregó tu expediente, me contó las cosas ofensivas y perversas que dijiste. Él decidió entonces que no podía representarte más.

–Pero no devolvió la parte restante del jugoso adelantó que le di.

–Yo te estaré vigilando ahora. Gerda ya no está y eso me deja a mí encargado de que las cosas no empeoren: el único adulto de nosotros tres. Mis clientes con mayores problemas son los que son más leídos. Si me preguntas, lo que llaman cultura causa más que nada confusión e impide su desarrollo. Me pregunto si algún día entenderás el porqué dejaste que tu hermano te embaucara de la forma en que lo hizo.

El universo nefasto de Philip me usó para sus propios fines. No obstante, yo me acerqué a él en espera de beneficios, señorita Rose. Yo no estaba libre de culpa. Y si él y su gente –contadores, gerentes, su esposa– me obligaron a sentir lo que ellos sentían, me colonizaron con sus realidades, incluso con sus humores cotidianos y se encargaron de que yo sufriera todo lo que ellos tenían que sufrir, fue *mi* idea, a final de cuentas. Yo quise utilizarlos a *ellos*.

Nunca volví a ver a mi cuñada, ni a sus hijos, ni el parque en el que vivían, ni a los pit bulldogs.

“Esa mujer es una verdadera genio en leyes”, dijo Hansl.

Hansl me dijo: “Mejor transfieres lo que te queda, tu cuenta de fideicomiso, a mi banco, donde puedo cuidar de ti. Tengo buena relación con los ejecutivos de ahí. Los chicos son eficientes, sin transas. Ellos se harán cargo de ti.”

Ya se habían hecho cargo de mí con anterioridad, señorita Rose. Walish estaba absolutamente en lo cierto acerca de “la vida del sentimiento” y la gente que vive conforme a ella. Los sentimientos son como sueños y los sueños generalmente se tienen en la cama. Evidentemente, yo estaba buscando todo el tiempo un lugar seguro en el cual recostarme.

Hansl ofreció hacer arreglos seguros para que yo no tuviera que desgastarme con los asuntos financieros y litigiosos, que eran demasiado estresantes y laberínticos y perturbadores; así que acepté su propuesta y nos reunimos con un directivo de su banco. De hecho, el banco lucía como una institución añeja y respetable, con alfombras orientales, pesado mobiliario tallado, pinturas del siglo diecinueve, y decenas de metros cuadrados de ambiente financiero sobre nosotros. Hansl y el vicepresidente que iba a hacerse cargo de mí iniciaron hablando de nimiedades acerca del mercado accionario, las movidas en el Ayuntamiento, los pronósticos para los Osos de Chicago, las intimidades con un par de chicas en un bar de la calle Rush. Me di cuenta de que Hansl necesitaba desesperadamente los puntos que estaba obteniendo por llevar mi cuenta al banco. No le estaba yendo bien. Aunque se suponía que nadie debía decirlo, yo estaba consciente de ello. Me pusieron delante muchos formatos, los cuales firmé. Luego pusieron en la mesa dos cartas finales justo cuando mi inercia para firmar parecía irreversible. Pero apliqué el freno. Le pregunté al vicepresidente para qué eran esas formas y me dijo: “Si usted está ocupado, o fuera de la ciudad, éstas le darán al señor Genauer la facultad de negociar por usted: vender o comprar acciones a nombre de usted”.

Me metí las cartas en el bolsillo mientras comentaba que las llevaría a casa conmigo y las enviaría por correo. Pasamos al siguiente punto del negocio.

Hansl me hizo una escena en la calle, alejándome de las grandes puertas del banco hacia un callejón estrecho del Centro. Atrás de la cocina de un expendio de hamburguesas, me leyó la cartilla.

—Me humillaste—, me dijo.

—No discutimos un poder notarial por anticipado. Me tomaste completamente por sorpresa. ¿Por qué me saliste con eso? —, le respondí.

—¿Me estás acusando de intentar hacerte una jugarreta? Si no fueras el esposo de Gerda te mandarían a volar. Me acabas de desautorizar en frente de un socio financiero. No te comportaste así con tu propio hermano, y por afecto yo soy más cercano a ti de lo que él era por sangre, tarado. No hubiera negociado tus títulos sin notificarte.

Él tenía lágrimas de ira.

—Por amor de Dios, alejémonos de este ventilador de cocina —dije— estos vapores me enferman.

—¡Estás fuera! ¡Fuera! —, gritó.

—Y tú estás *dentro*.

—¿Dónde demonios más se puede estar?

Señorita Rose, estoy seguro de que usted ha comprendido de lo que hablábamos. Estábamos hablando del vórtice. Una bonita palabra para denominarlo es la francesa *le tourbillon*, o el torbellino. Yo no estaba fuera de él: sólo tenía mi proyecto para *salir* de él. Esto ha sido un caso de desorientación, querida. Sé que hay un estado adecuado para cada uno de nosotros. Y en tanto yo no esté en el estado adecuado, el estado de percepción para el que estaba orientado o destinado a estar, debo asumir la responsabilidad por la infelicidad que los demás sufren debido a mi desorientación. Hasta que esto termine sólo pueden haber errores. Por decirlo de otro modo, mis ensoñaciones de orientación o de verdadera visión se burlan de mí con sugerencias de que el mundo en el cual yo —junto con los demás— vivo mi vida es una invención, un parque de diversiones que, pese a todo, no divierte. Se asemeja, si usted me sigue, al parque privado de mi hermano, que se suponía que debía demostrar mediante signos externos que él había labrado su camino hacia el centro mismo de lo real. Philip había preparado el escenario, lo había pagado con desfalcos, pero no tenía nada que colocar en él. Fue forzado a escapar, fue perseguido por cazarrecompensas que lo secuestraron en

Chapultepec, y todo lo demás. Con su peso, a esa altitud, entre la contaminación de la Ciudad de México, salir a trotar era suicida.

Ahora bien, Hansl se dio a entender, porque estaba listo para responderme cuando le dije:

–Esos títulos no se pueden vender. ¿No te das cuenta? Los acreedores han hecho un inventario legal de todas mis propiedades.

–Bonos, principalmente. –dijo– Es ahí donde puedo burlarlos. Copiaron esa lista hace dos semanas y ahora está en el expediente de sus abogados y no la verificarán en varios meses. Ellos creen que ya te tienen, pero esto es lo que haremos: vendemos los bonos viejos y compramos bonos nuevos para reemplazarlos. Cambiamos todos los números de serie. A ti sólo te costará la comisión del corredor. Entonces, cuando llegue el momento, ellos se darán cuenta de que tienen asegurados bonos que tú ya no posees. ¿Cómo le harán para rastrear los números nuevos? Y para entonces yo ya te habré sacado del país.

En este punto, la piel de mi rostro se había vuelto intolerablemente rígida, lo que indicaba un error mayor, un mayor horror anticipado. Y, al mismo tiempo, la tentación. La gente me había dado una tunda, sin represalias, hasta el momento. Lo que pensé fue: Es hora de que *yo* haga un movimiento audaz. Estábamos en el estrecho callejón en medio de dos enormes instituciones del centro (el expendio de hamburguesas estaba encajonado en medio). Un camión armado de Brink a duras penas hubiera podido escabullirse entre las colosales paredes negras contiguas.

–¿O sea que puedo sustituir los viejos bonos con otros nuevos, y que puedo venderlos desde el extranjero si lo deseo?

Al ver que yo empezaba a apreciar la exquisita dulzura de su esquema, Hansl mostró una maravillosa sonrisa y dijo:

–Y lo harás. Esa es la lana con la que vivirás.

–Es una idea alocada–, dije.

–Puede que lo sea, pero ¿deseas pasar el resto de tu vida peleando en los tribunales? ¿Por qué no dejas el país y vives tranquilamente en el extranjero con lo que queda de tus bienes? Escoge un lugar donde el dólar sea fuerte y pasa el resto de tu vida haciendo estudios musicales o lo que demonios se te antoje. Gerda, que Dios tenga en su gloria, ya no está. ¿Qué te retiene?

–Nadie, salvo mi vieja madre.

–¿De noventa y cuatro años? ¿Y un vegetal? Puedes poner los derechos de autor de tu libro de texto a su nombre y las regalías se ocuparán de ella. Así que nuestro siguiente paso es revisar algo de derecho internacional. Hay una chica sensacional en mi despacho. Estaba en el *Yale Law Journal*. No puedes conseguir una más inteligente. Ella te encontrará un país. Haré que prepare un reporte sobre Canadá. ¿Qué te parece la Columbia Británica, a donde se retiran los canadienses viejos?

–¿A quién conozco ahí? ¿Con quién voy a platicar? ¿Y qué pasará si los acreedores me persiguen?

–No te queda mucha lana. No vale tanto la pena para ellos. Se olvidarán de ti.

Le dije a Hansl que consideraría su propuesta. Tenía que ir a visitar a Madre en el asilo.

El asilo estaba decorado con la intención de que todo pareciera normal. Su cuarto era muy parecido a cualquier cuarto de hospital, con helechos de plástico y cortinas a prueba de incendio. Las sillas, que asemejaban mobiliario de jardín de acero forjado, también eran sintéticas y livianas. Yo tenía problemas con los helechos. Me desagradaba tener que tocarlos para ver si eran reales. Era un reflejo sobre mi relación con la realidad que no podía distinguir

de un vistazo. Pero luego mi Madre tampoco me reconoció, lo que era un asunto más complejo que los helechos.

Prefería ir a la hora de las comidas, porque ella tenía que ser alimentada. Alimentarla era infinitamente significativo para mí. Yo sustituía al enfermero. Hacía mucho que había desistido en decirle: “Soy Harry”. Ni tampoco esperaba un reconocimiento por alimentarla. Solía sentir que yo había heredado algo de su loca naturaleza y su amor por la vida, pero ahora era inútil tener semejantes pensamientos. Le traían la charola y el enfermero le amarraba el babero. Ella tragaba de buena gana la sopa de crema de zanahoria. Cuando la animaba, ella asentía con la cabeza. Señales de reconocimiento: ninguna. Dos caras de la antigua Kiev, protuberancias similares en la frente. Vestida con su bata de hospital, llevaba un hilo de lápiz labial en su boca. La piel cuarteada de sus mejillas también le daba color. No permanecía callada en lo absoluto, hablaba de su familia, pero a mí no me mencionaba.

—¿Cuántos hijos tiene? —, pregunté.

—Tres: dos hijas y un hijo, mi hijo Philip.

Los tres estaban muertos. Quizás ella estaba ya en contacto con ellos. Poco de la realidad aún permanecía en esta vida; tal vez ellos habían hecho contacto de otra manera. En el censo de los vivos, a mí no me contaba.

—Mi hijo Philip es un empresario astuto.

—Oh, lo sé.

Ella se sobresaltó, pero no preguntó por qué lo sabía. Mi asentimiento con la cabeza parecía indicarle que yo era un tipo con muchos contactos, y eso le bastaba a ella.

—Philip es muy rico—, dijo.

—¿Lo es?

–Millonario, y un hijo maravilloso. Solía darme dinero. Yo lo depositaba en Ahorros Postales.

¿Tiene usted hijos?

–No, no tengo.

–Mis hijas vienen a visitarme. Pero el mejor de todos es mi hijo. Él cubre todos mis gastos.

–¿Tiene usted amigos en este lugar?

–Ninguno. Y no me gusta este lugar. Estoy adolorida todo el tiempo, especialmente en mis caderas y mis piernas. Sufro tanto que hay días en los que creo que debería saltar por la ventana.

–¿Pero usted no hará eso? ¿O sí?

–Bueno, me digo: “¿Qué harían Philip y las chicas con una madre inválida?”

Dejé que la cuchara se resbalara en la sopa y solté una risa aguda. Fue tan abrupta y penetrante que la despabiló para examinarme.

Nuestra cocina en el bulevar Independencia alguna vez estuvo repleta de esos gritos de cacatúa, principalmente femeninos. En los días de antaño las Shawmut se sentaban en la cocina mientras se cocinaban gigantescas comidas, frascos de col rellena, rebanadas de pecho de ternera. Pasteles de piña glaseados con azúcar morena salían del horno. No había voces bajas ahí. En esa jaula de pájaros uno no se podía hacer escuchar a menos que también chillara, y cuando niño había aprendido a gritar como el resto, como una de esas operísticas mujeres-pájaro. Eso era lo que Madre escuchaba ahora provenir de mí, el sonido de una de sus hijas. Pero yo no tenía un peinado bufonesco, era calvo y usaba bigote, y no había delineador en mis párpados. Mientras me observaba, limpié su cara con la servilleta y continúe alimentándola.

–No te sobresaltes Madre, te vas a lastimar tú sola.

Pero aquí todo el mundo la llamaba Madre; no había nada personal en ello.

Me pidió que prendiera el televisor para que pudiera ver *Dallas*.

Le dije que todavía no era hora, y la entretuve cantándole pedazos del *Stabat Mater*. Canté: “*Eja mater, fonsamo-o-ris*”²⁹. La música sacra de cámara de Pergolesi (distinta a sus misas formales para la iglesia napolitana) no era de su gusto. Yo amaba a mi madre, por supuesto, y ella alguna vez me amó a mí. Recuerdo bien cuando me lavaba el pelo con una gruesa barra de jabón de Castilla y lo afligida que estaba cuando yo lloraba por el jabón en mis ojos. Cuando ella me vestía con un traje de pongís (pantalones cortos de seda China) para mandarme a una fiesta sorpresa, me besaba extáticamente. Éstos eran sucesos que bien pudieron haber ocurrido justo antes de la Rebelión de los Boxer o en las callejuelas de Siena hace seis siglos. Bañar, peinar, vestir, besar: éstas son ahora antigüedades remotas. Conforme crecí, no había forma de mantenerlas.

Cuando estaba en la universidad (me enviaron a estudiar ingeniería eléctrica pero yo me fugué hacia la música) solía divertirme diciendo, cuando los estudiantes bromeaban acerca de sus familias, que como yo nací justo antes del Sabbath, mi madre estaba demasiado ocupada en la cocina como para tener tiempo para el parto y mi tía tuvo que darme a luz.

Besé a la vieja chica: la sentí más liviana que el mimbre. Pero yo me preguntaba qué había hecho para merecerme este olvido, y por qué el gordo malhechor de Philip tuvo que haber sido su favorito, el hijo verdadero. Bueno, él no le mintió respecto a *Dallas*, ni trató de resucitar las emociones de ella para beneficio de él, apelar a su memoria maternal con música cristiana (latín del siglo catorce de J. da Todi). Mi madre, tres cuartas partes de ella perdidas ya, y mi hermano —¿quién sabe dónde lo enterró su esposa?— habían sido ambos leales al mundo estadounidense de hoy y sus bulliciosos intereses materiales. En consecuencia, Philip le hablaba a su entendimiento. Yo no. Al agitar mis largos brazos para conducir la *Gran Misa* de Mozart o el *Salomón* de Handel, me dejé arrastrar hacia lo sublime. Así que por muchos años yo no tuve

²⁹¡Oh tú, Madre! ¡Fuente de amor! (N. del T.)

sentido, le había hablado en una lengua extraña a mi madre. ¿Qué tenía ella para recordarme? Hacía medio siglo que me había rehusado a entrar en su acto de cocina. Ella había pertenecido al regimiento universal de las madres de Stanislavski. Durante los años veinte y los treinta, esas mujeres se hacían fuertes en miles de cocinas a lo largo del mundo civilizado desde Salónica hasta San Diego. Le habían advertido a sus hijas que los hombres con los que se casarían serían violadores a los que se debían someter con obediencia. Y cuando le dije que me iba a casar con Gerda, Madre abrió su bolso y me dio tres dólares diciendo: “Si tanto lo necesitas, vete a un burdel”. Puro melodrama, claro.

“Dándome cuenta de cuánto sufrimos”, como escribió Ginsberg en “Kadish”, yo estaba perversamente atormentado. Había ido a tomar una decisión respecto a Ma, y era posible que estuviera manoseando el mazo, acomodando las cartas, diciéndome a mí mismo, señorita Rose: “Siempre fui yo el que se hizo cargo de esta demente, afligida, calamitosa, temblorosa vieja madre, no Philip. Él estaba demasiado ocupado haciendo de sí mismo un estadounidense imperial”. Sí, así fue como lo dije, señorita Rose, e incluso fui más allá. La culminación del acrecentamiento de Philip fue torpedearme. Dio justo en mi línea de flotación, un tiro directo, y mi fortuna estalló: un sacrificio para Tracy y sus hijos. Y ahora se supone que debo de ser remolcado para el salvamento.

Le soy honesto, señorita Rose, estaba enloquecido por la injusticia. Creo que usted estará de acuerdo conmigo en que no sólo había sido singularmente estúpido sino que lo seguía siendo, una figura burlesca. Yo pude haber inspirado el papel tapiz de Simón el Simple, el de la canción de cuna, del cuarto de la pequeña niña en Texas.

Dado que fui brutalmente ofensivo con usted sin que mediara provocación alguna, estas revelaciones, el registro de mi estado presente, puede que le sean gratificantes. Casi cualquier anciano, elegido al azar, puede ofrecer semejantes gratificaciones a aquellos a quienes

ha ofendido. Uno sólo tiene que ver la lista de las cosas ciertas, el doloroso inventario. Permítame añadir que pese a que yo también tengo razones para sentirme vengativo, no he experimentado una intoxicación dionisiaca de venganza. De hecho, he tenido sentimientos de una calma en aumento y de fortaleza renovada: mi desarrollo emocional ha sido constante, no espasmódico.

La compañía tejana, lo que quedaba de ella, era administrada por el abogado de mi hermano, quien respondía todas mis preguntas en hojas impresas en computadora. Había incremento en el capital, sólo en papel, pero yo también estaba obligado a pagar impuestos por ellos. Los \$300,000 restantes se gastarían en el litigio si yo no huía, así que decidí seguir el consejo de Hansl incluso si esto me llevaba al *Götterdämmerung*³⁰ de mis bienes restantes. Es mejor para su inocencia y tranquilidad de conciencia si usted no entiende estas explicaciones. Es hora de contraatacar, dijo Hansl. Su apariencia astuta era una estratagema. Que un hombre capaz de parecer tan astuto no fuera *en realidad* un genio de la intriga era la cosa más improbable del mundo. Las arrugas de astucia profunda de su sonrisa me dieron confianza en Hansl. Los bonos que los demandantes (acreedores) habían registrado se intercambiaron secretamente por unos nuevos. Se cubrieron mis huellas y yo partí a Canadá, un país extranjero en el que se habla mi propio idioma, o algo aproximado a éste. Ahí concluiría mi vida en calma, y con una ventajosa tasa de cambio. He desarrollado cierta simpatía hacia Canadá. No es sencillo compartir una frontera con los Estados Unidos. La diversión principal de Canadá –no tiene otra opción– es observar (desde un espléndido escenario) lo que sucede en nuestro país. La tragedia es que no hay otro espectáculo. Noche tras noche se sientan en la obscuridad y nos observan bajo los reflectores.

³⁰ *El ocaso de los dioses*, la última de las cuatro óperas que componen el ciclo *El anillo de los nibelungos* de Richard Wagner. (N. del T.)

—Ahora que has hecho tus arreglos, puedo decirte —dijo Hansl— cuán orgulloso me siento de que contraataques. Continuar recibiendo castigo por esos pendejos sería una desgracia.

El bullicioso Hansl estaba completamente desquiciado, e incluso antes de irme a Vancouver comencé a darme cuenta de eso. Me dije a mí mismo que sus extravagancias personales no se extendían a su vida profesional. Pero antes de que huyera, se le ocurrieron media docena de ideas inquietantes de lo que yo debía hacer por él. Estaba un poco resentido porque, dijo, no le había permitido hacer uso de mi prestigio cultural. Yo estaba intrigado y le pedí un ejemplo. Dijo que para empezar nunca había ofrecido recomendarlo para una membresía en el Club de la Universidad. Lo había invitado a almorzar ahí y resultó que él quedó profundamente impresionado por la elegancia de la *Ivy League*³¹, la distinción del bar, los asientos de piel y los ventanales del comedor decorados con vitrales con los escudos de las grandes universidades. Él se había graduado de De Paul, en Chicago. Había esperado que le preguntara si quería afiliarse, pero yo había sido demasiado egoísta o demasiado pretencioso para hacer eso. Dado que ahora él estaba rescatándome, lo menos que podía hacer era usar mis influencias con el comité de membresías. Entendí su punto y lo nominé de buena gana, incluso con gusto.

Luego me pidió que lo ayudara con una de sus conquistas.

—Son gente de Kenwood, que hizo su fortuna en el negocio de las ventas por correo. La familia es musical y artística. Babette es una viuda atractiva. Al primer marido le dio cáncer y a decir verdad me preocupa un poco seguirle los pasos, pero puedo evitarlo. No creo que me dé a mí también. Ahora bien, Babette está impresionada contigo, te ha escuchado dirigir y ha leído algunas de tus críticas musicales, te ha visto en la televisión cultural pública. Se educó en Suiza,

³¹ *Ivy League* es el nombre que se usa generalmente para designar a ocho prestigiosas universidades de Estados Unidos: Brown, Columbia, Cornell, Dartmouth, Harvard, Pennsylvania, Princeton, y Yale. Stanley Woodward, escritor deportivo del *New York Herald Tribune*, acuñó la frase a inicios de los años 1930. (N. del T.)

sabe idiomas, y éste es un caso en el que puedo aprovechar tu prestigio cultural. Lo que te recomiendo es que nos lleves a *Les Nomades*: cena privada sin ruido de loza. Le invité la mejor comida italiana de la ciudad en la *Azotea Romana*, pero ahí no sólo azotan los platos, también la intoxicaron con el glutamato de sodio en la ternera. Así que llévanos a *Nomades*. Puedes deducir el monto de la cuenta de mis siguientes honorarios. Siempre creí que la elegancia con la que impresionas a la gente la aprendiste de mi hermana. Después de todo, ustedes eran una familia de vendedores rusos de puerta en puerta y tu hermano era un maldito delincuente. Mi hermana no sólo te amó, te enseñó algo de estilo. Algún día se reconocerá que si ese maldito de Roosevelt no le hubiera cerrado las puertas a los refugiados judíos de Alemania, este país no estaría ahora en tantos problemas. Pudimos haber tenido diez Kissingers y nadie sabrá jamás cuánto talento científico se esfumó en los campos de concentración.

Bueno, en *Les Nomades*, lo hice de nuevo, señorita Rose. En víspera de mi viaje estaba inexplicablemente en ese estado. Como si fuera un vaso, me llenaron hasta el punto del derrame. La joven viuda que él pretendía era atractiva de una forma a la que uno tenía que acostumbrarse. Me maravillaba que cualquiera con prognatismo pudiese hablar tan rápido, y yo diría que era un tanto incómodamente alta. Gerda, con quien se moldeó mi gusto, era una mujer pequeña, deliciosa. Sin embargo, no había motivo para hacer comparaciones.

Cuando se trata de cuestiones musicales siempre trato de responderlas honestamente. La gente me ha dicho que yo soy cómicamente necio al respecto, un hombre intransigente. Babette había estudiado música, su familia era patrocinadora de la Opera Lírica, pero luego de que me preguntara mi opinión acerca de la producción de la *Coronación de Popea* de Monteverdi, se apoderó de la conversación, respondiendo ella misma todas sus preguntas. Quizá su reciente pérdida la había hecho nerviosamente parlanchina. Siempre me da gusto que alguien más se haga cargo de la conversación, pero esta Babette, a pesar de su protuberante labio inferior, era

demasiado para mí. Era una parlanchina implacable: repitió por media hora lo que había escuchado de unos parientes influyentes acerca de la política que rodeaba las franquicias de televisión por cable en Chicago. A esto siguió una larga conversación sobre películas. Yo casi no voy al cine. A mi esposa no le gustaba. También Hansl estaba perdido en toda esta discusión acerca de directores, actores, nuevos desarrollos en el tratamiento de las relaciones entre los sexos, el progreso en las ideas sociales y las políticas en la evolución del medio. Yo no tenía absolutamente nada qué decir. Pensé en la muerte y también en los temas de reflexión más apropiados de mi edad, en toda la agradable apertura de las cosas hacia el final del camino, en los linderos de la Ciudad de la Vida. No le daba mucha importancia a la plática de Babette, admiraba su gusto en el vestido, las curvadas franjas blancas y guindas de su encantadora blusa de *Bergdorf*. Ella estaba bien colocada. Era de imaginarse que sus hombros fueran demasiado gruesos, proporcionales a su prognatismo. Eso no le importaría a Hansl; él pensaba en el Intelecto desposando a la Riqueza.

Confiaba en que no me diera un infarto en Canadá. No habría nadie que cuidara de mí, ni una Gerda discreta y gentil ni una Babette parlanchina.

No me di cuenta de que uno de mis ataques se aproximaba, pero cuando estábamos frente a la puerta divisible del guardarropa y Hansl le estaba diciendo a la encargada que el de la señorita era un abrigo de marta de tres cuartos, Babette dijo:

—Ahora me doy cuenta de que monopolicé la conversación, hablé y hablé toda la noche. Lo lamento...

—No se preocupe. —le respondí— No dijo absolutamente nada.

Usted, señorita Rose, está en la mejor posición para juzgar los efectos de semejante comentario.

Al día siguiente, Hansl me dijo:

–No se puede confiar en ti, Harry, eres un traidor congénito. Sentía lástima por ti: por tener que vender tu coche y muebles y libros, y por tu hermano que te estafó, y tu anciana madre, y el fallecimiento de mi pobre hermana, pero no hay gratitud ni consideración en tu persona. Insultas a todo el mundo.

–No me di cuenta de que iba a ofender a la señorita.

–Pude haberme casado con la mujer. La tenía en la bolsa. Pero fui un idiota. Tenía que inmiscuirte a *tí* en esto. Y ahora, déjame decirte, que te has ganado otro enemigo.

–¿Quién? ¿Babette?

Hansl prefirió no contestar. Prefirió dejar caer un silencio pesado, ambiguo sobre mí. Sus ojos, que se contraían y dilataban ante su descubrimiento de mi hábito perverso, lanzaban oleadas de locura hacía mí. El mensaje de esas olas era que los cimientos de su buena voluntad habían sido destruidos. De entre todo el mundo, sólo había podido recurrir a Hansl. Todos los demás estaban malquistados conmigo. Y ahora tampoco podía contar con él. No fue un desarrollo afortunado para mí, señorita Rose. No puedo decir que no me molestara, aunque no podía creer más en la seriedad de mi cuñado. Conforme a los estándares de estabilidad que hay en el corazón mismo de los negocios estadounidenses, el mismo Hansl era un inadaptado. Más allá de sus hábitos de pensamiento disyuntivo, lo descalificaba su pinta de violinista, sus manos finas y las uñas avellana manicuradas, sus ojos, similares a los que uno vislumbra en los cálidos rincones púrpura de los recintos para cautiverio de pequeños mamíferos, que reproducen la lobreguez de los trópicos nocturnos. ¿Acaso algún funcionario de ARAMCO³² habría sido su cliente? Hansl no tenía planes razonables tan sólo fantasías elaboradas, esquemas inquietantes. Éstos se inflaban como la garganta de un lagarto y luego se desinflaban como goma de mascar.

³² Arabian Oil Company. (N. del T.)

Por lo que respecta a los insultos, nunca ofendí a nadie intencionalmente. A veces creo que para insultar a la gente ni siquiera necesito decir palabra alguna, que mi sola existencia es insultante para ellos. Llego a esta conclusión con reticencia, pues Dios bien sabe que me considero un hombre de instintos sociales normales y no estoy consciente de ningún deseo de ofender. He intentado decirle esto de diversas formas, usando palabras como ataque, episodio, posesión demoníaca, frenesí, *Fatum*, locura divina, e incluso tormenta solar: en una escala microcósmica. Las mejores personas son, por supuesto, quienes se ofenden menos por este don mío, y tengo la corazonada de que usted me juzgará menos severamente que Walsh. No obstante, él está en lo cierto en una cosa. Usted no hizo nada para ofenderme. Usted fue la más inocente, la única de los que ofendí que no tenía ningún motivo para ofender. Eso es lo que me pesa más que nada. Pero aún hay más. La redacción de esta carta ha sido la ocasión de importantes descubrimientos sobre mí mismo, así que estoy incluso más en deuda con usted, pues me doy cuenta de que usted pagó con bien el mal que le hice. Abrí la boca para hacer una broma de mal gusto a su costa y treinta y cinco años después el resultado es una comunión.

Pero para regresar a lo que literalmente soy: fundamentalmente, un sujeto viejo y sin importancia, afligido, sin amistades, en espera de ser extraditado y con un futuro en el cual la más negra de las perspectivas es justificable (¿debo acaso pedir una cama más en el cuarto de mi madre y alegar enfermedad e incompetencia?).

Vagando por Vancouver este invierno, he considerado el editar una antología de frases mordaces. Hacer que mi destino sea redituable. Pero estoy demasiado desmoralizado para hacerlo. No puedo recomponerme. En vez de eso, fragmentos de cosas que leí o que recuerdo vienen a mí persistentemente en mis idas y venidas de mi casa al supermercado. Compró para entretenerme, pero los supermercados canadienses me perturban. No están organizados como los nuestros. Tienen menos marcas. Artículos como la lechuga y los plátanos están por las

nubes mientras que artículos de lujo como el salmón congelado son comparativamente baratos. ¿Pero cómo me las arreglaría con un enorme salmón congelado? No podría meterlo en mi horno ¿y cómo podría cortarlo en pedazos con mis manos artríticas?

Fragmentos persistentes, epigramas inspirados o expresiones espontáneas de mala voluntad vienen y van. El dicho de Clemenceau sobre Poincaré de que era un hidrocefálico con botas de piel de patente. O la respuesta de Churchill a una pregunta sobre la reina de Tonga mientras ésta pasaba en un birlocho durante la coronación de la reina Isabel II:

—¿Es el pequeño caballero con uniforme de almirante el consorte de la reina?

—Más bien creo que es su almuerzo.

Disraeli en su lecho de muerte, al ser notificado de que la reina Victoria ha ido a verlo y que está en la antesala, le dice a su sirviente: “Su Majestad sólo desea que le lleve un mensaje al querido Alberto”.

Semejantes ocurrencias podrían ser deliciosas si no fueran tan persistentes ni las acompañara una desesperante sensación de que ya no estoy más al mando.

—Luce pálido y cansado, profesor X.

—Estuve hablando con el profesor Y y me quedé en blanco.

Peor que esto es el nervioso juego de palabras que no puedo dejar de jugar.

“Ella es la mujer que le quita lo ‘pía’ a la ‘harpía’”.

“Él es el hombre que le pone lo ‘raso’ al ‘razonamiento’”.

“El que le da lo ‘ido’ a ‘árido’”.

“El ‘dolo’ al ‘ídolo’”.

Las recreaciones de una mente que se desmorona, señorita Rose. Tal vez síntomas de presión arterial alta, o pequeñas pruebas de resistencia privada a la gigantesca mano pública de la ley (la mano sólo se retirará cuando yo haya muerto).

Por lo tanto, no es ninguna sorpresa que pase tanto tiempo con la anciana señorita Gracewell. Me siento en casa al oír el tictac del reloj de porcelana de Meissen de su sala con sillas incómodas. Viuda desde hace cuarenta años y sustentante de curiosos puntos de vista, ella está contenta con mi compañía. Pocos visitantes desean escuchar acerca del Espíritu Divino, pero yo estoy realmente dispuesto a ponderar las descripciones misteriosas y fascinantes que ella ofrece. El Espíritu Divino, me dice ella, se ha ausentado en nuestra época del mundo exterior, visible. Usted puede ver lo que una vez forjó, usted está rodeada de las formas que creó. Pero aunque los procesos naturales continúan, la Divinidad misma se ha ausentado. El trabajo creado es brillantemente divino pero la Divinidad no está ahora activa en él. La grandeza del mundo se está diluyendo. Y éste es nuestro escenario humano, privado de Dios, dice ella con gran gravedad. Pero en esta belleza abandonada el ser humano aún vive como un ser saturado de Dios. Depende del hombre –de nosotros– recuperar la luz que se ha escapado de esta semejanza enmohecida, si no somos obstaculizados por las fuerzas de la obscuridad. El intelecto, reverenciado por todos, nos lleva tan lejos como la ciencia natural, y esta ciencia, pese a ser enorme, es incompleta. La redención de la *sola* naturaleza es la labor del sentimiento y del ojo despierto del Espíritu. El cuerpo, dice ella, está sujeto a las fuerzas de gravedad. Pero el alma es gobernada por la ligereza, pura.

Escucho esto y no tengo impulsos maliciosos. Extrañaré a la vieja chica. Tras muchas trapacerías, señorita Rose, estoy dispuesto a escuchar palabras de suma gravedad. No queda mucho tiempo. El agente federal partirá, cualquier día de estos, desde Seattle.

4. Problemas de traducción del cuento

En esta sección abordaré los siguientes temas de traducción que hallé en el TO y que me parecen más relevantes para comentar: la idea de la “fidelidad” de la traducción; el grado de traducibilidad de la obra; los equívocos en las traducciones; la obscuridad del sentido en la obra a traducir; la “intuición” al momento de traducir; el papel de la sonoridad al momento de elegir una opción de traducción (patrones más comunes del habla en la lengua meta), y la necesidad de extrapolar el sentido.

Para abordar el primer tema, es útil precisar que en el proceso de la traducción consta básicamente de tres fases: comprensión, decodificación y reformulación. La primera fase implica un proceso de lectura mediante el cual el traductor, basado en su competencia intralingüística y extralingüística, otorga significado a los signos que aparecen en el texto origen (TO). En la segunda fase, el traductor detecta los segmentos que componen el TO con el fin de establecer las unidades mínimas con sentido. Por último, durante la última fase, el traductor utiliza los recursos idiomáticos de la lengua meta (LM) para expresar en dicha lengua el sentido expresado en el TO. En la fase de reformulación, el traductor pondera los procedimientos que puede seguir para transmitir el mensaje del TO en su traducción o texto meta (TM). (Ponce 37). Es durante la última fase cuando el parámetro de la “fidelidad” puede o no desempeñar un papel relevante, ya que el traductor se plantea la necesidad de que el TM sea “fiel” o no al TO.

De lo anterior se deriva que lo que el traductor entiende que dice el texto a traducir será el elemento que guiará las decisiones de traducción que tome con posterioridad. Esto significa que, a partir de una interpretación propia se querrá elaborar un nuevo texto que resalte o no ciertos aspectos del TO. Por lo general, el traductor buscará ser capaz de encontrar un tono o una idea rectora que concatene las decisiones de traducción que realice pero ésta no

será siempre y en todo momento la única pauta para traducir todos los elementos presentes en el TO.

La idea de que la “fidelidad” marca la pauta para traducir parece ser la primera que surge durante las teorías de la traducción. Ahora bien, el concepto de “fidelidad” misma es lo que ha sido sujeto a debate a partir de los siglos del quehacer traductorial. Como comenté en el primer capítulo, dentro de las primeras discusiones teóricas de las que hay registro sobre la traducción el tema salía ya a relucir cuando se intentaba dilucidar si uno debía ser “fiel” a la palabra o a la intención del mensaje, discusión que posteriormente se ensanchó hacia el ser fiel al propósito o fin del mensaje. No obstante, en tiempos más recientes y bajo nuevos enfoques es la idea misma de la “fidelidad” lo que ha estado bajo análisis en los estudios de traducción.

Tal como apunta Sherry Simon:

The poverty of our conventional understanding of fidelity lies in its reliance on numerous sets of rigid binary oppositions which reciprocally validate one another. Translation is considered to be an act of reproduction, through which the meaning of a text is transferred from one language to another. Each polar element in the translating process is construed as an absolute, and meaning is transposed from one pole to the other. But the fixity implied in the oppositions between languages, between original/copy, author/translator, and, by analogy, male/female, cannot be absolute; these terms are rather to be placed on a continuum where each can be considered in relative terms [...] the rethinking of translation involves a widening of the definition of the translating subject. Who translates? Fidelity can only be understood if we take a new look at the identity of translating subjects and their enlarged area of responsibility as signatories of “doubly authored” documents. At the same time, a whole nexus of assumptions around issues of authority and agency come to be challenged. When meaning is no longer a hidden truth to be “discovered,” but a set of discursive conditions to be “re-created,” the work of the translator acquires added dimensions. (10-11)

O, como explica desde otro enfoque Niranjana:

The notion of fidelity to the “original” holds back translation theory from thinking the *force* of a translation. The intimate links between, for example, translations from non-Western languages into English and the colonial hegemony they helped create are seldom examined. Although Louis Kelly remarks that “the Americans developed translation theory in the context of anthropological research and Christian missionary activity; the English to fit the needs of colonial administration,” he does not necessarily use the observation to initiate a critique of either colonialism or translation theory. European missionaries in Africa and Asia were among the first to stress the importance of translation and prepare bilingual dictionaries of a host of Asian and

African languages for the use not only of their own workers but also for merchants and administrators. (58)

Teniendo en cuenta entonces el cambio de enfoque respecto de lo que la teoría debe estudiar, no resulta sorprendente que tanto un teórico partidario del “enfoque lingüístico”, Eugene Nida, como uno de la traducción literal, Vladimir Nabokov –ambos, teóricos “modernos” sobre la traducción– usasen como sustento de sus posturas el ideal de fidelidad y completitud al texto traducido, a diferencia de los criterios establecidos hoy día por teóricas más recientes (Nida, *Towards a Science* 150 y Weissbort 382).

Comenté también en el primer capítulo que en el análisis de la traducción seguiría en buena medida los postulados de Lawrence Venuti respecto de la visibilidad o la invisibilidad del traductor. Este autor sostiene que muy comúnmente la traducción se ha ejercido como un acto de autonegación del traductor al buscar siempre que su producto final se entienda como algo generado en la LM misma. Aunque es claro que el propio concepto de lo que una traducción ha cambiado a través del tiempo, el criterio más extendido, aún en la actualidad, para juzgar si una traducción es “buena” o “correcta” es aquel que determina la calidad de la misma por el grado de invisibilidad del traductor con respecto a la obra traducida, es decir, se considera que la traducción es “buena” entre más se adecúe ésta a los patrones lingüísticos habituales en la LM, creando así la falsa idea que la obra misma fue escrita en ésta. Sobre este punto, me parece útil y provocativo el aserto de Vladimir Nabokov que asegura que debemos desestimar de una vez por todas la noción convencional de que una traducción debe poder ser leída sin sobresaltos y no debe sonar como una traducción (*apud* Weissbort 382).³³

El criterio según el cual las traducciones deben ser elaboradas de tal modo que puedan ser leídas sin sobresaltos genera un fenómeno que Lawrence Venuti describe claramente al inicio de su obra *The Translator's Invisibility*:

³³ “[...]a translation ‘should read smoothly’ and ‘should not sound like a translation’”.

A translated text, whether prose or poetry, fiction or nonfiction, is judged acceptable by most publishers, reviewers, and readers when it reads fluently, when the absence of any linguistic or stylistic peculiarities make it seem transparent, giving the appearance that it reflects the foreign writer's personality or intention or the essential meaning of the foreign text –the appearance, in other words, that the translation is not in fact a translation, but “the original.” (1)

No obstante, como señala Venuti, lo destacable de este proceso ilusorio es que el mismo oculta el caudal de condiciones bajo las cuales la traducción fue hecha, empezando por la crucial intervención del traductor en el texto extranjero. Esta intervención implica que, al *reenunciar*, el traductor realizará, de modo consciente o inconsciente, un cúmulo de elecciones que implicarán simultáneamente abrazar una serie de posibilidades que ofrece el TO a la vez que se *renuncia* a otras que permanecerán veladas o en lontananza en la traducción o que de plano desaparecerán de la misma.

Aunque en este trabajo de traducción he optado por una versión que en general no implica sobresaltos para el lector ni mucho menos por un enfoque en el que la obra original deba ser traducida palabra por palabra en su totalidad –opción que quizás hubiese dado como resultado un texto sumamente difícil de traducir y engorroso de leer–, deliberadamente he decidido traducir de forma muy literal el título mismo del cuento “Him with His Foot in His Mouth”. La traducción por la que opté bien podría considerarse un “calco,” en el sentido que utilizan Vinay y Darbelnet para definir el término³⁴ o, en palabras de Schleiermacher, una tentativa para aproximar el lector al texto.

Mi decisión para proceder de este modo deriva de mi convencimiento de que la imagen que se produce en la LO provoca un extrañamiento y un efecto grotesco interesante para el

³⁴ “Le calque est un emprunt d’un genre particulier : on emprunte à la langue étrangère le syntagme, mais on traduit littéralement les éléments qui le composent.” (Vinay y Darbelnet *Stylistique Comparée* 47). Para estos autores canadienses existen *grosso modo* dos estrategias para traducir: la traducción directa y la traducción oblicua. Ambas estrategias comprenden a su vez siete procedimientos de traducción, de los cuales tres corresponden a la estrategia directa y cuatro a la estrategia oblicua. El calco pertenece al grupo de procedimientos enlistados dentro de la estrategia directa (junto con el préstamo y la traducción literal). (Ibídem; Vinay, y Darbelnet, *Comparative Stylistics* 31-35; y Munday 56-60).

lector en la LM. Estoy consciente también de que en la LM existe una variedad de opciones para intentar traducir el título del cuento aproximándose más a la LO, con un resultado menos extraño para la LM, *v. gr.* “meter la pata” e incluso “por la boca muere el pez.” Sin embargo, con respecto a la primera opción en particular, en el español de México, “meter la pata” no se refiere únicamente a la posibilidad de decir algo imprudente o indebido, sino también a cometer un acto poco sensato o embarazoso. Una persona que se lastima y que no va al médico inmediatamente puede decir con posterioridad “el problema fue que metí la pata y no fui a que me revisaran”, lo que no necesariamente implica un dislate en el código social de conducta sino únicamente el reconocimiento de haber procedido de una manera que resultó no ser la idónea para su pronta recuperación.

No obstante, el protagonista del cuento, Herschel Shawmut, comete una y otra vez dislates al código social de conducta a lo largo de la narración mediante sus dichos, con lo que se coloca a sí mismo en situaciones comprometedoras, incómodas y francamente insostenibles y es debido a la idea de insostenibilidad, que en cierto modo prefigura el humor grotesco, por la que escogí traducir el título de una manera muy literal, pues, desde mi perspectiva, la insostenibilidad que padece el protagonista se refleja y corre en paralelo con la falta de equilibrio y sosiego que me parece que el título traducido literalmente puede generar.

Puesto que hay en el cuento una construcción constante de un sentido del humor grotesco en las reflexiones y el proceder del protagonista busqué reflejar de algún modo esa sensación grotesca con la imagen que queda al traducir literalmente el título: “Él, con su pie en su boca.” La imagen creada es inusual, ridícula e incómoda al mismo tiempo, como la sensación que se va urdiendo a lo largo de la narración de Bellow. Conservar el título con una traducción literal y mover al lector de su zona de figuras metafóricas o de idiotismos comunes y cómodos me parece el proceder más adecuado para conseguir lo que deseo. Lo anterior, sin

dejar de reconocer que al *reenunciar* el título de este modo estoy *renunciando* a otras posibilidades y ecos que el TO también ofrece y que muy posiblemente estoy creando ondas y efectos que yo mismo no anticipo en los lectores en la LM.

Mi elección tampoco quiere decir que desconozca que en la LO, la expresión “*with his foot in his mouth*” es un idiotismo de cuño corriente en inglés que no produce ya un extrañamiento en el hablante nativo de esa lengua, del mismo modo que el idiotismo “hacerse pato” no tiene efectos de extrañamiento en los hablantes nativos del español de México. Aun así, escogí una traducción que sé que sí produce un extrañamiento en el lector mexicano en la LM en un intento por “visibilizar” una construcción idiomática que en sí misma es extraña aunque los hablantes nativos del inglés no sean ya capaces de reconocer la extrañeza en la expresión misma. En este sentido, y en este punto particular de la traducción, procuro que el texto traducido sea el sitio donde un *otro cultural* se manifiesta, pues al ser un *otro*, nuestro yo discursivo habitual es más capaz de reconocer las formas extrañas (en toda la ambigüedad del término) que se elaboran en el discurso de ese otro. (Venuti 20).

Bajo cierta óptica, la traducción literal del título puede ser considerada como un error, como una falta de técnica. Pero bajo un lente distinto, uno más vivo, uno cultural, no lo es. La traducción literal permite recuperar el impacto de la imagen en un nuevo idioma. El impacto sensorial que ha quedado oculto o difuminado por el desgaste debido al uso constante e indistinto de la expresión en la LO puede recobrar nuevamente su impacto en la LM. La capacidad creadora, renovadora y evocativa encuentra una salida así en la LM y el efecto generador del lenguaje se recobra con la enunciación más apegada a la literalidad que a la imagen figurada pues, paradójicamente, la imagen literal contiene más poder figurativo que la imagen figurada, que puede adolecer de un desgaste mayor, más propio del cliché.

Ahora bien, hay que tener en cuenta que una traducción que mueve al lector hacia el texto en la LO (una traducción que extranjeriza, extranjerizante o extraña) es capaz de significar la diferencia del texto extranjero (o extraño) sólo mediante la disrupción de los códigos culturales prevalecientes en la LM, pero esa disrupción ocurre a través de la LM en sí, es decir, lo “extranjero” (o extraño) en la traducción extranjerizada (o extranjerizante o extraña) no es una representación transparente de la esencia que reside en el texto extranjero y que es valiosa en sí misma sino que es una construcción estratégica cuyo valor es contingente en la situación actual de la LM. (Venuti 20). Más aún, tal como anticipa Venuti desde el inicio de su obra al hablar de la traducción extranjerizante:

In its effort to do right abroad, this translation method must do wrong at home, deviating enough from native norms to stage an alien reading experience –choosing to translate a foreign text excluded by domestic canons, for instance, or using a marginal discourse to translate it. (1)

Contrario al enfoque que yo adopté, los traductores de este cuento cuyas traducciones fueron publicadas y lanzadas para el mercado hispanohablante, escogieron traducir el título procurando “acercar” el mismo a la LM, de modo tal que Beatriz Ruiz Arrabal (Alfaguara, 2003) optó por “Él siempre metiendo la pata”, mientras que J. Ferrer Aleu (Plaza&Janes, 1985) eligió traducirlo con un aún más cambiado –y quizás lejano– “El hombre que hablaba demasiado”.

Es claro que, en la traducción del título del cuento, ambos traductores buscaron “domesticar” lo más posible la traducción del mismo al sustituir una frase de la LO (*Him with his foot in his mouth*) cuya traducción literal resultaba poco familiar en la LM (Él con su pie en su boca) por alguna otra opción frástica (Beatriz Ruiz Arrabal) o de plano de enunciado (J. Ferrer Aleu) que, en su concepto, resultaban más reconocibles para el lector en la misma LM. En este sentido, parece que ambos traductores –consciente o inconscientemente– se adhieren al postulado básico de Eugene A. Nida que estipula la necesidad de que la traducción sea en todo

momento “dinámica”, con un dinamismo cuya meta última y única es lograr la “naturalidad” del discurso traducido (*Towards a Science* 159). No obstante, uno podría siempre cuestionar qué se entiende por “naturalidad” y cómo se decide lo que suena “natural” pues hay que recordar que, tal como lo enfatizan los enfoques de traducción más recientes, la “naturalidad” de las traducciones es también un producto contingente del momento histórico particular de la cultura en la que operan las traducciones: “History, then, is one of the things that happened to translation studies since the 1970s, and with history a sense of greater relativity and of the greater importance of concrete negotiations at certain times and in certain places, as opposed to abstract, general rules that would always be valid” (Bassnett y Lefevere 1).

En oposición a lo postulado por Nida, yo he optado por una traducción que sigue los planteamientos de Venuti y busqué una opción que produzca una “lectura sintomática”, o sea, una traducción que origine un proceso de lectura que ubique “discontinuities at the level of diction, syntax, or discourse that reveal the translation to be a violent rewriting of the foreign text, a strategic intervention into the target-language culture, at once dependent on and abusive of domestic values” (Venuti 25). Usando la terminología del propio Nida, podría decir que en lo referente al título del cuento yo he optado por la equivalencia formal y no por la equivalencia dinámica:

In order to reproduce meanings in terms of the source context, an F-E [Formal Equivalence] translation normally attempts not to make adjustments in idioms, but rather to reproduce such expressions more or less literally, so that the reader may be able to perceive something of the way in which the original document employed local cultural elements to convey meanings. (*Towards a Science* 165)

Lo anterior no implica que mi traducción sea errónea o correcta *per se*, ni que así sean las traducciones de los otros dos traductores citados sino que esto evidencia una elección de criterios de traducción diferenciados por cada uno de los traductores. Esas elecciones sólo

implicarán siempre el acoger y el renunciar al mismo tiempo posibilidades y ecos de significación.

Por otra parte, pese a que hasta el momento he defendido una aproximación literal para llevar a cabo la traducción del título del cuento, he de subrayar ahora que este método no constituyó el único criterio que utilicé para traducir el resto del cuento. La intención de explicitar el extrañamiento que provoca el texto en la LM es la intención que domina la lógica de mi traducción únicamente para el título del cuento por la significación que para mí tiene éste en el contexto total de la narración. Sin embargo, me pareció que el mantener el mismo criterio que hasta ahora he defendido para traducir otras partes del TO hubiese ocasionado una merma al manejo ingenioso del lenguaje que Bellow demuestra en su texto y esto hubiese perjudicado también el efecto lingüístico por lo que con respecto al resto del cuento utilicé justamente un criterio contrario al hasta ahora defendido por mí, es decir, para el resto del cuento utilicé un enfoque que ofreciese al lector una lectura mucho más continua y sin sobresaltos.

Para el resto de la narración procuré hallar opciones de traducción que logaran una comunicación más “transparente”, opciones que “invisibilizasen” la labor de traducción, aun cuando ello implicase alejarme del todo del TO para permitir el acercamiento del lector a un efecto similar en la LM, cosa que ocurrió, por ejemplo, en la traducción de “*Huckleberry Fink*” por “Don Quijote de la Farsa”³⁵ o de los juegos de palabras cercanos al final del cuento “*She is the woman that puts the con in icon*”, etc. Sobre este punto en particular hablaré un poco más adelante.

El hecho de que en el campo de la traducción haya lugar para criterios de traducción tan disímiles que pueden ser utilizados dentro de un mismo texto a traducir pone de relieve otra característica inherente de los idiomas: la variabilidad propia de éstos. Esta variabilidad

³⁵ Creación y sugerencia que debo a mi asesor el Dr. Mario Murgia Elizalde.

impacta en el ámbito de la traducción pues implica que para un segmento del texto cualquiera haya disponible más de una correspondencia adecuada en la LM, que se refleja a su vez en lo que Wilss denomina la unidireccionalidad que poseen todas las traducciones (76).

La variabilidad significa entonces que en cada traducción existe un sentido unidireccional que se ve reflejado con claridad en la irreversibilidad de la operación traductorial. Wilss explica que esta “falta de invertibilidad (como la imagen en el espejo) en la problemática traductorial tiene su causa por una parte en el diferente potencial sintáctico y lexical de expresión de los idiomas original y meta, y por otra en el área de la experiencia y preferencia de cada traductor” (71). La consecuencia de esto es que por cada cadena de significantes en la LO es posible recurrir a cadenas de significantes diversas en la LM que darán resultados similares pero no idénticos en cuanto a significado. Esto quiere decir en el caso concreto de “HFM” que la traducción del TO puede generar un número indeterminado de traducciones posibles que ofrecen resultados similares aunque no idénticos entre sí, situación que se aprecia desde la primera oración del mismo del cuento si comparamos las tres traducciones producto de esta narración:

Texto original	Traducción Ferrer Aleu (Plaza&Janes)	Traducción Ruiz Arrabal (Alfaguara)	Traducción propia
Dear Miss Rose: I almost began “My Dear Child,” because in a sense what I did to you thirty-five years ago makes us the children of each other. (1)	Querida Miss Rose: A punto estuve de empezar con “Mi querida niña”, porque, en cierto sentido, lo que le hice a usted treinta y cinco años atrás hace que seamos niños el uno para el otro. (1)	Querida señorita Rose: Casi empecé por “Mi querida niña”, porque en un sentido lo que le hice hace treinta y cinco años nos hace al uno hijo del otro. (1)	Querida señorita Rose: Casi comienzo con “Mi querida hija,” porque en cierto modo lo que le hice a usted hace treinta y cinco años nos convierte en hijos el uno del otro. (38)

La falta de invertibilidad implica también que si se deseara realizar la labor de traducción inversa y se tomase como $TO\alpha$ cualquiera de los textos ya traducidos en español y como $TM\alpha$ uno aún no producido en inglés, el resultado de la traducción a la nueva $LM\alpha$, a saber, el inglés, será también distinto a lo que en primera instancia fue el TO. Esto quiere decir que, independientemente de cuál de las tres traducciones en español sea ahora el $TO\alpha$ elegido muy posiblemente el nuevo $TM\alpha$ ofrecerá una versión en inglés que no necesariamente arrojará como resultado la misma cadena de significantes en inglés, a saber: “Dear Miss Rose: I almost began ‘My Dear Child,’ because in a sense what I did to you thirty-five years ago makes us the children of each other”.

Este fenómeno de la invertibilidad es en realidad reflejo de la profusión consustancial de posibilidades que los lenguajes poseen en sí mismos. El fenómeno que tan técnicamente explica Wilss era ya bien conocido por otro estudioso de la literatura y el quehacer traductorial, Jorge Luis Borges, quien habla de él en estos términos:

La traducción [...] parece destinada a ilustrar la discusión estética. El modelo propuesto a su imitación es un texto visible, no un laberinto inestimable de proyectos pretéritos o la acatada tentación momentánea de una facilidad. Bertrand Russell define un objeto externo como un sistema circular, irradiante, de impresiones posibles; lo mismo puede aseverarse de un texto, dadas las repercusiones incalculables de lo verbal. Un parcial y precioso documento de las vicisitudes que sufre queda en sus traducciones. ¿Qué son las muchas de la *Ilíada* de Chapman a Magnien sino diversas perspectivas de un hecho móvil, sino un largo sorteo experimental de omisiones y de énfasis? (No hay esencial necesidad de cambiar de idioma, ese deliberado juego de la atención no es imposible dentro de una misma literatura.) Presuponer que toda recombinación de elementos es obligatoriamente inferior a su original, es presuponer que el borrador 9 es obligatoriamente inferior al borrador H —ya que no puede haber sino borradores. El concepto de texto definitivo no corresponde sino a la religión o al cansancio.

La superstición de la inferioridad de las traducciones —amonedada en el consabido adagio italiano— procede de una distraída experiencia. No hay un buen texto que no parezca invariable y definitivo si lo practicamos un número suficiente de veces. (94-95)

El potencial del TO para dar como resultado distintas opciones de traducción se acentúa cuando la cadena de significantes en la LO es, en sí misma, ambigua, lo que puede dar como resultado dos cadenas de significantes completamente distintas en la LM sin que necesariamente una de ellas sea errónea o apócrifa en esencia. Piénsense, por ejemplo, en la ambigüedad que puede resultar de traducir sin más contexto la frase en inglés de “HFM”: “there were *cranes*” (Bellow 398). La frase podría ser traducida como: a) “había grúas [máquinas]”, o como b) “había grullas [animales]”. Ambas oraciones serían correctas si no hubiese más contexto porque la palabra “crane” en la LO tiene más de una acepción posible en la LM y es sólo a través de la evaluación de la palabra en el contexto completo –“Two miles behind the private park, there were cranes and compactors, and hundreds of acres were filled with metal pounding and dust”– que el traductor puede inferir el sentido adecuado de la traducción: “Tres kilómetros detrás del parque privado había grúas y compactadores y cientos de metros cuadrados se llenaban de tronidos metálicos y polvo” (Traducción 78).

Hay que tener en cuenta también que, tal como explica Venuti, la traducción es un proceso mediante el cual la cadena de significantes que constituye el texto en la LO es reemplazada por una cadena de significantes en la LM –provista ésta última por el traductor a la luz de una interpretación y una elección– y, dado que el significado es un efecto de las relaciones y las diferencias entre los significantes a lo largo de una potencialmente interminable cadena (polisémica, intertextual, sujeta a infinitos encadenamientos), éste es siempre diferencial y diferido y nunca presente como una unidad original. De modo que, tanto el TO como las traducciones son creaciones derivadas: ambas consisten de diversos materiales culturales y lingüísticos que ni el escritor extranjero ni el traductor originan, materiales que desestabilizan el trabajo de significación, inevitablemente excediéndolo y que posiblemente en alguna etapa pudieran llegar a estar en conflicto con las intenciones originales del autor y del traductor. El

significado, de este modo, es una relación plural y contingente, no una esencia unificada e inmutable, y, por lo tanto, una traducción no puede ser juzgada conforme a conceptos matemáticos de equivalencia semántica o de una correspondencia uno-a-uno (Venuti 17-18).

Por la situación antes referida, la traducción del significado puede ser objeto de variación conforme a los momentos históricos específicos y a las condiciones culturales particulares imperantes al momento de realizar la traducción. Sirva a manera de ejemplo de lo que digo la traducción de la frase “America I’m putting my queer shoulder to the wheel” (Bellow, *Collected* 381) en la que la palabra “queer”, que es un término complicado dada su polivalencia, ha experimentado cambios en cuanto a la transmisión de significado a lo largo del tiempo. De manera tal que aunque en el momento de escritura del cuento, 1984, la palabra podía ser traducida como “marica” o “maricón” en español, hoy día, dado el peso y la influencia de los estudios de género, esta palabra no suele traducirse de ese modo y más bien suele dejarse como un anglicismo en los textos especializados en la materia con lo que se quiere indicar la multiplicidad de significado que el término engloba en inglés. Aun con lo antes dicho, en la traducción del cuento he optado por la significación más frecuente que se le asignaba a la palabra “queer” en la década de 1980 para preservar lo que interpreté como la intención original del autor al momento de elaborar el texto.

Otro tema de particular interés para el acto mismo de traducir es el grado de traducibilidad o intraducibilidad –integral o parcial– del texto en sí. Wilss argumenta que este aspecto en las traducciones fue soslayado hasta bien entrado el siglo XIX “por la simple razón de que el interés se concentraba en un área completamente distinta, a saber: la pregunta por la manera de proceder del traductor y qué planteo metódico debe practicar para alcanzar una meta traductorial que corresponda con sus ideas cualitativas” (33).

Wilss considera que hay un tipo de intraducibilidad, que él denomina “intraducibilidad [sic] cultural” cuando los factores socioculturales en las áreas de los dos idiomas no son congruentes y es preciso hacerlos congruentes (59). En el caso en concreto de la traducción de “HFM”, esto se presentó al momento de traducir términos concretos como “hillbilly”, “redneck”, “yankee”, “hoosier”, “the Loop”, “villager”, términos que aunque traduje, sé que la traducción que ofrezco no se compagina cabalmente con los significados originales y tampoco resuelve el problema de fondo de la intraducibilidad intrínseca de estos vocablos pues la realidad que ellos denominan difiere en esencia de la realidad representada por las palabras que pretenden corresponderse con ellos en la LM.

Tómese a manera de ejemplo el término “hillbilly” que, de acuerdo con *The Compact Oxford English Dictionary* se utiliza para denominar “1. A person from a remote rural or mountainous area, esp. of the Southeastern U.S.” (768) y nos recuerda la especificidad del término al señalarnos los usos tempranos de la palabra de modo tal que “1900 *N.Y. Jnl.* 23 Apr. 2/5 In short a Hill-Billie is a free and untrammelled white citizen of Alabama who lives in the hills, has no means to speak of, dresses as he can, talks as he pleases, drinks whiskey when he gets it, and fires off his revolver as the fancy takes him” (Ibídem). Ahora bien, la imposibilidad de encontrar un equivalente exacto en el español de México de esa realidad denominada en inglés es producto de factores socioculturales e históricos distintos que segmentan de una forma diferente la realidad mexicana con respecto a la estadounidense. Para empezar, el contexto de marginación e incultura que presenta el término en inglés difícilmente corresponde con la marginación en México dado que en el particular contexto sociocultural mexicano la gente blanca no es la que padece un mayor grado de marginación o de incultura sino la población morena o indígena –producto esto de fenómenos socioeconómicos y culturales racistas que han ido moldeando a la sociedad mexicana– de modo tal que si uno

busca trasladar ese mensaje de marginación en el TM definitivamente tendrá que hacer referencia a poblaciones marginadas que no serán blancas en lo absoluto.

Pese a lo antes apuntado es necesario precisar que la traducción de un idioma a otro es posible, como lo atestigua la vasta evidencia empírica existente, además del hecho de que una postura que asegurase la existencia generalizada de la intraducibilidad sería insostenible, pues tal como afirma el propio Wilss: “Tales argumentos tienen poco peso bajo el aspecto traductorial [*sic*], puesto que se remiten más bien a puntos específicos de las dificultades de traducción que a una intraducibilidad [*sic*] general” (48). “Esto quiere decir que en principio cualquier texto en el idioma original puede sustituirse por un texto en el idioma-meta [*sic*] con una función comunicativa comparable (exceptuando ciertas producciones líricas)” (52) por lo que la traducibilidad de los textos es en principio válida incluso en los casos en los que a raíz de divergencias estructurales de idiomas individuales o condiciones socioculturales distintas (por ejemplo en traducciones de la Biblia) haya que sustituir la traducción literal por una traducción semántica o sintácticamente libre, o hasta por una reproducción parafraseante, con tal de lograr una equivalencia contextual (53).

George Steiner conjetura con brillantez que la traducción de los textos *es* posible y que el prurito que se opone a la validez de la traducción derivado de la supuesta imperfección de ésta no es en realidad un argumento atendible pues:

Like other bits of logical literalism, the nominalist and monadic refutations of the possibility of speech remain to one side of actual human practice. We *do* speak of the world and to one another. We *do* translate intra- and interlingually and have done so since the beginning of human history. The defence of translation has the immense advantage of abundant, vulgar fact. How could we be about our business if the thing was not inherently feasible, ask Saint Jerome and Luther with the impatience of craftsmen irritated by the buzz of theory. [...] The argument of perfection which, essentially, is that of Du Bellay, Dr. Johnson, Nabokov, and so many others, is facile. No human product can be perfect. No duplication, even of materials which are conventionally labelled as identical, will turn out a total facsimile. Minute differences and asymmetries persist. To dismiss the validity of translation because it is not always possible and perfect is absurd. (264)

En la misma línea, en un ensayo escrito en coautoría, Bassnett y Lefevere abonan a la opinión de Steiner sobre el tema de la intraducibilidad y con la misma contundencia que el autor de *After Babel* subrayan:

The most preposterous question was that of translatability or: 'is translation possible'. The question seems preposterous now because we have discovered the history of translation in the meantime, and that discovery enabled us to counter that question with another, namely: 'why are you interested in proving or disproving the feasibility of something that has been going on around most of the world for at least four thousand years?' (1)

Por su parte, Wilss precisa que la aceptación del principio de la traducibilidad de textos no equivale al postulado de una traducibilidad ilimitada (52). Para hacer su aseveración Wilss se apoya en Catford, quien advirtió en su libro *A Linguistic Theory of Translation*: "The limits of translatability in total translation are, however much more difficult to state. Indeed, translatability here appears, intuitively, to be a *cline* rather than a clear-cut dichotomy. SL texts and items are more or less translatable rather than absolutely *translatable* or *untranslatable*" (93). De lo postulado por Catford, Wilss concluye en su propio libro que la traducibilidad de un texto se mide por su grado de recontextualizabilidad en la LM, teniendo en cuenta todas las condiciones lingüales y extralingüales del caso (57).

Más allá de lo antes dicho, Wilss advierte además que existe en cambio otro tipo de intraducibilidad, una intraducibilidad lingüística, cuando la forma lingüística tiene una función más allá de la de proporcionar nexos objetivos y por lo tanto es esencialmente constitutiva para el logro de una equivalencia funcional, situación que se presenta por ejemplo en los juegos de palabras, mismos que se pueden traducir pero en la mayoría de los casos sólo semántica y no estilísticamente (59). Esta situación fue clara en el momento de traducir, por ejemplo, las expresiones idiomáticas o los últimos juegos de palabras que se le ocurren a Shawmut. Ejemplos de este tipo de expresiones son:

- a) She is the woman who put he 'dish' into fiendish.

b) He is the man who put the ‘rat’ into ‘rational’

c) The ‘fruit’ in ‘fruitless’

d) The ‘con’ in ‘icon’

Todas las opciones que ideé para traducir estas expresiones buscaban conservar una equivalencia de tipo semántica y no una lingüística principalmente porque, de haber procedido con una traducción mucho más apegada a la LO, al lector le hubiese sido velada la intención del TO y este ocultamiento sí hubiera ido en detrimento de la inteligibilidad del contenido del cuento. Lo anterior porque tal como Saussure indica el signo lingüístico es arbitrario (104) y por lo tanto el significado y su representación simbólica varían de idioma a idioma de ahí que si en inglés se pueden juntar “rat” y “rational” para crear un juego de palabras, en español no es posible hacer lo mismo con sus equivalentes “rata” y “racional” para formar un juego de palabras pues la forma del significado y el significante varían en la LM con respecto a las de la LO.

El objetivo fue entonces conseguir una “equivalencia dinámica”, en términos de Nida, quien define ésta como una en la que:

the focus of attention is directed, not so much toward the source message, as toward the receptor response. A dynamic-equivalence (or D-E) translation may be described as one concerning which a bilingual and bicultural person can justifiably say, “That is just the way we would say it.” [...] One way of defining a D-E translation is to describe it as “the closest natural equivalent to the source-language message.” This type of definition contains three essential terms: (1) *equivalent*, which points toward the source-language message, (2) *natural*, which points toward the receptor language, and (3) *closest*, which binds the two orientations together on the basis of the highest degree of approximation. (*Towards a Science* 166)

De este modo, de la serie de ensayos y errores para cada una de estas oraciones hubo varias posibles traducciones, unas menos afortunadas que otras, pero todas buscaron conseguir un tipo de juego de palabras que aunque en realidad no existen en la LM procurase al menos

reflejar la relación cercana entre dos vocablos entre sí. Así, previo a las elecciones finales que aparecen en esta traducción existieron:

- a) Ella es la mujer que le pone el “mal” a “malvada”; Ella es la mujer que da el “día” a lo “diabólico”; “Ella es la mujer que hace “verso” de lo “perverso”.
- b) Él es el hombre que le pone el “miento” al “entendimiento”.
- c) El que le quita lo “útil” a “inútil”.
- d) El “no” al “signo”.

Como se ve, entre las opciones no consideré alguna que buscara una traducción literal pues a mi entender lo importante era la idea detrás del juego de palabras mismo, lo que se hubiera perdido con traducciones literales como:

- a) Ella es la mujer que pone el “plato” en “endemoniado”.
- b) Él es el hombre que pone la “rata” en lo “racional”.
- c) El “fruto” a lo “estéril”.
- d) El “timo” al “ídolo”.

Las elecciones finales de este modo fueron:

- a) “Ella es la mujer que le quita lo ‘pía’ a la ‘harpía”.
- b) “Él es el hombre que le pone lo ‘raso’ al ‘razonamiento”
- c) “El que le da lo ‘ido’ a ‘árido”
- d) “El ‘dolo’ al ‘ídolo”.

Pese a mi intento de lograr comunicar la idea contenida en el TO, no puedo saber a ciencia cierta si el resultado en la LM es del compatible con el de la LO pues en ésta, estos juegos de palabras no sólo implican ingenio sino también humor y no tengo forma de saber con certeza si esa característica se transmitió o no con las opciones de traducción que elegí.

No sólo fueron éstas las únicas expresiones en las que el criterio que privilegié al momento de traducir fue un enfoque “equivalencia dinámica”. En general, al traducir expresiones idiomáticas, o idiotismos, el proceso implicó dejar de lado por completo la formulación en el TO y la lógica en la LO a fin de poder transmitir una idea clara en la LM en el TM pues, tal como nuevamente afirma Nida, este tipo de expresiones –denominadas por él frases semánticamente exocéntricas– deben de ser tratadas como unidades completas en sí mismas, cuyo significado total no depende del significado individual de las palabras que las componen:

there are many combination of words to whose meaning the constituent parts offer little or not clue. [...] The same situation applies to all kinds of so-called idioms [...] Such expressions, for which the meaning cannot be determined on the basis of the constituent parts, constitute lexical units, whether they are single morphemes or combinations of morphemes [...] Most combination of words are not lexical units, but rather what may be called semantically endocentric phrases, of which the meaning of the whole is deducible from the meanings of the parts: e.g. *he is in the house* [...] On the other hand, when combinations of words constitute single lexical units, they are semantically exocentric. In such a unit the meaning is not traceable to the signification of the parts or to their arrangement, but applies to the unit as a whole; e.g. *he is in the doghouse* and *between the devil and the deep blue sea*. (*Towards a Science* 95)

Ante tales tipos de expresiones, busqué siempre ofrecer una traducción “dinámica” que le significara al lector en la LM una respuesta similar a la respuesta que le significa el TO al lector en la LO. A continuación ofrezco sólo algunos de los ejemplos de lo dicho:

Cuento original	Traducción
Walish, I must tell you gives me the business in his letter (379)	He de decirle que Walish me pone como lazo de cochino en su carta. (46)
He himself would say that there are enough masochistic women around to encourage any fellow to preen and cut a figure (380)	Él mismo decía que había suficientes mujeres masoquistas por ahí como para que cualquier tipo se sintiera motivado a pavonearse y dar una buena impresión . (48)
How do you like <i>them</i> apples! (383)	¡Cómo les quedó el ojo! (53)
he was in addition bananas . (387)	él además estaba zafado . (59)

Más allá del hecho de que dado que la cadena de significación en el TO pueda ser reconfigurada en otras cadenas de significantes distintas pero con una función comunicativa comparable en el TM, existe también el tema de los errores o los equívocos que los traductores podemos cometer durante el proceso de traducción. Entiendo como errores aquellas opciones de traducción que no son elecciones voluntarias de los traductores dentro de contextos socioculturales específicos; errores que tampoco son producto de una intención deliberada del traductor por falsificar u omitir partes del TO³⁶. Los errores son entonces una reformulación deficiente en el TM de lo expresado en el TO lo que puede ser producto de una incapacidad o un descuido del traductor para comprender lo dicho en la LO.

Las traducciones de las que ha sido objeto “HFM” ofrecen varios ejemplos del tema en cuestión. Para efectos demostrativos incluyo un par de cuadros con los que a mi parecer son los errores cometidos por cada uno de los traductores de “HFM” que han sido lanzadas al mercado. No incluyo en este trabajo el vasto catálogo de errores que cometí en mis proceso de elaboración y reelaboración de mi propia traducción por dos razones: primera, porque me parece que carezco del espacio para incluir todos los errores que cometí a lo largo de más de una decena de borradores; segunda, para un traductor no es sencillo autocriticarse cuando aún está inmerso en el proceso de traducción de un texto y por lo tanto carece de la distancia requerida para hacer una labor de escrutinio efectiva sobre su propio quehacer de traductor. Me parece más pertinente que la crítica a mi trabajo sea elaborada por otro traductor o traductora que con ojos y oídos distanciados de esta versión pueda juzgarla de forma más efectiva.

³⁶ Para una discusión sobre las decisiones de los traductores por falsificar u omitir partes del texto original véase Borges, “Las versiones homéricas” y “Los traductores de *Las 1001 noches*”, y Robert Graves, “Moral Principles in Translation”.

Dicho lo anterior, empezaré primero con los errores detectados en la traducción publicada por Alfaguara:

Tabla 1

#	Texto original de Bellow	Traducción de Beatriz Ruiz Arrabal (Alfaguara)	Traducción propia
1	“Together with most weak hams,” as Hamlet wickedly says to Polonius (375)	“Junto a los comediantes más malos”, como le dice perversamente Hamlet a Polonio (528)	“Junto con las nalgas más caídas” (39)
2	(Notice how the liberal American vocabulary is used as a torture device) (376)	(Obsérvese cómo se utiliza el vocabulario liberal americano como instrumento de tortura) (530)	“Fíjese cómo el vocabulario liberal estadounidense se utiliza como instrumento de tortura” (41)
3	a camel on the village green (377)	como un camello en un campo de césped (530)	un camello en el prado público del pueblo (42)
4	<i>not even what the French call une belle laide, or ugly beauty, a woman whose command of sexual forces makes ugliness itself contribute to her erotic power</i> (380)	<i>ni siquiera lo que los franceses llaman une belle laide, o belleza fea, una mujer cuyo control sobre las fuerzas sexuales hace que la propia frialdad contribuya a su poder erótico</i> (534)	<i>La señorita Rose nunca fue bonita, ni siquiera lo que los franceses llaman une belle laide, o una fea atractiva, una mujer cuyo dominio de las fuerzas sexuales hace que la fealdad misma contribuya a su poder erótico</i> (47)
5	“America I’m putting my queer shoulder to the wheel.” (381)	“América, estoy arrimando mi extraño hombro” (536)	“Estados Unidos, estoy metiendo mi hombro maricón por tí” (48) ³⁷
6	—a strange <i>megillab</i> of which I myself was the Haman (381)	(una extraña <i>megillab</i> de la que yo fui el chamán) (537)	una extraña <i>megillab</i> de la cual yo mismo fui el Amán (49)

³⁷ Para consultar el texto completo del poema de Ginsberg, “America”, véase: <<http://www.writing.upenn.edu/~afilreis/88/america.html>>

#	Texto original de Bellow	Traducción de Beatriz Ruiz Arrabal (Alfaguara)	Traducción propia
7	Real candor means (382)	La inocencia plena significa (537)	La franqueza verdadera significa (51)
8	What Ginsberg opts for is the warmth of a freely copulating, manly, womanly, comradely “ open road ” humanity which doesn’t neglect to pray and to meditate (382)	Lo que Ginsberg elige es la calidez de una comunidad que copula libremente, como hombre, como mujer, como camarada, en una “ carretera abierta ”, pero que no descuida la meditación ni el rezo. (538)	por lo que Ginsberg opta es por la calidez de una humanidad de coito libre, masculino, femenino, camaraderil y de “ caminos abiertos ” que no deje de lado la oración y la meditación (51)
9	and also because of the hunger of goodness reflected in it (382)	y también por el hombre de bondad que refleja (538)	y también por el hambre de bondad que refleja (51)
10	My own name, Shawmut, had obviously been tampered with. The tampering was done long years before my father landed in America by his brother Pinye, the one who wore a pince-nez and was a music copyist for Sholom Secunda (383)	Evidentemente, mi propio nombre, Shawmut, también había sido objeto de bromas. Esto se hacía ya muchos años antes de que mi padre pusiera el pie en América. Era su hermano Pinye el que llevaba quevedos y copiaba música para Sholom Secunda (539)	Mi propio nombre, Shawmut, había sido alterado obviamente. La alteración fue hecha muchos años antes de que mi padre desembarcara en Estados Unidos por su hermano Pinye, quien usaba unos quevedos y era músico copista para Sholom Secunda (52)
11	<i>Steiffleivent</i> was the stiff linen-and-horse-hair fabric that tailors would put into the lining of a jacket. (383)	<i>Steiffleivent</i> era el tejido tieso de lino y crin que los marinos ponían en el forro de las chaquetas. (539)	<i>Steiffleivent</i> era la tela de relleno rígido y crin que los sastres ponían en el forro de las chamarras para darles forma. (53)

#	Texto original de Bellow	Traducción de Beatriz Ruiz Arrabal (Alfaguara)	Traducción propia
12	A professor from UBC (384)	un profesor de la Universidad de Berkeley (540)	un profesor de la Universidad de la Columbia Británica (53)
13	“Oh? Do you mean that every gas chamber has a silver lining?” (384)	“¿Ah? Quiere usted decir que cada cámara de gas tiene un forro plateado?” (541)	“Vaya ¿quiere usted decir que se le debe ver el lado amable a cada cámara de gases?” (54)
14	the sense of an unlimited wilderness beginning where the forests bristle, spreading northward for millions of square miles and ending at ice whorls around the Pole (384)	el sentido de una naturaleza salvaje e ilimitada que empieza donde se revisa el bosque, y se extiende hacia el norte durante millones de kilómetros cuadrados y termina con voluntad de hielo alrededor del polo (540)	la sensación de una naturaleza salvaje ilimitada que comienza donde los bosques se encrespan, se extiende a través de millones de kilómetros cuadrados hacia el norte y termina en las espirales de hielo que circundan el Polo. (54)
15	Anyway, I was reading to the wordly-wise and learned Kippenberg (384)	En todo caso, yo estaba allí leyéndole al mundano y sabio Kippenberg (541)	Como sea, yo le estaba leyendo a Kippenberg, el docto y conocedor del mundo, (55)
16	But as a reverberator, which is my nature to be, I tried to connect the breeding of these terrible dogs with the mood of the country. (397).	Pero como un eco, que es mi verdadera naturaleza, traté de conectar la crianza de estos terribles perros con el tono general del país. (559)	Pero como hombre reflexivo, que es mi naturaleza, intenté relacionar la crianza de estos perros terribles con el ánimo del país. (76)
17	You’ve got such a memory hang-up –what use is it? (399)	Tú tienes una memoria prodigiosa... ¿Para qué te sirve? (561)	Tú tienes semejante trauma con la memoria; ¿y de qué te sirve? (79)

#	Texto original de Bellow	Traducción de Beatriz Ruiz Arrabal (Alfaguara)	Traducción propia
18	After this lapse, he reversed himself with a vengeance. (401)	Después de esta pausa, salió con una venganza. (564)	Tras este lapsus, se contradijo a sí mismo con creces. (82)
19	His kidnappers were bounty hunters. (402)	Sus secuestradores eran buscadores de fortuna. (565)	Sus secuestradores eran cazarrecompensas. (84)
20	The bonding companies he had left holding the bag when he skipped out had offered a bounty for his return. (402)	Las compañías que él había dejado a cargo de la Bolsa cuando escapó habían ofrecido un rescate por su devolución. (565)	Las compañías afianzadoras a las que les había enjaretado el problema habían ofrecido una recompensa por su captura (84)
21	Hansl dresses very sharply, in Hong Kong suits and shirts. A slender man, he carries himself like a concert violinist and has a manner that, as a manner, is fully convincing. (403)	Hansl se viste de manera muy agresiva, con trajes y camisas de Hong Kong. Es un hombre delgado, y tiene un estilo de un violinista de concierto con unos movimientos que, para un abogado, son plenamente convincentes. (566)	Hansl se viste muy elegantemente, con trajes y camisas de Hong Kong. Es un hombre delgado, que se comporta como violinista concertante y tiene un comportamiento que, como comportamiento, es plenamente convincente. (85)
22	Cleverness is Hansl's instrument; he plays it madly bowing it with elegance as if he were laying out the structure of a sonata, phrase by phrase, for his backward brother-in-law (403)	La inteligencia es el instrumento de Hansl: lo utiliza como un desconocido, y se inclina con elegancia, como si estuviera plantando la estructura de una sonata, frase a frase, para su retrasado cuñado (566)	La inteligencia es el instrumento que toca Hansl: lo toca frenéticamente, arqueándolo con elegancia como si estuviera acomodando la estructura de una sonata, frase por frase, ante su retardado cuñado. (86)

#	Texto original de Bellow	Traducción de Beatriz Ruiz Arrabal (Alfaguara)	Traducción propia
23	I had had him to lunch there and it turned out that he was deeply impressed by the Ivy League class, the dignity of the bar, the leather seats, and the big windows of the dining room, decorated with the seals of the great universities in stained glass. He had graduated from De Paul, in Chicago. (410)	Lo había llevado a comer allí y resultó que le impresionó profundamente la clase de la Ivy League, la dignidad de la procesión judicial, los asientos de cuero y los grandes ventanales del comedor, decorados con los sellos de las grandes universidades en vidrieras. Yo me había graduado en De Paul, en Chicago. (575)	Lo había invitado a almorzar ahí y resultó que él quedó profundamente impresionado por la elegancia de la <i>Ivy League</i> , la distinción del bar, los asientos de piel y los ventanales del comedor decorados con vitrales con los escudos de las grandes universidades. Él se había graduado de De Paul, en Chicago. (97)

Procederé ahora a comentar lo que me parecen ser los errores cometidos por Beatriz Ruiz Arrabal. El primero de éstos, que aparece en el numeral 1 de la Tabla 1, deriva de lo que a mi entender es una falta de comprensión y cotejo de la traductora de la referencia intertextual que realiza Bellow en su cuento. El parlamento al que hace alusión Shawmut proviene de *Hamlet*, acto II, escena 2, cuando el príncipe danés, fingiéndose ya loco, le dice estas palabras mordaces a Polonio: “...for the satirical slave says here, that old men have grey beards; that there faces are wrinkled; their eyes purging thick amber and plum-tree gum; and that they have a plentiful lack of wit, together with most weak hams” (Shakespeare 808). Con su parlamento Hamlet busca burlarse de modo apenas velado tanto física como intelectualmente de su interlocutor Polonio, quien es un viejo él mismo y a quien Hamlet considera un traidor, de ahí la referencia a “together with most weak hams”, que en realidad quiere decir: “junto con los

jamones más débiles”, es decir, “junto con las nalgas más caídas”. Tanto el parlamento de la obra de Shakespeare como la referencia intertextual de Bellow hacen referencia a la decrepitud física y mental que acompañan a la vejez, por lo que considero que la opción de interpretación que ofrece la traductora es un error.

Me parece además que la traductora repite este tipo de error interpretativo en el numeral 6 de la tabla al ofrecer como opción de traducción la palabra “chamán”, que nada tiene que ver con el original “*megillab*”. La referencia intertextual a la que hace alusión Bellow es a la tradición judía de la lectura de la Megillah, o el Rollo de Ester, que se lee durante las celebraciones de Purim y que narra la historia de cómo la reina Ester, quien es judía, consigue destruir al príncipe Amán o Haman, cuya desgracia inicia al momento en el que éste, inspirado por su odio hacia Mardoqueo, pretende dar a muerte a todos los judíos sin saber que la reina Ester misma era hebrea. La frase que pronuncia Shavmut “La carta: una extraña *megillab* de la cual yo mismo fui el Amán” es entonces una forma de enunciar que él mismo fue, sin saberlo, el causante de su propia perdición.

Otros errores en la versión de Alfaguara derivan de los “falsos amigos”, como ocurre con los numerales 2, 5 y 7 de la Tabla 1. La traductora falla en advertir la presencia de éstos en el TO. De este modo, traduce erróneamente al TM “America” por “América” y no por “Estados Unidos”; “American” por “americano” y no por “estadounidense”; “candor” por “inocencia” –es decir por “candor”– y no por “franqueza”. Sobre la traducción de “America” por “América” hablaré con más detenimiento más adelante en este capítulo.

Un par de errores más que aparecen en la edición de Alfaguara provienen de la incompreensión de las expresiones idiomáticas –o expresiones exocéntricas según la terminología de Nida– en la LO por parte de la traductora. Esto se constata en los numerales 13 y 18 de la Tabla 1. En el primer caso, se traduce “silver lining” por “forro plateado”, que

quizás pueda resultar no tan disparatado dado el contexto de la oración, pero que oculta el hecho de que en la LO la expresión quiere decir, según el *Merriam Webster Dictionary Online*, “something good that can be found in a bad situation”. Por su parte, el numeral 18 contiene dos errores de traducción, el segundo de ellos “with a vengeance” da como resultado una expresión que –a diferencia del cometido en el numeral 13– no tiene sentido alguno en la LM: “salió con una venganza”, que nada tiene que ver con el sentido de la expresión idiomática en inglés que se utiliza “to emphasise the degree to which something occurs or is true” (*Oxford Dictionary Online*), es decir, “con creces”.

El primero de los errores que aparece en el numeral 18 de la tabla *supra* –la traducción de la palabra “lapse”– junto con los errores número 17 –“hang-up”– y 19 –“bounty hunters”– pueden ser agrupados como errores de comprensión del significado de las palabras, que no son siquiera expresiones idiomáticas. De este modo, “lapse” no quiere decir “pausa” sino “lapsus” (*Cambridge Dictionary Online*); “hang-up” no es un adjetivo cuyo significado es “prodigiosa/o” sino el sustantivo “trauma” (*Oxford Dictionary Online*), y “bounty hunters” no son cualquier tipo de “buscadores de fortunas” sino específicamente “cazarrecompensas” (*Merriam Webster Dictionary Online*).

Además, en la edición de Alfaguara aparecen errores que muy probablemente no hayan sido cometidos por la traductora misma sino muy posiblemente por el editor o la editora de la obra, como los que aparecen en los numerales 4 y 9 de la Tabla 1. Me parece poco creíble que haya sido la traductora quien haya confundido la palabra en inglés “ugliness” con el vocablo español “frialdad” y, más bien, yo me aventuro a decir que este error fue de edición al confundir la palabra en español “fealdad” con “frialdad”, términos que me parecen más cercanos entre sí como para cometer un gazapo de este tipo. Situación similar supongo que sucedió al confundir el vocablo “hambre” por “hombre” en la LM, lo cual me parece mucho

más probable que confundir la palabra “hunger” de la LO con “hombre” en la LM. Ambos errores ponen de manifiesto el peso –con frecuencia ignorado o pasado por alto al momento de hacer las críticas de las traducciones– que juega también el editor o la editora en el resultado final del TM.

A diferencia de los errores citados en el párrafo anterior, me parece que el error que aparece en el numeral 11 de la Tabla 1 es plenamente atribuible a la traductora y a una lectura precipitada y descuidada del vocablo a traducir, pues ella traduce “tailors” por “marinos” y no por “sastres”, que es en realidad lo que corresponde. Supongo que la traductora descuidadamente leyó “sailors” –que sí son “marinos”– en lugar de la palabra “tailors”, que es la que aparece en el TO y esto dio como resultado el error que aparece en el TM.

Asimismo, en el TM aparecen errores que derivan de la falta de familiaridad con el contexto del TO, tal como el numeral 12 de la Tabla 1. La traductora pasa por alto el hecho de que Shawmut ha buscado refugio en Canadá y que por lo tanto las siglas “UBC” hacen referencia a una institución académica canadiense, no a una estadounidense. Traducir el acrónimo por la opción “University of California, Berkeley”, no tiene sentido. La traducción adecuada es la “University of British Columbia”, misma que sí se sitúa en el territorio en el que se encuentra el protagonista y cuyo acrónimo sí corresponde con el usado en el TO.

Por su parte los errores 3, 8, 15 y 16 de la Tabla 1 son quizás más que errores opciones de traducción a las que quizás les falta cierta precisión. De este modo, el marcado en el numeral 3 falla únicamente al dejar de indicar que el “village green” no se trata de un “campo de césped” cualquiera sino que es un campo de césped que es público, un área verde común para los habitantes de la comunidad. Algo similar ocurre con la opción del numeral 8; aunque la traducción de “open road” por “carretera abierta” no es errónea en sí misma, la idea expresada no se refiere a una carretera física abierta sino a las posibilidades de caminos de vida

alternativos, por lo que me parece que la traducción de la expresión en la LO por la de “caminos abiertos” es más preciso para un público mexicano. Sobre este punto, he de decir que ignoro si en el español ibérico haya una expresión tal como “carretera abierta” que tenga más sentido, pero en el español de México ese no es el caso por lo que la expresión que ofrece Alfaguara no me parece pertinente. Respecto del tema de la variabilidad de opciones de traducción dependiendo el país de destino hablaré un poco más páginas adelante.

Por lo tocante al error marcado con el numeral 15, considero que traducir la palabra “wordly-wise” por “mundano” implica una pérdida parcial del significado de la palabra en la LO. “Wordly” no sólo implica material o mundano, sino que también conlleva “practical and having a lot of experience of life” (*Cambridge Dictionary Online*), es decir, alguien que es “de mucho mundo”, o “conocedor del mundo”. Por su parte, la palabra “reverberator” del numeral 16 equivaldría a “reverberador”, es decir alguien que “reverbera” pero en inglés “reverberate” no sólo se refiere a un ruido que se repite “several times as an echo” (*Oxford Dictionary Online*) sino también a una acción que esto puede conllevar “continuing and serious effects” (Ibídem) de donde se desprende que en español equivale a algo sobre lo que se tiene un eco sobre el que se piensa repetidamente, sobre el que se reflexiona, de lo que se deriva que “reverberator” sería alguien que reflexiona, en este caso un hombre reflexivo.

A diferencia del grupo de errores anterior, considero que aquellos que aparecen en los numerales 10, 14 y 20 a 23 son errores de interpretación absoluta del texto. Me cuesta trabajo entender el proceso mental que la traductora pudo haber seguido para llegar a las opciones de traducción que ofrece en la edición de Alfaguara por lo que aquí sólo me limito a señalar lo que yo considero como errores y remito al lector de este trabajo a lo anotado en la tabla *supra*.

Continúo ahora con los que yo considero que son los errores que aparecen en la traducción publicada por Plaza & Janés:

Tabla 2

#	Texto original de Bellow	Traducción de J. Ferrer Aleu (Plaza&Janés)	Traducción propia
1	(Notice how the liberal American vocabulary is used as a torture device) (376)	(Advierta cómo se emplea el vocabulario liberal norteamericano cual aparato de tortura) (12)	“Fíjese cómo el vocabulario liberal estadounidense se utiliza como instrumento de tortura” (41)
2	Walish himself, Early Hip with a Harvard background, (377)	El propio Walish –genio precoz que había estudiado en Harvard– (13)	El mismo Walish –de los primeros hipsters , con una formación en Harvard– (43)
3	From my side I have to admit that it was hard for me to acquire decent manners, not because I was naturally rude (379)	Por mi parte, debo confesar que me resultó difícil adquirir modales decentes, no porque fuese rudo por naturaleza (15)	Por mi parte he de admitir que me fue difícil adquirir buenos modales, no porque fuera grosero por naturaleza (45)
4	Walish alleges that I was showing off (379)	Walish sostiene que estaba haciendo comedia (16)	Walish sostiene que yo fanfarroneaba (46)
5	“ America I’m putting my queer shoulder to the wheel. ” (381)	“ América , apoyo mi hombro extraño en la rueda” (18)	“ Estados Unidos, estoy metiendo mi hombro maricón por ti ” (48)
6	Ginsberg takes a stand for true tenderness and full candor. Real candor means excremental and genital literalness (382)	Ginsberg defiende la verdadera ternura y el pleno candor. El verdadero candor significa literalidad excrementicia y genital (19)	Ginsberg asume una postura respecto a la ternura verdadera y a la franqueza plena. La franqueza verdadera significa literalidad excretoria y genital (51)

#	Texto original de Bellow	Traducción de J. Ferrer Aleu (Plaza&Janés)	Traducción propia
7	Two or three sympathetic guests remained (384)	Dos o tres simpáticos anfitriones se quedaron (22)	A los dos o tres invitados compasivos que se quedaron (53)
8	“Oh? Do you mean that every gas chamber has a silver lining?” (384)	“¡Oh! ¿Quiere usted decir que todas las cámaras de gas están forradas de plata?” (22)	“Vaya ¿quiere usted decir que se le debe ver el lado amable a cada cámara de gases?” (54)
9	My Pergolesi and Haydn made me less objectionable to her than I might have been (385)	Por esto ponía menos reparos a mis Pergolesi y Haydn de los que habría puesto en otro caso (23)	Mi conocimiento de Pergolesi y Haydn me hacían menos objetable para ella de lo que hubiera sido de otra forma (56)
10	And I agree, objectively, that my character is not an outstanding success (386)	Y estoy de acuerdo, objetivamente, en que mi carácter no constituye una actualidad destacable (25)	Y, objetivamente, concuerdo en que mi personalidad no es un logro excepcional (57)
11	He puts them on, I think, with crazy simplemindedness, with his actual dreams of finding someone’s anus in his sandwich (387)	Pienso que les engañan con absoluta simplicidad, con sus actuales sueños de encontrar el ano de alguien en su bocadillo (27)	Les toma el pelo, pienso, con un candor de locura, con sus sueños reales sobre encontrar el ano de alguien en su sándwich (60)
12	“Right speech” is sound physiology (391)	“La palabra justa” es psicología sensata (32)	“El discurso correcto” es fisiología sana. (66)
13	Take as an instance what Churchill said about an MP named Driberg (392)	Tome como ejemplo lo que dijo Churchill acerca de un miembro del parlamento llamado Driver (34)	Tome como ejemplo lo que Churchill dijo sobre un parlamentario llamado Driberg (68)

#	Texto original de Bellow	Traducción de J. Ferrer Aleu (Plaza&Janés)	Traducción propia
14	I understood by know that the real power behind this enterprise was Philip's wife, a short round blond of butch self-sufficiency, as dense as a meteorite and, somehow, as spacey. (398)	Ahora he comprendido que el verdadero poder en la sombra de la empresa era la esposa de Philip, un manejo rubio, redondo y bajo de autosuficiencia, tan densa y, en cierto modo, tan espacial, como un meteorito. (41)	Para entonces comprendía que la verdadera fuerza detrás de esta empresa era la esposa de Philip, una rubia, rechoncha y baja, con autosuficiencia de marimacha , tan densa como un meteorito y, de algún modo, igualmente lunática. (78)

En esta nueva tabla se puede constatar la repetición de opciones de traducción que yo considero errores por las razones que ya comenté al elaborar mis comentarios sobre la Tabla 1. Ejemplo de ello son los errores que aparece en los numerales 1 y 5 de esta Tabla 2 –la traducción de la palabra “American” por “americano” y “America” por “América”– por las mismas razones que ya expliqué al referirme a los numeral 2 y 5 de la Tabla 1. Asimismo, lo que considero como el error número 8 marcado en esta Tabla 2 es idéntico al error número 13 de la Tabla 1 por las razones también ya expuestas arriba, por lo que no haré más comentario al respecto.

No obstante, en la traducción de Ferrer Aleu aparecen además errores que derivan de “falsos amigos” distintos a los que aparecieron al comentar el trabajo de la otra traductora. Muestra de esto son los errores marcados en los numerales 3, 6, y 11 de esta Tabla 2. De modo tal que Ferrer Aleu equivocadamente traduce el vocablo inglés “rude” como la palabra española “rudo”, y no como “grosero”, que es lo que corresponde; “candor” por “candor” y no por “franqueza”, y “actual” por “actuales” y no por “reales” o “de hecho”.

En tanto, el error marcado con el numeral 4 de esta Tabla 2 supongo que deriva de la falta de entendimiento del phrasal verb “show off”, que quiere decir “to try to make people notice you, especially in a way that is annoying” (*Cambridge Dictionary Online*), es decir, “presumir” pero más precisamente “fanfarronear”, por lo que no considero que la opción que ofrece el traductor de Plaza&Janés sea la adecuada. Más o menos en la misma línea estarían los errores marcados con los números 7, 10 y 14 de esta segunda tabla, en los que el traductor no entendió adecuadamente el TO.

Por otra parte, considero que el error marcado en el numeral 12 de la Tabla 2 deriva de una lectura poca atenta del TO por parte del traductor pues la palabra a traducir es “physiology”, no “psychology”. No obstante, el traductor ofrece como opción de traducción el vocablo “psicología”, que no corresponde al primero de los términos mencionados en inglés sino al segundo de ellos. Supongo que esto deriva de una lectura precipitada de la palabra a traducir y que debido a la similitud de ambos vocablos en inglés el traductor cometió el gazapo con el término en español.

A diferencia de lo señalado en el párrafo anterior, me parece que el error marcado en el numeral 13 de la Tabla 2 no es un error del traductor sino un error de edición. Mi suposición deriva del hecho de que no veo por qué el traductor hubiese querido modificar el nombre del parlamentario “Driberg” por el de “Driver” y sólo puedo atribuir este cambio a algún tipo de equivocación en el proceso de edición del cuento por parte de Plaza&Janés.

Por lo que respecta al error marcado con el numeral 2 de la Tabla 2 creo que el TO es obscuro en sí, pues la referencia “Early Hip” no es de cuño corriente. Conjeturo que el traductor no entendió del todo el TO y obligado a proveer una expresión en español entregó la de “genio precoz”. Dada la obscuridad del término de referencia yo mismo no estoy cierto si mi opción de traducción es la idónea pero la fundamento en el hecho de que el cuento nos

presente a Walsh como un hombre que gusta pensar sobre sí mismo como un vanguardista –el autor mismo lo describe como “avant-garde”– y que por lo tanto la referencia “Early Hip” debe de ser una a la pertenencia temprana a cierto tipo de vanguardia que en su momento llegó a estar de moda y a tener cierto eco en los ámbitos en los que se desenvuelven los personajes. Por lo anterior, creo que el término “Hip” se refiere más bien al movimiento “hipster” de la década de 1940, cuyo tipo de vida “bohemia” se compagina con la apariencia que, según el autor, Walsh deseaba proyectar a toda costa.

Finalmente, me parece que el error marcado con el numeral 9 es un error completo de entendimiento del TO y me resulta difícil conjeturar cuál fue el proceso mental que siguió el traductor para llegar a su opción de traducción, por lo que simplemente me limito a señalarlo y a referir al lector a la Tabla 2 para contrastarlo con el resultado de traducción que yo ofrezco.

No sólo son los errores de interpretación los que tienen peso en la inteligibilidad del TM sino que la variante de español que se elige en cada traducción tendrá repercusión en el nivel de inteligibilidad de la misma. Las traducciones se dirigen a públicos específicos y de ese modo las elecciones traductoriales varían en cada caso. Sin embargo, el hecho de que los traductores de las traducciones publicadas atiendan a los hábitos de uso del idioma de un público español origina que la traducción resultante en cada caso no deje de sonar extraña para los oídos latinoamericanos y más específicamente para los mexicanos pues nuestro español es distinto al español que hablan los españoles.

A continuación enlisto ejemplos de lo dicho en la traducción de Beatriz Ruiz Arrabal:

Tabla 3

#	Texto original de Bellow	Traducción de Beatriz Ruiz Arrabal (Alfaguara)	Traducción en español de México
1	<i>Only</i> I never admitted that anti-Semites of any degree were my betters. (386)	La <i>única pega era</i> que yo nunca admití que los antisemitas de ningún tipo fueran mejores que yo. (544)	<i>Sólo</i> que yo nunca consideré que los antisemitas de ningún tipo fueran mejores que yo. (58)
2	Apart from Negroes and <i>hillbillies</i> , Hammond is mostly foreign (388)	Aparte de negros y <i>paletos</i> , en Hammond hay sobre todo extranjeros (546)	Además de los negros y los <i>pueblerinos incultos</i> , Hammond es principalmente de extranjeros (61)
3	I was tempted to believe that she didn't hear or else had failed to understand. <i>But that didn't wash.</i> (392)	me sentí tentado a creer que no me había oído o que no había comprendido. <i>Pero no coló.</i> (551)	estaba tentado a creer que no había escuchado o que no había entendido. <i>Pero eso no funcionó.</i> (67)
4	"Did you have to needle him?" (394)	–¿Por qué tenías que <i>pincharlo?</i> (554)	–¿Tenías que <i>provocarlo?</i> (71)
5	But it wasn't the business proposition that <i>carried me away</i> , Miss Rose. (397)	Pero no fue la propuesta de negocios <i>lo que me embaló</i> , señorita Rose. (557)	Pero no fue la propuesta de negocios <i>lo que me emocionó</i> , señorita Rose. (74)
6	If you weren't Gerda's husband I'd tell you to <i>beat it.</i> (405)	Si no fueras el marido de Gerda <i>te mandarí a la porra.</i> (569)	Si no fueras el esposo de Gerda <i>te mandarí a volar.</i> (89)
7	That's <i>the dough you will live on.</i> (406)	–Y lo harás. <i>Vivirás de esa pasta.</i> (570)	–Y lo harás. <i>Esa es la lana con la que vivirás.</i> (91)

#	Texto original de Bellow	Traducción de Beatriz Ruiz Arrabal (Alfaguara)	Traducción en español de México
8	After all, you were a family of Russian peddlers and your brother was a lousy felon. (410)	Después de todo vosotros erais una familia de vendedores ambulantes rusos y tu hermano un maldito delincuente. (576)	Después de todo, ustedes eran una familia de vendedores rusos de puerta en puerta y tu hermano era un maldito delincuente. (98)

Y más ejemplos de lo dicho en la traducción de J. Ferrer Aleu:

Tabla 4

#	Texto original de Bellow	Traducción de J. Ferrer Aleu (Plaza&Janés)	Traducción en español de México
1	She would say, “ Get lost! ” (376)	Diría: “ ¡Anda y que te zurzan! ” (11)	Simplemente diría: “ ¡Vete al demonio! ” (41)
2	As for me, I had become dead sober, as I generally do after making one of my cracks. (378)	En cuanto a mí, me había puesto muy serio, como me ocurre generalmente después de soltar alguna de mis gansadas. (14)	Por mi parte, volví a un estado de seriedad absoluta, como generalmente hago tras decir alguna de mis ocurrencias. (44)
3	Walish, I must tell you gives me the business in his letter (379)	Debo decirle que Walish me canta las cuarenta en su carta (15)	He de decirle que Walish me pone como lazo de cochino en su carta. (46)
4	I woo him with wisecracks (380)	trato de camelarle con mis bromas (17)	lo cortejo con mis bromas ocurrentes (48)
5	Provincial academics took offense at my quirks. Too bad.	Los académicos provincianos se molestaron por mis chirigotas. Una lástima(22)	Los académicos provincianos se ofendieron por mis peculiaridades. Ni modo. (54)

#	Texto original de Bellow	Traducción de J. Ferrer Aleu (Plaza&Janés)	Traducción en español de México
6	That, and at my expense, was genius , (384)	Esto, aunque fuese a mis expensas, era genio , (23)	Ese comentario, hecho a costa mía, era genial , (55)
7	he was in addition bananas . (387)	él era, además, tonto de capirote . (26)	él además estaba zafado . (59)
8	Apart from Negroes and hillbillies , Hammond is mostly foreign (388)	Aparte los negros y los palurdos , la mayoría de los habitantes de Hammond (28)	Además de los negros y los pueblerinos incultos , Hammond es principalmente de extranjeros (61)
9	Moved, or as the young would say, stoned out of my head , by the <i>Stabat Mater</i> (392)	Conmovido, o como dirían los jóvenes, perdida la chaveta por causa del <i>Stabat Mater</i> (33)	Conmovido, o como dirían los jóvenes, completamente drogado , por el <i>Stabat Mater</i> . (68)
10	Also he was plain crackers .	Además, estaba chalado . (36)	Además él estaba completamente loco . (71)
11	But to retain lawyers is clear proof that you're a patsy . (304)	Pero andar siempre con abogados es prueba clara que uno está majareta . (36)	Pero tener que contratar a un abogado es una prueba contundente de que uno es un tonto . (72)
12	Brother Philip had knocked himself out for it , (395)	Mi hermano Philip se había quedado sin blanca , (37)	El Hermano Philip se había desvivido por él , (72)
13	And wasn't I -never mind Pergolesi- looking for a hot investment? (402)	¿Y no estaba yo buscando -¡que se chinche Pergolesi! - una buena inversión? (46)	¿Y acaso no estaba yo -olvídense de Pergolesi- buscando una inversión jugosa? (84)
14	You took me by surprise, completely . (405)	Me pillasteis por sorpresa . (49)	Me tomaste completamente por sorpresa . (88)

En otro tema, debo de señalar que hubo en el cuento expresiones en la LO cuyo significado no quedó del todo claro para mí como traductor y por lo tanto tuve que ofrecer una opción de traducción que sólo pude inferir a partir del contexto pese a no contar con una fuente fidedigna para corroborar mi interpretación. Ejemplo de lo anterior fueron las expresiones:

- a) “My late wife was a gentle, slender woman, quite small, *built on a narrow medieval principle.*” (Bellow, *Collected Stories* 389), cuya traducción final fue “Mi difunta esposa era una mujer cortés, esbelta, bastante pequeña, *criada conforme estrechos principios medievales*” (Traducción 62)
- b) Gerda put on a dinner for a large group of academics –*all three leaves* were in our cherrywood Scandinavian table. (Bellow, *Collected Stories* 389), cuya traducción final fue “Gerda ofreció una cena para un grupo numeroso de académicos: *la crema y nata* estaba en nuestra mesa escandinava de cerezo.” (Traducción 63)
- c) “Roosevelt Road with its chicken coops stacked on the sidewalks, *the Talmudist horseradish grinder* in the doorway of the fish store” (Bellow, *Collected Stories* 395) cuya traducción final fue: “la calle Roosevelt con sus cajas para gallinas apiladas en las aceras, *el molino talmudista para rábanos* en la entrada de la pescadería” (Traducción 73)
- d) “He next asked me to help him with one of his ladies. “They’re Kenwood people, an *old mail-order-house* fortune” (Bellow, *Collected Stories* 410) cuya traducción final fue “Son gente de Kenwood, que hizo su fortuna en el negocio de las ventas por correo” (Traducción 97)

Finalmente, me gustaría comentar sobre la traducción de la palabra “America” (Bellow, *Collected Stories passim*), y la expresión “Americanization” (Ídem 402), que yo elijo traducir como

“Estados Unidos” y como “estilo de vida estadounidense” pues considero que traducir acriticamente el vocablo en inglés “America” por la palabra en español “América” y la palabra inglesa “Americanization” por “americanización” revela un criterio colonialista que subsume – consciente o inconscientemente– una serie de valores capitalistas e imperialistas que fueron gestados por las élites políticas y económicas decimonónicas –en ese entonces aún legalmente racistas– de los Estados Unidos a partir de la elaboración de la teoría del Destino Manifiesto, la Doctrina Monroe –cuya síntesis comúnmente se expresa en la conocida frase de 1823 del presidente estadounidense James Monroe al Congreso estadounidense: “America for the American”– y la noción del imperio estadounidense.³⁸

Curiosamente, esta cuestión, que no es un tema en el TO, deviene tema en el TM al implicar valoraciones y consideraciones culturales que realizamos los traductores en la LM. El reducir, en el imaginario colectivo, todo el universo cultural y geográfico de un continente – América– a una cultura particular –específicamente la blanca protestante anglosajona estadounidense– y a una región geográfica específica –Estados Unidos– exacerba el proceso de dominio colonial que ese país ha ejercido sobre el resto del continente a partir del siglo XIX. Teniendo en cuenta esto, debemos recordar que es a través de la aculturación transmitida mediante el lenguaje como se ha perpetuado la colonización por parte de las culturas dominantes. Tal como Ngũgĩ wa Thiong’o ilustra al hablar sobre el tema:

In my view language is the most important vehicle through which that power fascinated and held the prisoner soul. The bullet was the means of the physical subjugation. Language was the means of the spiritual subjugation [...] So what was the colonialist imposition of a foreign language doing to children? The real aim of colonialism was to control the people’s wealth: what they produced, how they produced it, and how it was distributed; to control, in other words, the entire realm of the language of real life. Colonialism imposed its control of the social production of wealth through military conquest and subsequent political dictatorship. But its most important area of domination was the mental universe of the colonised, the control,

³⁸ Para una discusión sobre estos conceptos véase: Sam W. Haynes y Christopher Morris (ed.) *Manifest Destiny and Empire: American Antebellum Expansion* y Reginald Horsman, *Race and Manifest Destiny. The Origins of American Racial Anglo-Saxonism*.

through culture, of how people perceived themselves and their relationship to the world. Economic and political control can never be complete or effective without mental control. To control a people's culture is to control their tools of self-definition in relationship to others. (9, 16)

Y, para abonar al punto, Susan Bassnett y Harish Trivedi subrayan:

Translations are always embedded in cultural and political systems, and in history. For too long translation was seen as purely an aesthetic act, and ideological problems were disregarded. Yet the strategies employed by translators reflect the context in which texts are produced. (6)

Pues, tal como apunta Niranjana:

Translation as a practice shapes, and takes shape within, the asymmetrical relations of power that operate under colonialism. What is at stake here is the representation of the colonized, who need to be produced in such a manner as to justify colonial domination, and to beg for the English book by themselves. In the colonial context, a certain conceptual economy is created by the set of related questions that is the problematic of translation. Conventionally, translation depends on the Western philosophical notions of reality, representation and knowledge. Reality is seen as something unproblematic, "out there"; knowledge involves a representation of this reality; and representation provides direct, unmediated access to a transparent reality [...] In forming a certain kind of subject, in presenting particular versions of the colonized, translation brings into being overarching concepts of reality and representation. These concepts, and what they allow us to assume, completely occlude the violence that accompanies the construction of the colonial subject. Translation thus produces strategies of containment. By employing certain modes of representing the other –which it thereby also brings into being– translation reinforces hegemonic versions of the colonized, helping them acquire the status of what Edward Said calls representations, or objects without history. These become facts exerting a force on events in the colony: witness Thomas Babington Macaulay's 1835 dismissal of indigenous Indian learning as outdated and irrelevant, which prepared the way for the introduction of English education. (2-3)

Tomando en consideración todo lo apuntado por Niranjana respecto a este tema, me resulta también interesante observar que para los dos traductores españoles que tradujeron este cuento de Bellow –o para sus editores– no representó por lo visto ningún conflicto traducir "America" por "América" y "Americanization" por "americanización" y quizás esto pueda tener sentido si uno recuerda el hecho de que ellos mismos provienen de una cultura con un pasado colonialista propio, una civilización colonialista que marcó la pauta de casi todo un

continente colonizado por alrededor de tres siglos.³⁹ Quizás para ellos América puede seguir siendo conceptualizada como una noción geográfica que ahora existe simplemente en una relación metonímica con el nuevo poder dominante, con el nuevo amo: los Estados Unidos.

³⁹ No hay que perder de vista el papel fundamental que la traducción jugó en la conquista y el dominio de América por parte de los españoles, hecho que recuerdan Nora Catelli y Marietta Gargatagli al hablar de los traductores de lenguas indígenas en *El tabaco que fumaba Plinio*: “Pero nuestro optimismo se corrige de inmediato si recordamos que a estos interpretes o lenguas o nahuatlato se les pide ‘christiandad y bondad’, cualidades ajenas a los conocimientos lingüísticos, y se los amenaza con castigos diversos [...] Si a esto añadimos que [...] en 1630 hacen de traductores los criados de los gobernadores, aun no sabiendo las lenguas, parece que estos intérpretes... [son hijos] de la Inquisición, y de sus graves secuelas: ignorancia, delación, corrupción y degradación moral” (121).

Conclusiones

Como señalé desde el principio de este comentario, sobre el tema de la traducción no hay –y supongo que no podrá haber nunca– nada definitivo ni nada que sea la última palabra al respecto. Más bien, a lo largo de la elaboración de este texto he podido constatar que el tema de la traducción engloba una panoplia de miradas –desde las muy técnicas hasta las que privilegian los aspectos socioculturales, históricos y políticos– para enfrentar este tema harto complejo que es la confluencia, y quizás más adecuadamente, la colisión, entre sociedades que crean sus realidades y sus cosmovisiones a partir de lenguajes y culturas diferentes entre sí; miradas que pueden llegar a ser agudas respecto de ciertas tonalidades de este fenómeno pero decididamente ciegas respecto de otras.

Tanto los primeros de estos enfoques –representados por autores como Catford y Nida, quienes buscaron analizar el fenómeno de la traducción desde un punto de vista analítico-sistemático del procedimiento a seguir para conseguirla– como los segundos – representados en este comentario por Wilss, que al enfoque descriptivo antes mencionado añadieron la noción del propósito– volcaron su atención en el proceso de generación concreta de productos lingüísticos con los que se pudiesen trasladar “más adecuadamente” las ideas generadas por una sociedad particular hacia otra sociedad distinta hablante de un idioma diferente. En cambio, el último grupo de teorías y enfoques sobre la traducción de los que hablé –con representantes como Bassnett, Cronin, Lefevere, Niranjana, Simon, Venutti, etc.– procuraron volcar sus esfuerzos a estudiar los procesos mismos y las circunstancias generalmente veladas que operan y ocurren detrás de la generación de las ideas mismas y del modo de transmisión de éstas a otras sociedades en otros idiomas: a saber, los factores de

dominación política, económica e ideológica que operan siempre en la producción de artefactos culturales.

Derivado de lo anterior, en la elaboración de este comentario procuré tomar, conforme las necesidades lo fueron requiriendo, los fragmentos pertinentes de cada una de estas teorías tan distintas entre sí que pudiesen ayudarme a explicar los fenómenos particulares de traducción que aparecieron en el proceso de volcar el cuento de Saul Bellow al español del centro de México. De este modo, por ejemplo, Nida fue de utilidad para explicar los fenómenos que se presentan al traducir los idiotismos mientras que Venuti me facilitó un camino para justificar –al menos ante mí mismo– mi elección del título del cuento y Niranjana dio pie para hablar de los fenómenos culturales de dominación e ideología que quedan subsumidos detrás de las elecciones de traducción aparentemente intrascendentes, como la engañosamente inconsecuente traducción de un simple vocablo del inglés como “America”. Con todo lo anterior quiero decir que aunque las teorías de la traducción pueden llegar a estar enfrentadas entre sí de modo general –por ejemplo, y aunque en este comentario no hablé de ello por falta de espacio, Niranjana critica severamente en su libro a Nida y a Steiner– fragmentos de esos varios todos pueden servir para crear y entender el entramado que es una traducción en particular. A falta de la elaboración de una teoría omnicomprendiva que pueda englobar y explicar de modo claro y directo la relación que tienen los mecanismos gramaticales y semánticos que operan al momento de la traducción con los mecanismos de dominación, ideológicos, económicos y culturales que se despliegan al mismo tiempo, uno como traductor tiene que conformarse con recoger las piezas útiles de las pedacaría de voces.

Asimismo, “Him with his Foot in his Mouth” me permitió discutir planteamientos tanto de tipo traductológicos como estéticos dada su profunda naturaleza intertextual, derivada a mi entender de la vocación y la propensión de Bellow a crear narraciones cimentadas tanto

en su experiencia personal como en la tradición cultural occidental, narraciones que sin embargo reiteran los temas que fueron obsesión del escritor estadounidense a lo largo de su vida creativa: el humor, la burla, el materialismo, el sufrimiento, la desgracia, la expiación y la búsqueda del sentido de la experiencia humana. Cada uno de estos temas permiten enfocar la vista en detalles que pueden llegar a tener o no una nota más sonora en la traducción pues será la elección del traductor (y posiblemente también la del editor) la que dé el énfasis en el texto final traducido. El proceso de traducción es por lo mismo –se reconozca o no– recreación y creación literaria y esto tendrá implicaciones no sólo estéticas sino también culturales e ideológicas pues como enfatizan fuertemente las teorías de Niranjana y de Bassnett la creación literaria de la traducción –tal como la literatura misma– no se engendra en una torre de marfil intocada por el contexto ideológico, económico, político o cultural del momento histórico específico de una sociedad en particular.

Me parece pertinente subrayar aquí que se lee la literatura alrededor del mundo en buena medida a través de los traductores y las traductoras. Somos los traductores quienes introducimos, creamos y recreamos –tal vez para nuestro orgullo, tal vez para nuestro pesar– expresiones culturales en sociedades distintas a aquellas en las que fueron originalmente creadas esas expresiones y al hacerlo, al manipular los materiales originales, también imprimimos sobre ellos –en ocasiones conscientemente y en otras no– nuevas significaciones, quizás inesperadas por los textos originales –la superposición de textos de la que hablaba Octavio Paz, “las traducciones de traducciones de traducciones”–, de la misma forma en la que esos materiales imprimen sobre nosotros y sobre nuestras sociedades ideas, enfoques y categorías conceptuales que nos transforman independientemente de si nuestra vista es capaz de percibir esto último o si ante ello queda ciega.

BIBLIOGRAFÍA.

- Alonso Rodríguez, Pilar. “Entidades, relaciones y procesos: constituyentes básicos y recurrentes en la narrativa de Saul Bellow”. *Atlantis. Revista de la Asociación Española de Estudios Anglo-Norteamericanos*, vol. 11, no. 1, 1989, pp. 89-112. PDF.
- Atlas, James. *Bellow. A Biography*. New York: Modern Library, 2002. Edición para Kindle.
- Balzac, Honoré de. *Papá Goriot*. Ciudad de México: Colofón, 2008. Impreso.
- Barthes, Roland. *El susurro del lenguaje. Más allá de la palabra y la escritura*. Trad. C. Fernández Medrano. Barcelona: Ediciones Paidós, 1984. Impreso.
- Bassnett, Susan. *Translation Studies*. London: Routledge, 1996. Impreso.
- Bassnett, Susan y André Lefevere, eds. *Constructing Cultures. Essays on Literary Translation*. Clevedon: Multilingual Matters, 1998. Impreso.
- Bassnett, Susan y Harish Trivedi, eds. *Post-Colonial Translation. Theory and Practice*. London: Routledge, 1999. Impreso.
- Bellow, Saul. *Collected Stories*. New York: Penguin Books, 2001. Impreso.
- . *Cuentos Reunidos*. Trad. Beatriz Ruiz Arrabal. Madrid: Alfaguara, 2003. Impreso.
- . *El hombre que hablaba demasiado y otros cuentos*. Trad. J. Ferrer Aleu. Barcelona: Plaza & Janés, 1985. Impreso.
- Bendixen, Alfred y Nagel James, eds. *A Companion to the American Short Story*. West Sussex: Wiley-Blackwell, 2010. Impreso.
- Beristáin, Helena. *Diccionario de Retórica y Poética*. México D.F.: Editorial Porrúa, 1997. Impreso.
- Borges, Jorge Luis. *Obras completas*. Buenos Aires: Emecé, 1985. Impreso.
- Bruckner, D. J. R. “A Candid Talk With Saul Bellow”. *The New York Times*. 15 abr. 1984. Web. 25 may. 2013 <<http://www.nytimes.com/1984/04/15/magazine/a-candid-talk-with-saul-bellow.html?pagewanted=1>>
- Catelli Nora y Marietta Gargatagli, eds. *El tabaco que fumaba Plinio. Escenas de la traducción en España y América: relatos, leyes y reflexiones sobre los otros*. Barcelona: Ediciones del Serbal, 1998. Impreso.
- Catford, J. C. *A Linguistic Theory of Translation. An Essay in Applied Linguistics*. London: Oxford University Press, 1965. Impreso.
- Chametzky, Jules et al., eds. *Jewish American Literature. A Norton Anthology*. New York: Norton & Company Ltd, 2001. Impreso.

- Cronin, Gloria L. "Small Planets: The Short Fiction of Saul Bellow". *A Companion to the American Short Story*. West Sussex: Wiley-Blackwell, 2010. 328-344. Impreso.
- Fuchs, Daniel. "Saul Bellow and the Modern Tradition". *Contemporary Literature*, vol. 15, no. 1, 1974, pp. 67-89. PDF.
- Ginsberg, Allen. *Kadish*. Trad. José Vicente Anaya. México D.F.: Laberinto Ediciones, 2009. Impreso.
- Graham, Allen. *Intertextuality*. London: Routledge, 2000. Impreso.
- Graves, Robert. *Mammon and the Black Goddess*. New York: Doubleday & Co, 1965. Impreso.
- Hatim, Basil y Jeremy Munday. *Translation. An Advanced Resource Book*. London: Routledge, 2004. Impreso.
- Haynes, Sam W. y Morris, Christopher, eds. *Manifest Destiny and Empire: American Antebellum Expansion*. Texas: Texas A&M University Press, 1997. Impreso.
- Horsman, Reginald. *Race and Manifest Destiny. The Origins of American Racial Anglo-Saxonism*. Cambridge: Harvard University Press, 1981. Impreso.
- Kayser, Wolfgang. *Interpretación y análisis de la obra literaria*. Trad. María D. Mouton y V. García Yebra. Madrid: Editorial Gredos, 1995. Impreso.
- La Rochefoucauld. *Reflexiones y máximas morales*. México D.F.: Factoría Ediciones, 2000. Impreso.
- López García, Dámaso, ed. *Teorías de la traducción: antología de textos*. Madrid: Ediciones de la Universidad de Castilla-La Mancha, 1996. Impreso.
- Mayoral Ascensio, Roberto. *Aspectos epistemológicos de la traducción*. Castelló de la Plana: Universitat Jaume I, 2001. Impreso.
- McArthur Tom y Beryl Atkins. *Dictionary of English Phrasal Verbs and their Idioms*. London: Collins, 1975. Impreso.
- Mccarthy, Mary. *The Humanist in the Bathtub*. New York: New American Library, 1964. Impreso.
- Moya, Virgilio. *La selva de la traducción*. Madrid: Cátedra, 2004. Impreso.
- Munday, Jeremy. *Introducing Translation Studies*. New York: Routledge, 2001. Impreso.
- Nida, Eugene. *Towards a Science of Translating. With Special Reference to Principles and Procedures Involved in Bible Translating*. Leiden: E.J. Brill, 1964. Impreso.
- . *On Difficulty and Other Essays*. London: Oxford University Press, 1980. Impreso.
- Niranjana, Tejaswini. *Siting Translation. History, Post-Structuralism and the Colonial Context*. Berkeley: University of California Press, 1992. Impreso.

- Ozick, Cynthia. "Farcical Combat in a Busy World". *The New York Times*. 20 may 1984. Web. 13 jun 2015. <<https://www.nytimes.com/books/00/04/23/specials/bellow-foot.html>>
- Ponce Márquez, Nuria. "Los conceptos de fidelidad y literalidad en la traducción de pasajes humorísticos". *Entreculturas*, no. 5, 2012, pp. 37-54. PDF.
- Porter Abbot, H. "Saul Bellow and the 'Lost Cause' of Character". *NOVEL: A Forum on Fiction*, vol. 13, no. 3, 1980, pp. 264-283. PDF.
- Roudané, Matthew C. "An Interview with Saul Bellow". *Contemporary Literature*, vol. 25, no. 3, 1984, pp. 265-280. PDF.
- Rovit, Earl. *Saul Bellow*. Minneapolis: University of Minnesota, 1967. Impreso.
- Rubin, Steven J. "American Jewish Writing in the Eighties". *MELUS*, vol. 8, no. 3, 1981, pp. 5-10. PDF.
- Saussure, Ferdinand de. *Curso de lingüística general*. Trad. Mauro Armiño. Madrid: Akal, 1980. Impreso.
- Schulte Rainer y John Biguenet, eds. *Theories of Translation. An Anthology from Dryden to Derrida*. Chicago: The University of Chicago University Press, 1992. Impreso.
- Shakespeare, William. *The Illustrated Stratford Shakespaeare*. London: Chancellor Press, 1993. Impreso.
- Shapiro, Karl. "The American Jewish Writer". *MELUS*, vol. 3, no. 2, 1976, pp. 6-9. PDF.
- Simon, Sherry. *Gender in Translation. Cultural Identity and the Politics of Transmission*. London: Routledge, 1996. Impreso.
- Skinner Richard. "A Master in the Art of Narration". *Faber & Faber*. 15 ago 2012. Web. 20 jun 2016. <<http://www.faber.co.uk/blog/a-master-in-the-art-of-narration/>>
- Steiner, George. *After Babel. Aspects of Language and Translation*. London: Oxford University Press, 1975. Impreso.
- The Compact Oxford English Dictionary. Second Edition*. Claredon: Oxford University Press, 1998. Impreso.
- Thiong'o, Ngugi wa. *Decolonising the Mind. The Politics of Language in African Literature*. Oxford: James Curry, 1986. Impreso.
- Toury, Gideon. *Descriptive Translation Studies and beyond*. Philadelphia: John Benjamins North America, 1995. Impreso.

- Venuti, Lawrence. *The Translator's Invisibility. A History of Translation*. New York: Routledge, 1995. Impreso.
- Vinay J. P. y J. Darbelnet. *Comparative Stylistics of French and English: a Methodology for Translation*. Trad. Juan C. Sager y M. J. Hamel. Philadelphia: John Benjamins Publishing Company, 1995. Impreso.
- *Stylistique Comparée du Français et de L'Anglais. Méthode de Traduction*. Paris: Marcel Didier, 1958. Impreso.
- Voltaire. *Cuentos completos en prosa y verso*. México D.F.: Fondo de Cultura Económica-Siruella, 2006. Impreso.
- Weissbort Daniel y Astradur Eysteinnsson, eds. *Translation –Theory and Practice: A Historical Reader*. New York: Oxford University Press, 2006. Impreso.
- Wilss, Wolfram. *La ciencia de la traducción. Problemas y métodos*. Trad. Gerda Ober Kirchner y Sandra Franco; Revisión de Marlene Rall. México D.F.: Universidad Nacional Autónoma de México, 1988. Impreso.

"Deeply mature and wise, the valuable record of a lifetime's work."

—*Time Out New York*

"In short, Bellow still towers."

—*Newsday*

Saul Bellow is "an American treasure."

—*Harper's Bazaar*

"A wonderful collection . . . a feast of riches to be dipped into repeatedly."

—*L.A. Weekly*

"This is realism at its best, achieved by a master stylist and storyteller."

—*The Seattle Times*

"Our only living Nobel laureate remains virtually unchallenged as America's greatest writer of fiction . . . One for the permanent shelf."

—*Kirkus Reviews* (starred review)

Saul Bellow is "a powerful and elegant voice reminding us of the essential truths of our human nature."

—*St. Louis Post-Dispatch*

"The stories . . . are Bellow's gifts to the world."

—*Denver Post and Rocky Mountain News*

"The writing pulls us effortlessly into the deeper human world . . . There's more to you, the stories say, than you suspected."

—*Nashville Tennessean*

"In the concentrated vividness of the writing and the breadth of its speculative reach, this is an extraordinary collection."

—*The Times Literary Supplement*

SAUL BELLOW

COLLECTED STORIES

Preface by

JANIS BELLOW

Introduction by

JAMES WOOD



PENGUIN BOOKS

To Beena Kamlani, whose kindly function is to face me in the right direction.
Her respectful and grateful author. —S. B.

PENGUIN BOOKS

Published by the Penguin Group
Penguin Putnam Inc., 375 Hudson Street, New York, New York 10014, U.S.A.
Penguin Books Ltd, 80 Strand, London WC2R 0RL, England
Penguin Books Australia Ltd, 250 Camberwell Road, Camberwell, Victoria 3124, Australia
Penguin Books Canada Ltd, 10 Alcorn Avenue, Toronto, Ontario, Canada M4V 3B2
Penguin Books India (P) Ltd, 11 Community Centre, Panchsheel Park, New Delhi - 110 017, India
Penguin Books (N.Z.) Ltd, Cnr Rosedale and Airborne Roads, Albany, Auckland, New Zealand
Penguin Books (South Africa) (Pty) Ltd, 24 Sturdee Avenue, Rosebank,
Johannesburg 2196, South Africa

Penguin Books Ltd, Registered Offices: Harmondsworth, Middlesex, England

First published in the United States of America by Viking Penguin,
a member of Penguin Putnam Inc. 2001
Published in Penguin Books 2002

10 9 8 7 6 5

Copyright © Saul Bellow, 2001
Preface copyright © Janis Bellow, 2001
Introduction copyright © James Wood, 2001
All rights reserved.

"By the St. Lawrence" first appeared in *Esquire*.
"A Silver Dish" originally appeared in *The New Yorker*; "Zetland: By a Character Witness" in *Modern Occasions*; "What Kind of Day Did You Have?" in *Vanity Fair*; and "Him with His Foot in His Mouth" in *The Atlantic Monthly*. These stories, with "Cousins," formed the collection *Him with His Foot in His Mouth and Other Stories*. Copyright © Saul Bellow Limited, 1974, 1978, 1982, 1984. Reprinted with permission of HarperCollins Publishers, Inc.
"The Bellarosa Connection" and "A Theft" were each published in book form by Penguin Books.
"Something to Remember Me By" first appeared in *Esquire*. The three stories comprised the volume, *Something to Remember Me By: Three Tales*, Penguin Books. Copyright © Saul Bellow, 1989, 1990.
"The Old System" originally appeared in *Playboy*; "Looking for Mr. Green" in *Commentary*; "Leaving the Yellow House" in *Esquire*; and "Mosby's Memoirs" in *The New Yorker*. These works were published in *Mosby's Memoirs and Other Stories*, Viking Press. Copyright © Saul Bellow, 1951, 1957, 1967, 1968. The afterword first appeared as the introduction to *Something to Remember Me By*.

PUBLISHER'S NOTE

These selections are works of fiction. Names, characters, places, and incidents either are the product of the author's imagination or are used fictitiously, and any resemblance to actual persons, living or dead, business establishments, events, or locales is entirely coincidental.

THE LIBRARY OF CONGRESS HAS CATALOGED THE HARDCOVER EDITION AS FOLLOWS:

Bellow, Saul.
[Selections, 2001]
Collected Stories / by Saul Bellow.

p. cm.
ISBN 0-670-89486-9 (hc.)
ISBN 0 14 20.0164 3 (pbk.)

I. United States—Social life and customs—20th century—Fiction.
I. Bellow, Saul. II. Bellow, Janis Freedman. III. Wood, James. IV. Title.
PS3503.E4488 A6 2001
813'.52—dc21 2001017595

Printed in the United States of America
Designed by Nancy Resnick

Except in the United States of America, this book is sold subject to the condition that it shall not, by way of trade or otherwise, be lent, re-sold, hired out, or otherwise circulated without the publisher's prior consent in any form of binding or cover other than that in which it is published and without a similar condition including this condition being imposed on the subsequent purchaser.

PREFACE

Yesterday my husband and I took our year-old daughter, Naomi Rose, for a stroll in the neighborhood. The weather was ferociously cold—what the forecasters in these parts unaccountably describe as "blustery." To escape the icy wind we headed for the Brookline Booksmith. Now when Saul ducks into a bookstore, chances are he's going to be there for some time. I pulled Rosie out of her snowsuit and attempted to distract her with the dust jacket of *Ravelstein*. "Who's this, Naomi Rose? Who's the man in the picture?" And turning to point at Saul, she answered in that bell-like infant voice of hers that could be heard all through the store, "Dad, dad, dad." Now Dad was muffled in turtle fleece to the eyebrows, but his face emerged to give her a most delicious smile.

This morning, as I begin to write, I imagine Rosie the reader, a couple of decades deeper into the century. When Rosie is ready for Saul's books, what memories will there be of Dad at his desk? And does memory need an assist? Will someone produce an accurate portrait of her father at work? Why not begin, I ask myself, with this little preface? To say for Rosie's sake, and for scores of others who will never see the man sitting down to write—this is how it was done.

Proximity has been my privilege. I was there, for instance, when "The Bellarosa Connection" was born.

It began innocently enough. In the first week of May 1988 en route from Chicago to Vermont we stopped in Philadelphia, where Saul gave a lecture, "A Jewish Writer in America," for the Jewish Publication Society. In the weeks before he delivered this talk, and for the remainder of that month—during the drive from Philadelphia to Vermont; while exploring Dartmouth, where he was a visiting lecturer; and later in Vermont; where we were doing battle with the

HIM WITH HIS FOOT IN HIS MOUTH

DEAR MISS ROSE: I almost began "My Dear Child," because in a sense what I did to you thirty-five years ago makes us the children of each other. I have from time to time remembered that I long ago made a bad joke at your expense and have felt uneasy about it, but it was spelled out to me recently that what I said to you was so wicked, so lousy, gross, insulting, unfeeling, and savage that you could never in a thousand years get over it. I wounded you for life, so I am given to understand, and I am the more greatly to blame because this attack was so gratuitous. We had met in passing only, we scarcely knew each other. Now, the person who charges me with this cruelty is not without prejudice toward me, he is out to get me, obviously. Nevertheless, I have been in a tizzy since reading his accusations. I wasn't exactly in great shape when his letter arrived. Like many elderly men, I have to swallow all sorts of pills. I take Inderal and quinidine for hypertension and cardiac disorders, and I am also, for a variety of psychological reasons, deeply distressed and for the moment without ego defenses.

It may give more substance to my motive in writing to you now if I tell you that for some months I have been visiting an old woman who reads Swedenborg and other occult authors. She tells me (and a man in his sixties can't easily close his mind to such suggestions) that there is a life to come—wait and see—and that in the life to come we will feel the pains that we inflicted on others. We will suffer all that we made them suffer, for after death all experience is reversed. We enter into the souls of those whom we knew in life. They enter also into us and feel and judge us from within. On the outside chance that this old Canadian woman has it right, I must try to take up this matter with you. It's not as though I had tried to murder you, but my offense is palpable all the same.

I will say it all and then revise, send Miss Rose only the suitable parts.

... In this life between birth and death, while it is still possible to make amends...

I wonder whether you remember me at all, other than as the person who wounded you—a tall man and, in those days, dark on the whole, with a mustache (not worn thick), physically a singular individual, a touch of the camel about him, something amusing in his composition. If you can recall the Shawmut of those days, you should see him now. *Edad con Sus Desgracias* is the title Goya gave to the etching of an old man who struggles to rise from the chamber pot, his pants dropped to his ankles. "Together with most weak hams," as Hamlet wickedly says to Polonius, being merciless about old men. To the disorders aforementioned I must add teeth with cracked roots, periodontia requiring antibiotics that gave me the runs and resulted in a hemorrhoid the size of a walnut, plus creeping arthritis of the hands. Winter is gloomy and wet in British Columbia, and when I awoke one morning in this land of exile from which I face extradition, I discovered that something had gone wrong with the middle finger of the right hand. The hinge had stopped working and the finger was curled like a snail—a painful new affliction. Quite a joke on me. And the extradition is real. I have been served with papers.

So at the very least I can try to reduce the torments of the afterlife by one.

It may appear that I come groveling with hard-luck stories after thirty-five years, but as you will see, such is not the case.

I traced you through Miss Da Sousa at Ribier College, where we were all colleagues in the late forties. She has remained there, in Massachusetts, where so much of the nineteenth century still stands, and she wrote to me when my embarrassing and foolish troubles were printed in the papers. She is a kindly, intelligent woman who like yourself, should I say that? never married. Answering with gratitude, I asked what had become of you and was told that you were a retired librarian living in Orlando, Florida.

I never thought that I would envy people who had retired, but that was when retirement was still an option. For me it's not in the cards now. The death of my brother leaves me in a deep legal-financial hole. I won't molest you with the facts of the case, garbled in the newspapers. Enough to say that his felonies and my own faults or vices have wiped me out. On bad legal advice I took refuge in Canada, and the courts will be rough because I tried to escape. I may not be sent to prison, but I will have to work for the rest of my natural life, will die in harness, and damn queer harness, hauling my load to a peculiar peak. One of my father's favorite parables was about a feeble horse flogged cruelly by its driver. A bystander tries to intercede: "The load is too heavy, the hill is steep, it's useless to beat your old horse on the face, why do you do it?" "To be a horse was *his* idea," the driver says.

I have a lifelong weakness for this sort of Jewish humor, which may be alien to you not only because you are Scotch-Irish (so Miss Da Sousa says) but also because you as a (pre-computer) librarian were in another sphere—zone of quiet, within the circumference of the Dewey decimal system. It is possible that you may have disliked the life of a nun or shepherdess which the word “librarian” once suggested. You may resent it for keeping you out of the modern “action”—erotic, narcotic, dramatic, dangerous, salty. Maybe you have loathed circulating other people’s lawless raptures, handling wicked books (for the most part fake, take it from me, Miss Rose). Allow me to presume that you are old-fashioned enough not to be furious at having led a useful life. If you aren’t an old-fashioned person I haven’t hurt you so badly after all. No modern woman would brood for forty years over a stupid wisecrack. She would say, “Get lost!”

Who is it that accuses me of having wounded you? Eddie Walsh, that’s who. He has become the main planner of college humanities surveys in the State of Missouri, I am given to understand. At such work he is wonderful, a man of genius. But although he now lives in Missouri, he seems to think of nothing but Massachusetts in the old days. He can’t forget the evil I did. He was there when I did it (whatever *it* really was), and he writes, “I have to remind you of how you hurt Carla Rose. So characteristic of you, when she was trying to be agreeable, not just to miss her gentle intentions but to give her a shattering kick in the face. I happen to know that you traumatized her for life.” (Notice how the liberal American vocabulary is used as a torture device: By “characteristic” he means: “You are not a *good person*, Shawmut.”) Now, were you really traumatized, Miss Rose? How does Walsh “happen to know”? Did you tell him? Or is it, as I conjecture, nothing but gossip? I wonder if you remember the occasion at all. It would be a mercy if you didn’t. And I don’t want to thrust unwanted recollections on you, but if I did indeed disfigure you so cruelly, is there any way to avoid remembering?

So let’s go back again to Ribier College. Walsh and I were great friends then, young instructors, he in literature, I in fine arts—my specialty music history. As if this were news to you; my book on Pergolesi is in all libraries. Impossible that you shouldn’t have come across it. Besides, I’ve done those musicology programs on public television, which were quite popular.

But we are back in the forties. The term began just after Labor Day. My first teaching position. After seven or eight weeks I was still wildly excited. Let me start with the beautiful New England setting. Fresh from Chicago and from Bloomington, Indiana, where I took my degree, I had never seen birches, roadside ferns, deep pinewoods, little white steeples. What could I be but out of place? It made me scream with laughter to be called “Dr. Shawmut.” I felt

absurd here, a camel on the village green. I am a high-waisted and long-legged man, who is susceptible to paradoxical, ludicrous images of himself. I hadn’t yet gotten the real picture of Ribier, either. It wasn’t true New England, it was a bohemian college for rich kids from New York who were too nervous for the better schools, unadjusted.

Now then: Eddie Walsh and I walking together past the college library. Sweet autumnal warmth against a background of chill from the surrounding woods—it’s all there for me. The library is a Greek Revival building and the light in the porch is mossy and sunny—bright-green moss, leafy sunlight, lichen on the columns. I am turned on, manic, flying. My relations with Walsh at this stage are easy to describe: very cheerful, not a kink in sight, not a touch of darkness. I am keen to learn from him, because I have never seen a progressive college, never lived in the East, never come in contact with the Eastern Establishment, of which I have heard so much. What is it all about? A girl to whom I was assigned as adviser has asked for another one because I haven’t been psychoanalyzed and can’t even begin to relate to her. And this very morning I have spent two hours in a committee meeting to determine whether a course in history should be obligatory for fine-arts majors. Tony Lemnitzer, professor of painting, said, “Let the kids read about the kings and the queens—what can it hoit them?” Brooklyn Tony, who had run away from home to be a circus roustabout, became a poster artist and eventually an Abstract Expressionist. “Don’t ever feel sorry for Tony,” Walsh advises me. “The woman he married is a millionairess. She’s built him a studio fit for Michelangelo. He’s embarrassed to paint, he only whittles there. He carved out two wooden balls inside a birdcage.” Walsh himself, Early Hip with a Harvard background, suspected at first that my ignorance was a put-on. A limping short man, Walsh looked at me—looked upward—with real shrewdness and traces of disbelief about the mouth. From Chicago, a Ph.D. out of Bloomington, Indiana, can I be as backward as I seem? But I am good company, and by and by he tells me (is it a secret?) that although he comes from Gloucester, Mass., he’s not a real Yankee. His father, a second-generation American, is a machinist, retired, uneducated. One of the old man’s letters reads, “Your poor mother—the doctor says she has a growth on her virginia, which he will have to operate. When she goes to surgery I expect you and your sister to be here to stand by me.”

There were two limping men in the community, and their names were similar. The other limper, Edmund Welch, justice of the peace, walked with a cane. Our Ed, who suffered from curvature of the spine, would not carry a stick, much less wear a built-up shoe. He behaved with sporting nonchalance and defied the orthopedists when they warned that his spinal column would collapse like a stack of dominoes. His style was to be free and limber. You had to take him as he came, no concessions offered. I admired him for that.

Now, Miss Rose, you have come out of the library for a breath of air and are leaning, arms crossed, and resting your head against a Greek column. To give himself more height, Walsh wears his hair thick. You couldn't cram a hat over it. But I have on a baseball cap. Then, Miss Rose, you say, smiling at me, "Oh, Dr. Shawmut, in that cap you look like an archaeologist." Before I can stop myself, I answer, "And you look like something I just dug up."

Awful!

The pair of us, Walsh and I, hurried on. Eddie, whose hips were out of line, made an effort to walk more quickly, and when we were beyond your little library temple I saw that he was grinning at me, his warm face looking up into my face with joy, with accusing admiration. He had witnessed something extraordinary. What this something might be, whether it came under the heading of fun or psychopathology or wickedness, nobody could yet judge, but he was glad. Although he lost no time in clearing himself of guilt, it was exactly his kind of wisecrack. He loved to do the Groucho Marx bit, or give an S. J. Perelman turn to his sentences. As for me, I had become dead sober, as I generally do after making one of my cracks. I am as astonished by them as anybody else. They may be hysterical symptoms, in the clinical sense. I used to consider myself absolutely normal, but I became aware long ago that in certain moods my laughing bordered on hysteria. I myself could hear the abnormal note. Walsh knew very well that I was subject to such seizures, and when he sensed that one of my fits was approaching, he egged me on. And after he had had his fun he would say, with a grin like Pan Satyrus, "What a bastard you are, Shawmut. The sadistic stabs you can give!" He took care, you see, not to be incriminated as an accessory.

And my joke wasn't even witty, just vile, no excuse for it, certainly not "inspiration." Why should inspiration be so idiotic? It was simply idiotic and wicked. Walsh used to tell me, "You're a Surrealist in spite of yourself." His interpretation was that I had raised myself by painful efforts from immigrant origins to a middle-class level but that I avenged myself for the torments and falsifications of my healthy instincts, deformities imposed on me by this adaptation to respectability, the strain of social climbing. Clever, intricate analysis of this sort was popular in Greenwich Village at that time, and Walsh had picked up the habit. His letter of last month was filled with insights of this kind. People seldom give up the mental capital accumulated in their "best" years. At sixty-odd, Eddie is still a youthful Villager and associates with young people, mainly. I have accepted old age.

It isn't easy to write with arthritic fingers. My lawyer, whose fatal advice I followed (he is the youngest brother of my wife, who passed away last year), urged me to go to British Columbia, where, because of the Japanese current, flowers grow in midwinter, and the air is purer. There are indeed primroses out in the

snow, but my hands are crippled and I am afraid that I may have to take gold injections if they don't improve. Nevertheless, I build up the fire and sit concentrating in the rocker because I need to make it worth your while to consider these facts with me. If I am to believe Walsh, you have trembled from that day onward like a flame on a middle-class altar of undeserved humiliation. One of the insulted and injured.

From my side I have to admit that it was hard for me to acquire decent manners, not because I was naturally rude but because I felt the strain of my position. I came to believe for a time that I couldn't get on in life until I, too, had a false self like everybody else and so I made special efforts to be considerate, deferential, civil. And of course I overdid things and wiped myself twice where people of better breeding only wiped once. But no such program of betterment could hold me for long. I set it up, and then I tore it down, and burned it in a raging bonfire.

Walsh, I must tell you, gives me the business in his letter. Why was it, he asks, that when people groped in conversations I supplied the missing phrases and finished their sentences with greedy pedantry? Walsh alleges that I was showing off, shuffling out of my vulgar origins, making up to the genteel and qualifying as the kind of Jew acceptable (just barely) to the Christian society of T. S. Eliot's dreams. Walsh pictures me as an upwardly mobile pariah seeking bondage as one would seek salvation. In reaction, he says, I had rebellious fits and became wildly insulting. Walsh notes all this well, but he did not come out with it during the years when we were close. He saved it all up. At Ribier College we liked each other. We were friends, somehow. But in the end, somehow, he intended to be a mortal enemy. All the while that he was making the gestures of a close and precious friend he was fattening my soul in a coop till it was ready for killing. My success in musicology may have been too much for him.

Eddie told his wife—he told everyone—what I had said to you. It certainly got around the campus. People laughed, but I was depressed. Remorse: you were a pale woman with thin arms, absorbing the colors of moss, lichen, and limestone into your skin. The heavy library doors were open, and within there were green reading lamps and polished heavy tables, and books massed up to the gallery and above. A few of these books were exalted, some were usefully informative, the majority of them would only congest the mind. My Swedenborgian old lady says that angels do not read books. Why should they? Nor, I imagine, can librarians be great readers. They have too many books, most of them burdensome. The crowded shelves give off an inviting, consoling, seductive odor that is also tinctured faintly with something pernicious, with poison and doom. Human beings can lose their lives in libraries. They ought to be warned. And you, an underpriestess of this temple stepping out to look at the sky, and Mr. Lubeck, your chief, a gentle refugee always stumbling over his

big senile dog and apologizing to the animal, "Ach, excuse me!" (heavy on the sibilant).

Personal note: Miss Rose never was pretty, not even what the French call une belle laide, or ugly beauty, a woman whose command of sexual forces makes ugliness itself contribute to her erotic power. A belle laide (it would be a French idea!) has to be a rolling-mill of lusts. Such force was lacking. No organic basis for it. Fifty years earlier Miss Rose would have been taking Lydia Pinkham's Vegetable Compound. Nevertheless, even if she looked green, a man might have loved her—loved her for her timid warmth, or for the courage she had had to muster to compliment me on my cap. Thirty-five years ago I might have bluffed out this embarrassment with compliments, saying, "Only think, Miss Rose, how many objects of rare beauty have been dug up by archaeologists—the Venus de Milo, Assyrian winged bulls with the faces of great kings. And Michelangelo even buried one of his statues to get the antique look and then exhumed it." But it's too late for rhetorical gallantries. I'd be ashamed. Unpretty, unmarried, the nasty little community laughing at my crack, Miss Rose, poor thing, must have been in despair.

Eddie Walsh, as I told you, would not act the cripple despite his spiral back. Even though he slouched and walked with an outslapping left foot, he carried himself with style. He wore good English tweeds and Lloyd & Haig brogans. He himself would say that there were enough masochistic women around to encourage any fellow to preen and cut a figure. Handicapped men did very well with girls of a certain type. You, Miss Rose, would have done better to save your compliment for him. But his wife was then expecting; I was the bachelor.

Almost daily during the first sunny days of the term we went out walking. I found him mysterious then.

I would think: Who is he, anyway, this (suddenly) close friend of mine? What is this strange figure, the big head low beside me, whose hair grows high and thick? With a different slant, like whipcord stripes, it grows thickly also from his ears. One of the campus ladies has suggested that I urge him to shave his ears, but why should I? She wouldn't like him better with shaven ears, she only dreams that she might. He has a sort of woodwind laugh, closer to oboe than to clarinet, and he releases his laugh from the wide end of his nose as well as from his carved pumpkin mouth. He grins like Alfred E. Neuman from the cover of *Mad* magazine, the successor to Peck's Bad Boy. His eyes, however, are warm and induce me to move closer and closer, but they withhold what I want most. I long for his affection, I distrust him and love him, I woo him with wisecracks. For he is a wise guy in an up-to-date postmodern existentialist sly manner. He also seems kindly. He seems all sorts of things. Fond of Brecht and Weill, he sings "Mackie Messer" and trounces out the tune on the upright piano. This, however, is merely period stuff—German cabaret jazz of the twenties, Berlin's answer to trench warfare and exploded humanism. Catch Eddie

allowing himself to be dated like that! Up-to-the-minute Eddie has always been in the avant-garde. An early fan of the Beat poets, he was the first to quote me Allen Ginsberg's wonderful line "America I'm putting my queer shoulder to the wheel."

Eddie made me an appreciative reader of Ginsberg, from whom I learned much about wit. You may find it odd, Miss Rose (I myself do), that I should have kept up with Ginsberg from way back. Allow me, however, to offer a specimen statement from one of his recent books, which is memorable and also charming. Ginsberg writes that Walt Whitman slept with Edward Carpenter, the author of *Love's Coming-of-Age*; Carpenter afterward became the lover of the grandson of one of our obscurer presidents, Chester A. Arthur; Gavin Arthur when he was very old was the lover of a San Francisco homosexual who, when he embraced Ginsberg, completed the entire cycle and brought the Sage of Camden in touch with his only true successor and heir. It's all a little like Dr. Pangloss's account of how he came to be infected with syphilis.

Please forgive this, Miss Rose. It seems to me that we will need the broadest possible human background for this inquiry, which may so much affect your emotions and mine. You ought to know to whom you were speaking on that day when you got up your nerve, smiling and trembling, to pay me a compliment—to give me, us, your blessing. Which I repaid with a bad witticism drawn, characteristically, from the depths of my nature, that hoard of strange formulations. I had almost forgotten the event when Walsh's letter reached me in Canada. That letter—a strange *megillah* of which I myself was the Haman. He must have brooded with *ressentiment* for decades on my character, drawing the profile of my inmost soul over and over and over. He compiled a list of all my faults, my sins, and the particulars are so fine, the inventory so extensive, the summary so condensed, that he must have been collecting, filing, formulating, and polishing furiously throughout the warmest, goldenest days of our friendship. To receive such a document—I ask you to imagine, Miss Rose, how it affected me at a time when I was coping with grief and gross wrongs, mourning my wife (and funnily enough, also my swindling brother), and experiencing *Edad con Sus Desgracias*, discovering that I could no longer straighten my middle finger, reckoning up the labor and sorrow of threescore and ten (rapidly approaching). At our age, my dear, nobody can be indignant or surprised when evil is manifested, but I ask myself again and again, why should Eddie Walsh work up my faults for thirty-some years to cast them into my teeth? This is what excites my keenest interest, so keen it makes me scream inwardly. The whole comedy of it comes over me in the night with the intensity of labor pains. I lie in the back bedroom of this little box of a Canadian house, which is scarcely insulated, and bear down

hard-so as not to holler. All the neighbors need is to hear such noises at three in the morning. And there isn't a soul in British Columbia I can discuss this with. My only acquaintance is Mrs. Gracewell, the old woman (she is very old) who studies occult literature, and I can't bother her with so different a branch of experience. Our conversations are entirely theoretical. . . . One helpful remark she did make, and this was: "The lower self is what the Psalmist referred to when he wrote, 'I am a worm and no man.' The higher self, few people are equipped to observe. This is the reason they speak so unkindly of one another."

More than once Walsh's document (denunciation) took off from Ginsberg's poetry and prose, and so I finally sent an order to City Lights in San Francisco and have spent many evenings studying books of his I had missed—he publishes so many tiny ones. Ginsberg takes a stand for true tenderness and full candor. Real candor means excremental and genital literalness. What Ginsberg opts for is the warmth of a freely copulating, manly, womanly, comradely, "open road" humanity which doesn't neglect to pray and to meditate. He speaks with horror of our "plastic culture," which he connects somewhat obsessively with the CIA. And in addition to the CIA there are other spydoms, linked with Exxon, Mobil, Standard Oil of California, sinister Occidental Petroleum with its Kremlin connections (that *is* a weird one to contemplate, undeniably). Supercapitalism and its carcinogenic petrochemical technology are linked through James Jesus Angleton, a high official of the Intelligence Community, to T. S. Eliot, one of his pals. Angleton, in his youth the editor of a literary magazine, had the declared aim of revitalizing the culture of the West against the "so-to-speak Stalinists." The ghost of T. S. Eliot, interviewed by Ginsberg on the fantail of a ship somewhere in death's waters, admits to having done little spy jobs for Angleton. Against these, the Children of Darkness, Ginsberg ranges the gurus, the bearded meditators, the poets loyal to Blake and Whitman, the "holy creeps," the lyrical, unsophisticated homosexuals whose little groups the secret police track on their computers, amongst whom they plant provocateurs, and whom they try to corrupt with heroin. This psychopathic vision, so touching because there is, realistically, so much to be afraid of, and also because of the hunger for goodness reflected in it, a screwball defense of beauty, I value more than my accuser, Walsh, does. I truly understand. To Ginsberg's sexual Fourth of July fireworks I say, Tee-hee. But then I muse sympathetically over his obsessions, combing my moustache downward with my fingernails, my eyes feeling keen as I try to figure him. I am a more disinterested Ginsberg admirer than Eddie is. Eddie, so to speak, comes to the table with a croupier's rake. He works for the house. He skims from poetry.

One of Walsh's long-standing problems was that he looked distinctly Jewy. Certain people were distrustful and took against him with gratuitous hostility, suspecting that he was trying to pass for a full American. They'd some-

times say, as if discovering how much force it gave them to be brazen (force is always welcome), "What was your name before it was Walsh?"—a question of the type that Jews often hear. His parents were descended from north of Ireland Protestants, actually, and his mother's family name was Ballard. He signs himself Edward Ballard Walsh. He pretended not to mind this. A taste of persecution made him friendly to Jews, or so he said. Uncritically delighted with his friendship, I chose to believe him.

It turns out that after many years of concealed teetering, Walsh concluded that I was a fool. It was when the public began to take me seriously that he lost patience with me and his affection turned to rancor. My TV programs on music history were what did it. I can envision this—Walsh watching the screen in a soiled woolen dressing gown, cupping one elbow in his hand and sucking a cigarette, assailing me while I go on about Haydn's last days, or Mozart and Salieri, developing themes on the harpsichord: "Superstar! What a horseshit idiot!" "Christ! How phony can you get!" "Huckleberry Fink!"

My own name, Shawmut, had obviously been tampered with. The tampering was done long years before my father landed in America by his brother Pinye, the one who wore a pince-nez and was a music copyist for Sholom Secunda. The family must have been called Shamus or, even more degrading, Untershamus. The untershamus, lowest of the low in the Old World synagogue, was a quasi-unemployable incompetent and hanger-on, tangle-bearded and cursed with comic ailments like a large hernia or scrofula, a pauper's pauper. "Orm," as my father would say, "aufsteiffleivent." Steiffleivent was the stiff linen-and-horsehair fabric that tailors would put into the lining of a jacket to give it shape. There was nothing cheaper. "He was so poor that he dressed in dummy cloth." Cheaper than a shroud. But in America Shawmut turns out to be the name of a chain of banks in Massachusetts. How do you like them apples! You may have heard charming, appealing, sentimental things about Yiddish, but Yiddish is a hard language, Miss Rose. Yiddish is severe and bears down without mercy. Yes, it is often delicate, lovely, but it can be explosive as well. "A face like a slop jar," "a face like a bucket of swill." (Pig connotations give special force to Yiddish epithets.) If there is a demiurge who inspires me to speak wildly, he may have been attracted to me by this violent unsparing language.

As I tell you this, I believe that you are willingly following, and I feel the greatest affection for you. I am very much alone in Vancouver, but that is my own fault, too. When I arrived, I was invited to a party by local musicians, and I failed to please. They gave me their Canadian test for U.S. visitors: Was I a Reaganite? I couldn't be that, but the key question was whether El Salvador might not be another Vietnam, and I lost half of the company at once by my reply: "Nothing of

the kind. The North Vietnamese are seasoned soldiers with a military tradition of many centuries—*really* tough people. Salvadorans are Indian peasants." Why couldn't I have kept my mouth shut? What do I care about Vietnam? Two or three sympathetic guests remained, and these I drove away as follows: A professor from UBC observed that he agreed with Alexander Pope about the ultimate unreality of evil. Seen from the highest point of metaphysics. To a rational mind, nothing bad ever really happens. He was talking high-minded balls. Twaddle! I thought. I said, "Oh? Do you mean that every gas chamber has a silver lining?"

That did it, and now I take my daily walks alone.

It is very beautiful here, with snow mountains and still harbors. Port facilities are said to be limited and freighters have to wait (at a daily fee of \$10,000). To see them at anchor is pleasant. They suggest the "Invitation au Voyage," and also "Anywhere, anywhere, Out of the world!" But what a clean and civilized city this is, with its clear northern waters and, beyond, the sense of an unlimited wilderness beginning where the forests bristle, spreading northward for millions of square miles and ending at ice whorls around the Pole.

Provincial academics took offense at my quirks. Too bad.

But lest it appear that I am always dishing it out, let me tell you, Miss Rose, that I have often been on the receiving end, put down by virtuosi, by artists greater than myself, in this line. The late Kippenberg, prince of musicologists, when we were at a conference in the Villa Serbelloni on Lake Como, invited me to his rooms one night to give him a preview of my paper. Well, he didn't actually invite me. I was eager. The suggestion was mine and he didn't have the heart to refuse. He was a huge man dressed in velvet dinner clothes, a copious costume, kelly green in color, upon which his large, pale, clever head seemed to have been deposited by a boom. Although he walked with two sticks, a sort of *diable boiteux*, there was no one faster with a word. He had published *the* great work on Rossini, and Rossini himself had made immortal wisecracks (like the one about Wagner: "*Il a de beaux moments mais de mauvais quarts d'heure*"). You have to imagine also the suite that Kippenberg occupied at the villa, eighteenth-century rooms, taffeta sofas, brocades, cool statuary, hot silk lamps. The servants had already shuttered the windows for the night, so the parlor was very close. Anyway, I was reading to the worldly-wise and learned Kippenberg, all swelled out in green, his long mouth agreeably composed. Funny eyes the man had, too, set at the sides of his head as if for bilateral vision, and eyebrows like caterpillars from the Tree of Knowledge. As I was reading he began to nod. I said, "I'm afraid I'm putting you to sleep, Professor." "No, no—on the contrary, you're keeping me awake," he said. That, and at my expense, was genius, and it was a privilege to have provoked it. He had been sitting, massive, with his two sticks, as if he were on a slope, skiing into profound sleep. But even at the brink, when

it was being extinguished, the unique treasure of his consciousness could still dazzle. I would have gone around the world for such a put-down.

Let me, however, return to Walsh for a moment. The Walshes lived in a small country house belonging to the college. It was down in the woods, which at that season were dusty. You may remember, in Florida, what New England woods are in a dry autumn—pollen, woodsmoke, decayed and mealy leaves, spiderwebs, perhaps the wing powder of dead moths. Arriving at the Walshes' stone gateposts, if we found bottles left by the milkman we'd grab them by the neck and, yelling, hurl them into the bushes. The milk was ordered for Peg Walsh, who was pregnant but hated the stuff and wouldn't drink it anyway. Peg was socially above her husband. Anybody, in those days, could be; Walsh had below him only Negroes and Jews, and owing to his Jewy look, was not secure even in this advantage. Bohemianism therefore gave him strength. Mrs. Walsh enjoyed her husband's bohemian style, or said she did. My Pergolesi and Haydn made me less objectionable to her than I might otherwise have been. Besides, I was lively company for her husband. Believe me, he needed lively company. He was depressed; his wife was worried. When she looked at me I saw the remedy-light in her eyes.

Like Alice after she had emptied the DRINK ME bottle in Wonderland, Peg was very tall; bony but delicate, she resembled a silent-movie star named Colleen Moore, a round-eyed ingenue with bangs. In her fourth month of pregnancy, Peg was still working at Filene's, and Eddie, unwilling to get up in the morning to drive her to the station, spent long days in bed under the faded patchwork quilts. Pink, when it isn't fresh and lively, can be a desperate color. The pink of Walsh's quilts sank my heart when I came looking for him. The cottage was paneled in walnut-stained boards, the rooms were sunless, the kitchen especially gloomy. I found him upstairs sleeping, his jaw undershot and his Jewish lip prominent. The impression he made was both brutal and innocent. In sleep he was bereft of the confidence into which he put so much effort. Not many of us are fully wakeful, but Walsh took particular pride in being alert. That he was nobody's fool was his main premise. But in sleep he didn't look clever.

I got him up. He was embarrassed. He was not the complete bohemian after all. His muzziness late in the day distressed him, and he grumbled, putting his thin legs out of bed. We went to the kitchen and began to drink.

Peg insisted that he see a psychiatrist in Providence. He kept this from me awhile, finally admitting that he needed a tune-up, minor internal adjustments. Becoming a father rattled him. His wife eventually gave birth to male twins. The facts are trivial and I don't feel that I'm betraying a trust. Besides, I owe him nothing. His letter upset me badly. What a time he chose to send it! Thirty-five years without a cross word. He allows me to count on his affection. Then he lets

~~me have it.~~ When do you shaft a pal, when do you hand him the poison cup? Not while he's still young enough to recover. Walsh waited till the very end—*my* end, of course. *He* is still youthful, he writes me. Evidence of this is that he takes a true interest in young lesbians out in Missouri, he alone knows their inmost hearts and they allow him to make love to them—Walsh, the sole male exception. Like the explorer McGovern, who went to Lhasa in disguise, the only Westerner to penetrate the sacred precincts. They trust only youth, they trust him, so it's certain that he can't be old.

This document of his pulls me to pieces entirely. And I agree, objectively, that my character is not an outstanding success. I am inattentive, spiritually lazy, I tune out. I have tried to make this indolence of mine look good, he says. For example, I never would check a waiter's arithmetic; I refused to make out my own tax returns; I was too "unworldly" to manage my own investments, and hired experts (read "crooks"). Realistic Walsh wasn't too good to fight over nickels; it was the principle that counted, as honor did with Shakespeare's great soldiers. When credit cards began to be used, Walsh, after computing interest and service charges to the fourth decimal, cut up Peg's cards and threw them down the chute. Every year he fought it out with tax examiners, both federal and state. Nobody was going to get the better of Eddie Walsh. By such hardness he connected himself with the skinflint rich—the founding Rockefeller, who wouldn't tip more than a dime, or Getty the billionaire, in whose mansion weekend guests were forced to use coin telephones. Walsh wasn't being petty, he was being hard, strict, tighter than a frog's ass. It wasn't simply basic capitalism. Insofar as Walsh was a Brecht fan, it was also Leninist or Stalinist hardness. And if I was, or appeared to be, misty about money, it was conceivably "a semi-unconscious strategy," he said. Did he mean that I was trying to stand out as a Jew who disdained the dirty dollar? Wanting to be taken for one of my betters? In other words, assimilationism? Only I never admitted that anti-Semites of any degree were my betters.

I wasn't trying to be absentmindedly angelic about my finances. In fact, Miss Rose, I was really not with it. My ineptness with money was part of the same hysterical syndrome that caused me to put my foot in my mouth. I suffered from it genuinely, and continue to suffer. The Walsh of today has forgotten that when he went to a psychiatrist to be cured of sleeping eighteen hours at a stretch, I told him how well I understood his problem. To console him, I said, "On a good day I can be acute for about half an hour, then I start to fade out and anybody can get the better of me." I was speaking of the dream condition or state of vague turbulence in which, with isolated moments of clarity, most of us exist. And it never occurred to me to adopt a strategy. I told you before that at one time it seemed a practical necessity to have a false self, but that I soon

gave up on it. Walsh, however, assumes that every clever modern man is his own avant-garde invention. To be avant-garde means to tamper with yourself, to have a personal project requiring a histrionic routine—in short, to put on an act. But what sort of act was it to trust a close relative who turned out to be a felon, or to let my late wife persuade me to hand over my legal problems to her youngest brother? It was the brother-in-law who did me in. Where others were simply unprincipled and crooked, he was in addition bananas. Patience, I am getting around to that.

Walsh writes, "I thought it was time you knew what you were really like," and gives me a going-over such as few men ever face. I abused and badmouthed everybody, I couldn't bear that people should express themselves (this particularly irritated him; he mentions it several times) but put words into their mouths, finished their sentences for them, making them forget what they were about to say (supplied the platitudes they were groping for). I was, he says, "a mobile warehouse of middle-class spare parts," meaning that I was stocked with the irrelevant and actually insane information that makes the hateful social machine tick on toward the bottomless pit. And so forth. As for my supernal devotion to music, that was merely a cover. The real Shawmut was a canny promoter whose *Introduction to Music Appreciation* was adopted by a hundred colleges ("which doesn't happen of itself") and netted him a million in royalties. He compares me to Kissinger, a Jew who made himself strong in the Establishment, having no political base or constituency but succeeding through promotional genius, operating as a celebrity. . . . Impossible for Walsh to understand the strength of character, even the constitutional, biological force such an achievement would require; to appreciate (his fur-covered ear sunk in his pillow, and his small figure thrice-bent, like a small fire escape, under the wads of pink quilt) what it takes for an educated man to establish a position of strength among semiliterate politicians. No, the comparison is far-fetched. Doing eighteenth-century music on PBS is not very much like taking charge of U.S. foreign policy and coping with drunkards and liars in the Congress or the executive branch.

An honest Jew? That would be Ginsberg the Confessor. Concealing no fact, Ginsberg appeals to Jew-haters by exaggerating everything that they ascribe to Jews in their pathological fantasies. He puts them on, I think, with crazy simple-mindedness, with his actual dreams of finding someone's anus in his sandwich or with his poems about sticking a dildo into himself. This bottom-line materialistic eroticism is most attractive to Americans, proof of sincerity and authenticity. It's on this level that they tell you they are "leveling" with you, although the deformities and obscenities that come out must of course be assigned to somebody else, some "morphodite" faggot or exotic junkie queer. When they tell you they're "leveling," put your money in your shoe at once, that's my advice.

I see something else in Ginsberg, however. True, he's playing a traditional

Jewish role with this comic self-degradation, just as it was played in ancient Rome, and probably earlier. But there's something else, equally traditional. Under all this all-revealing candor (or aggravated self-battery) is purity of heart. As an American Jew he must also affirm and justify democracy. The United States is destined to become one of the great achievements of humanity, a nation made up of many nations (not excluding the queer nation: how can anybody be left out?). The U.S.A. itself is to be the greatest of poems, as Whitman prophesied. And the only authentic living representative of American Transcendentalism is that fat-breasted, bald, bearded homosexual in smeared goggles, innocent in his uncleanness. Purity from foulness, Miss Rose. The man is a Jewish microcosm of this Midas earth whose buried corpses bring forth golden fruits. This is not a Jew who goes to Israel to do battle with Leviticus to justify homosexuality. He is a faithful faggot Buddhist in America, the land of his birth. The petrochemical capitalist enemy (an enemy that needs sexual and religious redemption) is right here at home. Who could help loving such a comedian! Besides, Ginsberg and I were born under the same birth sign, and both of us had crazy mothers and are given to inspired utterances. I, however, refuse to overvalue the erotic life. I do not believe that the path of truth must pass through all the zones of masturbation and buggery. He is consistent; to his credit, he goes all the way, which can't be said of me. Of the two of us, he is the more American. *He* is a member of the American Academy of Arts and Letters—I've never even been proposed as a candidate—and although he has suggested that some of our recent presidents were acidheads, he has never been asked to return his national prizes and medals. The more he libels them (did LBJ use LSD?), the more medals he is likely to get. Therefore I have to admit that he is closer to the American mainstream than I am. I don't even look like an American. (Nor does Ginsberg, for that matter.) Hammond, Indiana, was my birthplace (just before Prohibition my old man had a saloon there), but I might have come straight from Kiev. I certainly haven't got the build of a Hoosier—I am tall but I slouch, my buttocks are set higher than other people's, I have always had the impression that my legs are disproportionately long: it would take an engineer to work out the dynamics. Apart from Negroes and hillbillies, Hammond is mostly foreign, there are lots of Ukrainians and Finns there. These, however, look completely American, whereas I recognize features like my own in Russian church art—the compact faces, small round eyes, arched brows, and bald heads of the icons. And in highly structured situations in which champion American executive traits like prudence and discretion are required, I always lose control and I am, as Arabs say, a hostage to my tongue.

The preceding has been fun—by which I mean that I've avoided rigorous examination, Miss Rose. We need to get closer to the subject. I have to apologize

to you, but there is also a mystery here (perhaps of karma, as old Mrs. Gracewell suggests) that cries out for investigation. Why does anybody *say* such things as I said to you? Well, it's as if a man were to go out on a beautiful day, a day so beautiful that it pressed him incomprehensibly to *do* something, to perform a commensurate action—or else he will feel like an invalid in a wheelchair by the seashore, a valetudinarian whose nurse says, "Sit here and watch the ripples."

My late wife was a gentle, slender woman, quite small, built on a narrow medieval principle. She had a way of bringing together her palms under her chin when I upset her, as if she were praying for me, and her pink color would deepen to red. She suffered extremely from my fits and assumed the duty of making amends for me, protecting my reputation and persuading people that I meant no harm. She was a brunette and her complexion was fresh. Whether she owed her color to health or excitability was an open question. Her eyes were slightly extruded, but there was no deformity in this; it was one of her beauties as far as I was concerned. She was Austrian by birth (Graz, not Vienna), a refugee. I never was attracted to women of my own build—two tall persons made an incomprehensible jumble together. Also I preferred to have to search for what I wanted. As a schoolboy, I took no sexual interest in teachers. I fell in love with the smallest girl in the class, and I followed my earliest taste in marrying a slender van der Weyden or Lucas Cranach woman. The rose color was not confined to her face. There was something not exactly contemporary about her complexion, and her conception of gracefulness also went back to a former age. She had a dipping way about her: her figure dipped when she walked, her hands dipped from the wrist while she was cooking, she was a dippy eater, she dipped her head attentively when you had anything serious to tell her and opened her mouth a little to appeal to you to make better sense. In matters of principle, however irrational, she was immovably obstinate. Death has taken Gerda out of circulation, and she has been wrapped up and put away for good. No more straight, flushed body and pink breasts, nor blue extruded eyes.

What I said to you in passing the library would have appalled her. She took it to heart that I should upset people. Let me cite an example. This occurred years later, at another university (a real one), one evening when Gerda put on a dinner for a large group of academics—all three leaves were in our cherrywood Scandinavian table. I didn't even know who the guests were. After the main course, a certain Professor Schulteiss was mentioned. Schulteiss was one of those bragging polymath types who gave everybody a pain in the ass. Whether it was Chinese cookery or particle physics or the connections of Bantu with Swahili (if any) or why Lord Nelson was so fond of William Beckford or the future of computer science, you couldn't interrupt him long enough to complain that he didn't let you get a word in edgewise. He was a big, bearded man with an assault-defying belly and fingers that turned back at the tips, so that if I had been a cartoonist I would have sketched him yodeling, with black whiskers and retroussé fingertips.

One of the guests said to me that Schulteiss was terribly worried that no one would be learned enough to write a proper obituary when he died. "I don't know if I'm qualified," I said, "but I'd be happy to do the job, if that would be of any comfort to him." Mrs. Schulteiss, hidden from me by Gerda's table flowers, was being helped just then to dessert. Whether she had actually heard me didn't matter, for five or six guests immediately repeated what I had said, and I saw her move aside the flowers to look at me.

In the night I tried to convince Gerda that no real harm had been done. Anna Schulteiss was not easy to wound. She and her husband were on the outs continually—why had she come without him? Besides, it was hard to guess what she was thinking and feeling; some of her particles (a reference to Schulteiss's learning in the field of particle physics) were surely out of place. This sort of comment only made matters worse. Gerda did not tell me that, but only lay stiff on her side of the bed. In the field of troubled breathing in the night she was an accomplished artist, and when she sighed heavily there was no sleeping. I yielded to the same stiffness and suffered with her. Adultery, which seldom tempted me, couldn't have caused more guilt. While I drank my morning coffee Gerda telephoned Anna Schulteiss and made a lunch date with her. Later in the week they went to a symphony concert together. Before the month was out we were baby-sitting for the Schulteisses in their dirty little university house, which they had turned into a Stone Age kitchen midden. When that stage of conciliation had been reached, Gerda felt better. My thought, however, was that a man who allowed himself to make such jokes should be brazen enough to follow through, not succumb to conscience as soon as the words were out. He should carry things off like the princely Kippenberg. Anyway, which was the real Shawmut, the man who made insulting jokes or the other one, who had married a wife who couldn't bear that anyone should be wounded by his insults?

You will ask: With a wife willing to struggle mortally to preserve you from the vindictiveness of the injured parties, weren't you perversely tempted to make trouble, just to set the wheels rolling? The answer is no, and the reason is not only that I loved Gerda (my love terribly confirmed by her death), but also that when I said things I said them for art's sake, i.e., without perversity or malice, nor as if malice had an effect like alcohol and I was made drunk on wickedness. I reject that. Yes, there has to be some provocation. But what happens when I am provoked happens because the earth heaves up underfoot, and then from opposite ends of the heavens I get a simultaneous shock to both ears. I am deafened, and I have to open my mouth. Gerda, in her simplicity, tried to neutralize the ill effects of the words that came out and laid plans to win back the friendship of all kinds of unlikely parties whose essential particles were missing and who had no capacity for friendship, no interest in it. To such people she sent azaleas, begonias, cut flowers, she took the wives to lunch. She came home and told me

earnestly how many fascinating facts she had learned about them, how their husbands were underpaid, or that they had sick old parents, or madness in the family, or fifteen-year-old kids who burglarized houses or were into heroin.

I never said anything wicked to Gerda, only to provocative people. Yours is the only case I can remember where there was no provocation, Miss Rose—hence this letter of apology, the first I have ever written. You are the cause of my self-examination. I intend to get back to this later. But I am thinking now about Gerda. For her sake I tried to practice self-control, and eventually I began to learn the value of keeping one's mouth shut, and how it can give a man strength to block his inspired words and to let the wickedness (if wickedness is what it is) be absorbed into the system again. Like the "right speech" of Buddhists, I imagine. "Right speech is sound physiology." And did it make much sense to utter choice words at a time when words have sunk into grossness and decadence? If a La Rochefoucauld were to show up, people would turn away from him in mid-sentence, and yawn. Who needs maxims now?

The Schulteisses were colleagues, and Gerda could work on them, she had access to them, but there were occasions when she couldn't protect me. We were, for instance, at a formal university dinner, and I was sitting beside an old woman who gave millions of dollars to opera companies and orchestras. I was something of a star that evening and wore tails, a white tie, because I had just conducted a performance of Pergolesi's *Stabat Mater*, surely one of the most moving works of the eighteenth century. You would have thought that such music had ennobled me, at least until bedtime. But no, I soon began to spoil for trouble. It was no accident that I was on Mrs. Pergamon's right. She was going to be hit for a big contribution. Somebody had dreamed up a schola cantorum, and I was supposed to push it (tactfully). The real pitch would come later. Frankly, I didn't like the fellows behind the plan. They were a bad lot, and a big grant would have given them more power than was good for anyone. Old Pergamon had left his wife a prodigious fortune. So much money was almost a sacred attribute. And also I had conducted sacred music, so it was sacred against sacred. Mrs. Pergamon talked money to me, she didn't mention the *Stabat Mater* or my interpretation of it. It's true that in the U.S., money leads all other topics by about a thousand to one, but this was one occasion when the music should not have been omitted. The old woman explained to me that the big philanthropists had an understanding, and how the fields were divided up among Carnegie, Rockefeller, Mellon, and Ford. Abroad there were the various Rothschild interests and the Volkswagen Foundation. The Pergamons did music, mainly. She mentioned the sums spent on electronic composers, computer music, which I detest, and I was boiling all the while that I bent a look of

perfect courtesy from Kiev on her. I had seen her limousine in the street with campus cops on guard, supplementing the city police. The diamonds on her bosom lay like the Finger Lakes among their hills. I am obliged to say that the money conversation had curious effects on me. It reached very deep places. My late brother, whose whole life was devoted to money, had been my mother's favorite. He remains her favorite still, and she is in her nineties. Presently I heard Mrs. Pergamon say that she planned to write her memoirs. Then I asked—and Nietzsche might have described the question as springing from my inner *Fatum*—"Will you use a typewriter or an adding machine?"

Should I have said *that*? Did I actually *say* it? Too late to ask, the tempest had fallen. She looked at me, quite calm. Now, she was a great lady and I was from *Bedlam*. Because there was no visible reaction in her diffuse old face, and the blue of her eyes was wonderfully clarified and augmented by her glasses, I was tempted to believe that she didn't hear or else had failed to understand. But *that didn't wash*. I changed the subject. I understood that despite the almost exclusive interest in music, she had from time to time supported scientific research. The papers reported that she had endowed a project for research in epilepsy. Immediately I tried to steer her into epilepsy. I mentioned the Freud essay in which the theory was developed that an epileptic fit was a dramatization of the death of one's father. This was why it made you stiff. But finding that my struggle to *get off the hook* was only *giving me a bloody lip*, I went for the bottom and lay there coldly silent. With all my heart I concentrated on the *Fatum*. *Fatum* signifies that in each human being there is something that is inaccessible to revision. This something can be taught *nothing*. Maybe it is founded in the Will to Power, and the Will to Power is nothing less than Being itself. Moved, or as the young would say, *stoned out of my head*, by the *Stabat Mater* (the glorious mother who would not stand up for *me*), I had been led to speak from the depths of my *Fatum*. I believe that I misunderstood old Mrs. Pergamon entirely. To speak of money to me was kindness, even magnanimity on her part—a man who knew Pergolesi was as good as rich and might almost be addressed as an equal. And in spite of me she endowed the schola cantorum. You don't penalize an institution because a *kook* at dinner speaks wildly to you. She was so very old that she had seen every sort of maniac there is. Perhaps I startled myself more than I did her.

She was being gracious, Miss Rose, and *I had been trying to go beyond her*, to pass her on a dangerous curve. A power contest? What might that mean? Why did I need power? Well, I may have needed it because from a position of power you can say anything. Powerful men give offense with impunity. Take as an instance what Churchill said about an MP named Driberg: "He is the man who brought pederasty into disrepute." And Driberg instead of being outraged was flattered, so that when another member of Parliament claimed the remark

for himself and insisted that his was the name Churchill had spoken, Driberg said, "*You?* Why would Winston take notice of an insignificant faggot like *you!*" This quarrel amused London for several weeks. But then Churchill was Churchill, the descendant of Marlborough, his great biographer, and also the savior of his country. To be insulted by him guaranteed your place in history. Churchill was, however, a holdover from a more civilized age. A less civilized case would be that of Stalin. Stalin, receiving a delegation of Polish Communists in the Kremlin, said, "But what has become of that fine, intelligent woman Comrade Z?" The Poles looked at their feet. Because, as Stalin himself had had Comrade Z murdered, there was nothing to say.

This is contempt, not wit. It is Oriental despotism, straight, Miss Rose. Churchill was human, Stalin merely a colossus. As for us, here in America, we are a demotic, hybrid civilization. We have our virtues but are ignorant of style. It's only because American society has no place for style (in the sense of Voltairean or Gibbonesque style, style in the manner of Saint-Simon or Heine) that it is possible for a man like me to make such statements as he makes, *harming no one but himself*. If people are offended, it's by the "hostile intent" they sense, not by the keenness of the words. They classify me then as a psychological curiosity, a warped personality. It never occurs to them to take a full or biographical view. In the real sense of the term, biography has fallen away from us. We all flutter like new-hatched chicks between the feet of the great idols, the monuments of power.

So what are words? A lawyer, the first one, the one who represented me in the case against my brother's estate (the second one was Gerda's brother)—lawyer number one, whose name was Klaussen, said to me when an important letter had to be drafted, "*You do it, Shawmut. You're the man with the words.*"

"And you're the whore with ten cunts!"

But I didn't say this. He was too powerful. I needed him. I was afraid.

But it was inevitable that I should offend him, and presently I did.

I can't tell you *why*. It's a mystery. When I tried to discuss Freud's epilepsy essay with Mrs. Pergamon I wanted to hint that I myself was subject to strange seizures that resembled falling sickness. But it wasn't just brain pathology, lesions, grand mal chemistry. It was a kind of perversely happy *gaieté de coeur*. Elements of vengefulness, or blasphemy? Well, maybe. What about demonic inspiration, what about energumens, what about Dionysus the god? After a distressing luncheon with Klaussen the lawyer at his formidable club, where he bullied me in a dining room filled with bullies, a scene from Daumier (I had been beaten down ten or twelve times, my suggestions all dismissed, and I had paid him a twenty-five-thousand-dollar retainer, but Klaussen hadn't bothered yet to master the elementary facts of the case)—after lunch, I say, when we were walking through the lobby of the club, where federal judges, *machine*

politicians, paving contractors, and chairmen of boards conferred in low voices, I heard a great noise. Workmen had torn down an entire wall. I said to the receptionist, "What's happening?" She answered, "The entire club is being rewired. We've been having daily power failures from the old electrical system." I said, "While they're at it they might arrange to have people electrocuted in the dining room."

I was notified by Klaussen next day that for one reason or another he could no longer represent me. I was an incompatible client.

The intellect of man declaring its independence from worldly power—okay. But I had gone to Klaussen for protection. I chose him because he was big and arrogant, like the guys my brother's widow had hired. My late brother had swindled me. Did I want to recover my money or not? Was I fighting or doodling? Because in the courts you needed brazenness, it was big arrogance or nothing. And with Klaussen as with Mrs. Pergamon there was not a thing that Gerda could do—she couldn't send either of them flowers or ask them to lunch. Besides, she was already sick. Dying, she was concerned about my future. She remonstrated with me. "Did you have to needle him? He's a proud man."

"I gave in to my weakness. What's with me? Like, am I too good to be a hypocrite?"

"Hypocrisy is a big word. . . . A little lip service."

And again I said what I shouldn't have, especially given the state of her health: "It's a short step from lip service to ass kissing."

"Oh, my poor Herschel, you'll never change!"

She was then dying of leukemia, Miss Rose, and I had to promise her that I would put my case in the hands of her brother Hansl. She believed that for her sake Hansl would be loyal to me. Sure, his feeling for her was genuine. He loved his sister. But as a lawyer he was a disaster, not because he was disloyal but because he was in essence an inept conniver. Also he was plain crackers.

Lawyers, lawyers. Why did I need all these lawyers? you will ask. Because I loved my brother fondly. Because we did business, and business can't be done without lawyers. They have built a position for themselves at the very heart of money—strength at the core of what is strongest. Some of the cheerfulest passages in Walsh's letter refer to my horrible litigation. He says, "I always knew you were a fool." Himself, he took the greatest pains never to be one. Not that any man can ever be absolutely certain that his prudence is perfect. But to retain lawyers is clear proof that you're a patsy. There I concede that Walsh is right.

My brother, Philip, had offered me a business proposition, and that, too, was my fault. I made the mistake of telling him how much money my music-appreciation book had earned. He was impressed. He said to his wife, "Tracy,

guess who's loaded!" Then he asked, "What are you doing with it? How do you protect yourself against taxes and inflation?"

I admired my brother, not because he was a "creative businessman," as they said in the family—that meant little to me—but because . . . Well, there is in fact no "because," there's only the *given*, a lifelong feeling, a mystery. His interest in my finances excited me. For once he spoke seriously to me, and this turned my head. I told him, "I never even tried to make money, and now I'm knee-deep in the stuff." Such a statement was a little disingenuous. It was, if you prefer, untrue. To take such a tone was also a mistake, for it implied that money wasn't so hard to make. Brother Philip had knocked himself out for it, while Brother Harry had earned heaps of it, incidentally, while fiddling. This, I now acknowledge, was a provocative booboo. He made a dark note of it. I even saw the note being made.

As a boy, Philip was very fat. We had to sleep together when we were children and it was like sharing the bed with a dugong. But since then he had firmed up quite a lot. In profile his face was large, with bags under the eyes, a sharp serious face upon a stout body. My late brother was a crafty man. He laid long-distance schemes. Over me he enjoyed the supreme advantage of detachment. My weakness was my fondness for him, contemptible in an adult male. He slightly resembled Spencer Tracy, but was more avid and sharp. He had a Texas tan, his hair was "styled," not barbered, and he wore Mexican rings on every one of his fingers.

Gerda and I were invited to visit his estate near Houston. Here he lived in grandeur, and when he showed me around the place he said to me, "Every morning when I open my eyes I say, 'Philip, you're living right in the middle of a park. You own a whole park.'"

I said, "It certainly is as big as Douglas Park in Chicago."

He cut me short, not wishing to hear about the old West Side, our dreary origins. Roosevelt Road with its chicken coops stacked on the sidewalks, the Talmudist horseradish grinder in the doorway of the fish store, or the daily drama of the Shawmut kitchen on Independence Boulevard. He abominated these reminiscences of mine, for he was thoroughly Americanized. On the other hand, he no more belonged on this Texas estate than I did. Perhaps no one belonged here. Numerous failed entrepreneurs had preceded him in this private park, the oilmen and land developers who had caused this monument to be built. You had the feeling that they must all have died in flophouses or on state funny farms, cursing the grandiose *fata morgana* that Philip now owned, or seemed to own. The truth was that he didn't like it, either; he was stuck with it. He had bought it for various symbolic reasons, and under pressure from his wife.

He told me in confidence that he had a foolproof investment for me. People

were approaching him with hundreds of thousands, asking to be cut into the deal, but he would turn them all down for my sake. For once he was in a position to do something for me. Then he set his conditions. The first condition was that he was never to be questioned, that was how he did business, but I could be sure that he would protect me as a brother should and that there was nothing to fear. In the fragrant plantation gardens, he flew for one instant (no more) into Yiddish. He'd never let me lay my sound head in a sickbed. Then he flew out again. He said that his wife, who was the best woman in the world and the soul of honor, would respect his commitments and carry out his wishes with fanatical fidelity if anything were to happen to him. Her fanatical fidelity to him was fundamental. I didn't understand Tracy, he said. She was difficult to know but she was a true woman, and he wasn't going to have any clauses in our partnership agreement that would bind her formally. She would take offense at that and so would he. And you wouldn't believe, Miss Rose, how all these clichés moved me. I responded as if to an accelerator under his fat, elegantly shod foot, pumping blood, not gasoline, into my mortal engine. I was wild with feeling and said yes to it all. Yes, yes! The plan was to create an auto-wrecking center, the biggest in Texas, which would supply auto parts to the entire South and to Latin America as well. The big German and Italian exporters were notoriously short of replacement parts; I had experienced this myself—I had once had to wait four months for a BMW front-wheel stabilizer unobtainable in the U.S. But it wasn't the business proposition that carried me away, Miss Rose. What affected me was that my brother and I should be really associated for the first time in our lives. As our joint enterprise could never in the world be Pergolesi, it must necessarily be business. I was unreasonably stirred by emotions that had waited a lifetime for expression; they must have worked their way into my heart at a very early age, and now came out in full strength to drag me down.

"What have you got to do with wrecking automobiles?" said Gerda. "And grease, and metal, and all that noise?"

I said, "What has the IRS ever done for music that it should collect half my royalties?"

My wife was an educated woman, Miss Rose, and she began to reread certain books and to tell me about them, especially at bedtime. We went through much of Balzac. *Père Goriot* (what daughters can do to a father), *Cousin Pons* (how an elderly innocent was dragged down by relatives who coveted his art collection) . . . One swindling relative after another, and all of them merciless. She related the destruction of poor César Birotteau, the trusting perfumer. She also read me selections from Marx on the obliteration of the ties of kinship by capitalism. But it never occurred to me that such evils could affect a man who had read about them. I had read about venereal diseases and had never caught any. Besides, it was now too late to take a warning.

On my last trip to Texas I visited the vast, smoking wrecking grounds, and on our way back to the mansion Philip told me that his wife had become a breeder of pit bulldogs. You may have read about these creatures, which have scandalized American animal lovers. They are the most terrifying of all dogs. Part terrier, part English bulldog, smooth-skinned, broad-chested, immensely muscular, they attack all strangers, kids as well as grownups. As they do not bark, no warning is given. Their intent is always to kill, and once they have begun to tear at you they can't be called off. The police, if they arrive in time, have to shoot them. In the pit, the dogs fight and die in silence. Aficionados bet millions of dollars on the fights (which are illegal, but what of it?). Humane societies and civil liberties groups don't quite know how to defend these murderous animals or the legal rights of their owners. There is a Washington lobby trying to exterminate the breed, and meantime enthusiasts go on experimenting, doing everything possible to create the worst of all possible dogs.

Philip took an intense pride in his wife. "Tracy is a wonder, isn't she?" he said. "There's terrific money in these animals. Trust her to pick up a new trend. Guys are pouring in from all over the country to buy pups from her."

He took me to the dog-runs to show the pit bulls off. As we passed, they set their paws on the wire meshes and bared their teeth. I didn't enjoy visiting the pens. My own teeth were on edge. Philip himself wasn't comfortable with the animals, by any means. He owned them, they were assets, but he wasn't the master. Tracy, appearing among the dogs, gave me a silent nod. The Negro employees who brought meat were tolerated. "But Tracy," Philip said, "she's their goddess."

I must have been afraid, because nothing satirical or caustic came to mind. I couldn't even make up funny impressions to take home to Gerda, with whose amusement I was preoccupied in those sad days.

But as a reverberator, which it is my nature to be, I tried to connect the breeding of these terrible dogs with the mood of the country. The pros and cons of the matter add some curious lines to the spiritual profile of the U.S.A. Not long ago, a lady wrote to the *Boston Globe* that it had been a failure of judgment in the Founding Fathers not to consider the welfare of cats and dogs in our democracy, people being what they are. The Founders were too lenient with human viciousness, she said, and the Bill of Rights ought to have made provision for the safety of those innocents who are forced to depend upon us. The first connection to come to mind was that egalitarianism was now being extended to cats and dogs. But it's not simple egalitarianism, it's a merging of different species; the line between man and other animals is becoming blurred. A dog will give you such simple heart's truth as you will never get from a lover or a parent. I seem to recall from the thirties (or did I read this in the memoirs of Lionel Abel?) how scandalized the French Surrealist André Breton was when he visited

Leon Trotsky in exile. While the two men were discussing World Revolution, Trotsky's dog came up to be caressed and Trotsky said, "This is my only true friend." What? A dog the friend of this Marxist theoretician and hero of the October Revolution, the organizer of the Red Army? Symbolic Surrealist acts, like shooting at random into a crowd in the street, Breton could publicly recommend, but to be sentimental about a dog like any bourgeois was shocking. Today's psychiatrists would not be shocked. Asked whom they love best, their patients reply in increasing numbers; "My dog." At this rate, a dog in the White House becomes a real possibility. Not a pit bulldog, certainly, but a nice golden retriever whose veterinarian would become Secretary of State.

I didn't try these reflections out on Gerda. Nor, since it would have been unsettling, did I tell her that Philip, too, was unwell. He had been seeing a doctor. Tracy had him on a physical-fitness program. Mornings he entered the annex to the master bedroom, in which the latest gymnastic equipment had been set up. Wearing overlong silk boxer shorts (I reckon that their theme was the whiskey sour, since they were decorated with orange slices resembling wheels), he hung by his fat arms from the shining apparatus, he jogged on a treadmill with an odometer, and he tugged at the weights. When he worked out on the Exercycle, the orange-slice wheels of his underpants extended the vehicular fantasy, but he was going nowhere. The queer things he found himself doing as a rich man, the false position he was in! His adolescent children were rednecks. The druidic Spanish moss vibrated to the shocks of rock music. The dogs bred for cruelty bided their time. My brother, it appeared, was only the steward of his wife and children.

Still, he wanted me to observe him at his exercises and to impress me with his strength. As he did push-ups, his dipping titties touched the floor before his chin did, but his stern face censored any comical comments I might be inclined to make. I was called upon to witness that under the fat there was a block of primal powers, a strong heart in his torso, big veins in his neck, and bands of muscle across his back. "I can't do any of that," I told him, and indeed I couldn't, Miss Rose. My behind is like a rucksack that has slipped its straps.

I made no comments, because I was a general partner who had invested \$600,000 in the wreckage of rusty automobiles. Two miles behind the private park, there were cranes and compactors, and hundreds of acres were filled with metallic pounding and dust. I understood by now that the real power behind this enterprise was Philip's wife, a short round blond of butch self-sufficiency, as dense as a meteorite and, somehow, as spacey. But no, it was I who was spacey, while she was intricately shrewd.

And most of my connubial ideas derived from the gentleness and solicitude of my own Gerda!

During this last visit with Brother Philip, I tried to get him to speak about

Mother. The interest he took in her was minimal. Family sentiment was not his dish. All that he had was for the new family; for the old family, nix. He said he couldn't recall Hammond, Indiana, or Independence Boulevard. "You were the only one I ever cared for," he said. He was aware that there were two departed sisters, but their names didn't come to him. Without half trying, he was far ahead of André Breton, and could never be overtaken. Surrealism wasn't a theory, it was an anticipation of the future.

"What was Chink's real name?" he said.

I laughed. "What, you've forgotten Helen's name? You're bluffing. Next you'll tell me you can't remember her husband, either. What about Kramm? He bought you your first pair of long pants. Or Sabina? She got you the job in the bucket shop in the Loop."

"They fade from my mind," he said. "Why should I keep those dusty memories? If I want details I can get you to fill me in. You've got such a memory hang-up—what use is it?"

As I grow older, Miss Rose, I don't dispute such views or opinions but tend instead to take them under consideration. True, I counted on Philip's memory. I wanted him to remember that we were brothers. I had hoped to invest my money safely and live on an income from wrecked cars—summers in Corsica, handy to London at the beginning of the musical season. Before the Arabs sent London real estate so high, Gerda and I discussed buying a flat in Kensington. But we waited and waited, and there was not a single distribution from the partnership. "We're doing great," said Philip. "By next year I'll be able to remortgage, and then you and I will have more than a million to cut up between us. Until then, you'll have to be satisfied with the tax write-offs."

I started to talk about our sister Chink, thinking my only expedient was to stir such family sentiments as might have survived in this atmosphere where the Spanish moss was electronicized by rock music (and, at the back, the pit bulldogs were drowning silently in the violence of their blood-instincts). I recalled that we had heard very different music on Independence Boulevard. Chink would play "Jimmy Had a Nickel" on the piano, and the rest of us would sing the chorus, or yell it out. Did Philip remember that Kramm, who drove a soda-pop truck (it was from affection, because he doted on Helen, that he called her Chink), could accurately pitch a case filled with bottles into a small opening at the very top of the pyramid? No, the pop truck wasn't exactly stacked like a pyramid, it was a ziggurat.

"What's a ziggurat?"

Assyrian or Babylonian, I explained, terraced, and not coming to a peak.

Philip said, "Sending you to college was a mistake, although I don't know what else you would have been fit for. Nobody else went past high school. . . . Kramm was okay, I guess."

Yes, I said, Chink got Kramm to pay my college tuition. Kramm had been a doughboy, did Philip remember that? Kramm was squat but powerful, full-faced, smooth-skinned like a Samoan, and wore his black hair combed flat to his head in the Valentino or George Raft style. He supported us all, paid the rent. Our dad, during the Depression, was peddling carpets to farm women in northern Michigan. *He* couldn't earn the rent. From top to bottom, the big household became Mother's responsibility, and if she had been a little tetchéd before, melodramatic, in her fifties she seemed to become crazed. There was something military about the way she took charge of the house. Her command post was the kitchen. Kramm had to be fed because he fed us, and he was an enormous eater. She cooked tubs of stuffed cabbage and of chop suey for him. He could swallow soup by the bucket, put down an entire pineapple upside-down cake by himself. Mother shopped, peeled, chopped, boiled, fried, roasted, and baked, served and washed. Kramm ate himself into a stupor and then, in the night, he might come out in his pajama bottoms, walking in his sleep. He went straight to the icebox. I recalled a summer's night when I watched him cutting oranges in half and ripping into them with his teeth. In his somnambulism he slurped away about a dozen of them, and then I saw him go back to bed, following his belly to the right door.

"And gambled in a joint called the Diamond Horseshoe, Kedzie and Lawrence," said Philip. He did not, however, intend to be drawn into any reminiscences. He began, a little, to smile, but he remained basically gloomy, reserved.

Of course. He had entered upon one of his biggest swindles.

He changed the subject. He asked if I didn't admire the way Tracy ran this large estate. She was a magician. She didn't need interior decorators, she had done the whole place by herself. All the linens were Portuguese. The gardens were wonderful. Her roses won prizes. The appliances never gave trouble. She was a cordon bleu cook. It was true the kids were difficult, but that was how kids were nowadays. She was a terrific psychologist, and fundamentally the little bastards were well adjusted. They were just American youngsters. His greatest satisfaction was that everything was so American. It was, too—an all-American production.

For breakfast, if I called the kitchen persistently, I could have freeze-dried coffee and a slice of Wonder bread. They were brought to my room by a black person who answered no questions. Was there an egg, a piece of toast, a spoonful of jam? Nothing. It wounds me desperately not to be fed. As I sat waiting for the servant to come with the freeze-dried coffee and the absorbent-cotton bread, I prepared and polished remarks that I might make to her, considering how to strike a balance between satire and human appeal. It was a waste of time to try to reach a common human level with the servants. It was obvious that I was a guest of no importance, Miss Rose. No one would listen. I could almost hear

the servants being instructed to "come slack of former services" or "Put on what weary negligence you please"—the words of Goneril in *King Lear*. Also the room they had given me had been occupied by one of the little girls, now too big for it. The wallpaper, illustrated with Simple Simon and Goosey Gander, at the time seemed inappropriate (it now seems sharply pertinent).

And I was obliged to listen to my brother's praise of his wife. Again and again he told me how wise and good she was, how clever and tender a mother, what a brilliant hostess, respected by the best people who owned the largest estates. And a shrewd counselor. (I could believe that!) Plus a warm sympathizer when he was anxious, an energetic lover, and she gave him what he had never had before—peace. And I, Miss Rose, with \$600,000 sunk here, was constrained to go along, nodding like a dummy. Forced to underwrite all of his sustaining falsehoods, countersigning the bill of goods he sold himself, I muttered the words he needed to finish his sentences. (How Walish would have jeered!) Death breathing over both the odd brothers with the very fragrance of subtropical air—magnolia, honeysuckle, orange blossom, or whatever the hell it was, puffing into our faces. Oddest of all was Philip's final confidence (untrue!). For my ears only, he whispered in Yiddish that our sisters had shrieked like *papagayas* (parrots), that for the first time in his life he had quiet here, domestic tranquillity. Not true. There was amplified rock music.

After this lapse, he reversed himself with a vengeance. For a family dinner, we drove in two Jaguars to a Chinese restaurant, a huge showplace constructed in circles, or dining wells, with tables highlighted like symphonic kettledrums. Here Philip made a scene. He ordered far too many hors d'oeuvres, and when the table was jammed with dishes he summoned the manager to complain that he was being hustled, he hadn't asked for double portions of all these fried wontons, egg rolls, and barbecued ribs. And when the manager refused to take them back Philip went from table to table with egg rolls and ribs, saying, "Here! Free! Be my guest!" Restaurants always did excite him, but this time Tracy called him to order. She said, "Enough, Philip, we're here to eat, not raise everybody's blood pressure." Yet a few minutes later he pretended that he had found a pebble in his salad. I had seen this before. He carried a pebble in his pocket for the purpose. Even the kids were on to him, and one of them said, "He's always doing this routine, Uncle." It gave me a start to have them call me Uncle.

Indulge me for a moment, Miss Rose. I am covering the ground as quickly as I can. There's not a soul to talk to in Vancouver except ancient Mrs. Gracewell, and with her I have to ride in esoteric clouds. Pretending that he had cracked his tooth, Philip had shifted from the Americanism of women's magazines (lovely wife, beautiful home, the highest standard of normalcy) to that of the rednecks—yelling at the Orientals, ordering his children to get his lawyer on the table telephone. The philistine idiosyncrasy of the rich American brute. But you can no

longer be a philistine without high sophistication, matching the sophistication of what you hate. However, it's no use talking about "false consciousness" or any of that baloney. Philly had put himself into Tracy's hands for full Americanization. To achieve this (obsolete) privilege, he paid the price of his soul. But then he may never have been absolutely certain that there is any such thing as a soul. What he resented about me was that I wouldn't stop hinting that souls existed. What was I, a Reform rabbi or something? Except at a funeral service, Philip wouldn't have put up with Pergolesi for two minutes. And wasn't I—never mind Pergolesi—looking for a hot investment?

When Philip died soon afterward, you may have read in the papers that he was mixed up with chop-shop operators in the Midwest, with thieves who stole expensive cars and tore them apart for export piecemeal to Latin America and the whole of the third world. Chop shops, however, were not Philip's crime. On the credit established by my money, the partnership acquired and resold land, but much of the property lacked clear title, there were liens against it. Defrauded purchasers brought suit. Big trouble followed. Convicted, Philip appealed, and then he jumped bail and escaped to Mexico. There he was kidnapped while jogging in Chapultepec Park. His kidnappers were bounty hunters. The bonding companies he had left holding the bag when he skipped out had offered a bounty for his return. Specialists exist who will abduct people, Miss Rose, if the sums are big enough to make the risks worthwhile. After Philip was brought back to Texas, the Mexican government began extradition proceedings on the ground that he was snatched illegally, which he was, certainly. My poor brother died while doing push-ups in a San Antonio prison yard during the exercise hour. Such was the end of his picturesque struggles.

After we had mourned him, and I took measures to recover my losses from his estate, I discovered that his personal estate was devoid of assets. He had made all his wealth over to his wife and children.

I could not be charged with Philip's felonies, but since he had made me a general partner I was sued by the creditors. I retained Mr. Klaussen, whom I lost by the remark I made in the lobby of his club about electrocuting people in the dining room. The joke was harsh, I admit, although no harsher than what people often think, but nihilism, too, has its no-nos, and professional men can't allow their clients to make such cracks. Klaussen drew the line. Thus I found myself after Gerda's death in the hands of her energetic but unbalanced brother, Hansl. He decided, on sufficient grounds, that I was an incompetent, and as he is a believer in fast action, he took dramatic measures and soon placed me in my present position. Some position! Two brothers in flight, one to the south, the other northward and faced with extradition. No bonding company will set

bounty hunters on me. I'm not worth it to them. And even though Hansl had promised that I would be safe in Canada, he didn't bother to check the law himself. One of his student clerks did it for him, and since she was a smart, sexy girl it didn't seem necessary to review her conclusions.

Knowledgeable sympathizers when they ask who represents me are impressed when I tell them. They say, "Hansl Genauer? Real smart fellow. You ought to do all right."

Hansl dresses very sharply, in Hong Kong suits and shirts. A slender man, he carries himself like a concert violinist and has a manner that, as a manner, is fully convincing. For his sister's sake ("She had a wonderful life with you, she said to the last"), he was, or intended to be, my protector. I was a poor old guy, bereaved, incompetent, accidentally prosperous, foolishly rusting, thoroughly swindled. "Your brother fucked you but good. He and his wife."

"She was a party to it?"

"Try giving it a little thought. Has she answered any of your letters?"

"No."

Not a single one, Miss Rose.

"Let me tell you how I reconstruct it, Harry," said Hansl. "Philip wanted to impress his wife. He was scared of her. Out of terror, he wanted to make her rich. She told him she was all the family he needed. To prove that he believed her, he had to sacrifice his old flesh and blood to the new flesh and blood. Like, 'I give you the life of your dreams, all you have to do is cut your brother's throat.' He did his part, he piled up dough, dough, and more dough—I don't suppose he liked you anyway—and he put all the loot in her name. So that when he died, which was *never* going to happen . . ."

Cleverness is Hansl's instrument; he plays it madly, bowing it with elegance as if he were laying out the structure of a sonata, phrase by phrase, for his backward brother-in-law. What did I need with his fiddling? Isn't there anybody, dear God, on *my* side? My brother picked me up by the trustful affections as one would lift up a rabbit by the ears. Hansl, now in charge of the case, analyzed the betrayal for me, down to the finest fibers of its brotherly bonds, and this demonstrated that he was completely on my side—right? He examined the books of the partnership, which I had never bothered to do, pointing out Philip's misdeeds. "You see? He was leasing land from his wife, the nominal owner, for use by the wrecking company, and every year that pig paid himself a rent of ninety-eight thousand dollars. There went your profits. More deals of the same kind all over these balance sheets. While you were planning summers in Corsica."

"I wasn't cut out for business. I see that."

"Your dear brother was a full-time con artist. He might have started a service called Dial-a-Fraud. But then you also provoke people. When Klaussen handed

over your files to me, he told me what offensive, wicked things you said. He then decided he couldn't represent you anymore."

"But he didn't return the unused part of the fat retainer I gave him."

"I'll be looking out for you now. Gerda's gone, and that leaves me to see that things don't get worse—the one adult of us three. My clients who are the greatest readers ate always in the biggest trouble. What they call culture, if you ask me, causes mostly confusion and stunts their development. I wonder if you'll ever understand why you let your brother do you in the way he did."

Philip's bad world borrowed me for purposes of its own. I had, however, approached him in the expectation of benefits, Miss Rose. I wasn't blameless. And if he and his people—accountants, managers, his wife—forced me to feel what they felt, colonized me with their realities, even with their daily moods, saw to it that I should suffer everything they had to suffer, it was after all *my* idea. I tried to make use of *them*.

I never again saw my brother's wife, his children, nor the park they lived in, nor the pit bulldogs.

"That woman is a legal genius," said Hansl.

Hansl said to me, "You'd better transfer what's left, your trust account, to my bank, where I can look after it. I'm on good terms with the officers over there. The guys are efficient, and no monkey business. You'll be taken care of."

I had been taken care of before, Miss Rose. Walish was dead right about "the life of feeling" and the people who lead it. Feelings are dreamlike, and dreaming is usually done in bed. Evidently I was forever looking for a safe place to lie down. Hansl offered to make secure arrangements for me so that I wouldn't have to wear myself out with finance and litigation, which were too stressful and labyrinthine and disruptive; so I accepted his proposal and we met with an officer of his bank. Actually the bank looked like a fine old institution, with Oriental rugs, heavy carved furniture, nineteenth-century paintings, and dozens of square acres of financial atmosphere above us. Hansl and the vice president who was going to take care of me began with small talk about the commodity market, the capers over at City Hall, the prospects for the Chicago Bears, intimacies with a couple of girls in a Rush Street bar. I saw that Hansl badly needed the points he was getting for bringing in my account. He wasn't doing well. Though nobody was supposed to say so, I was soon aware of it. Many forms were put before me, which I signed. Then two final cards were laid down just as my signing momentum seemed irreversible. But I applied the brake. I asked the vice president what these were for and he said, "If you're busy, or out of town, these will give Mr. Genauer the right to trade for you—buy or sell stocks for your account."

I slipped the cards into my pocket, saying that I'd take them home with me and mail them in. We passed to the next item of business.

Hansl made a scene in the street, pulling me away from the great gates of the bank and down a narrow Loop alley. Behind the kitchen of a hamburger joint he let me have it. He said, "You humiliated me."

I said, "We didn't discuss a power of attorney beforehand. You took me by surprise, completely. Why did you spring it on me like that?"

"You're accusing me of trying to pull a fast one? If you weren't Gerda's husband I'd tell you to beat it. You undermined me with a business associate. You weren't like this with your own brother, and I'm closer to you by affection than he was by blood, you nitwit. I wouldn't have traded your securities without notifying you."

He was tearful with rage.

"For God's sake, let's move away from this kitchen ventilator," I said. "I'm disgusted with these fumes."

He shouted, "You're out of it! Out!"

"And you're *in* it."

"Where the hell else is there to be?"

Miss Rose, you have understood us, I am sure of it. We were talking about the vortex. A nicer word for it is the French one, *le tourbillon*, or whirlwind. I was not out of it, it was only my project to get out. It's been a case of disorientation, my dear. I know that there's a right state for each of us. And as long as I'm not in the right state, the state of vision I was meant or destined to be in, I must assume responsibility for the unhappiness others suffer because of my disorientation. Until this ends there can only be errors. To put it another way, my dreams of orientation or true vision taunt me by suggesting that the world in which I—together with others—live my life is a fabrication, an amusement park that, however, does not amuse. It resembles, if you are following, my brother's private park, which was supposed to prove by external signs that he made his way into the very center of the real. Philip had prepared the setting, paid for by embezzlement, but he had nothing to set in it. He was forced to flee, pursued by bounty hunters who snatched him in Chapultepec, and so forth. At his weight, at that altitude, in the smog of Mexico City, to jog was suicidal.

Now Hansl explained himself, for when I said to him, "Those securities can't be traded anyway. Don't you see? The plaintiffs have legally taken a list of all my holdings," he was ready for me. "Bonds, mostly," he said. "That's just where I can outfox them. They copied that list two weeks ago, and now it's in their lawyers' file and they won't check it for months to come. They think they've got you, but here's what we do: we sell those old bonds off and buy new ones to replace them. We change all the numbers. All it costs you is brokerage fees. Then, when the time comes, they find out that what they've got sewed up is bonds you no longer own. How are they going to trace the new numbers? And by then I'll have you out of the country."

Here the skin of my head became intolerably tight, which meant even deeper error, greater horror anticipated. And, at the same time, temptation. People had kicked the hell out of me with, as yet, no reprisals. My thought was: It's time I made a bold move. We were in the narrow alley between two huge downtown institutions (the hamburger joint was crammed in tight). An armored Brink's truck could hardly have squeezed between the close colossal black walls.

"You mean I substitute new bonds for the old, and I can sell from abroad if I want to?"

Seeing that I was beginning to appreciate the exquisite sweetness of his scheme, Hansl gave a terrific smile and said, "And you will. That's the dough you'll live on."

"That's a dizzy idea," I said.

"Maybe it is, but do you want to spend the rest of your life battling in the courts? Why not leave the country and live abroad quietly on what's left of your assets? Pick a place where the dollar is strong and spend the rest of your life in musical studies or what you goddamn well please. Gerda, God bless her, is gone. What's to keep you?"

"Nobody but my old mother."

"Ninety-four years old? And a vegetable? You can put your textbook copy-right in her name and the income will take care of her. So our next step is to check out some international law. There's a sensational chick in my office. She was on the *Yale Law Journal*. They don't come any smarter. She'll find you a country. I'll have her do a report on Canada. What about British Columbia, where old Canadians retire?"

"Whom do I know there? Whom will I talk to? And what if the creditors keep after me?"

"You haven't got so much dough left. There isn't all that much in it for them. They'll forget you."

I told Hansl I'd consider his proposal. I had to go and visit Mother in the nursing home.

The home was decorated with the intention of making everything seem normal. Her room was much like any hospital room, with plastic ferns and fire-proof drapes. The chairs, resembling wrought-iron garden furniture, were also synthetic and light. I had trouble with the ferns. I disliked having to touch them to see if they were real. It was a reflection on my relation to reality that I couldn't tell at a glance. But then Mother didn't know me, either, which was a more complex matter than the ferns.

I preferred to come at mealtimes, for she had to be fed. To feed her was infinitely meaningful for me. I took over from the orderly. I had long given up telling her, "This is Harry." Nor did I expect to establish rapport by feeding her.

I used to feel that I had inherited something of her rich crazy nature and love of life, but it now was useless to think such thoughts. The tray was brought and the orderly tied her bib. She willingly swallowed the cream of carrot soup. When I encouraged her, she nodded. Recognition, *nil*. Two faces from ancient Kiev, similar bumps on the forehead. Dressed in her hospital gown, she wore a thread of lipstick on her mouth. The chapped skin of her cheeks gave her color also. By no means silent, she spoke of her family, but I was not mentioned.

"How many children have you got?" I said.

"Three: two daughters and a son, my son Philip."

All three were dead. Maybe she was already in communication with them. There was little enough of reality remaining in this life; perhaps they had made connections in another. In the census of the living, I wasn't counted.

"My son Philip is a clever businessman."

"Oh, I know."

She stared, but did not ask how I knew. My nod seemed to tell her that I was a fellow with plenty of contacts, and that was enough for her.

"Philip is very rich," she said.

"Is he?"

"A millionaire, and a wonderful son. He always used to give me money. I put it into Postal Savings. Have you got children?"

"No, I haven't."

"My daughters come to see me. But best of all is my son. He pays all my bills."

"Do you have friends in this place?"

"Nobody. And I don't like it. I hurt all the time, especially my hips and legs. I have so much misery that there are days when I think I should jump from the window."

"But you won't do that, will you?"

"Well, I think: What would Philip and the girls do with a mother a cripple?"

I let the spoon slip into the soup and uttered a high laugh. It was so abrupt and piercing that it roused her to examine me.

Our kitchen on Independence Boulevard had once been filled with such cockatoo cries, mostly feminine. In the old days the Shawmut women would sit in the kitchen while giant meals were cooked, tubs of stuffed cabbage, slabs of brisket. Pineapple cakes glazed with brown sugar came out of the oven. There were no low voices there. In that cage of birds you couldn't make yourself heard if you didn't shriek, too, and I had learned as a kid to shriek with the rest, like one of those operatic woman-birds. That was what Mother now heard from me, the sound of one of her daughters. But I had no bouffant hairdo, I was bald and wore a mustache, and there was no eyeliner on my lids. While she stared at me I dried her face with the napkin and continued to feed her.

"Don't jump, Mother, you'll hurt yourself."

But everyone here called her Mother; there was nothing personal about it.

She asked me to switch on the TV set so that she could watch *Dallas*.

I said it wasn't time yet, and I entertained her by singing snatches of the *Stabat Mater*. I sang, "Eja mater, fonsamo-o-ris." Pergolesi's sacred chamber music (different from his formal masses for the Neapolitan church) was not to her taste. Of course I loved my mother, and she had once loved me. I well remember having my hair washed with a bulky bar of castile soap and how pained she was when I cried from the soap in my eyes. When she dressed me in a pongee suit (short pants of Chinese silk) to send me off to a surprise party, she kissed me ecstatically. These were events that might have occurred just before the time of the Boxer Rebellion or in the back streets of Siena six centuries ago. Bathing, combing, dressing, kissing—these now are remote antiquities. There was, as I grew older, no way to sustain them.

When I was in college (they sent me to study electrical engineering but I broke away into music) I used to enjoy saying, when students joked about their families, that because I was born just before the Sabbath, my mother was too busy in the kitchen to spare the time and my aunt had to give birth to me.

I kissed the old girl—she felt lighter to me than wickerwork. But I wondered what I had done to earn this oblivion, and why fat-assed Philip the evildoer should have been her favorite, the true son. Well, he didn't lie to her about *Dallas*, or try for his own sake to resuscitate her emotions, to appeal to her maternal memory with Christian music (fourteenth-century Latin of J. da Todi). My mother, two-thirds of her erased, and my brother—who knew where his wife had buried him?—had both been true to the present American world and its liveliest material interests. Philip therefore spoke to her understanding. I did not. By waving my long arms, conducting Mozart's *Great Mass* or Handel's *Solomon*, I wafted myself away into the sublime. So for many years I had not made sense, had talked strangely to my mother. What had she to remember me by? Half a century ago I had refused to enter into *her* kitchen performance. She had belonged to the universal regiment of Stanislavski mothers. During the twenties and thirties those women were going strong in thousands of kitchens across the civilized world from Salonika to San Diego. They had warned their daughters that the men they married would be rapists to whom they must submit in duty. And when I told her that I was going to marry Gerda, Mother opened her purse and gave me three dollars, saying, "If you need it so bad, go to a whorehouse." Nothing but histrionics, of course.

"Realizing how we suffer," as Ginsberg wrote in "Kaddish," I was wickedly tormented. I had come to make a decision about Ma, and it was possible that I was fiddling with the deck, stacking the cards, telling myself, Miss Rose, "It was always me that took care of this freaked-in-the-brain, afflicted, calamitous, shrill old mother, not Philip. Philip was too busy building himself up into an imperial

American." Yes, that was how I put it, Miss Rose, and I went even further. The consummation of Philip's upbuilding was to torpedo me. He got me under the waterline, a direct hit, and my fortunes exploded, a sacrifice to Tracy and his children. And now I'm supposed to be towed away for salvage.

I'll tell you the truth, Miss Rose, I was maddened by injustice. I think you'd have to agree not only that I'd been had but that I was singularly foolish, a burlesque figure. I could have modeled Simple Simon for the nursery-rhyme wallpaper of the little girl's room in Texas.

As I was brutally offensive to you without provocation, these disclosures, the record of my present state, may gratify you. Almost any elderly person, chosen at random, can provide such gratification to those he has offended. One has only to see the list of true facts, the painful inventory. Let me add, however, that while I, too, have reason to feel vengeful, I haven't experienced a Dionysian intoxication of vengefulness. In fact I have had feelings of increased calm and of enhanced strength—my emotional development has been steady, not fitful.

The Texas partnership, what was left of it, was being administered by my brother's lawyer, who answered all my inquiries with computer printouts. There were capital gains, only on paper, but I was obliged to pay taxes on them, too. The \$300,000 remaining would be used up in litigation, if I stayed put, and so I decided to follow Hansl's plan even if it led to the *Götterdämmerung* of my remaining assets. All the better for your innocence and peace of mind if you don't understand these explanations. Time to hit back, said Hansl. His crafty looks were a study. That a man who was able to look so crafty shouldn't *really* be a genius of intrigue was the most unlikely thing in the world. His smiling wrinkles of deep cunning gave me confidence in Hansl. The bonds that the plaintiffs (creditors) had recorded were secretly traded for new ones. My tracks were covered, and I took off for Canada, a foreign country in which my own language, or something approaching it, is spoken. There I was to conclude my life in peace, and at an advantageous rate of exchange. I have developed a certain sympathy with Canada. It's no easy thing to share a border with the U.S.A. Canada's chief entertainment—it has no choice—is to watch (from a gorgeous setting) what happens in our country. The disaster is that there is no other show. Night after night they sit in darkness and watch us on the lighted screen.

"Now that you've made your arrangements, I can tell you," said Hansl, "how proud I am that you're hitting back. To go on taking punishment from those pricks would be a disgrace."

Busy Hansl really was crackers, and even before I took off for Vancouver I began to see that. I told myself that his private quirks didn't extend to his professional life. But before I fled, he came up with half a dozen unsettling ideas of

what I had to do for him. He was a little bitter because, he said, I hadn't let him make use of my cultural prestige. I was puzzled and asked for an example. He said that for one thing I had never offered to put him up for membership in the University Club. I had had him to lunch there and it turned out that he was deeply impressed by the Ivy League class, the dignity of the bar, the leather seats, and the big windows of the dining room, decorated with the seals of the great universities in stained glass. He had graduated from De Paul, in Chicago. He had expected me to ask whether he'd like to join, but I had been too selfish or too snobbish to do that. Since he was now saving me, the least I could do was to use my influence with the membership committee. I saw his point and nominated him willingly, even with relish.

He next asked me to help him with one of his ladies. "They're Kenwood people, an old mail-order-house fortune. The family is musical and artistic. Babette is an attractive widow. The first guy had the Big C, and to tell the truth I'm a little nervous of getting in behind him, but I can fight that. I don't think I'll catch it, too. Now, Babette is impressed by you, she's heard you conduct and read some of your music criticism, watched you on Channel Eleven. Educated in Switzerland, knows languages, and this is a case where I can use your cultural clout. What I suggest is that you take us to Les Nomades—private dining without crockery noise. I gave her the best Italian food in town at the Roman Rooftop, but they not only bang the dishes there, they poisoned her with the sodium glutamate on the veal. So feed us at the Nomades. You can deduct the amount of the tab from my next bill. I always believed that the class you impressed people with you picked up from my sister. After all, you were a family of Russian peddlers and your brother was a lousy felon. My sister not only loved you, she taught you some style. Someday it'll be recognized that if that god-damn Roosevelt hadn't shut the doors on Jewish refugees from Germany, this country wouldn't be in such trouble today. We could have had ten Kissingers, and nobody will ever know how much scientific talent went up in smoke at the camps."

Well, at Les Nomades I did it again, Miss Rose. On the eve of my flight I was understandably in a state. Considered as a receptacle, I was tilted to the pouring point. The young widow he had designs on was attractive in ways that you had to come to terms with. It was fascinating to me that anybody with a Hapsburg lip could speak so rapidly, and I would have said that she was a little uncomfortably tall. Gerda, on whom my taste was formed, was a short, delicious woman. However, there was no reason to make comparisons.

When there are musical questions I always try earnestly to answer them. People have told me that I am comically woodenheaded in this respect, a straight man. Babette had studied music, her people were patrons of the Lyric Opera, but after she had asked for my opinion on the production of Monteverdi's *Coro-*

nation of Poppaea, she took over, answering all her own questions. Maybe her recent loss had made her nervously talkative. I am always glad to let somebody else carry the conversation, but this Babette, in spite of her big underlip, was too much for me. A relentless talker, she repeated for half an hour what she had heard from influential relatives about the politics surrounding cable-TV franchises in Chicago. She followed this up with a long conversation on films. I seldom go to the movies. My wife had no taste for them. Hansl, too, was lost in all this discussion about directors, actors, new developments in the treatment of the relations between the sexes, the progress of social and political ideas in the evolution of the medium. I had nothing at all to say. I thought about death, and also about the best topics for reflection appropriate to my age, the on the whole agreeable openness of things toward the end of the line, the outskirts of the City of Life. I didn't too much mind Babette's chatter, I admired her taste in clothing, the curved white and plum stripes of her enchanting blouse from Bergdorf's. She was well set up. Conceivably her shoulders were too heavy, proportional to the Hapsburg lip. It wouldn't matter to Hansl; he was thinking about Brains wedded to Money.

I hoped I wouldn't have a stroke in Canada. There would be no one to look after me, neither a discreet, gentle Gerda nor a gabby Babette.

I wasn't aware of the approach of one of my seizures, but when we were at the half-open door of the checkroom and Hansl was telling the attendant that the lady's coat was a three-quarter-length sable wrap, Babette said, "I realize now that I monopolized the conversation, I talked and talked all evening. I'm so sorry. . . ."

"That's all right," I told her. "You didn't say a thing."

You, Miss Rose, are in the best position to judge the effects of such a remark.

Hansl next day said to me, "You just can't be trusted, Harry, you're a born betrayer. I was feeling sorry for you, having to sell your car and furniture and books, and about your brother who shafted you, and your old mother, and my poor sister passing, but you have no gratitude or consideration in you. You insult everybody."

"I didn't realize that I was going to hurt the lady's feelings."

"I could have married the woman. I had it wrapped up. But I was an idiot. I had to bring *you* into it. And now, let me tell you, you've made one more enemy."

"Who, Babette?"

Hansl did not choose to answer. He preferred to lay a heavy, ambiguous silence on me. His eyes, narrowing and dilating with his discovery of my wicked habit, sent daft waves toward me. The message of those waves was that the foundations of his goodwill had been wiped out. In all the world, I had had only Hansl to turn to. Everybody else was estranged. And now I couldn't count on

him, either. It was not a happy development for me, Miss Rose. I can't say that it didn't bother me, although I could no longer believe in my brother-in-law's dependability. By the standards of stability at the strong core of American business society, Hansl himself was a freak. Quite apart from his disjunctive habits of mind, he was disqualified by the violinist's figure he cut, the noble hands and the manicured filbert fingernails, his eyes, which were like the eyes you glimpse in the heated purple corners of the small-mammal house that reproduces the gloom of nocturnal tropics. Would any Aramco official have become his client? Hansl had no reasonable plans but only crafty fantasies, restless schemes. They puffed out like a lizard's throat and then collapsed like bubble gum.

As for insults, I never intentionally insulted anyone. I sometimes think that I don't have to say a word for people to be insulted by me, that my existence itself insults them. I come to this conclusion unwillingly, for God knows that I consider myself a man of normal social instincts and am not conscious of any will to offend. In various ways I have been trying to say this to you, using words like seizure, rapture, demonic possession, frenzy, *Fatum*, divine madness, or even solar storm—on a microcosmic scale. The better people are, the less they take offense at this gift, or curse, and I have a hunch that you will judge me less harshly than Walsh. He, however, is right in one respect. You did nothing to offend me. You were the meekest, the only one of those I wounded whom I had no reason whatsoever to wound. That's what grieves me most of all. But there is still more. The writing of this letter has been the occasion of important discoveries about myself, so I am even more greatly in your debt, for I see that you have returned me good for the evil I did you. I opened my mouth to make a coarse joke at your expense and thirty-five years later the result is a communion.

But to return to what I literally am: a basically unimportant old party, ailing, cut off from all friendships, scheduled for extradition, and with a future of which the dimmest view is justified (shall I have an extra bed put in my mother's room and plead illness and incompetency?).

Wandering about Vancouver this winter, I have considered whether to edit an anthology of sharp sayings. Make my fate pay off. But I am too demoralized to do it. I can't pull myself together. Instead, fragments of things read or remembered come to me persistently while I go back and forth between my house and the supermarket. I shop to entertain myself, but Canadian supermarkets unsettle me. They aren't organized the way ours are. They carry fewer brands. Items like lettuce and bananas are priced out of sight while luxuries like frozen salmon are comparatively cheap. But how would I cope with a big frozen salmon? I couldn't fit it into my oven, and how, with arthritic hands, could I saw it into chunks?

Persistent fragments, inspired epigrams, or spontaneous expressions of ill will

come and go. Clemenceau saying about Poincaré that he was a hydrocephalic in parent-leather boots. Or Churchill answering a question about the queen of Tonga as she passes in a barouche during the coronation of Elizabeth II: "Is that small gentleman in the admiral's uniform the queen's consort?" "I believe he is her lunch."

Disraeli on his deathbed, informed that Queen Victoria has come to see him and is in the anteroom, says to his manservant, "Her Majesty only wants me to carry a message to dear Albert."

Such items might be delicious if they were not so persistent and accompanied by a despairing sense that I am no longer in control.

"You look pale and exhausted, Professor X."

"I've been exchanging ideas with Professor Y, and I feel absolutely drained."

Worse than this is the nervous word game I am unable to stop playing.

"She is the woman who put the 'dish' into 'fiendish.'"

"He is the man who put the 'rat' into 'rational.'"

"The 'fruit' in 'fruitless.'"

"The 'con' in 'icon.'"

Recreations of a crumbling mind, Miss Rose. Symptoms perhaps of high blood pressure, or minor tokens of private resistance to the giant public hand of the law (that hand will be withdrawn only when I am dead).

No wonder, therefore, that I spend so much time with old Mrs. Gracewell. In her ticktock Meissen parlor with its uncomfortable chairs I am at home. Forty years a widow and holding curious views, she is happy in my company. Few visitors want to hear about the Divine Spirit, but I am seriously prepared to ponder the mysterious and intriguing descriptions she gives. The Divine Spirit, she tells me, has withdrawn in our time from the outer, visible world. You can see what it once wrought, you are surrounded by its created forms. But although natural processes continue, Divinity has absented itself. The wrought work is brightly divine but Divinity is not now active within it. The world's grandeur is fading. And this is our human setting, devoid of God, she says with great earnestness. But in this deserted beauty man himself still lives as a God-pervaded being. It will be up to him—to us—to bring back the light that has gone from these molded likenesses, if we are not prevented by the forces of darkness. Intellect, worshipped by all, brings us as far as natural science, and this science, although very great, is incomplete. Redemption from *mere* nature is the work of feeling and of the awakened eye of the Spirit. The body, she says, is subject to the forces of gravity. But the soul is ruled by levity, pure.

I listen to this and have no mischievous impulses. I shall miss the old girl. After much monkey business, dear Miss Rose, I am ready to listen to words of ultimate seriousness. There isn't much time left. The federal marshal, any day now, will be setting out from Seattle.

EL HOMBRE QUE HABLABA DEMASIADO

Saul Bellow

La más reciente novela de Saul Bellow *El diciembre del acano*, fue calificada en la *New York Times Book Review* como la obra del «sencillamente el mejor escritor que tenemos». Otro crítico dijo: «A una edad en la que la mayoría de los escritores se repiten indefectiblemente, Bellow encuentra todavía cosas buenas que escribir.» Estas palabras son igualmente aplicables, si no más, a esta sorprendentemente innovadora, magistral y nueva colección de relatos cortos: *¿Cómo has pasado el día?*, *El hombre que hablaba demasiado*, *Zeland: por un testigo de conocimiento*, *Una fuente de plata* y *Primos* constituyen una serie de relatos referentes a la personalidad, a un despertar que el autor pretende aplicar a todos nosotros. También representa una importante desviación de la manera en que se escriben actualmente los cuentos en su país. Su publicación es, por consiguiente, un acontecimiento importante no sólo en la espléndida carrera de su autor, sino también en las letras mundiales.



Saul Bellow
EL HOMBRE QUE HABLABA DEMASIADO

P & J

SAUL BELLOW

EL HOMBRE QUE HABLABA DEMASIADO Y OTROS CUENTOS



PLAZA & JANES

P & J

LITERARIA

El hombre que hablaba demasiado y otros cuentos.

Saul Bellow



Plaza & Janés Editores, S.A.



Título original:

HIM WITH HIS FOOT IN HIS MOUTH AND OTHER STORIES

Traducción de

J. FERRER ALEU

Portada de

JORDI SANCHEZ

Primera edición: Febrero, 1985

Bajo una forma ligeramente diferente *Him with His Foot in His Mouth* apareció originalmente en una revista *The Atlantic Monthly*; *Zeland: By a Character Witness* en *Modern Occasions*; *A Silver Dish* en *The New Yorker*; y *What Kind of Day Did You Have?* en *Vanity Fair*.

© 1974, 1978, 1982, 1984, Saul Bellow Limited.

Reservados todos los derechos.

Copyright de la traducción española: © 1985, PLAZA & JANES EDITORES, S. A.
Virgen de Guadalupe, 21-33. Esplugues de Llobregat (Barcelona)

Este libro se ha publicado originalmente en inglés con el título de
HIM WITH HIS FOOT IN HIS MOUTH AND OTHER STORIES

(ISBN: 0-06-015179-X. Harper & Row, Publishers. New York. Ed. original.)

Printed in Spain - Impreso en España

ISBN: 84-01-38040-5 - Depósito Legal: B. 2931-1985

*A mi querida esposa,
Alexandra*

**EL HOMBRE QUE HABLABA
DEMASIADO**

QUERIDA MISS ROSE: A punto estuve de empezar con «Mi querida niña», porque, en cierto sentido, lo que le hice a usted treinta y cinco años atrás hace que seamos niños el uno para el otro. De vez en cuando he recordado que, hace mucho tiempo, le gasté una broma pesada, y esto hizo que me sintiese intranquilo, pero recientemente alguien me indicó que lo que le dije era tan ruin, tan soez, grosero, insultante, cruel y salvaje, que usted no podría olvidarlo aunque viviese mil años. Me dio a entender que la había herido para toda la vida, y que soy tanto más merecedor de censura cuanto que mi ataque fue totalmente injustificado. Sólo nos habíamos encontrado de pasada, y apenas nos conocíamos. Ahora bien, la persona que me acusa de esta crueldad no está libre de prejuicios contra mí; salta a la vista que quiere atraparme. Sin embargo, desde que leí sus acusaciones me hallo en un estado de excitación mental. Ciertamente que, cuando llegó la carta, ya no estaba precisamente en buenas condiciones. Como muchos viejos, tengo que ingerir toda clase de píldoras. Tomo «Inderal» y quinidina para la hipertensión y los trastornos cardíacos, amén de estar, por diversas razones psicológicas, profundamente angustiado y de carecer, por el momento, de defensas de mi *ego*.

Mis motivos para escribirle ahora le parecerán quizá más justificados si le digo que, desde hace algunos meses, he estado visitando a una anciana que lee a Swedenborg y a otros escri-



tores ocultistas. Me dice —y un hombre de más de sesenta años no puede cerrar fácilmente su mente a estas sugerencias— que hay otra vida —esperemos a ver— y que en esta otra vida sentiremos los dolores que hemos infligido a los demás. Sufriremos todo lo que les hemos hecho sufrir, pues tras la muerte, se invierten todas las experiencias. Entramos en las almas de aquellos a quienes conocimos en vida. Ellos entran también en nosotros, y sienten y nos juzgan desde dentro. Por si acaso esta vieja canadiense estuviese en lo cierto, tengo que tratar de solventar esta cuestión con usted. No es como si hubiese tratado de asesinarla, pero mi delito es igualmente palpable.

Lo diré todo, y después lo revisaré y enviaré a Miss Rose solamente las partes adecuadas.

...En esta vida entre el nacimiento y la muerte, mientras todavía es posible rectificar...

Me pregunto si usted me recuerda por algo más que por ser la persona que la hirió: un hombre alto y, aquellos días, de cabellos completamente negros, con bigote (nada grueso); un individuo físicamente singular, con un ligero aspecto de camello y algo divertido en su compostura. Si puede usted recordar al Shawmut de aquellos tiempos, debería verle ahora. *Edad con sus desgracias* es el título que puso Goya al aguafuerte de un viejo que lucha por levantarse del orinal, con los pantalones caídos sobre los tobillos. «Como la mayor parte de las corvas flacas», según dice cruelmente Hamlet a Polonio, siempre despiadado con los viejos. A los defectos mencionados debo añadir unos dientes de raíces agrietadas, una piorrea por la que tuve que tomar antibióticos que me descompusieron las tripas y dieron por resultado una almórrana del tamaño de una nuez, y un artrismo deformante en las manos. El invierno es triste y húmedo en la Columbia Británica, y al despertarme una mañana en esta tierra de exilio y donde me enfrento con la extradición, descubrí que algo malo le había pasado al dedo medio de mi mano derecha. La articulación había dejado de funcionar, y el dedo estaba retorcido como un caracol: una penosa y nueva dolencia. Una broma muy pesada para mí. Y la extradición es real. Ya he recibido los papeles.

Así, trataré al menos de reducir en uno los tormentos de la otra vida.

Quizá parezca rastrero que salga con estos cuentos sobre mala suerte después de treinta y cinco años, pero, como verá usted, no es éste el caso.

Descubrí su paradero a través de Miss Da Sousa, de Ribier

College, donde fuimos todos colegas a finales de los años cuarenta. Ella ha permanecido allí, en Massachusetts, donde aún se conservan tantas cosas del siglo XIX, y me escribió cuando mis fastidiosos y estúpidos contratiempos aparecieron en los periódicos. Es una mujer amable e inteligente que, *como usted, ¿hace falta que lo diga?*, no se casó nunca. Al responderle expresándole mi gratitud, le pregunté qué había sido de usted, y ella me respondió que vivía en Orlando, Florida, como bibliotecaria jubilada.

Nunca pensé que envidiaría a los jubilados, pero esto era cuando aún podía optar por la jubilación. Pero eso no está ya ahora en mis manos. La muerte de mi hermano me deja en un profundo pozo jurídico-financiero. No la molestaré con los hechos del caso, deformados por los periódicos. Baste con decir que me han aniquilado sus tropelías y mis propias faltas o vicios. Jurídicamente mal aconsejado, me refugié en Canadá, y los tribunales se mostrarán severos porque traté de escapar. Tal vez no me envíen a la cárcel, pero tendré que trabajar durante el resto de mi vida natural y moriré con las guarniciones —unas malditas y estafalarias guarniciones— puestas, llevando mi carga hasta una peculiar cima. Una de las parábolas predilectas de mi padre se refería a un caballo endeble que era cruelmente fustigado por el carretero. Un transeúnte trata de interceder: «La carga es demasiado pesada, la cuesta es empinada; de nada sirve que azote a su viejo caballo; ¿por qué lo hace?» «Nacer caballo fue idea *suya*», responde el carretero.

Toda la vida sentí debilidad por esta clase de humor judío, que a usted puede resultarle extraño, no sólo porque es de origen escocés-irlandés (así lo aseguró Miss Da Sousa), sino también porque como bibliotecaria (de antes de las computadoras) se hallaba en otra esfera, en una zona de quietud dentro de la circunferencia del sistema decimal de Dewey. Es posible que le haya disgustado la vida de monja o de pastora que antaño sugería la palabra «bibliotecaria». Puede que la odie por haberla mantenido fuera de la «acción» moderna: erótica, narcótica, dramática, peligrosa, picante. Quizás ha aborrecido el difundir los desafortunados embelesos de otra gente, manejando libros perversos (en su mayor parte, patrañas, se lo aseguro, Miss Rose). Permítame suponer que es usted lo bastante anticuada como para enfurecerse por haber llevado una vida útil. Si no fuese anticuada, yo no la habría herido tan en lo vivo. Ninguna mujer moderna llevaría cuarenta años preocupada por una broma estúpida. Diría: «¡Anda y que te zurzan!»

¿Quién es el que me acusa de haberla herido? Eddie Walsh,

ése es el hombre. Tengo entendido que se ha convertido en el principal organizador de la inspección de los estudios de Humanidades en el Estado de Missouri. Pero aunque ahora vive en Missouri, parece pensar únicamente en el Massachusetts de los viejos tiempos. No puede olvidar el mal que hice. Estaba allí cuando yo lo hice (fuese lo que realmente fuese), y escribe: «Tengo que recordarte cómo heriste a Carla Rose. Era característico en ti que cuando ella trataba de mostrarse agradable, no sólo no vieses sus buenas intenciones, sino que le dices una coz en la cara. Sé que la traumatizaste para toda la vida.» (Advierta cómo se emplea el vocabulario liberal norteamericano cual aparato de tortura. Con el término «característico» quiere decir: «No eres una buena persona, Shawmut.») Ahora bien, ¿estaba usted realmente traumatizada, Miss Rose? ¿Cómo «puede saberlo», Walsh? ¿Se lo dijo usted? ¿O es, como sospecho, un mero chismorreo? Me pregunto si usted recuerda la ocasión. Sería para mí una merced que no la recordase. Y no deseo despertar en usted recuerdos ingratos; pero si en realidad la ofendí tan cruelmente, ¿hay alguna manera de evitar el recuerdo?

Por consiguiente, volvamos al Ribier College. Walsh y yo éramos entonces grandes amigos, jóvenes maestros, él, de Literatura, y yo, de Bellas Artes: mi especialidad, Historia de la Música. Como si usted no lo supiese; mi libro sobre Pergolesi está en todas las librerías. Es imposible que usted no lo haya visto. Además, ofrecí por Televisión unos programas sobre musicología, que se hicieron muy populares.

Pero volvamos a los años cuarenta. El curso empezaba inmediatamente después del Día del Trabajo. Era mi primer cargo docente. Después de siete u ocho semanas estaba todavía terriblemente excitado. Permítame que empiece aludiendo al hermoso escenario de Nueva Inglaterra. Recién salido de Chicago y de Bloomington (Indiana), donde me gradué, nunca había visto abedules, helechos en la orilla de la carretera, extensos pinares, pequeños campanarios blancos. ¿Cómo podía no sentirme desplazado? Cuando me llamaban «doctor Shawmut», me desternillaba de risa. Me sentía absurdo allí, como un camello en el prado verde de un pueblo. Soy un hombre de cintura alta y largas piernas, capaz de forjarse imágenes paradójicas y risibles de sí mismo. Tampoco había captado todavía la imagen real de Ribier. Aquello no era la verdadera Nueva

Inglaterra; era un colegio bohemio para muchachos ricos de Nueva York, demasiado nerviosos para asistir a escuelas mejores, inadaptados.

Vayamos al grano: Eddie Walsh y yo pasamos juntos por delante de la biblioteca del *College*. Un suave calor otoñal contrasta con el fondo de frescor de los bosques circundantes, para que yo lo disfrute. La biblioteca es un edificio Renacimiento griego, y la luz es musgosa y soleada en el porche: musgo de un verde brillante, luz de sol frondosa, líquenes en las columnas. Estoy trastornado, loco, como si flotase. Mis relaciones con Walsh en este momento son fáciles de describir: muy alegres, sin ningún conflicto a la vista, sin un matiz de oscuridad. Yo estoy empeñado en aprender de él, porque nunca había visto un *college* progresista, nunca había vivido en el Este, nunca había establecido contacto con el *establishment* de allí, del que tanto había oído hablar. ¿Qué significa todo esto? Una muchacha de la que he sido designado mentor, ha pedido que me cambien por otro porque no he sido psicoanalizado y no puedo establecer con ella ninguna relación. Y esta misma mañana he pasado dos horas en una reunión de comité a fin de determinar si un curso de Historia debe ser obligatorio para los estudiantes de Bellas Artes. Tony Lemnitzer, profesor de Pintura, dijo: «Dejad que los muchachos lean cosas de los reyes y las reinas. ¿En qué puede perjudicarles?» Tony, de Brooklyn, que había huido de su casa para ser peón de circo, se convirtió en un artista de *pósters* y, en definitiva, en expresionista abstracto. «No compadezcas nunca a Tony —me advierte Walsh—. Se casó con una multimillonaria. Ésta le construyó un estudio digno de Miguel Ángel. Pero como a él le resulta engorroso pintar, se limita a tallar madera. Esculpió dos bolas de madera dentro de una jaula.» El propio Walsh —genio precoz que había estudiado en Harvard— sospechó al principio que mi ignorancia era fingida. Procedente de Chicago y graduado en Bloomington (Indiana), ¿podía ser yo tan torpe como parecía? Pero yo soy un buen compañero y, como quien no quiere la cosa, me ha dicho (¿es un secreto?) que, aunque procede de Gloucester (Massachusetts), no es un verdadero yanqui. Su padre, norteamericano de segunda generación, es maquinista retirado y carece de instrucción. El viejo dice en una de sus cartas: Dice el médico que *tu pobre madre tiene un bulto en la virginia y que tendrá que operarla. Cuando vaya a la cirugía, espero que tú y tu hermana estaréis allí para animarme.*

Había en la comunidad dos hombres que cojeaban, y sus

nombres eran similares. El otro cojo, Edmund Welch, juez de paz, caminaba apoyándose en un bastón. Nuestro Ed, que padecía una curvatura en la espina dorsal, no quería usar bastón, y mucho menos, un zapato ortopédico. Se comportaba con deportiva despreocupación y desafiaba a los ortopedistas cuando le advertían que su columna vertebral se derrumbaría como un montón de fichas de dominó. Su estilo era ser libre y cojear. Había que aceptarle como era, sin concesiones. Yo le admiraba por ello.

Ahora, Miss Rose, ha salido usted de la biblioteca a respirar un poco de aire fresco y, con los brazos cruzados, se reclina y apoya la cabeza en una columna griega. Para parecer más alto, Walish conserva su espesa cabellera. Imposible calar un sombrero sobre ella. En cambio, yo llevo una gorra de béisbol. Entonces, Miss Rose, usted sonrío y me dice: «¡oh, doctor Shawmut, con esa gorra parece un arqueólogo!» Y, sin poder contenerme, le respondo: «Y usted parece algo que acaba de excavar.»

¡Horrible!

Los dos, Walish y yo, apretamos el paso. Eddie, con sus caderas desniveladas, se esforzó en caminar más de prisa, y, cuando nos hubimos alejado de su pequeño templo-biblioteca, vi que me sonreía, mirándome calurosamente a la cara con regocijo, con acusadora admiración. Había presenciado algo extraordinario. Lo que podía ser ese algo, si era fruto de un impulso bromista o psicopatológico, o malvado, nadie podía juzgarlo todavía; pero él estaba contento. Aunque no perdió tiempo en librarse de toda culpa, era exactamente la clase de broma que le gustaba. Le encantaba hacer el papel de Groucho Marx, o dar a sus frases un giro al estilo de S. J. Perelman. En cuanto a mí, me había puesto muy serio, como me ocurre generalmente después de soltar alguna de mis gansadas. A mí me asombran tanto como a cualquiera. Pueden ser síntomas de histerismo, en sentido clínico. Yo solía considerarme absolutamente normal, pero hacía tiempo que me había dado cuenta de que, en ciertos estados de ánimo, mi risa estaba muy cerca de ser histérica. Yo mismo podía advertir el tono anormal. Walish sabía muy bien que era propenso a tales ataques, y, al percibir que se acercaba uno de mis arrebatos, aún me incitaba más. Y cuando se había divertido, me decía, con una sonrisa propia del sátiro Pan: «¡Eres un bastardo, Shawmut! ¡Clavas unas estocadas sádicas!» Como puede ver, cuidaba muy bien de no ser acusado de complicidad.

Y mis chanzas no eran ni siquiera ingeniosas; sólo ruines,

sin excusa y, ciertamente, sin «inspiración». ¿Cómo podía ser tan idiota la inspiración? Era sencillamente idiota y malvada. Walish solía decirme: «Eres surrealista, a pesar de ti mismo.» Su interpretación era que me había elevado, con doloroso esfuerzo, desde unos orígenes de inmigrante, a un nivel de clase media, pero me vengaba de los tormentos y de la adulteración de mis saludables instintos, de las deformaciones que me habían sido impuestas por aquella adaptación a la respetabilidad, por la tensión de la escalada social. Los análisis sagaces e intrincados de esta clase eran a la sazón populares en Greenwich Village, y Walish había adquirido el hábito. Su carta del mes pasado estaba llena de discernimientos de este género. La gente renuncia raras veces al capital mental acumulado en sus «mejores» años. A sus sesenta y tantos, Eddie sigue siendo un juvenil hombre del Village, y se relaciona principalmente con los jóvenes. Yo he aceptado la vejez.

No es fácil escribir con dedos artríticos. Mi abogado, cuyos fatales consejos seguí (es el hermano menor de mi esposa, fallecida el año pasado), me apremió para que me marchase a la Columbia Británica, donde, debido a la corriente del Japón, las flores se abren en mitad del invierno y el aire es más puro. Ciertamente, brotan belloritas entre la nieve, pero mis manos están lisiadas y temo que, si no mejoran, tendré que ponerme inyecciones de oro. Sin embargo, enciendo el fuego y me siento en la mecedora, concentrándome en mis pensamientos, porque necesito hacer que usted crea que vale la pena considerar estos hechos conmigo. Si he de dar crédito a Walish, está usted temblando desde aquel día, como una llama en un modesto altar, de innecesaria humillación. Es una de las insultadas e injuriadas.

Por mi parte, debo confesar que me resultó difícil adquirir modales decentes, no porque fuese rudo por naturaleza, sino porque sentía la tirantez de mi posición. Durante un tiempo llegué a creer, que no podría seguir adelante en la vida, a menos que tuviese, también yo, una falsa personalidad como todos los demás, y por eso me esforcé especialmente en ser considerado, respetuoso y cortés. Y desde luego exageré las cosas y me enjuagué dos veces, cuando personas más educadas que yo lo hacían sólo una vez. Pero tal programa de mejora no podía seguir en vigor durante mucho tiempo. Yo lo redacté y después lo rasgué, arrojando al fuego los pedazos.

Debo decirle que Walish me canta las cuarenta en su carta. ¿Por qué —pregunta—, cuando alguien vacilaba en una conversación, yo decía las palabras con las que él no atinaba, y

terminaba sus frases con golosa pedantería? Walish sostiene que estaba haciendo comedia, disimulando mis orígenes vulgares, acercándose a los gentiles y haciendo méritos para ser un judío aceptable (a duras penas) por la sociedad cristiana de los sueños de T. S. Eliot. Walish me describe como un paria móvil ascendente que buscaba la esclavitud como suele buscarse la salvación. Dice que, como reacción, sufría ataques de rebeldía y llegaba a ser furiosamente insultante. Walish observa muy bien todo esto, pero no lo expresó durante aquellos años en que permanecimos tan unidos. Se lo guardó. En Ribier College simpatizábamos. Éramos amigos, en cierto modo. Pero al fin, de alguna manera, trató de convertirse en mi enemigo mortal. Mientras se comportaba exteriormente como un amigo íntimo ypreciado, estaba engordando mi alma en una caponera hasta que estuviese a punto para la matanza. Mi éxito en musicología debió de resultar demasiado para él.

Eddie le dijo a su esposa —se lo dijo a todo el mundo— lo que yo le había soltado a usted. Ciertamente, aquello corrió por todo el campus. La gente se rió, pero yo estaba afligido. Remordimiento: usted era una mujer pálida que absorbía en su piel los colores del musgo, del líquen y de la piedra caliza. Las pesadas puertas de la biblioteca estaban abiertas, y allí dentro había lámparas verdes para leer, y mesas macizas y barnizadas, y libros amontonados hasta la galería y más arriba. Unos pocos eran excelentes; algunos, útilmente informativos, y la mayor parte sólo servían para congestionar la mente. Mi vieja dama swedenborgiana dice que los ángeles no leen libros. ¿Por qué tendrían que hacerlo? Supongo que tampoco los bibliotecarios pueden ser grandes lectores. Tienen demasiados libros, en su mayor parte fastidiosos. Los atestados estantes desprenden un olor atractivo, consolador, seductor, pero también teñido débilmente de algo pernicioso, de veneno y perdición. Los seres humanos pueden dejar la vida en las bibliotecas. Habría que avisarles. Y usted, modesta sacerdotisa de este templo, salía para contemplar el cielo, y Mr. Lubeck, su jefe, refugiado gentil, tropezaba siempre con su perrazo senil y se excusaba con el animal: «¡Ach, discúlpame!» (acentuando la ese).

Nota personal: Miss Rose nunca fue bonita, ni siquiera lo que los franceses llaman une belle laide, una bella fea, una mujer cuyo dominio de las fuerzas sexuales hacen que la propia fealdad contribuya a su poder erótico. Una belle laide (¡tenía que ser una idea francesa!) tiene que ser como una fundición de lujuria. Y esta fuerza brillaba por su ausencia. No ha-

bía base orgánica para ello. Cincuenta años antes, Miss Rose habría tomado el Compuesto Vegetal de Lydia Pinkham. Sin embargo, aunque pareciese verde, un hombre podía haberla amado, amado por su tímido calor o por el valor de que había hecho acopio para felicitarme por mi gorra. Treinta y cinco años atrás, yo habría podido despejar la violenta situación con un cumplido, diciendo: «Piense, Miss Rose, cuántos objetos de rara belleza han sido desenterrados por los arqueólogos: la Venus de Milo, los toros alados asirios con las caras de los grandes reyes. Y Miguel Ángel enterró incluso una de sus estatuas para que pareciese antigua, y después la desenterró.» Pero es demasiado tarde para galanterías retóricas. Ahora me avergonzaría. Nada bonita, soltera, con la cruel comunidad riendo mi chanza, Miss Rose, la pobrecilla, debió de quedar desesperada.

Eddie Walish, como ya le he dicho, no quería comportarse como un lisiado a pesar de su espinazo en espiral. Aunque andaba encorvado y caminaba proyectando el pie izquierdó hacia fuera, se desenvolvía con elegancia. Vestía buenos trajes de tweed inglés y zapatos «Lloyd & Haig». Comentaba que por allí había bastantes mujeres masoquistas para animar a cualquier individuo a acicalarse y pavonearse. A los disminuidos físicos les iba muy bien con muchachas de cierto tipo. Usted, Miss Rose, habría hecho bien en reservar su cumplido para él. Pero su esposa estaba entonces encinta; yo era el soltero. Durante los primeros días soleados del curso, yo salía a pasear con él casi a diario. Entonces me parecía misterioso.

Pensaba: a fin de cuentas, ¿quién es él, este (súbitamente) íntimo amigo mío? ¿Qué es este extraño personaje, cuya cabezota no me llega al hombro, con sus cabellos erizados y espesos? Con una inclinación distinta y al modo de las correas trenzadas de un látigo, los pelos brotan tupidos incluso de sus orejas. Una de las damas del campus me aconsejó que le pidiese que se afeitara las orejas; pero, ¿por qué había de hacerlo? Él no le gustaría más con las orejas afeitadas; sólo se lo imaginaba. Eddie tiene una risa que recuerda el sonido de un instrumento de viento, más el de un oboe que el de un clarinete, y la suelta por el extremo ancho de la nariz al mismo tiempo que por la boca, que diríase tallada en una calabaza. Sonríe como el Alfred E. Neuman de la cubierta de la revista *Mad*, el sucesor del Bad Boy de Peck. Sin embargo, sus ojos son cálidos y me incitan a acercarme más y más, pero retienen lo que a mí más me interesa. Deseo con vehemencia su afecto, desconfío de él y le quiero, y trato de camelarle con mis bromas,

pues él es un hombre inteligente, a la manera taimada de un existencialista posmoderno actualizado. También parece amable. Parece muchas cosas. Admirador de Brecht y de Weill, canta *Mackie Messer* y aporrea la tonada en el piano vertical. Pero esto no es más que fruto de una época: jazz de cabaret alemán de los años veinte, la respuesta de Berlín a la guerra de trincheras y al humanismo explotado. ¡Mira que permitir que le situasen en aquellos tiempos! Eddie ha estado siempre en vanguardia. Temprano fan de los poetas Beat, fue el primero que recitó el maravilloso verso de Allen Ginsberg: *América, apoyo mi hombro extraño en la rueda.*

Eddie hizo de mí un lector devoto de Ginsberg, de quien aprendí mucho acerca del ingenio. Tal vez le parezca extraño, Miss Rose (a mí también me lo parece), que haya continuado con Ginsberg desde aquellos lejanos tiempos. Sin embargo, permítame que le ofrezca una muestra de uno de sus recientes libros, el cual es memorable y también delicioso. Ginsberg escribe que Walt Whitman dormía con Edward Carpenter, autor de *Love's Coming-of-Age*; después, Carpenter se convirtió en amante del nieto de uno de nuestros presidentes más oscuros: Chester A. Arthur; Gavin Arthur, cuando era ya muy viejo, fue amante de un homosexual de San Francisco, el cual, cuando abrazó a Ginsberg, completó todo el ciclo y puso al Sabio de Camden en contacto con su único sucesor y heredero auténtico. Todo esto se parece un poco al relato del doctor Pangloss sobre cómo llegó a contraer la sífilis.

Discúlpeme por esto, Miss Rose. Pero tengo la impresión de que necesitaremos los antecedentes humanos más amplios posibles para esta investigación que tanto puede afectar a sus emociones y a las mías. Debería usted saber con quién estaba hablando aquel día, cuando, haciendo acopio de valor, sonriendo y temblando, me brindó un cumplido, como dándome, dándonos, su bendición. Lo cual pagué con una broma pesada surgida, como era característico en mí, de las profundidades de mi naturaleza, aquel almacén de extrañas formulaciones. Yo había casi olvidado aquel suceso cuando recibí la carta de Walish en Canadá. Aquella carta..., una extraña *megillah* de la que yo mismo era el Hamán. Él debió de estar rumiando con *resentimiento* durante décadas sobre mi carácter, trazando una y otra vez el perfil de mi alma más recóndita. Compiló una lista de todas mis faltas, de mis pecados, y los parti-

culares son tan detallados, el inventario es tan extenso y el resumen se hace tan condensado, que por fuerza debió de coleccionarlos, archivarlos, formularlos y pulirlos furiosamente durante todos los cálidos y dorados días de nuestra amistad. Recibir un documento semejante..., le pido, Miss Rose, que imagine lo que debió de afectarme en un momento en que estaba luchando con el dolor y con burdas injusticias, llorando a mi esposa (y, aunque parezca extraño, también al timador de mi hermano) y experimentando la *Edad con sus Desgracias*; descubriendo que ya no podía estirar mi dedo medio, considerando las fatigas y los duelos de casi setenta años. A nuestra edad, amiga mía, nadie puede indignarse ni sorprenderse cuando se manifiesta el mal, pero yo me pregunto una y otra vez: ¿Por qué tenía Eddie Walish que coleccionar mis faltas durante más de treinta años para arrojármelas a la cara? Esto es lo que despierta mi más agudo interés, tan agudo, que me hace chillar interiormente. Todo lo que hay de cómico en ello, me abruma por la noche con la intensidad de los dolores del parto. Yazgo en la habitación trasera de esta pequeña casa canadiense, que apenas está aislada, y me tapo la boca para no gritar. Sólo faltaría que los vecinos oyese estos ruidos a las tres de la madrugada. Y no hay un alma en la Columbia Británica con quien pueda hablar de ello. Mi única amiga es Mrs. Gracewell, la anciana (muy anciana) que estudia literatura ocultista, y no puedo molestarla con una rama tan distinta de experiencia. Nuestras conversaciones son enteramente teóricas... Me hizo una observación muy útil, y era ésta: «El yo inferior es aquel al que se refería el Salmista cuando escribió: "Soy un gusano y no un hombre." El yo superior, pocas personas están en condiciones de observarlo. Ésta es la razón de que hablen tan mal los unos de los otros.»

Más de una vez, el documento (denuncia) de Walish citaba la poesía y la prosa de Ginsberg, y por eso acabé enviando un pedido a City Lights, en San Francisco, y he pasado muchas noches estudiando libros suyos que no conocía (¡publica tantos libros pequeños!). Ginsberg defiende la verdadera ternura y el pleno candor. El verdadero candor significa literalidad excrementicia y genital. Ginsberg opta por el calor de una Humanidad que copula libremente, varonil, mujeril, de camaradas, de «vía abierta», que no desdeña rezar y meditar. Habla con horror de nuestra «cultura plástica», que relaciona casi obsesivamente con la CIA. Y además de la CIA hay otros espionajes, relacionados con «Exxon», «Mobil», «Standard Oil» de California y el siniestro «Occidental Petroleum», con sus co-

nexiones en el Kremlin (indiscutiblemente, es algo raro y digno de contemplar). El supercapitalismo y su tecnología petroquímica cancerígena están relacionados, a través de James Jesus Angleton, alto funcionario de la comunidad de información, con T. S. Eliot, uno de sus compinches. Angleton, en su juventud director de una revista literaria, tenía el objetivo declarado de revitalizar la cultura de Occidente contra los «llamémoslos estalinistas». El fantasma de T. S. Eliot, entrevistado por Ginsberg en la popa de un barco en algún lugar de las aguas de la muerte, confiesa haber hecho un poco de labor de espionaje para Angleton. Contra estos hijos de las Tinieblas levanta Ginsberg los gurús, los meditadores barbudos, los poetas fieles a Blake y Whitman, la «escoria sagrada», los líricos y nada sofisticados homosexuales, cuyos grupitos investiga la Policía secreta con sus computadoras, introduciendo provocadores entre ellos y tratando de corromperlos con heroína. Esta visión piscopática, tan conmovedora porque hay en ella, realmente, mucho de que asustarse, y también por el afán de bondad que se refleja en ella, excéntrica defensa de la belleza, la valoro más que Walsh, mi acusador. Yo la comprendo de veras. Aplaudo los fuegos de artificio sexuales de Ginsberg. Pero compadezco sus obsesiones, peinando mi bigote hacia abajo con las uñas y sintiendo que mis ojos se agudizan al tratar de imaginarlo. Admiro a Ginsberg más desinteresadamente que Eddie. Eddie, por decirlo así, viene a la mesa con una paleta de *croupier*. Trabaja para la casa. Extrae lo mejor de la poesía.

Uno de los problemas permanentes de Walsh era que parecía claramente judío. Algunas personas desconfiaban de él y le trataban con infundada hostilidad, sospechando que trataba de pasar por un norteamericano cabal. A veces le decían, como si descubriesen la fuerza que les daba el mostrarse descarados (la fuerza es siempre bien venida): «¿Cuál era su apellido antes de llamarse Walsh?», una pregunta que los judíos suelen oír a menudo. En realidad, sus padres procedían del norte de la Irlanda protestante, y el apellido de su madre era Wallard. Él firma siempre Edward Wallard Walsh. Fingía que aquello no le importaba. Un sentimiento provocado por la persecución hacía que se mostrase amistoso con los judíos, o al menos eso decía. Y yo, encantado con su amistad, prefería creerlo.

Ahora resulta que, después de muchos años de disimulado vaivén, Walsh llegó a la conclusión de que yo era un imbécil. Cuando el público empezó a tomarme en serio, él perdió la

paciencia conmigo, y su afecto se trocó en rencor. Mis programas de Televisión sobre Historia de la Música fueron los causantes. Puedo imaginarme la escena: Walsh observando la pantalla envuelto en una sucia bata de lana, apoyando un codo en una mano y succionando un cigarrillo, atacándome mientras hablaba de los últimos días de Haydn o de Mozart, y de Salieri, desarrollando temas en el clavicordio: «¡Superstar! ¡Idiota de mierda!» «Jesús, ¡qué ampulosidad la tuya!» «¡Huckleberry Fink!»

Mi propio apellido, Shawmut, había sido evidentemente amañado. El amaño fue hecho muchos años antes de que mi padre desembarcase en Norteamérica, por su hermano Pinye, el que llevaba lentes y era copista de música para Sholom Secunda. La familia debió de haberse llamado Shamus o, más degradante aún, Untershamus. El *untershamus*, el más bajo entre los servidores de las sinagogas del Viejo Mundo, era un gorrista incompetente y casi inepto para todo, de barba enmarañada y condenado a dolencias crónicas, como hernia y el escrofulismo, un pobre entre los pobres. «Orm —como habría dicho mi padre— *auf steiffleivent*.» *Steiffleivent* era el rígido tejido de lino y crin que ponían los sastres en los forros de las chaquetas para darles forma. No había nada más barato. «Era tan pobre, que se vestía con ropa de fantasma.» Más barato que una mortaja. Pero resulta que, en Norteamérica, Shawmut es el nombre de una cadena de Bancos en Massachusetts. ¿Qué le parece? Sin duda habrá usted oído cosas encantadoras, atractivas y sentimentales, acerca del yiddish, pero el yiddish es una lengua *dura*, Miss Rose. El yiddish es severo y fustiga sin piedad. Sí, a menudo es delicado, adorable, pero también puede ser explosivo. «Una cara como una tinaja de agua sucia», «una cara como un cubo de bazofia». (Las connotaciones sucias dan una fuerza especial a los epítetos yiddish.) Si hay un semidiós que me inspire a hablar como un salvaje, debió de sentirse atraído hacia mí por este violento y cruel lenguaje.

Cuando le cuento esto, supongo que me sigue de buen grado y siento el mayor afecto por usted. Me siento muy solo en Vancouver, pero también esto es por mi culpa. Cuando llegué, fui invitado a una fiesta por unos músicos locales y no conseguí agradecerles. Me sometieron a la prueba canadiense para los visitantes de los Estados Unidos: ¿Era yo partidario de Reagan? No lo era; pero la pregunta clave era si El Salvador no podía

convertirse en otro Vietnam, y la mitad de los reunidos se marcharon al oír mi respuesta: «En absoluto. Los vietnamitas del Norte son soldados curtidos, con una tradición militar de muchos siglos, gente *realmente* dura. Los salvadoreños son campesinos indios.» ¿Por qué no pude tener la boca cerrada? ¿Qué me importa a mí Vietnam? Dos o tres simpáticos anfitriones se quedaron, pero también tuvieron que marcharse por lo que sucedió a continuación. Un profesor de la UBC declaró que estaba de acuerdo con Alexander Pope sobre la definitiva irrealidad del mal. Visto desde el punto más alto de la metafísica. Para una mente racional, nunca ocurre nada realmente malo. Aquello era una gansada altisonante. «¡Tonterías!», pensé. Y dije: «¡Oh! ¿Quiere usted decir que todas las cámaras de gas están forradas de plata?»

Esto colmó la medida, y ahora tengo que dar a solas mi paseo diario.

Esto es muy hermoso, con montañas nevadas y puertos tranquilos. Dicen que los servicios portuarios son muy limitados, y que los cargueros tienen que esperar (pagando 10.000 dólares al día). Es agradable contemplarlos cuando están anclados. Sugieren la «Invitación al Viaje» y también «En cualquier parte, en cualquier parte. ¡Fuera del mundo!» Pero, ¡qué limpia!, y civilizada es esta ciudad, con sus claras aguas noroesteñas y, más allá, la impresión de un desierto ilimitado que empieza donde se erizan los bosques y se extiende hacia el Norte, en millones de kilómetros cuadrados, para terminar en remolinos de hielo alrededor del Polo.

Los académicos provincianos se molestaron por mis chiritas. Una lástima.

Sin embargo, para que no parezca que siempre he estado sacando los pies del plato, permita que le diga, Miss Rose, que a menudo me ha tocado recibir los palos, por parte de virtuosos o de artistas más grandes que yo, por este orden. El hoy difunto Kippenberg, príncipe de los musicólogos, cuando asistimos a un congreso en la «Villa Serbelloni», a orillas del lago Como, me invitó una noche a ir a sus habitaciones para que le leyese de antemano mi conferencia. Bueno, en realidad no me invitó. Yo estaba ansioso de hacerlo. La sugerencia fue mía, y él no se atrevió a rehusar. Era un hombre corpulento y vestía un rico traje de etiqueta, con chaqueta de terciopelo verde, sobre la que su grande y pálida e inteligente cabeza parecía haber sido depositada por una explosión. Aunque caminaba con dos bastones, como una especie de *diable boiteux*, no había nadie más rápido que él en la palabra. Había publi-

cado la gran obra sobre Rossini, y el propio Rossini era autor de dichos ingeniosos inmortales (como uno referente a Wagner: *Tiene hermosos momentos, pero malos cuartos de hora*). Imagínese también la *suite* que ocupaba Kippenberg en la villa: habitaciones del siglo XVIII, sofás de tafetán, brocados, estatuaria fría, cálidas lámparas de seda. Los sirvientes habían cerrado ya las ventanas para la noche, de modo que el ambiente del salón era sofocante. Pero yo leía para el erudito y mundialmente famoso Kippenberg, embutido en su traje verde, con su ancha boca agradablemente sosegada. Aquel hombre tenía también unos ojos muy curiosos, engastados en los lados de la cabeza, como dispuestos para una visión bilateral, y unas cejas como orugas del Árbol de la Ciencia. Mientras yo leía, empezó a dar cabezadas. Le dije: «Temo que le estoy dando sueño, profesor.» «No, no..., al contrario, me mantiene usted despierto», repuso él. Esto, aunque fuese a mis expensas, era genio, y era un privilegio haberlo provocado. Él había estado sentado allí, macizo, con sus dos bastones, como si se hallase en una cuesta, presto a sumirse, esquiando, en el sueño. Pero incluso en aquel último instante, cuando estaba a punto de extinguirse, el tesoro único de su conciencia había podido aún resplandecer. Yo habría dado la vuelta al mundo por un destello de ingenio semejante.

Pero permítame que vuelva por un instante a Walish. Los Walish vivían en una casita de campo propiedad del *college*. Se hallaba en los bosques, que en aquella estación estaban polvorientos. Usted, desde Florida, puede que recuerde lo que son los bosques de Nueva Inglaterra en un otoño seco: polen, humo de leña, hojas blanquecinas y podridas, telas de araña, quizá polvo de alas de mariposas muertas. Al llegar a las pilas tras de la verja de los Walish, si encontrábamos botellas dejadas por el lechero, las agarrábamos por el cuello y las lanzábamos a los matorrales. La leche era para Peg Walish, que estaba embarazada, pero la aborrecía y no quería beberla en modo alguno. Socialmente, Peg estaba por encima de su marido. Cualquiera podía estarlo en aquellos tiempos; Walish sólo tenía por debajo de él a los negros y a los judíos, y, debido a su aspecto hebreo, ni siquiera podía estar seguro de su ventaja sobre los últimos. Por consiguiente, era la bohemia quien le daba fuerza. A Mrs. Walish le gustaba el estilo bohemio de su marido, o al menos eso afirmaba. Por esto ponía menos reparos a mis Pergolesi y Haydn de los que habría puesto en otro caso. Además, yo era un compañero animado para su marido. Y él necesitaba una compañía animada, créalo usted.

Estaba deprimido, y su esposa se veía preocupada. Cuando me miraba, veía en sus ojos la luz del remedio.

Como Alicia después de apurar la botella BÉBEME en el País de las Maravillas, Peg era muy alta; huesuda, pero delicada, se parecía a una estrella del cine mudo llamada Colleen Moore, una ingenua de ojos redondos y flequillo sobre la frente. En su cuarto mes de embarazo, Peg trabajaba todavía en «Filene's», y Eddie, renuente a levantarse de mañana para llevarla en el coche a la estación, pasaba largos días en la cama debajo de la colcha de retales. El rosa, cuando no es fresco y vivo, puede resultar un color desesperante. El rosa de la colcha de Walsh hacía que se me encogiese el corazón cuando iba a ver a mi amigo. La casita estaba revestida de tablas manchadas de nogal; no había sol en las habitaciones, y la cocina era particularmente sombría. Yo le encontraba arriba, durmiendo, caída la mandíbula inferior, y protuberante el labio judío. La impresión que me causaba era, a un tiempo, brutal e inocente. Cuando dormía, le faltaba la confianza que tanto se esforzaba en conseguir. Pocos de nosotros estamos completamente despiertos, pero Walsh se enorgullecía de estar siempre alerta. Su premisa principal era que nadie le tomaba el pelo. Pero cuando dormía, no parecía muy listo.

Yo le despertaba. Se quedaba confuso. A fin de cuentas, no era un bohemio cabal. Su aturdimiento, a hora tan avanzada del día, le desesperaba, y gruñía al sacar las flacas piernas de la cama. Entonces íbamos a la cocina y él empezaba a beber.

Peg insistía en que viese a un psiquiatra en Providence. Él me lo ocultó durante un tiempo, pero al fin confesó que necesitaba que le entonasen; unos reajustes internos de poca importancia. El hecho de convertirse en padre le atolondraba. Por fin, su esposa dio a luz dos gemelos varones. Los hechos son triviales, y no creo que abuse de ninguna confianza. Además, nada le debo a él. Su carta me produjo un grave trastorno. ¡Y qué momento eligió para enviarla! Treinta y cinco años sin decirme una palabra ofensiva. Deja que cuente con su afecto. ¡Y entonces me larga el garrotazo! ¿Cuándo se clava el puñal a un amigo? ¿Cuándo se le tiende la copa de veneno? No cuando es todavía lo bastante joven para reaccionar. Walsh esperó hasta el fin..., *mi fin*, naturalmente. *El* es todavía joven, me escribe. Prueba de ello es que se tomó verdadero interés por unas jóvenes lesbianas de Missouri; sólo él conoce la intimidad de sus corazones, y ellas permiten que les haga el amor..., Walsh, la única excepción masculina. Como el explorador McGovern, que fue a Lhasa disfrazado, el único occiden-

tal que penetró en el recinto sagrado. Ellas sólo confían en la juventud, y confían en él; por consiguiente, no puede ser viejo.

Este documento suyo me ha destrozado por completo. Y estoy de acuerdo, objetivamente, en que mi carácter no constituye una actualidad destacable. Soy distraído, espiritualmente perezoso, desentonado. Él dice que he tratado de hacer que esta indolencia mía parezca buena. Por ejemplo, nunca quería comprobar la aritmética de los camareros; me negaba a hacer mi propia declaración de renta; era demasiado «ingenuo» para hacer mis propias inversiones y contrataba a expertos (léase «truhanes») para ello. El práctico Walsh no luchaba por los centavos; lo que contaba era el principio, como lo era el honor para los grandes soldados de Shakespeare. Cuando empezaron a usarse las tarjetas de crédito, después de calcular los intereses y los gastos hasta la cuarta cifra decimal, rasgó las tarjetas de Peg y las tiró a la basura. Todos los años contendía con los inspectores fiscales, tanto federales como del Estado. Nadie iba a abusar de Eddie Walsh. Con esta dureza imitaba a los ricos avaros: el primer Rockefeller, que nunca daba más de diez centavos de propina, o Getty, el multimillonario, en cuya mansión veíanse obligados los invitados de fin de semana a emplear teléfonos de pago. Walsh no era mezquino, sino duro, severo, más apretado que el culo de una rana. Y no era simplemente cuestión de capitalismo básico. Aunque Walsh era devoto acérrimo de Brecht, aquello era también dureza leninista o estalinista. Y si yo era, o parecía ser, nebuloso en cuestiones de dinero, era, posiblemente, una «estrategia semiinconsciente», decía. ¿Quería significar con esto que yo trataba de destacar como un judío que despreciaba el sucio dólar? ¿Que deseaba ser tomado por alguien mejor que yo? En otras palabras: ¿asimilacionismo? Sólo que yo no confesé nunca que los antisemitas, de la clase que fueren, resultasen mejores que yo.

Yo no trataba de ser distraídamente angelical en lo tocante a mi economía. En realidad, Miss Rose, no era nada de esto. Mi ineptitud en lo referente al dinero era parte del mismo síndrome histérico que hacía que hablase demasiado. Era una dolencia auténtica, y sigo padeciéndola. El Walsh actual ha olvidado que, cuando fue a un psiquiatra para que le curase de dormir dieciocho horas seguidas, le dije que comprendía

muy bien su problema. Para consolarle, le dije: «Un buen día puedo ser sagaz durante media hora; después empiezo a decaer y cualquiera puede superarme.» Me refería a la condición de sueño o al estado de vaga turbulencia en que, con raros momentos de claridad, existimos la mayoría de nosotros. Y nunca se me ocurrió adoptar una estrategia. Ya le he dicho anteriormente que hubo un tiempo en que me pareció una necesidad práctica tener un falso yo, pero que pronto renuncié a ello. Sin embargo, Walish presume de que todo hombre moderno inteligente es su propio invento de vanguardia. Ser de vanguardia quiere decir cambiarse uno mismo, tener un proyecto personal que requiere una rutina histriónica: en una palabra, hacer comedia. Pero, ¿qué clase de comedia era confiar en un pariente próximo que resultó ser un rufián, o dejar que mi hoy difunta esposa me persuadiese de encomendar mis problemas jurídicos a su hermano menor? Fue mi cuñado quien me arruinó. Si otros eran simplemente hombres sin principios y truhanes, él era, además, tonto de capirote. Tenga paciencia; ya volveré sobre esto.

Walish escribe: *Pensé que ya era hora de que supieses lo que eras en realidad*, y me larga una filípica como pocos han de recibir jamás. Yo ofendía a todos y hablaba mal de ellos; no podía soportar que la gente se expresase por sí sola (esto le irritaba especialmente, pues lo menciona varias veces), sino que tenía que poner palabras en su boca, terminar sus frases, haciendo que olvidasen lo que iban a decir (les suministraba las vulgaridades que buscaban a tientas). Yo era —dice— *un almacén móvil de piezas de recambio para la clase media*, significando con ello que estaba lleno de esa información inútil, y en realidad insensata, que hace que la máquina social siga avanzando hacia el pozo sin fondo. Y así sucesivamente. En cuanto a mi suprema afición por la música, no era más que una tapadera. El verdadero Shawmut era un sagaz propagandista, cuya *Introducción a la valoración de la Música* era aceptada por un centenar de Universidades («cosa que no ocurre por sí sola») y le proporcionó un millón en derechos de autor. Me compara con Kissinger, un judío que adquirió mucha fuerza en el *establishment*, sin tener la menor base política ni un cuerpo de electores, pero que triunfó gracias a su genio de promoción, al comportarse como una celebridad... Es imposible que Walish comprenda la fuerza de carácter y ni siquiera la fuerza constitucional, biológica, que requiere un logro semejante; que aprecie (hundida su velluda oreja en la almohada y doblada tres veces su pequeña figura, como una escalerilla de

incendios, bajo la borra de su colcha de color de rosa) lo que le cuesta a un hombre educado conseguir una posición de fuerza entre políticos semianalfabetos. No, la comparación es rebuscada. Hacer música del siglo XVIII en PBS no es muy parecido a encargarse de la política extranjera de los Estados Unidos y enfrentarse con borrachos y embusteros en el Congreso o en la rama ejecutiva.

¿Un judío honrado? Éste sería Ginsberg *el Confesor*.

Sin ocultar ningún hecho, Ginsberg apela a los que odian a los judíos, exagerando todo lo que atribuyen a éstos en sus fantasías patológicas. Pienso que les engañan con absoluta simplicidad, con sus actuales sueños de encontrar el ano de alguien en su bocadillo, o con sus poemas sobre el empleo, por él mismo, de un consolador. Este erotismo anal materialista resulta muy atractivo para los norteamericanos, como prueba de sinceridad y de autenticidad. A este nivel, dicen que están «a la altura» de uno, aunque las deformidades y obscenidades resultantes deben, desde luego, atribuirse a otros, a algún marica «morfodita» o a un gay exótico y drogadicto. Mi consejo es que, cuando le digan a uno que está «a su altura», éste se guarde en seguida el dinero en un zapato.

Sin embargo, veo algo más en Ginsberg. Ciertamente que representa un papel judío tradicional con su cómica autodegradación, como lo representaban en la antigua Roma y probablemente antes; pero hay algo más, también tradicional. Bajo este candor descarado (o autoagresión agravada) hay pureza de corazón. Como judío norteamericano que es, debe también afirmar y justificar la democracia; los Estados Unidos están destinados a convertirse en uno de los grandes logros de la Humanidad, una nación constituida por muchas naciones (sin excluir la nación gay; no se puede dejar a nadie fuera). Los propios Estados Unidos son el poema más grande, tal como profetizó Whitman. Y el único representante vivo y auténtico del trascendentalismo norteamericano es aquel homosexual de gordo pecho, calvo, barbudo y con gafas manchadas, inocente en su suciedad. Pureza nacida de la impureza, Miss Rose. El hombre es un microcosmos judío en esta tierra-Midas, cuyos cadáveres enterrados producen frutos de oro. Éste no es un judío que marcha a Israel a luchar con el Levítico para justificar la homosexualidad. Es un fiel marica budista en Norteamérica, la tierra donde nació. El enemigo capitalista petroquímico (un enemigo que necesita la redención sexual y religiosa) está aquí mismo, en casa. ¿Quién podría dejar de querer a semejante comediante? Además, Ginsberg y yo nacimos bajo

el mismo signo del zodiaco, y ambos tuvimos una madre loca y somos aficionados a los balbuceos inspirados. Sin embargo, yo me niego a sobrevalorar la vida erótica. No creo que el camino de la verdad deba cruzar todas las zonas de la masturbación y de la sodomía. Él es consecuente; hay que decir, en su honor, que va hasta el final del camino, cosa que no puede decirse de mí. De nosotros dos, él es el más norteamericano. Él es miembro de la Academia Norteamericana de Artes y Letras —yo ni siquiera he sido propuesto como candidato— y, aunque ha dicho que algunos de nuestros últimos presidentes estaban mal de la cabeza, nunca se le ha pedido que devuelva sus premios nacionales y sus medallas. Cuanto más le calumnia —LBJ toma LSD, ¿verdad?—, más medallas es probable que consiga. Por consiguiente, he de admitir que él está más cerca que yo de los círculos norteamericanos influyentes. Yo ni siquiera parezco norteamericano. (Aunque Ginsberg tampoco lo parece.) Nací en Hammond, Indiana (mi padre tenía una taberna allí antes de la prohibición), pero igual podría haber venido del mismo Kiev. Ciertamente, no tengo la constitución propia de un nativo de Indiana: soy alto, pero ando encorvado; mis nalgas están situadas más arriba que las de otras personas, y siempre he tenido la impresión de que mis piernas son desproporcionadamente largas: sólo un ingeniero podría descubrir su dinámica. Aparte los negros y los palurdos, la mayoría de los habitantes de Hammond son extranjeros; hay allí muchos ucranianos y finlandeses. Sin embargo, éstos parecen completamente norteamericanos, aunque reconozco en ellos facciones como las mías, propias del arte religioso ruso: las caras macizas, los ojillos redondos, las cejas arqueadas y las cabezas calvas de los iconos. Y en situaciones sumamente comprometidas, en las que se requieren la prudencia y la discreción características del gran ejecutivo norteamericano, siempre pierdo el control y soy, como dicen los árabes, un rehén de mi lengua.

Lo que precede ha resultado divertido, con lo cual quiero decir, Miss Rose, que he evitado un examen riguroso. Pero tenemos que acercarnos más al tema. Tengo que presentarle mis disculpas, pero hay también aquí un misterio (quizá de karma, como diría la vieja Mrs. Gracewell) que exige una investigación. ¿Por qué se dicen cosas como las que yo le dije a usted? Bueno, es como si un hombre saliese a la calle un hermoso día,

tan hermoso que le obligase incomprensiblemente a hacer algo, a realizar una acción a la altura de las circunstancias, pues, de no hacerlo así, se sentiría como un inválido en una silla de ruedas a la orilla del mar, como un valetudinario a quien dice la enfermera: «Siéntese aquí y observe las olas.»

Mi difunta esposa era una mujer amable, delgada, muy bajita, educada sobre estrictos principios medievales. Cuando yo la inquietaba, tenía una manera singular de juntar las palmas de las manos bajo la barbilla, como si rezase por mí, y su color rosado se hacía más fuerte, hasta convertirse en rojo. Mis arrebatos la hacían sufrir muchísimo, y entonces se imponía el deber de enmendar mis yerros, defendiendo mi reputación y persuadiendo a la gente de que yo no había obrado con mala intención. Tenía los cabellos castaños, y fresca la tez. Si debía su color a la salud o a la excitabilidad era una cuestión no resuelta. Sus ojos eran ligeramente saltones, pero no había deformidad en ellos; era, para mí, uno de sus atractivos. Era austríaca por nacimiento (de Graz, no de Viena); una refugiada. A mí no me atrajeron nunca las mujeres de mi propia complejión: dos personas altas formaban una pareja incomprensible. También prefería tener que buscar lo que quería. En mis días de colegial, no sentí interés sexual por las maestras. Me enamoré de la niña más menuda de la clase, y seguí esta precoz afición al casarme con una mujer delgada como las que pintaba Van der Weyden o Lucas Cranach. El color rosa no se limitaba a su cara. Había algo no exactamente contemporáneo en su manera de ser, y su concepto de la gracia se remontaba también a una edad pretérita. Todo en ella parecía inclinarse hacia abajo: bajaba la cara al andar; sus manos pendían de las muñecas cuando cocinaba; comía encogida; bajaba atentamente la cabeza cuando uno tenía algo serio que decirle, y abría un poco la boca para suplicarle a uno que se expresase con más claridad. En cuestiones de principios, por muy ilógico que pareciera, era incommoviblemente obstinada. La muerte excluyó a Gerda de la circulación, y la envolvieron y se la llevaron de una vez para siempre. Ya no volveré a ver aquel cuerpo fino y arrebolado, ni aquellos senos sonrosados, ni aquellos ojos azules y saltones.

Lo que le dije a usted al pasar por delante de la biblioteca la habría horrorizado. Le afligía que yo pudiese molestar a la gente. Permítame que cite un ejemplo. Esto ocurrió años más tarde, en otra Universidad (una verdadera Universidad), una noche en que Gerda preparó una cena para un numeroso grupo de académicos: lo más distinguido se sentaba a nuestra

mesa escandinava de cerezo. Yo no sabía siquiera quiénes eran los invitados. Después del plato fuerte, se mencionó a un tal profesor Schulteiss. Schulteiss era uno de esos parlanchines enciclopédicos que resultan unos incordios para todo el mundo. Tanto si se trataba de cocina china como de física de las partículas, como de las relaciones del bantú con el swahili (si es que había alguna), o de por qué Lord Nelson apreciaba tanto a William Beckford, o del futuro de la ciencia de las computadoras, no se le podía interrumpir ni siquiera el tiempo suficiente para quejarse de que no le dejase a uno pronunciar una palabra. Era un hombre corpulento y barbudo, de panza desafiadora y dedos que se doblaban hacia atrás en las puntas, de modo que, si yo hubiese sido caricaturista, le habría dibujado cantando al estilo tirolés, con patillas negras y las puntas de los dedos retorcidas. Uno de los invitados me dijo que Schulteiss estaba terriblemente preocupado porque no había nadie lo bastante erudito como para escribir una nota necrológica adecuada cuando él se muriese. «No sé si yo tengo condiciones —repuse—, pero me encantaría hacer el trabajo si eso pudiese servirle de consuelo.» En aquel momento estaban sirviendo el postre a Mrs. Schulteiss, oculta a mi vista por las flores que Gerda había puesto en la mesa. Si me había oído o no, importaba poco, pues cinco o seis invitados repitieron inmediatamente lo que yo había dicho, y vi que ella apartaba las flores a un lado para mirarme.

Por la noche traté de convencer a Gerda de que no había causado ningún daño irreparable. Anna Schulteiss no era mujer fácil de herir. Ella y su marido estaban siempre en la oposición..., ¿por qué había venido ella sin él? Además, era difícil adivinar lo que pensaba y sentía; sin duda, algunas de sus partículas (referencia a la ciencia de Schulteiss en el campo de la física de las partículas) estaban fuera de sitio. Este comentario no hizo más que empeorar las cosas. Gerda no me lo dijo, pero yació rígida en su lado de la cama. En el campo de la respiración irregular nocturna era una artista consumada, y, cuando suspiraba profundamente, no había manera de dormir. Yo adopté la misma rigidez y sufrí con ella. El adulterio, que en raras ocasiones me tentaba, no me habría causado una impresión tan fuerte de culpabilidad. Mientras tomaba mi café de la mañana, Gerda telefoneó a Anna Schulteiss y la invitó a almorzar. Más tarde, aquella misma semana, fueron también juntas a un concierto sinfónico. Antes de que acabase el mes, ambos hicimos de canguros para los niños de los Schulteiss en su sucia y pequeña morada universitaria, que habían converti-

do en un basurero de la Edad de Piedra. Alcanzada esta fase de reconciliación, Gerda se sintió mejor. Sin embargo, yo pensaba que el hombre que se permitía unas bromas semejantes debía de ser lo bastante audaz como para seguir hasta el final, no tener remordimientos de conciencia en cuanto había pronunciado sus palabras. Debía mantenerse en sus trece, como el soberbio Kippenberg. De todos modos, ¿quién era el verdadero Shawmut: el hombre que gastaba bromas insultantes o el que se había casado con una mujer que no podía soportar que nadie se sintiese herido por sus insultos?

Quizá preguntará usted: Con una esposa dispuesta a luchar hasta la muerte para salvarle de la venganza de las partes insultadas, ¿no se sentía perversamente tentado a armar jaleo, sólo para continuar su juego? La respuesta es no, y la razón es que no sólo amaba a Gerda (un amor terriblemente confirmado por su muerte), sino también que, cuando decía cosas, lo hacía por amor al arte, sin perversidad ni malicia, y como si la malicia surtiese un efecto parecido al del alcohol, y yo me emborrachase con ella. Esto lo niego rotundamente. Sí, tenía que haber alguna provocación. Pero lo que ocurre, cuando soy provocado, sucede porque la tierra jadea bajo mis pies, y entonces, desde extremos opuestos del cielo, recibo un golpe simultáneo en ambos oídos. Me quedo sordo y tengo que abrir la boca. Gerda, en su sencillez, trataba de neutralizar los malos efectos de las palabras que brotaban de aquélla y trazaba planes para recobrar la amistad de toda clase de personas inverosímiles, cuyas partículas esenciales brillaban por su ausencia y que estaban incapacitadas para la amistad y no tenían el menor interés en ella. A estas personas les enviaba azaleas, begonias y otras flores, y llevaba a las esposas a almorzar. Cuando volvía a casa, me contaba gravemente las muchas cosas fascinantes de que se había enterado acerca de ellas: lo mal pagados que estaban sus maridos, o que sus padres eran viejos y estaban enfermos, o que había una rama de locura en la familia, o que tenían hijos de quince años que robaban en las casas o consumían heroína.

Yo nunca dije nada cruel a Gerda; sólo lo dije a gente provocadora. El caso de usted es el único que puedo recordar en que no hubo provocación, Miss Rose; de aquí esta carta de disculpa, la primera de esta clase que he escrito jamás. Usted es la causa de mi examen de conciencia. Más tarde volveré sobre esto. Pero ahora estoy pensando en Gerda. Por amor a ella traté de practicar el autocontrol y, en definitiva, empecé a aprender el valor de tener la boca cerrada, y cómo puede

esto dar a un hombre fuerza para contener sus palabras inspiradas y dejar que la malicia (si esto es malicia) sea absorbida de nuevo por el sistema. Como la «palabra justa» de los budistas, supongo. La «palabra justa» es psicología sensata. ¿Y es muy sensato pronunciar palabras escogidas en unos tiempos en que las palabras se han hundido en la tosquedad y la decadencia? Si apareciese un La Rochefoucauld, la gente le volvería la espalda en mitad de una frase y empezaría a bostezar. ¿Quién necesita máximas ahora?

Los Schulteiss eran colegas, y Gerda podía influirles, tenía acceso a ellos; pero había ocasiones en que no podía protegerme. En una ocasión, por ejemplo, asistimos a una cena de gala en la Universidad, y yo estaba sentado al lado de una anciana que donaba millones de dólares a compañías de ópera y a orquestas. Yo tenía algo de astro aquella noche y vestía frac y corbata blanca, porque acababa de dirigir una interpretación del *Stabat Mater* de Pergolesi, seguramente una de las obras más conmovedoras del siglo XVIII. Sin duda habría pensado usted que aquella música me había ennoblecido, al menos hasta la hora de acostarme. Pero no; pronto empecé a buscarme complicaciones. No fue accidental que yo estuviese a la derecha de Mrs. Pergamon. Iban a pedirle una fuerte contribución. Alguien había proyectado una *schola cantorum*, y yo era el encargado de plantear (con tacto) la cuestión. El verdadero empujón vendría más tarde. A mí no me gustaban los tipos que había detrás de aquel plan. Eran malos sujetos, y un donativo importante les habría dado más fuerza de lo conveniente para todos. El viejo Pergamon había dejado una inmensa fortuna a su esposa. Tantísimo dinero era casi un atributo sagrado. Y yo había dirigido también música sacra; por consiguiente, era sagrado contra sagrado. Mrs. Pergamon me habló de dinero; no mencionó el *Stabat Mater* ni mi interpretación de esta obra. Es verdad que, en los Estados Unidos, el dinero domina todos los demás tópicos, en proporción de mil a uno, pero aquella era una ocasión en la que no hubiese debido omitirse la música. La anciana me explicó que había un acuerdo entre los grandes filántropos y que los campos estaban divididos entre Carnegie, Rockefeller, Mellon y Ford. En el extranjero estaban los diversos intereses Rothschild y la «Fundación Volkswagen». Los Pergamon se dedicaban especialmente a la música. Mencionó las cantidades que habían gastado en compositores electróni-

cos, en música de computadora, la cual detesto, y yo estaba encendido mientras le dedicaba una perfecta expresión de cortesía al estilo de Kiev. Había visto su limusina en la calle, vigilada por guardias del campus además de los policías de la ciudad. Los diamantes que lucía sobre el pecho eran como los Finger Lakes entre sus montes. Tengo que decir que la conversación sobre dinero me causó un curioso efecto. Caló muy hondo. Mi difunto hermano, que había consagrado su vida al dinero, había sido el predilecto de mi madre. Y sigue siéndolo, aunque ella tiene más de noventa años. Ahora oí decir a Mrs. Pergamon que pensaba escribir sus memorias. Entonces le pregunté —y la pregunta era lo que Nietzsche llamaba un *Fatum*—: «¿Empleará usted una máquina de escribir, o una máquina sumadora?»

¿Tenía que haber dicho *esto*? ¿Lo dije en realidad? Demasiado tarde para preguntarlo: la tormenta había estallado. Ella me miró, absolutamente tranquila. Se ha de decir que era una gran dama y que yo venía de un manicomio. Como no hubo ninguna reacción visible en su viejo y difuso semblante, y el azul de sus ojos resultaba maravillosamente clarificado y aumentado por sus gafas, estuve a punto de creer que no me había oído o no me había comprendido. Pero no era así. Cambié de tema. Tenía entendido que, a pesar de su casi exclusivo interés por la música, había subvencionado de vez en cuando investigaciones científicas. Los periódicos decían que había puesto el capital para un proyecto de estudio de la epilepsia. Traté inmediatamente de dirigir la conversación hacia la epilepsia. Mencioné el ensayo de Freud, que desarrollaba la teoría de que un ataque epiléptico era la dramatización de la muerte del propio padre. Por esto se ponía uno rígido. Pero al ver que mi esfuerzo por desprenderme del anzuelo sólo servía para que me sangrase el labio, me sumergí hasta el fondo y permanecí allí, friamente silencioso. Con todo mi corazón, me concentré en el *Fatum*. *Fatum* significa que, en cada ser humano, hay algo que no es susceptible de revisión. Este algo no puede enseñarse. Tal vez se funda en la voluntad de poder, y la voluntad de poder es nada menos que el propio Ser. Conmovido o, como dirían los jóvenes, perdida la chaveta por causa del *Stabat Mater* (la gloriosa madre que no me defendería a mí), me había visto impulsado a hablar desde las profundidades de mi *Fatum*. Creo que no había comprendido en absoluto a la vieja Mrs. Pergamon. Hablarme de dinero era una muestra de amabilidad, incluso de magnanimidad, por su parte: un hombre que conocía a Pergolesi era tan bueno como

un rico, y se le podía hablar casi como a un igual. Y, a pesar de mí, subvencionó la *schola cantorum*. No se castiga a una institución porque un excéntrico le hable a una de un modo insolente en una cena. Era tan vieja, que había visto locos de todas clases. Quizá me inquieté a mí mismo más que a ella.

Se había mostrado amable, Miss Rose, y yo había tratado de pasarla, de adelantarla en una curva peligrosa. ¿Una prueba de fuerza? ¿Qué podía significar esto? ¿Para qué necesitaba yo la fuerza? Bueno, quizá la necesitaba porque, desde una posición de poder, se puede decir cualquier cosa. Los hombres poderosos ofenden con toda impunidad. Tome como ejemplo lo que dijo Churchill acerca de un miembro del Parlamento llamado Driver: «Es el hombre que desacreditó la pederastia.» Y Driver, en vez de ofenderse, se sintió halagado, de modo que, cuando otro miembro del Parlamento reivindicó para sí la observación e insistió en que su nombre era el que había pronunciado Churchill, Driver inquirió: «¿Usted? ¿Por qué tenía Winston que fijarse en un marica insignificante como usted?» Esta disputa divirtió a Londres durante varias semanas. Pero Churchill era Churchill, descendiente de Marlborough, gran biógrafo de éste y salvador de su país. Ser insultado por él era garantía de un lugar en la Historia. Pero Churchill era fruto de una Era más civilizada. Una anécdota menos civilizada se atribuye a Stalin. Éste, al recibir a una delegación de comunistas polacos en el Kremlin, preguntó: «Pero, ¿qué ha sido de aquella mujer tan buena e inteligente, la camarada Z?» Los polacos bajaron la cabeza, porque como el propio Stalin había hecho asesinar a la camarada Z, no había nada que decir.

Esto es desprecio, no ingenio. Es despotismo oriental a secas, Miss Rose. Churchill era humano; Stalin no era más que un coloso. En cuanto a nosotros, los norteamericanos, somos una civilización demótica, híbrida. Tenemos nuestras virtudes, pero desconocemos el estilo. Sólo porque en la sociedad norteamericana no hay lugar para el estilo (en el sentido de estilo volteriano o gibbónesco, estilo a la manera de Saint-Simon o Heine) es posible que un hombre como yo haga las declaraciones que hace, sin dañar a nadie salvo a sí mismo. Si la gente se ofende, es por la «intención hostil» que perciben, no por la agudeza de las palabras. Entonces me clasifican como una curiosidad psicológica, una personalidad torcida. No se les ocurre hacer un retrato total o biográfico. La biografía, en el sentido real de la palabra, se ha alejado de nosotros. Todos aleteamos como polluelos recién salidos del cascarón entre los pies de los grandes ídolos, los monumentos de poder.

¿Qué son las palabras? Un abogado, el primero que tuve, el que me defendió en el pleito contra los herederos de mi hermano (el segundo fue el hermano de Gerda), el número uno en su profesión, llamado Klausenn, me dijo cuando hubo que redactar una carta importante: «Hágalo usted, Shawmut. Usted es un hombre que domina las palabras.»

«¡Y usted es la puta con diez coños!»

Pero esto no se lo dije. Era demasiado poderoso. Yo le necesitaba. Y tenía miedo.

Pero era inevitable que le ofendiese, y en definitiva lo hice.

No puedo decirle *por qué*. Es un misterio. Cuando traté de discutir con Mrs. Pergamon el ensayo de Freud sobre la epilepsia, quise insinuar que yo mismo padecía extraños ataques que se parecían a los de aquella enfermedad. Pero no era simplemente patología del cerebro, lesiones, química del *grand mal*. Era una especie de *gaité de cœur* perversamente dichosa. ¿Elementos de venganza o blasfemia? Bien, tal vez. Pero, ¿qué decir de la inspiración diabólica, de los energúmenos, del dios Dionisos? Después de un aburrido almuerzo con el abogado Klausenn en su formidable club, donde me introdujo en un comedor lleno de tipos imponentes, como en una escena de Daumier (yo había sido derrotado ya diez o doce veces, al desestimarse todas mis demandas, y le había hecho una provisión de fondos de 25.000 dólares, pero Klausenn todavía no se había molestado en estudiar a fondo los hechos fundamentales del caso)..., después del almuerzo, como le iba diciendo, cuando cruzábamos el salón del club, donde jueces federales, políticos intri-gantes, contratistas de obras públicas y presidentes de entidades conferenciaban en voz baja, oí un gran ruido. Unos obreros habían derribado una pared entera. Pregunté a la recepcionista: «¿Qué sucede?» Ella me respondió: «Están renovando toda la instalación de cables. Con el viejo sistema eléctrico, teníamos apagones todos los días.» Yo le dije: «De pasada, podrían arreglarlo de manera que se pudiese electrocutar a todos los que están en el comedor.»

Al día siguiente, Klausenn me comunicó que, por alguna razón, no podía seguir representándome. Yo era un cliente incompatible.

Nada hay de malo en que la inteligencia del hombre declare su independencia del poder mundano. Pero yo había acudido a Klausenn para que me protegiese. Le había elegido porque era fuerte y arrogante, como los tipos que había contratado la viuda de mi hermano. Mi difunto hermano me había estafado. ¿Quería yo recobrar mi dinero, o no? ¿Estaba luchando o per-

diendo el tiempo? Porque ante los tribunales hay que ser audaz, mostrar arrogancia o dejarlo correr. Y con Klausenn, lo mismo que con Mrs. Pergamon, Gerda nada podía hacer: no podía enviarles flores o invitarles a almorzar. Además, estaba ya muy enferma. Antes de morir, se preocupaba de mi futuro. Me reprendió. «¿Por qué tuviste que zaherirle? Es un hombre orgulloso.»

«Cedí a mi debilidad. ¿Por qué me pasa esto? ¿Acaso soy demasiado bueno para ser hipócrita?»

«Hipócrita es una palabra muy fuerte... Un poco de lagotería.»

Y una vez más dije lo que no hubiese debido decir, sobre todo habida cuenta de su estado de salud: «De lagotear a lamer el culo no hay más que un paso.»

«¡Oh, mi pobre Herschel, nunca cambiarás!»

Ella se estaba muriendo de leucemia, Miss Rose, y tuve que prometerle que pondría mi caso en manos de su hermano Hansl. Creía que, en consideración a ella, Hansl me sería fiel. Ciertamente, sus sentimientos para con ella eran auténticos. Amaba a su hermana. Pero como ahogado era un desastre, no porque fuese infiel, sino porque, en el fondo, era inepto y falto de carácter. Además, estaba chalado.

Abogados, abogados. ¿Por qué necesitaba yo todos aquellos abogados?, me preguntará. Porque quería mucho a mi hermano. Porque hacíamos negocios, y no se pueden hacer negocios sin abogados. Éstos se han construido una buena posición en el corazón mismo del dinero: fuerza en el núcleo de lo que es más fuerte. Algunos de los pasajes más divertidos de la carta de Walish se refieren a mis horribles litigios. *Siempre supe que eras tonto*, escribe. En cuanto a él, se esforzaba terriblemente en no serlo. Claro que un hombre no puede estar nunca absolutamente seguro de que su prudencia es perfecta. Pero andar siempre con abogados es prueba clara de que uno está majareta. En esto confieso que Walish tiene razón.

Mi hermano Philip me había propuesto un negocio, y también esto había sido por mi culpa. Había cometido el error de decirle el dinero que había ganado con mi libro sobre música. Se quedó impresionado. Y dijo a su mujer: «Tracy, ¡adivina quién está forrado!» Después me preguntó: «¿Qué haces con el dinero? ¿Qué haces para protegerte contra los impuestos y la inflación?»

Yo admiraba a mi hermano, no porque fuese un «hombre de negocios emprendedor», como solía decir la familia —esto significaba poco para mí—, sino porque... Bueno, en realidad no hay un «porqué», sino algo que se da por hecho, un sentimiento de toda la vida, un misterio. Su interés por mi economía me entusiasmó. Por una vez me habló seriamente, y eso me trastornó. «Nunca traté siquiera de ganar dinero, y ahora estoy hundido en él hasta las rodillas», le confesé. Esta declaración era un poco exagerada. Era, si usted lo prefiere, falsa. Adoptar aquel tono fue también un error, pues implicaba que el dinero no era tan difícil de ganar. Mi hermano Philip se había quedado sin blanca, mientras que mi hermano Harry lo había ganado a montones sin hacer nada. Ahora reconozco que aquello fue una baladronada provocativa. Y él tomó buena nota; incluso vi cómo lo hacía.

De muchacho, Philip era muy gordo. Cuando éramos pequeños teníamos que dormir juntos, y aquello era como compartir la cama con una foca. Pero después se había fortalecido mucho. De perfil, su cara era grande, con bolsas debajo de los ojos: una cara seria sobre un cuerpo robusto. Mi difunto hermano era un hombre ingenioso. Trazaba planes a largo plazo. Tenía sobre mí la ventaja suprema del desapego. Mi debilidad era el afecto que le profesaba, algo desdeñable en un varón adulto. Se parecía un poco a Spencer Tracy, pero era más ávido y astuto. Tenía la tez morena de los texanos, llevaba el cabello peinado con «estilo», pero no de peluquería, y lucía anillos mexicanos en todos sus dedos.

Gerda y yo fuimos invitados a visitar su finca, cerca de Houston. Vivía allí a lo gran señor, y cuando me mostró la casa, me comentó: «Todas las mañanas, cuando abro los ojos, me digo: "Philip, vives en medio de un parque. Eres dueño de todo un parque."»

«Ciertamente, es tan grande como el Douglas Park de Chicago», afirmé.

Él me cortó en seco, no queriendo oír nada del viejo West Side, de nuestro oscuro origen. Roosevelt Road, con sus gallineros amontonados en las aceras; el talmudista que molía rábanos picantes en la puerta de la pescadería, o el drama diario de la cocina de los Shawmut en Independence Boulevard. Él aborrecía estos recuerdos míos, porque estaba completamente norteamericanizado. Por otra parte, no pertenecía más que yo a esta casa de Texas. Quizá nadie pertenecía a ella. Numerosos empresarios fracasados le habían precedido en este parque privado: hombres del petróleo y explotadores de fincas que ha-

bían hecho construir este monumento. Daba la impresión de que todos ellos debieron morir en modestas pensiones o casitas de campo, maldiciendo la grandiosa fatamorgana que Philip poseía, o parecía poseer, ahora. La verdad era que a él tampoco le gustaba; estaba harto de ella. La había comprado por diversas razones simbólicas y a instigación de su esposa.

Me dijo, confidencialmente, que tenía una inversión segura para mí. Había personas que acudían a él con cientos de miles de dólares en la mano, pidiéndole una participación en el negocio, pero él los rechazaría a todos en provecho mío. Por una vez se hallaba en situación de hacer algo por mí. Entonces formuló sus condiciones. La primera era que nunca debía pedirle explicaciones; así era como hacía él sus negocios, pero podía estar seguro de que velaría como un hermano por mis intereses y de que no tenía nada que temer. En los perfumados jardines de la plantación, pasó por un instante (sólo por un instante) al yiddish. No dejaría nunca que mi sana cabeza reposase en un lecho de hospital. Después se disparó de nuevo. Añadió que su esposa, que era la mejor mujer del mundo y el alma misma del honor, respetaría sus compromisos y cumpliría sus deseos con fanática fidelidad si algo le ocurriese a él. Su fanática fidelidad a él era fundamental. Me dijo que yo no comprendía a Tracy. Era difícil de conocer, pero era una mujer cabal, y él no pondría en nuestro contrato de sociedad ninguna cláusula que la ligase a ella de un modo formal. Si lo hiciese, sería una ofensa para ella, y también para él. Sin duda no creerá usted, Miss Rose, cuánto me conmovieron todos estos tópicos. Le respondí como si un acelerador, apretado por su gordo y elegantemente calzado pie, vertiese sangre, no gasolina, en mi motor mortal. Estaba loco de entusiasmo y dije que sí a todo. Sí, ¡sí! Su proyecto era crear un centro de automóviles de desecho, el más grande de Texas, desde el cual suministraríamos piezas de recambio a todo el Sur y también a América Latina. Era sabido que los grandes exportadores alemanes e italianos andaban escasos de piezas de recambio; yo mismo lo había experimentado, cuando una vez tuve que esperar cuatro meses para recibir un estabilizador de rueda delantera de «BMW» imposible de conseguir en los Estados Unidos. Pero no fue el aliciente del negocio lo que me impulsó, Miss Rose. Lo que me impresionó fue que mi hermano y yo estaríamos realmente asociados por primera vez en la vida. Como nuestra empresa conjunta no podría recaer jamás sobre Pergolesí, tenía que ser necesariamente un negocio. Me sentía locamente espoleado por emociones que habían esperado toda una

vida para manifestarse; debieron de introducirse en mi corazón a una edad muy temprana, y ahora brotaban de allí con toda su fuerza para arrastrarme.

«¿Qué tienes tú que ver con los automóviles de desecho? —inquirió Gerda—. Y grasa y metal, y todo ese ruido.»

Yo le respondí: «¿Qué ha hecho Hacienda por la música, para que tenga que quedarse con la mitad de mis derechos?»

Mi esposa era una mujer culta, Miss Rose, y empezó a releer ciertos libros y a hablarme de ellos, sobre todo en la cama. Comentamos muchas cosas de Balzac. *Père Goriot* (lo que pueden hacer las hijas a un padre), *Cousin Pons* (cómo un incauto anciano fue arruinado por unos parientes que ambicionaban su colección de arte...). Un pariente estafador tras otro, y todos ellos despiadados. Me relató la ruina del pobre César Birotteau, el confiado perfumista. También me leyó fragmentos de Marx sobre la ruptura de los lazos del parentesco por el capitalismo. Pero nunca se me ocurrió pensar que esos males pudiesen afectar a un hombre que había leído sobre ellos. Yo había leído cosas sobre enfermedades venéreas, y nunca había contraído ninguna. Además, era ya demasiado tarde para hacer caso de la advertencia.

En mi último viaje a Texas visité el vasto y humeante campo de chatarra, y, al volver a la mansión, Philip me dijo que su esposa se había convertido en criadora de bulldogs de pelea. Quizás haya leído usted algo acerca de estas criaturas, que han escandalizado a los norteamericanos amantes de los animales. Mezcla de terrier y de bulldog inglés, de pelaje suave, ancho pecho y terriblemente musculosos, estos perros atacan a todos los desconocidos, tanto niños como adultos. Como no ladran, no dan ningún aviso. Su intención es siempre la de matar, y cuando han empezado a desgarrarle a uno, no hay manera de hacer que suelten su presa. La Policía, si llega a tiempo, tiene que matarlos a tiros. En el recinto, los perros luchan y mueren en silencio. Los aficionados apuestan millones de dólares en las riñas (que son ilegales, pero, ¿qué importa). Las sociedades benéficas y los grupos que abogan por las libertades civiles no saben muy bien cómo defender a estos animales asesinos o los derechos legales de sus propietarios. Hay en Washington una camarilla que trata de exterminar la raza, mientras que, por otra parte, hay entusiastas que siguen experimentando y haciendo todo lo posible para crear un perro peor que todos los demás.

Philip estaba muy orgulloso de su esposa. «Tracy es maravillosa, ¿verdad? —me dijo—. Estos animales pueden dar mu-

chísimo dinero. Puedes estar seguro de que tendrá éxito. Viene gente de todo el país para comprarle cachorros.»

Me llevó al sitio donde estaban los perros, para mostrarme estas fieras. Cuando pasamos, apoyaron las patas en la alambrada y enseñaron los dientes. No me gustó visitar las perreras. Tuve la impresión de que mis propios dientes estaban también afilados. Philip tampoco se sentía cómodo con aquellos animales. Los poseía, eran partidas de su activo, pero no era el amo. Tracy apareció entre los perros y me saludó con la cabeza. Los empleados negros que alimentaban a los animales eran tolerados por éstos. «Pero Tracy es su diosa», me confesó Philip.

Yo debía de estar muy asustado, porque no se me ocurrió ningún comentario satírico o cáustico. Ni siquiera pude recoger impresiones divertidas para comunicárselas a Gerda cuando volviese a casa, pues distraerla era mi principal preocupación en aquellos tristes días.

Como buen observador que soy por naturaleza, traté de relacionar la cría de aquellos terribles perros con el espíritu del país. Los pros y los contras de la cuestión añaden algunas líneas curiosas al perfil espiritual de los Estados Unidos de Norteamérica. No hace mucho tiempo, una dama escribió al *Boston Globe* que los Padres Fundadores se habían equivocado al no considerar el bienestar de los gatos y los perros en nuestra democracia, al ser la gente como es. Los Fundadores fueron demasiado indulgentes con la crueldad humana —decía—, y el Bill of Rights hubiese tenido que tomar medidas para la seguridad de esos inocentes que se ven obligados a depender de nosotros. Lo primero que me pasó por la mente fue que el igualitarismo estaba siendo ahora extendido a los gatos y a los perros. Pero no es simple igualitarismo; es una mezcla de diferentes especies: se está borrando la frontera entre el hombre y los otros animales. Un perro te dará una verdad de corazón tan simple como no la recibirás nunca de un amante o de un padre. Creo recordar de los años treinta (¿o lo leí en las Memorias de Lionel Abel?) lo mucho que se escandalizó el surrealista francés André Breton cuando visitó a León Trotski en el exilio. Cuando los dos hombres estaban discutiendo sobre la revolución mundial, apareció el perro de Trotski para que le acariciasen, y Trotski comentó: «Éste es mi único amigo verdadero.» ¿Qué? ¿Un perro el amigo del teórico marxista, héroe de la Revolución de Octubre y organizador del Ejército Rojo? Breton podía recomendar acciones surrealistas simbólicas, como disparar al azar contra una multitud en la calle; pero era chocante mostrarse sentimental con un perro, como

cualquier burgués. Los psiquiatras actuales no se impresionarían. Cada día son más los pacientes que, al preguntarles a quién quieren más, responden: «A mi perro.» A este paso, un perro en la Casa Blanca se convierte en una posibilidad real. No un bulldog de pelea, ciertamente, pero sí un buen sabueso dorado cuyo veterinario llegaría a secretario de Estado.

Estas reflexiones no se las hice a Gerda. Ni le dije —porque la habría trastornado— que Philip tampoco se encontraba bien. Había visitado a un médico. Tracy le sometía a un programa de recuperación física. Por la mañana entraba en un anexo del dormitorio principal, donde había sido montado el más moderno equipo de gimnasia. Con unos *shorts* de seda, demasiado largos, de boxeador (supongo que su estampado quería significar un cóctel de whisky, ya que consistía en unas rodajas de naranja que parecían ruedas), se colgaba de los pies de un brillante aparato, trotaba sobre una correa sin fin con un odómetro y levantaba pesas. Cuando hacía ejercicios en la bicicleta, las rodajas de naranja de sus calzones acentuaban la móvil fantasía; pero él no iba a ninguna parte. Hacía cosas raras, propias de un hombre rico. ¡Se hallaba en una falsa posición! Sus hijos adolescentes eran rústicos del Sur. El druídico musgo de Florida vibraba bajo el estruendo de la música rock. Los perros criados para la crueldad esperaban su hora. Al parecer, mi hermano era sólo el mayordomo de su esposa y de sus hijos.

Sin embargo, quería que observase sus ejercicios e impresionarme con su fuerza. Cuando hacía flexiones sobre el suelo, sus pectorales colgantes tocaban las baldosas antes que su mentón, pero su cara severa impedía cualquier comentario irónico que me sintiese inclinado a hacer. Me llamaba para que fuese testigo de que, debajo de la grasa, existía un bloque de fuerzas primitivas, un corazón vigoroso en el torso, gruesas venas en el cuello y tiras de músculos en la espalda. «Yo no podría hacer nada de eso», le confesaba yo y, ciertamente, no habría podido hacerlo, Miss Rose. Mi trasero es como una mochila que se hubiese escurrido de las correas.

Yo no hacía comentarios, porque era un socio que había invertido 600.000 dólares en chatarra de automóviles enmohecidos. A tres kilómetros detrás del parque privado, había grúas y trituradoras, y cientos de hectáreas estaban llenas de residuos metálicos y de polvo. Ahora he comprendido que el verdadero poder en la sombra de la empresa era la esposa de Philip, un manojito rubio, redondo y bajo de autosuficiencia, tan densa y, en cierto modo, tan espacial, como un meteorito. Pero no; yo

era el espacial, mientras que ella era intrincadamente astuta.

Y la mayor parte de mis ideas conubiales eran fruto de la gentileza y de la solicitud de mi Gerda.

Durante la última visita a mi hermano Philip, traté de hacer que hablase de mamá. El interés que sentía por ella era mínimo. El sentimiento familiar no era su punto fuerte. Únicamente sentía algo por su nueva familia; por la antigua, nada. Dijo que no podía recordar Hammond (Indiana), ni Independence Boulevard. «Tú eres el único por el que sentí afecto», comentó. Sabía que dos hermanas habían muerto, pero no recordaba sus nombres. Sin intentarlo siquiera, había ido mucho más lejos, que André Breton y nadie podría alcanzarle jamás. El surrealismo no era una teoría, era una anticipación del futuro.

«¿Cuál era el verdadero nombre de Chink?», preguntó.

Me eché a reír. «¡Cómo! ¿Has olvidado el nombre de Helen? Me estás tomando el pelo. Ahora me dirás que tampoco puedes recordar a su marido. ¿Qué hay de Kramm? Él te compró tus primeros pantalones largos. ¿Y Sabrina? Ella te proporcionó un empleo en aquella oficina de juego del Loop.

«Se borran de mi memoria —repuso—. ¿Por qué tendría que conservar esos polvorientos recuerdos? Si quiero detalles, tú podrás proporcionármelos. Tienes tanta memoria... Pero, ¿de qué te sirve?»

Al hacerme viejo, Miss Rose, no discuto esos puntos de vista u opiniones, sino que trato de tomarlos en consideración. Sí, contaba con la memoria de Philip. Quería que recordase que éramos hermanos. Había esperado invertir mi dinero con seguridad y vivir de la renta que me proporcionarían los automóviles inservibles: veranos en Córcega y posibilidad de ir a Londres cuando empezase la temporada musical. Antes de que los árabes hiciesen subir tanto los precios de las fincas de Londres, Gerda y yo pensamos en comprar un piso en Kensington. Pero esperamos y esperamos, y no hubo reparto de beneficios sociales. «La cosa marcha —me decía Philip—. El año próximo podré cancelar la hipoteca, y entonces nos repartiremos más de un millón. Mientras tanto, tendrás que contentarte con que podamos pagar los impuestos.»

Empecé a hablar de nuestra hermana Chink, pensando en que mi único recurso era despertar los sentimientos de familia que pudiesen haber sobrevivido en una atmósfera donde el musgo de Florida era electrizado por la música rock (y, en la parte de atrás, los bulldogs de pelea se ahogaban en silencio en la violencia de sus instintos sanguinarios). Recordé

que habíamos oído una música muy diferente en Independence Boulevard. Chink tocaba al piano *Jimmy Had a Nickel*, y los demás cantábamos a coro o chillábamos. ¿Recordaba Philip que Kramm, que conducía un camión con soda (llamaba Chink a Helen porque la quería mucho), podía lanzar con toda exactitud una caja llena de botellas a una pequeña abertura en la cima de la pirámide? No, la carga del camión no estaba colocada exactamente como una pirámide; era un zigurat.

«¿Qué es un zigurat?»

Le expliqué que era una construcción asiria o babilónica, escalonada y sin terminar en punta.

Philip observó: «Enviarte al *college* fue una equivocación, aunque no sé para qué otra cosa habrías podido servir. Nadie más pasó de la escuela superior... Supongo que Kramm era un buen chico.»

Sí, afirmé; Chink hizo que Kramm pagase mis estudios. Éste había sido soldado de Infantería, ¿lo recordaba Philip? Era bajo, pero muy vigoroso, de cara redonda y piel suave, como un samoano, y llevaba los negros cabellos peinados lisos al estilo de Valentino o de George Raft. Nos mantenía a todos y pagaba el alquiler. Nuestro padre, durante la Depresión, vendía alfombras a las campesinas del norte de Michigan. Él no ganaba lo bastante para el alquiler. El gran caserón estaba enteramente bajo el cuidado de nuestra madre, y si ésta había estado antes un poco chiflada, melodramática, en su cincuenta pareció volverse completamente loca. Había algo militar en su manera de gobernar la casa. Su puesto de mando era la cocina. Kramm tenía que ser alimentado, porque nos alimentaba a nosotros, y tenía un hambre atroz. Ella cocía ollas enteras de coles rellenas y copiosos revoltillos de carne con verduras. Kramm podía tragar la sopa a cubos y consumir él sólo todo un pastel de piña. Mamá iba a la compra, mandaba, partía, hervía, freía, asaba y cocía, servía la comida y lavaba los platos. Kramm comía hasta quedar aletargado, y después, por la noche, sonámbulo, a veces salía de la habitación en pijama y caminaba por la casa. Iba directamente a la nevera. Recordé haberlo estado observando una noche de verano, mientras partía naranjas por la mitad e hincaba en ellas los dientes. En su estado de sonambulismo se tragó una docena de ellas, y después vi que volvía a la cama siguiendo a su panza y sin equivocarse de puerta.

«Y Jugaba en un tugurio llamado "Diamond Horseshoe, Kedzie and Lawewnce"», comentó Philip. Sin embargo, no quería dejarse llevar por los recuerdos. Inició una débil sonrisa,

pero permaneció serio y reservado.

Era natural; había emprendido una de sus más grandes estafas.

Cambió de tema. Me preguntó si no admiraba la manera en que Tracy dirigía la vasta finca. Era una maga. No había necesitado decoradores de interiores; ella había cuidado personalmente de esto. Toda la lencería era portuguesa. Los jardines eran maravillosos. Sus rosas habían ganado premios. Los aparatos electrodomésticos no se estropeaban nunca. Y Tracy era una cocinera de primera. Ciertamente que los hijos eran difíciles, pero todos los chicos lo eran hoy en día. Ella era una psicóloga formidable, y, en lo esencial, los pequeños bastardos estaban bien equilibrados. No eran más que jóvenes norteamericanos. Su mayor satisfacción era que todo fuese muy norteamericano. Una producción íntegramente norteamericana.

Para desayunar, yo sabía que si llamaba con insistencia a la cocina, podría tomar café del frigorífico y una rebanada de pan «Wonder.» Los subía a mi habitación una negra que no contestaba a ninguna pregunta. ¿No habría un huevo, una tostada o un poco de jalea? Nada. Me fastidia enormemente que no me den de comer. Mientras esperaba sentado a que subiese la criada con el café helado y el pan, que era como algodón hidrófilo, preparaba y pulía las observaciones que podía hacerle, considerando la manera de conseguir un equilibrio entre la sátira y el llamamiento humano. Pero tratar de alcanzar un nivel humano común con los criados era tiempo perdido. Saltaba a la vista que yo era un invitado sin importancia, Miss Rose. Nadie me escucharía. Casi podía oír las instrucciones dadas a los sirvientes de que «no se diesen prisa en servir» o de que «pusiesen toda la negligencia que les viniese en gana», que es lo que dice Goneril en *El rey Lear*. Además, la habitación que me habían destinado había sido ocupada por una de las niñas pequeñas, que ahora había crecido demasiado para seguir ocupándola. El papel de las paredes —con imágenes de Simple Simon y Goosey Gander— me había parecido a la sazón inadecuado (ahora me parece muy pertinente).

Y me veía obligado a escuchar las alabanzas que mi hermano prodigaba a su esposa. Una y otra vez me decía lo prudente y buena que era, lo inteligente y cariñosa que resultaba como madre y como anfitriona cabal, respetada por las personas más distinguidas y propietarias de las fincas más grandes. Decía también que era una astuta consejera (¡y yo me lo creía!). Además, le consolaba cuando estaba angustiado, era una amante fogosa y le daba lo que él no había tenido nunca

hasta entonces: Paz. Y yo, Miss Rose, con 600.000 dólares metidos allí, me veía obligado a seguirle la corriente, asintiendo con la cabeza como un muñeco mecánico. Obligado a suscribir todas sus falsedades, conformando la factura de los artículos que él vendía, murmuraba las palabras que él necesitaba para terminar sus frases. (¡Cómo se habría reído Walsh!) Y la muerte exhalaba su aliento sobre los dos extraños hermanos, con la fragancia misma del aire subtropical: magnolia, madre selva, azahar o lo que fuese, envolviendo nuestras caras. Lo más extraño de todo era la confianza de Philip de que todo acabaría bien (falso). Sólo para mis oídos, murmuraba en yiddish que nuestras hermanas habían chillado como *papagayos*, que por primera vez en su vida tenía aquí tranquilidad doméstica. Falso. Había música rock amplificadas.

Después de este lapso, cambió violentamente de actitud. Para una comida familiar, fuimos en dos «Jaguar» a un restaurante chino, un enorme local construido en círculos, o pozos para comer, con las mesas intensamente iluminadas, como timbales sinfónicos. Aquí Philip hizo una escena. Pidió demasiados entremeses, y, cuando la mesa estuvo llena de platos, llamó al gerente para quejarse de que estaban abusando de él, pues no había pedido doble ración de todos aquellos pescaditos fritos, rollitos de huevo y chuletas a la brasa. Y cuando el gerente se negó a retirarlos, Philip fue de mesa en mesa con los rollitos de huevo y las chuletas, diciendo: «¡Sírvanse ustedes! ¡Es de balde! ¡Yo les invito!» Los restaurantes siempre le excitaban, pero esta vez Tracy le llamó al orden. Gritó: «¡Basta, Philip; hemos venido aquí a comer, no a elevar la presión sanguínea de la gente!» Sin embargo, minutos más tarde, él fingió que había encontrado un guijarro en la ensalada. Yo le había visto hacerlo otras veces. Llevaba uno en el bolsillo para este fin. Incluso los chicos se metieron con él, y uno de ellos me dijo: «Siempre está haciendo lo mismo, tío.» Me sobresalté al oír que me llamaba tío.

Discúlpeme, Miss Rose. Procuero explicarme con la mayor rapidez posible. En Vancouver no hay un alma con quien pueda hablar, salvo la anciana Mrs. Gracewell, y con ella tengo que cabalgar en nubes esotéricas. Simulando que se había roto un diente, Philip había pasado de los norteamericanismos de las revistas femeninas (adorable esposa, hermoso hogar, el más alto nivel de normalidad) a los de los patanes del Sur, chillando a los orientales y ordenando a sus hijos que llamasen por teléfono a su abogado. La idiosincrasia filistea del bruto norteamericano rico. Pero ya no se puede ser filisteo sin una

elevada sofisticación, que corra pareja con la de aquello que se odia. Sin embargo, es inútil hablar de «falsa conciencia» o de otras tonterías. Philip se había puesto en manos de Tracy para una norteamericanización total. Para lograr este (anticuado) privilegio, pagaba el precio de su alma. Pero él no había estado nunca absolutamente seguro de que existiese una cosa como el alma. Lo que más le molestaba de mí era que yo no cesaba de insinuar que las almas existían. ¿Acaso era un rabino reformado o algo parecido? Salvo en un funeral, Philip no habría aguantado dos minutos a Pergolesi. ¿Y no estaba yo buscando —¡que se chñche Pergolesi!— una buena inversión?

Cuando Philip murió poco después, quizá leyó usted en los periódicos que estaba mezclado con delincuentes del Medio Oeste, con ladrones que robaban coches caros y los desmontaban para exportar las piezas a la América Latina y a todo el Tercer Mundo. Sin embargo, no se acusó a Philip de este delito. Con el crédito conseguido con mi dinero, la sociedad compró y revendió tierras, pero la mayor parte de ellas carecían de título legal y pesaban embargos sobre ellas. Los compradores defraudados acudieron a los tribunales. Entonces se armó la gorda. Philip fue condenado, apeló y, estando en libertad bajo fianza, huyó a México. Allí fue secuestrado mientras practicaba *jogging* en el parque de Chapultepec. Sus secuestradores eran cazadores de recompensas. Las compañías perjudicadas, que habían cargado con el muerto al escaparse él, habían ofrecido una recompensa por su regreso. Hay especialistas capaces de secuestrar a una persona, Miss Rose, si el premio es lo suficientemente importante como para correr el riesgo. Cuando Philip fue devuelto a Texas, el Gobierno mexicano inició un proceso de extradición, fundándose en que había sido apresado ilegalmente, lo cual era verdad. Mi pobre hermano murió mientras hacía flexiones en el suelo del patio de la prisión de San Antonio durante la hora de ejercicio. Así terminaron sus pintorescas luchas.

Cuando hubimos llorado su muerte, y tras tomar yo medidas para rehacerme de mis pérdidas con su herencia, descubrí que su fortuna personal era inexistente. Había puesto todos sus bienes a nombre de su esposa e hijos.

A mí no podían acusarme de los delitos de Philip, pero como era socio de la empresa, los acreedores me pusieron un pleito. Contraté a Mr. Klaussen, al que perdí después por la

observación que hice en el salón de su club acerca de electrocutar a los que estaban en el comedor. Confieso que la broma fue pesada, aunque no tanto como lo cree la mayoría de la gente; pero también el nihilismo tiene sus límites, y los profesionales no pueden permitir que sus clientes hagan tales patochadas. Klaussen siguió la norma. Y así me encontré, después de la muerte de Gerda, en manos de su enérgico, pero desequilibrado hermano Hansl. Decidió, con bastante fundamento, que yo era incompetente, y como siempre ha sido partidario de las acciones rápidas, tomó medidas dramáticas y no tardó en colocarme en mi actual posición. ¡Menuda posición! Dos hermanos fugitivos, uno hacia el Sur y el otro hacia el Norte, amenazado también con la extradición. Ninguna compañía enviará cazadores de recompensas en mi busca. No valgo la pena. Y aunque Hansl me había prometido que estaría a salvo en Canadá, no se molestó en comprobar la ley. Lo hizo por él uno de sus pasantes, y como éste era una muchacha lista y sexy, él no creyó necesario revisar sus conclusiones.

Simpatizantes bien informados, que me preguntan quién me defiende, se impresionan cuando se lo digo. Exclaman: «¿Hansl Genauer? Un tipo muy listo. Todo irá bien.»

Hansl viste con mucha elegancia: trajes y camisas de Hong Kong. Esbelto, se comporta como un violinista de orquesta y tiene unos modales plenamente convincentes. Por amor de su hermana («Llevó una vida maravillosa contigo; lo dijo hasta el fin»), era, o pretendía ser, mi protector. Yo era un pobre viejo, atribulado, incompetente, accidentalmente próspero, tontamente confiado, completamente defraudado. «Tu hermano te jodió bien. Él y su esposa.»

«¿Tuvo ella intervención en esto?»

«Piénsalo un poco. ¿Ha contestado alguna de tus cartas?»

«No.»

Ni una sola, Miss Rose.

«Deja que te diga cómo veo yo los hechos, Harry —me dijo Hansl—. Philip quería impresionar a su esposa. Le tenía miedo. Llevado por el terror, quiso hacerla rica. Ella le dijo que era la única familia que él necesitaba. Para demostrarle que creía en ella, tenía que sacrificar sus viejas carne y sangre a la carne y sangre nuevas. Como “yo te doy la vida de tus sueños; lo único que tienes que hacer es cortarle el cuello a tu hermano”. Él hizo su papel, amontonó dinero, dinero y más dinero (supongo que a ti no te apreciaba en absoluto) y lo puso todo a nombre de ella. Así, cuando muriese, cosa que nunca ocurriría...»

La astucia es el instrumento de Hansl; lo toca ardorosamente, manejando el arco con elegancia, como si trazase la estructura de una sonata, frase a frase, para su torpe cuñado. ¿Qué falta me hacían sus enredos? ¿Es que nunca habrá nadie, ¡Dios mío!, a *mi* lado? Mi hermano me pilló por mi confiado afecto, como se agarra a un conejo por las orejas. Hansl, ahora encargado del pleito, analizó la traición en mi interés, hasta las más finas fibras de los lazos fraternos, y esto demostraba que estaba completamente de mi parte, ¿no es cierto? Estudió los libros de la sociedad, cosa que yo no me había tomado nunca el trabajo de hacer, descubriendo las trampas de Philip. «¿Lo ves? Alquilaba tierras a su mujer, la dueña nominal, para ser empleadas por la empresa de chatarra, y el muy cerdo se pagaba así mismo todos los años un alquiler de noventa y ocho mil dólares. Allá iban a parar tus beneficios. Y hay más tratos de esta clase en todos los balances. Mientras tú proyectabas veranear en Córcega.»

«Yo no estaba hecho para los negocios, lo comprendo.»

«Tu querido hermano era un artista consumado de la estafa. Habría podido fundar una agencia denominada Gestión de Fraudes. Pero tú provocabas a la gente. Cuando Klaussen me entregó tus legajos, me dijo lo insultante y malicioso que te habías mostrado. Fue el motivo de que decidiese no defenderte más.»

«Pero no me devolvió la parte no utilizada de la copiosa provisión de fondos que le hice.»

«Ahora cuidaré yo de ti. Desaparecida Gerda, tendré que ver la manera de que las cosas no vayan de mal en peor..., como único adulto de los tres. Mis clientes que más leen son siempre los que se meten en mayores líos. Si me lo preguntas, te diré que lo que ellos llaman cultura es lo que produce mayor confusión e impide su desarrollo. Me pregunto si sabrás alguna vez por qué dejaste que te hiciese lo que te hizo.»

Philip había hecho que yo viviese en su mundo malvado. Sin embargo, yo me había acercado a él con la esperanza de obtener un beneficio, Miss Rose. No estaba libre de culpa. Y si él y su gente —contables, gestores, su esposa— me obligaron a sentir lo que ellos sentían, me colonizaron con sus realidades, incluso con su humor de cada día, y cuidaron de que sufriera todo lo que ellos tenían que sufrir, fue a fin de cuentas *idea mía*. Traté de servirme *de ellos*.

Nunca volví a ver a la esposa de mi hermano, ni a sus hijos, ni el parque donde vivían, ni los bulldogs de pelea.

«Esa mujer es un genio jurídico», decía Hansl.

Un día me dijo: «Sería mejor que transfirieses a mi Banco lo que te queda, tu cuenta fiduciaria, para que yo pudiese cuidar de ello. Estoy en buenas relaciones con sus directores. Son eficaces y no hacen tonterías. Te atenderían bien.»

Ya me habían atendido antes de entonces, Miss Rose. Wally tenía toda la razón en lo de «la vida sentimental» y la gente que la llevaba. Los sentimientos son como los sueños, y por lo general donde se sueña es en la cama. Evidentemente, yo buscaba siempre un lugar seguro donde tumbarme. Hansl me ofreció arreglar las cosas de manera que no tuviese que fatigarme por litigios y cuestiones de dinero, que eran demasiado inquietantes, complicados y perniciosos; por consiguiente, acepté su proposición y fuimos a ver a un ejecutivo de su Banco. En realidad, el Banco parecía una buena y antigua institución, con alfombras orientales, pesados muebles tallados, pinturas del siglo XIX y docenas de hectáreas de atmósfera financiera sobre nuestras cabezas. Hansl y el vicepresidente que iba a encargarse de mí empezaron con una charla intrascendente sobre el mercado de géneros, las cabriolas del Ayuntamiento, las perspectivas de los «Chicagos Bears» y las intimidades con un par de chicas en un bar de Rush Street. Vi que Hansl necesitaba con urgencia las ventajas que obtendría al llevarme allí como cliente. Las cosas no le iban bien. Aunque nadie lo hubiera dicho, pronto me di cuenta de ello. Pusieron muchos impresos delante de mí, y los firmé. Después, cuando mi impulso de firmar pareció irreversible, me presentaron dos últimas tarjetas. Pero pisé el freno. Pregunté al vicepresidente para qué eran y él me contestó: «Si está usted ocupado o ausente de la ciudad, esto facultará a Mr. Genauer a actuar por usted: comprar o vender valores en su nombre.»

Me metí las tarjetas en el bolsillo y dije que me las llevaría a casa y las enviaría por correo. Pasamos a otra cuestión.

Ya en la calle, Hansl me hizo una escena, apartándose de las grandes puertas del Banco y empujándose a un estrecho callejón. Detrás de la cocina de una hamburguesería me sorprendió. «Me has humillado», dijo.

«No habíamos hablado de firmar unos poderes —le repliqué—. Me pillasteis por sorpresa. ¿Por qué planteaste la cuestión de esta manera?»

«¿Me estás acusando de prepararte una jugarreta? Si no fueses marido de Gerda, te enviaría a paseo. Me has hecho quedar mal delante de un hombre con quien hago negocios. No te portaste así con tu hermano, y yo estoy más unido a ti por el afecto, de lo que él lo estuvo por la sangre, imbécil. Yo

no habría hecho ninguna operación con tus valores sin notificártelo.»

Tenía lágrimas de ira en los ojos.

«¡Por el amor de Dios!, apartémonos del ventilador de esa cocina —le dije—. El humo me marca.»

«¡Estás fuera de ella! ¡Fuera!»

«Y tú estás *dentro*.»

«¿Y en qué otro sitio podríamos estar?»

Estoy seguro de que lo ha entendido, Miss Rose. Estábamos hablando de la vorágine. Los franceses tienen una palabra mejor para esto: *le tourbillon*, o torbellino. Yo no estaba fuera de él, sólo pretendía salir de él. Fue un caso de desorientación, querida. Sé que hay un estado justo para cada uno de nosotros. Y mientras no esté en el estado justo, en el estado de visión para el que nací o estaba destinado, debo asumir la responsabilidad de las desgracias que otros sufren por causa de mi desorientación. Hasta que esto termine, sólo puede haber errores. Dicho de otra manera: mis sueños de orientación o de verdadera visión me hostigan al sugerir que el mundo en el que —junto con otros— vivo mi vida, es una ficción, un parque de diversiones que, sin embargo, no divierte. Se parece, si es que me sigue usted, al parque particular de mi hermano, que debía servir para demostrar, por signos externos, que él había encontrado el camino hasta el centro mismo de lo real. Philip había preparado el escenario, había pagado por el engaño, pero no tenía nada que poner en aquél. Se vio obligado a huir, perseguido por los cazadores de recompensas que le habían secuestrado en Chapultepec, y así sucesivamente. Con su peso y a semejante altura, entre el humo de Ciudad de México, practicar *jogging* era un suicidio.

Ahora Hansl se explicó, pues cuando le dije «Aquellos valores no pueden venderse. ¿No lo ves? Los demandantes han embargado todos mis bienes», tenía preparada la respuesta. «Casi todo son obligaciones —indicó—. Aquí es donde puedo burlarles. Redactaron la lista hace dos semanas, y ahora ésta se encuentra en los archivos de sus abogados y no la comprobarán en muchos meses. Creen que te han pillado, pero mira lo que haremos: venderemos estas obligaciones viejas y compraremos otras nuevas para remplazarlas. Así cambiamos todos los números. Sólo te costará los gastos de corretaje. Después, cuando llegue el momento, descubrirán que lo que han embargado son unas obligaciones que ya no son tuyas. ¿Cómo descubrirán los nuevos números? Cuando lo hagan, te habré sacado del país.»

Aquí la piel de mi cabeza se puso tirante de un modo insupportable, lo cual quería decir que preveía un error aún más craso y un horror aún más grande. Y, al mismo tiempo, era una tentación. La gente me había tratado a patadas, y aún no había tomado ninguna represalia. Pensaba que ya era hora de hacer una maniobra audaz. Estábamos en el estrecho callejón entre dos grandes instituciones del barrio comercial de la ciudad (la hamburguesería estaba embutida allí). Un camión blindado «Brink» habría pasado a duras penas entre las colosales paredes negras.

«¿Te refieres a que sustituya los antiguos valores por otros nuevos, y que podré venderlos desde el extranjero si lo deseo?»

Viendo que empezaba a apreciar la exquisita delicadeza de su plan, Hansl sonrió ampliamente y contestó: «Y lo harás. Tendrás que vivir de este dinero.»

«Es una idea espeluznante», repuse.

«Tal vez sí, pero, ¿quieres pasar el resto de tu vida luchando en los tribunales? ¿Por qué no abandonar el país y vivir tranquilamente en el extranjero con tus últimos recursos? Escoge un lugar donde el dólar sea fuerte y pasa el resto de tus días haciendo estudios musicales o lo que más te plazca. Gerda, Dios la tenga en su gloria, se fue. ¿Qué te retiene aquí?»

«Nadie, salvo mi anciana madre.»

«De noventa y cuatro años, ¿no? Es como un vegetal. Puedes poner a su nombre los derechos de tu libro de texto; esa renta le bastará para vivir. Por consiguiente, nuestro próximo paso es estudiar un poco el Derecho Internacional. Tengo una muchacha extraordinaria en mi despacho. Trabajó en el *Yale Law Journal*. No puede ser más lista. Encontrará el país que más te convenga. Haré que redacte un informe sobre el Canadá. ¿Qué te parecería la Columbia Británica, donde se retiran los viejos canadienses?»

«¿A quién conozco allí? ¿Con quién podría hablar? ¿Y qué pasará si los acreedores me persiguen?»

«No te queda mucho dinero. Podrían sacar muy poco provecho. Te olvidarán.»

Le dije a Hansl que reflexionaría sobre su proposición. Tenía que visitar a mi madre en el asilo de ancianos.

El hogar había sido decorado con intención de hacer que todo pareciera normal. Su habitación se parecía mucho a la de un hospital, con helechos de plástico y sábanas incombustibles.

Los sillones, parecidos a los de hierro forjado para jardín, eran también sintéticos y ligeros. A mí me fastidiaban los helechos. No me gustaba tener que tocarlos para convencerme de que no eran naturales. El hecho de que no pudiese decirlo a primera vista era un reflejo de mi relación con la realidad. Pero mi madre tampoco me conocía, y esto era más complicado que lo de los helechos.

Yo prefería visitarla a la hora de comer, pues tenía que ser alimentada. Darle de comer era algo enormemente significativo para mí. Realizaba la labor de la asistenta. Hacía tiempo que había dejado de decirle a mi madre: «Soy Harry.» Tampoco esperaba establecer ninguna relación alimentándola. Solía pensar que había heredado algo de su rica e inquieta naturaleza y de su amor por la vida, pero ahora era inútil pensar en estas cosas. La asistenta trajo la bandeja y le ató el babero. Engulló de buen grado la crema de zanahorias. Cuando yo la animaba a hacerlo, asentía con la cabeza. De reconocimiento, nada. Dos caras de la antigua Kiev, con bultos similares en la frente. Vestida con su bata de hospital, llevaba ligeramente pintados los labios. La piel arrugada de sus mejillas tenía también un poco de color. Incapaz de guardar silencio, mi madre habló de su familia, pero sin mencionarme a mí.

«¿Cuántos hijos tienes?», le pregunté.

«Tres: dos hembras y un varón, mi hijo Philip.»

Los tres estaban muertos. Quizás ella estaba ya en comunión con ellos. Quedaba muy poca realidad en esta vida; tal vez habían establecido conexiones en la otra. Y yo no figuraba en el censo de los vivos.

«Mi hijo Philip es un hombre de negocios muy inteligente.»

«Sí, lo sé.»

Ella me miró fijamente, pero no me preguntó cómo lo sabía. Mi asentimiento pareció decirle que yo era un hombre con muchos contactos, y esto era bastante para ella.

«Philip es muy rico», añadió.

«¿Ah, sí?»

«Es millonario, y un hijo maravilloso. Siempre me estaba dando dinero, y yo lo ponía en Ahorro Postal. ¿Tiene usted hijos?»

«No.»

«Mis hijas vienen a verme. Pero el mejor de todos es mi hijo. Paga todas mis cuentas.»

«¿Tienes amigos en esta casa?»

«Nadie. Y la casa no me gusta. Tengo muchos dolores, sobre todo en las caderas y en las piernas. Sufro tanto que hay días

en que pienso que debería arrojarme por la ventana.»

«Pero no lo harás, ¿verdad?»

«Bueno, yo pienso: ¿De qué le sirve a Philip y a las chicas una madre inválida?»

Dejé caer la cuchara en la sopa y lancé una risa aguda. Resultó tan brusca y estridente, que ella levantó la cabeza para mirarme.

Nuestra cocina de Independence Boulevard había estado antaño llena de estos gritos de cacatúa, la mayor parte de ellos femeninos. En los viejos tiempos, las mujeres Shawmut se sentaban en la cocina mientras se cocían enormes cantidades de comida, ollas de coles rellenas, tajadas de carne. Pasteles de piña glaseados con azúcar negro eran sacados del horno. Allí no se hablaba en voz baja. En aquella pajarera había que chillar para hacerse oír, y yo había aprendido de muchacho a gritar con todos los demás, como una de aquellas mujeres que parecían pájaros. Esto era lo que había oído ahora mi madre: la voz de una de sus hijas. Pero yo no tenía el cabello rizado: era calvo y usaba bigote, y no llevaba los ojos pintados. Mientras ella me miraba, le enjuagué la cara con la servilleta y continué alimentándola.

«No saltes por la ventana; te harías daño.»

Pero aquí todos la llamaban madre; no había en esto nada personal.

Me pidió que encendiese la tele, porque quería ver *Dallas*. Le dije que todavía no era hora y la entretuve cantando fragmentos de *Stabat Mater*. Canté *Eja mater, fons amo-o-ris*. Pero la música sacra de cámara de Pergolesi (diferente de sus misas formales para la iglesia napolitana) no era de su gusto. Desde luego, yo amaba a mi madre, y ella me había amado antaño. Recuerdo muy bien cuando me lavaba el pelo con un grueso trozo de jabón, y lo mucho que sufría cuando yo lloraba porque se me había metido jabón en los ojos. Cuando me vestía (pantalón corto de seda cruda) para enviarme a una fiesta-sorpresa, me besaba entusiasmada. Eran cosas que podían haber ocurrido antes de la época de la rebelión de los bóxers o en las callejuelas de Siena seis siglos atrás. El baño, el peinado, el vestido, los besos..., son ahora antigüedades remotas. Al hacerme mayor, no hubo manera de conservarlas.

Cuando estaba en el *college* (me enviaron allí a estudiar ingeniería electrónica, pero yo preferí la música) solía divertirme, cuando los estudiantes bromeaban sobre sus familias, diciendo que por haber nacido poco antes del sábado, mi madre estaba demasiado ocupada en la cocina para perder tiempo,

y tuvo que ser mi tía quien me diese a luz.

Besé a la anciana... y me pareció más ligera que si hubiese estado hecha de mimbre. Pero me pregunté qué había hecho yo para ganarme su olvido, y por qué el culón y malvado Philip había tenido que ser su predilecto, su verdadero hijo. Bueno, él no le mintió acerca de Dallas, ni trató de resucitar sus emociones en provecho propio, de despertar sus recuerdos maternos con música cristiana (latín del siglo XIV de J. da Tody). Mi madre, que ya no era ni una tercera parte de lo que había sido, y mi hermano —¿quién sabía dónde le había enterrado su esposa?— habían sido fieles al mundo actual norteamericano y a sus intereses materiales más fecundos. Por consiguiente, Philip le hablaba de un modo comprensible para ella. Yo no podía hacerlo. Al agitar mis largos brazos, dirigiendo la *Misa solemne*, de Mozart, o *Salomón*, de Händel, me elevaba y perdía en lo sublime. Había hablado sin sentido durante tantos años, que ahora lo hacía de un modo extraño para mi madre. ¿Por qué tenía que recordarme? Medio siglo atrás, me había negado a participar en la función de su cocina. Ella había pertenecido al regimiento universal de madres Stanislavsky. Durante los años veinte y treinta, aquellas mujeres adquirían fuerza en miles de cocinas del mundo civilizado, desde Salónica hasta San Diego. Habían advertido a sus hijas que los hombres con quienes se casasen serían unos violadores a los que deberían someterse. Y cuando le dije que iba a casarme con Gerda, mi madre abrió su bolsa y me dio tres dólares, diciendo: «Si tanto lo necesitas, ve a un burdel.» Puro histrionismo, desde luego.

«Al darme cuenta de cómo sufrimos», según escribió Ginsberg en *Kaddish*, me sentía terriblemente atormentado. Había tomado una decisión acerca de mamá, y era posible que estuviese haciendo trampa con la baraja, diciéndome, Miss Rose, que «siempre había sido yo y no Philip quien había cuidado de esta madre anciana, calamitosa, doliente y chalada. Philip estaba demasiado ocupado en erigirse en norteamericano imperial». Sí, así era como yo planteaba la cuestión, Miss Rose, y aún iba más lejos. La consumación del auge de Philip me había torpedeado. Me había alcanzado directamente bajo la línea de flotación, y mi fortuna había estallado, como sacrificio a Tracy y a sus hijos. Y ahora dicen que van a remolcarme lejos de aquí para salvarme.

Le diré la verdad, Miss Rose: me enloquecía la injusticia. Pienso que estará de acuerdo conmigo, no sólo en que había sido engañado, sino también en que era singularmente tonto,

un personaje burlesco. Podía haber tomado ejemplo del Simple Simon del papel de la pared del cuarto de las niñas en Texas.

Como me mostré brutalmente insultante con usted sin haber sido provocado, puede que estas revelaciones, la descripción de mi estado actual, le sirvan de consuelo. Casi cualquier persona anciana, elegida al azar, puede dar este consuelo a aquellos a quienes ha ofendido. Basta con ver la lista de los hechos verdaderos, el doloroso inventario. Permítame añadir, empero, que si también yo tengo motivos para sentirme vengativo, no he experimentado la dionisiaca embriaguez de la venganza. En realidad, he sentido una calma creciente y una nueva fuerza: mi desarrollo emocional ha sido gradual, no a sacudidas.

La sociedad de Texas, o lo que quedaba de ella, era administrada por mi cuñado abogado, el cual respondía a todas mis preguntas con gráficos de computadora. Había ganancias de capital, sólo sobre el papel, pero estaba obligado a pagar impuestos sobre ellas. Los 300.000 dólares restantes serían empleados en los pleitos, si yo me mantenía firme, y, así, decidí seguir los planes de Hansl, aunque éstos condujesen al *Götterdämmerung* de cuanto me quedaba. Si no comprende estas explicaciones, será tanto mejor para su inocencia y tranquilidad mental. Había llegado el momento de contraatacar, decía Hansl. Su mirada astuta era digna de estudio. Era totalmente inverosímil que un hombre capaz de parecer tan astuto no fuese realmente un genio de la intriga. Las arrugas causadas por su maliciosa sonrisa me daban confianza en Hansl. Los títulos que los demandantes (acreedores) habían embargado fueron vendidos en secreto para comprar otros nuevos. Se borró mi pista y partí para el Canadá, un país extranjero en el que se habla mi propio idioma, o algo que se le parece. Allí podría terminar mi vida en paz, y llegar a un tipo de cambio ventajoso. Ahora siento bastante simpatía por el Canadá. No es fácil compartir una frontera con los Estados Unidos de América. El principal entretenimiento en Canadá —no hay alternativa— es observar (desde un mirador espléndido) lo que sucede en nuestro país. Lo malo es que no hay otro espectáculo. Noche tras noche, la gente se sienta en la oscuridad y nos observa en la pantalla iluminada.

«Ahora que has tomado tus medidas —me dijo Hansl—,

puedo decirte que me siento orgulloso de tu contraataque. Seguir aguantando palos de esos tipos sería una deshonra.»

En realidad, el atareado Hansl estaba majareta, e incluso antes de salir para Vancouver empecé a darme cuenta de ello. Me dije que su sutileza en privado no se extendía a su vida profesional. Pero antes de largarme me expuso media docena de ideas inquietantes sobre lo que tenía que hacer por él. Estaba un poco amargado, me dijo, porque no le había permitido aprovechar mi prestigio cultural. Esto me intrigó y le pedí que me diese un ejemplo. Respondió que, entre otras cosas, nunca le había ofrecido proponerle como socio del University Club. Le había invitado a almorzar allí y ahora resultaba que se había sentido profundamente impresionado por la distinguida y culta concurrencia, por la dignidad del bar, por los sillones de cuero y por los altos ventanales del comedor, de cristales adornados con los emblemas, en colores, de las grandes Universidades. Él se había graduado en De Paul, en Chicago. Había esperado que le preguntase si deseaba ingresar en el Club, pero yo había sido demasiado egoísta o remilgado para hacerlo. Como ahora me estaba salvando, lo menos que podía hacer era influir sobre el comité de admisión. Vi su intención y le propuse de buen grado, incluso con regocijo.

Luego me pidió que le ayudase con una de sus damas. «Es del linaje Kenwood, una antigua fortuna acumulada en un negocio de ventas por correo. La familia es melómana y artística. Babette es una viuda muy atractiva. Su primer marido tenía la Gran C. y, si he de decirte la verdad, me da un poco de miedo sustituirle, pero creo que podré vencerle. En cambio, pienso que no podré alcanzar aquella distinción. Ahora bien, Babette está impresionada por ti; te ha visto dirigir y ha leído alguna de tus críticas musicales, y te ha observado en el Canal Once. Educada en Suiza, conoce varios idiomas, y éste es un caso en el que tu acervo cultural me servirá. Lo que te pido es que nos lleses a «Les Nomades», para una comida en privado y sin ruido. Yo la invité al «Roman Rooftop», donde dicen que sirven la mejor comida italiana, pero no sólo hacían gran estruendo con los platos, sino que la envenenaron con el glutamato de sodio de la ternera. Por consiguiente, llévanos a «Les Nomades». Puedes deducir el importe de la cuenta de mi próxima minuta. Siempre creí que la distinción con que impresionabas a la gente te venía de mi hermana. A fin de cuentas, erais una familia de buhoneros rusos, y tu hermano era un asqueroso truhán. Mi hermana no sólo te quiso mucho, sino que te enseñó buenos modales. Algún día se reconocerá que, si el

maldito Roosevelt no hubiese cerrado las puertas a los judíos alemanes, no estaría hoy este país tan apurado. Podríamos haber tenido diez Kissinger, y nadie sabrá nunca cuántos talentos científicos se esfumaron para siempre en los campos de concentración.»

Bueno, en «Les Nomades» volví a las andadas, Miss Rose. En vísperas de mi fuga, no es de extrañar que estuviese excitado. Considerado como un receptáculo, fui inclinado hasta el punto en que tenía que verter mi contenido. La joven viuda en quien tenía puesta la mirada Hansl era atractiva a su manera. A mí me fascinaba que una persona con los labios de los Habsburgo pudiese hablar tan de prisa, y, para mi gusto, era un poco demasiado alta. Gerda, pauta de mis preferencias, era una mujer bajita y deliciosa. Sin embargo, no había razón para hacer comparaciones.

Cuando se hacen preguntas musicales, me esfuercé siempre en contestarlas. A veces me han dicho que a este respecto soy cómicamente terco, inflexible. Babette había estudiado música, y sus padres patrocinaban la ópera lírica, pero después de haber pedido mi opinión sobre la representación de la *Coronación de Popea*, de Monteverdi, ella misma se encargó de contestar a sus propias preguntas. Quizá su reciente pérdida la había hecho nerviosamente locuaz. Yo siempre me he alegrado de que sean otros los que lleven el peso de la conversación, pero aquella Babette, a pesar de su gordo labio inferior, era demasiado para mí. Parlanchina incansable, repitió durante media hora lo que unos parientes influyentes le habían dicho sobre la política determinante de los privilegios en la Televisión de Chicago. Después vino un largo comentario sobre películas. Yo raras veces voy al cine. A mi esposa no le gustaron. Hansl se sentía también perdido en esta conversación sobre directores, actores, nuevas maneras de tratar las relaciones entre los sexos, progreso de las ideas sociales y políticas en la evolución del medio. Yo no tenía nada que decir. Pensaba en la muerte y en los temas de reflexión más adecuados a mi edad, la en conjunto agradable apertura de las cosas hacia el final del trayecto, las afueras de la Ciudad de la Vida. Me importaba poco la charla de Babette; admiraba su gusto en el vestir, las curvas rayas blancas y color ciruela de su encantadora blusa de «Bergdorg's». Estaba bien formada. Probablemente sus hombros eran demasiado desarrollados, proporcionados al labio Habsburgo. Pero esto no importaría a Hansl; estaba pensando en la boda de la Inteligencia con el Dinero.

Yo confiaba en no sufrir un ataque en Canadá. Allí no

habría nadie que me cuidase, ni una discreta y amable Gerda, ni una habladora Babette.

No me daba cuenta de que se acercaba uno de mis arrebatos; pero cuando estuvimos ante la puerta entreabierta del guardarropa y Hansl estaba indicando a la empleada que el abrigo de la dama era un tres cuartos de marta cebellina, Babette dijo: «Ahora me doy cuenta de que he monopolizado la conversación; he estado hablando y hablando toda la noche. Lo siento mucho...»

«No se preocupe —repuse—. No ha dicho nada.»

Usted, Miss Rose, está en la mejor posición para juzgar los efectos de una observación como aquella.

Al día siguiente, Hansl me dijo: «No se puede confiar en ti, Harry; eres traidor por naturaleza. Yo te compadecía, por tener que vender tu coche, tus muebles y tus libros, y porque tu hermano te había estafado, y porque tu madre es vieja y mi pobre hermana está muerta; pero tú no tienes gratitud ni consideración por nadie. Insultas a todo el mundo.»

«No me di cuenta de que hería los sentimientos de la dama.»

«Yo podía haberme casado con esa mujer. Lo tenía todo preparado. Pero fui un idiota. Tuve que *meterme* en el asunto. Y ahora permite que te lo diga: te has granjeado un nuevo enemigo.»

«¿Quién? ¿Babette?»

Hansl prefirió no responder. Descargó sobre mí un pesado y ambiguo silencio. Sus ojos, estrechándose y dilatándose a causa del descubrimiento de mi enormidad, me enviaban ondas venáticas. El mensaje de aquellas ondas era que los ciimientos de su buena voluntad habían sido destruidos. En todo el mundo, sólo tenía una persona a quien volverme: Hansl. Todos los demás se habían apartado de mí. Y ahora tampoco podía contar con él. No era una perspectiva muy halagüeña para mí, Miss Rose. No puedo decir que no me preocupase, aunque ya no podía creer que mi cuñado fuese digno de confianza. Medido por los patrones de estabilidad del sólido núcleo de la sociedad mercantil norteamericana, el propio Hansl era un bicho raro. Aparte sus disyuntivos hábitos mentales, era descalificado por su aire de violinista, las nobles manos y las bien cuidadas uñas, y los ojos, que eran como los ojillos que se ven en los calentados y purpúreos rincones del recinto de los pequeños mamíferos que reproduce la oscuridad de la noche tropical. ¿Habría sido cliente suyo cualquier oficial de «Aramco»? Hansl no tenía planes razonables; sólo ingeniosas fantasías y desafortunadas intrigas. Se hinchaban como el cuello

de un lagarto y se desinflaban después como un globo de chicle.

En cuanto a los insultos, yo no ofendí jamás deliberadamente a nadie. A veces pienso que no tengo que decir una palabra para que la gente se sienta insultada por mí, para que mi propia existencia les ofenda. Llegué a esta conclusión a mi pesar, pues sabe Dios que me considero un hombre de instintos sociales normales y que no tengo la menor intención de ofender. He tratado de decirle esto de diferentes maneras, empleando palabras como ataque, enajenación, posesión diabólica, frenesí, *Fatum*, locura divina e incluso tormenta solar... a escala microcósmica. Desde luego, cuanto mejor es una persona, menos se ofende por esta condición, y tengo el presentimiento de que usted me juzgará menos severamente que Wally. Sin embargo, él tiene razón en una cosa: usted no hizo nada para ofenderme. Usted era el ser más apacible, la única persona a quien herí sin el menor motivo para hacerlo. Esto es lo que más me aflige. Pero todavía hay más. El hecho de escribir esta carta me ha permitido hacer importantes descubrimientos acerca de mí mismo, y por eso estoy más en deuda con usted, pues veo que me ha devuelto bien por mal. Abrí la boca para gastar una broma tosca a sus expensas y, treinta y cinco años más tarde, el resultado es una comunión.

Pero volvamos a lo que literalmente soy: un viejo básicamente insignificante, doliente, privado de toda amistad, amenazado por la extradición y con un futuro cuya más sombría visión está plenamente justificada (¿tendré que hacer instalar otra cama en la habitación de mi madre y alegar enfermedad e incapacidad?).

Paseando este invierno por Vancouver, consideré si debería publicar una antología de dichos agudos. Para sacar provecho de mi desgracia. Pero estoy demasiado desmoralizado para hacerlo. No puedo sobreponerme. En vez de esto, fragmentos de cosas leídas o recordadas acuden a mi mente sin cesar en mis idas y venidas entre mi casa y el supermercado. Voy de compras para distraerme, pero los supermercados canadienses me inquietan. No están organizados como los nuestros. Hay menos variedad en ellos. Productos como la lechuga y los plátanos están por las nubes, mientras que exquisiteces tales como el salmón congelado son relativamente baratas. Pero, ¿qué haría yo con un gran salmón congelado? No cabría en mi

horno, y, ¿cómo podría trocearlo con mis manos reumáticas?

Fragmentos persistentes, epigramas inspirados o malévolas expresiones espontáneas acuden a mi memoria y se borran de ella. Clemenceau diciendo de Poincaré que era un hidrocefalo con botas de charol. O Churchill contestando a una pregunta sobre la reina de Tonga al pasar ésta en un birlocho durante la coronación de Isabel II: «¿Es aquel pequeño caballero con uniforme de almirante el consorte de la reina?» «Yo creo que es su almuerzo.»

Disraeli, al ser informado, en su lecho de muerte, de que la reina Victoria había ido a verle y esperaba en la antesala, dijo a su criado: «Su Majestad sólo quiere que lleve un mensaje a su querido Alberto.»

Estas anécdotas serían deliciosas si no se produjeran tan persistentemente ni fueran acampanadas de un desesperante sentido que ya no puedo controlar.

«Parece usted pálido y agotado, profesor X.»

«He estado cambiando ideas con el profesor Y, y me siento completamente vacío de ellas.»

Peor que eso son los irritantes juegos de palabras que no puedo dejar de hacer.

«La mujer fue la que puso el "cólico" en "melancólico".»

«El hombre puso el "oso" en "estudioso".»

«El "ano", en "vano".»

«El "cono", en "icono"» (1).

Diversiones de una mente que se desintegra, Miss Rose. Tal vez síntomas de hipertensión o pequeñas pruebas de una resistencia privada a la manaza pública de la Ley (la mano que sólo me soltará cuando esté muerto).

Por tanto, no es de extrañar que pase tanto tiempo con la vieja Mrs. Gracewell. En su salón Meissen, con el tictac del reloj y los incómodos sillones, me siento como en mi casa. Después de cuarenta años de viudez y con sus furiosas convicciones, ella se siente feliz en mi compañía. Pocos visitantes quieren oír hablar del Espíritu Divino, pero yo estoy seriamente dispuesto a reflexionar sobre las misteriosas e intrigantes descripciones que hace ella. El Espíritu Divino —me dice— se ha retirado en nuestros tiempos del mundo exterior y visible. Podemos ver lo que antaño forjó, estamos rodeados de sus formas creadas. Pero aunque continúa el proceso natural, la Divinidad se ha ausentado. La obra labrada es esplendorosamente

(1) En la imposibilidad de traducir literalmente los juegos de palabras del original, se han sustituido por otros parecidos. (N. del T.)

divina, pero la Divinidad no actúa ahora dentro de ella. La grandeza del mundo se está marchitando. Y éste es nuestro escenario humano, desprovisto de Dios, dice con gran seriedad. Pero el hombre sigue viviendo como un ser impregnado de Dios en esta belleza abandonada. A él —y a nosotros— le corresponderá traer de nuevo la luz que se apagó en esta obra moldeada, si no nos lo impiden las fuerzas de las tinieblas. El intelecto, adorado por todos, nos lleva tan lejos como la ciencia natural, y esta ciencia, aunque muy extensa, es incompleta. La redención de la mera Naturaleza es obra del sentimiento y del ojo despierto del Espíritu. El cuerpo —dice— está sujeto a las fuerzas de la gravedad. Pero el alma no tiene peso, es pura.

Escucho esto y no siento impulsos malévolos. Echaré en falta a esta anciana. Después de haber hecho muchas tonterías, querida Miss Rose, estoy dispuesto a escuchar palabras definitivamente serias. Me queda poco tiempo. El día menos pensado, el agente federal partirá de Seattle.

CUENTOS REUNIDOS
Saul Bellow

TRADUCCIÓN DE BEATRIZ RUIZ ARRABAL

ALFAGUARA


ALFAGUARA

Título original: *Collected Stories*

© 2001, Saul Bellow

© De la traducción: Beatriz Ruiz Arrabal

© De esta edición:

· 2003, Santillana Ediciones Generales, S. L.

Torrelaguna, 60. 28043 Madrid

Teléfono 91 744 90 60

Telefax 91 744 92 24

www.alfaguara.com

ISBN: 84-204-6687-5

Depósito legal: M. 42.175-2003

Impreso en España - Printed in Spain

© Cubierta:

M^a Jesús Gutiérrez y Beatriz Rodríguez

Queda prohibida, salvo excepción prevista en la ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con autorización de los titulares de propiedad intelectual.

La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y ss. Código Penal).

Índice

<i>Prólogo de Janis Bellow</i>	9
<i>Introducción de James Wood</i>	21
A orillas del St. Lawrence	31
La bandeja de plata	45
El contacto Bella Rosa	75
El viejo sistema	149
El robo	185
Buscando al señor Green	261
Primos	283
Zetland: impresiones de un testigo	349
Dejando la casa amarilla	369
¿Qué tal día has pasado?	405
Memorias de Mosby	501
Él siempre metiendo la pata	527
Algo por lo que recordarme	581
<i>Epílogo de Saul Bellow</i>	613
<i>Procedencia de los cuentos</i>	619

Él siempre metiendo la pata

Querida señorita Rose:

Casi empecé por «Mi querida niña», porque en un sentido lo que le hice hace treinta y cinco años nos hace al uno hijo del otro. De vez en cuando me acuerdo de que hace mucho tiempo gasté una broma pesada a costa suya y me he sentido mal por ello, pero hace poco me aclararon que lo que le dije fue tan malvado, tan asqueroso, tan grosero, insultante, insensible y salvaje que ni en mil años podría usted superarlo. Yo la herí de por vida, al menos eso me dicen, y mi culpa aún es mayor porque aquel ataque fue absolutamente gratuito. Sólo nos habíamos encontrado de paso, apenas nos conocíamos. Ahora bien, la persona que me acusa de semejante crueldad no carece de prejuicios contra mí, se ha propuesto acabar conmigo, eso está claro. Sin embargo, desde que leí sus acusaciones he estado nervioso. Yo no estaba exactamente en la mejor de las formas cuando me llegó su carta. Como muchos ancianos, tengo que tragar todo tipo de pastillas. Tomo Inderal y quini-dina para la hipertensión y las afecciones cardíacas, y también, por diversas razones psicológicas, me encuentro en este momento profundamente abatido y sin ninguna defensa del ego.

Puede que añada más sustancia a mis motivos para escribirle en este momento el decirle que durante algunos meses he estado visitando a una anciana que lee a Swedenborg y a otros autores ocultos. Según ella (y un hombre con más de sesenta años no puede fácilmente resistirse a esas sugerencias), existe una vida en el futuro (espere y verá) y en esa vida sentiremos los dolores que hemos infligido a otros. Sufriremos todo lo que hemos hecho sufrir a otros, porque después de la muerte todas las experiencias se invierten. Entramos dentro de las almas de aquellas personas que conocimos en vida. Ellos también entran en nosotros y nos sienten y nos juzgan desde dentro. Suponiendo que esta vieja canadiense tenga razón, debo tratar de solucionar este asunto con usted. No es como si hubiera intentado asesinarla, pero sin embargo mi ofensa sigue siendo palpable.

Lo diré todo y luego revisaré y le enviaré a la señorita Rose sólo las partes adecuadas.

En esta vida, entre el nacimiento y la muerte, mientras sigue siendo posible enmendar lo que uno ha hecho...

Me pregunto si usted me recuerda siquiera, de algún modo distinto que la persona que la hirió —un hombre alto y, en aquella época, muy moreno, con bigote (no muy grueso)—, físicamente una persona singular, con un aire de camello, y un toque divertido en su conjunto. Si es capaz de recordar al Shawmut de aquellos días, debería verlo ahora. *La edad con sus desgracias** es el título que le dio Goya al aguafuerte de un anciano que lucha para levantarse del orinal, con los pantalones caídos hasta los tobillos. «Junto a los comediantes más malos», como le dice perversamente Hamlet a Polonio, en un comentario despiadado con los ancianos. A los trastornos que acabo de mencionar cabrían añadir los dientes con raíces podridas, y un arreglo en los dientes que exige la toma de antibióticos, que a su vez me provocaron diarrea y tuvieron como consecuencia unas hemorroides del tamaño de una avellana, además de la artritis galopante que tengo en las manos. En la Columbia Británica el invierno es triste y húmedo y cuando una mañana me desperté en esta tierra de exilio desde la que me expongo a la extradición, descubrí que algo le había pasado al dedo medio de mi mano derecha. El gozne había dejado de funcionar y el dedo estaba contraído como un caracol: una aflicción nueva y dolorosa. Bastante ridícula para mí. Y lo de la extradición es real. Ya me han enviado los papeles.

De manera que por lo menos puedo tratar de reducir los tormentos de la vida futura.

Puede parecerle que me dirijo a usted para quejarme de una historia de mala suerte después de treinta y cinco años, pero, como verá, no es eso en absoluto.

La he localizado gracias a la señorita Da Sousa del Ribier College, donde fuimos todos colegas a finales de los años cuarenta. Ella sigue allí, en Massachusetts, donde se conservan tantas cosas del siglo XIX, y fue ella la que me escribió cuando mis embarazos y tontos problemas aparecieron en la prensa. Se trata de una mujer amable e inteligente que, como usted, ¿debería decir eso?, nunca contrajo matrimonio. Le respondí con gratitud preguntándole qué había sido de usted y ella me dijo que era una bibliotecaria retirada y que vivía en Orlando, Florida.

* En español en el original. (N. de la T.)

Nunca creí que fuera a envidiar a las personas retiradas, pero aquello fue cuando el retiro todavía era una opción. Para mí ya no existe esa posibilidad. La muerte de mi hermano me deja en un agujero profundo desde el punto de vista jurídico y financiero. No la molestaré con los detalles del caso, que ya se han tergiversado bastante en la prensa. Baste con decir que sus delitos y mis propios defectos o vicios han acabado conmigo. Mal aconsejado desde el punto de vista legal busqué refugio en Canadá, y los tribunales serán duros conmigo porque pretendí escapar. Es posible que no me envíen a prisión, pero tendré que trabajar durante el resto de mi vida en esta tierra, moriré al pie del cañón, y un cañón estúpido y maldito, arreando mi burro hacia una meta peculiar. Una de las parábolas favoritas de mi padre trataba de un caballo débil al que su conductor laceraba cruelmente. Un transeúnte trata de interceder: «La carga es demasiado pesada y la colina es empinada, es inútil que golpee a ese viejo caballo, ¿por qué lo hace?». «Porque ser caballo fue idea *suya*», responde el carretero.

Yo siempre he sentido debilidad por este tipo de humor judío, que puede resultarle extraño no sólo porque es usted de origen escocés-irlandés (eso me dice la señorita Da Sousa) sino también porque usted, como bibliotecaria (de la era anterior a las computadoras), estará en otra esfera o zona de calma, dentro de la circunferencia del sistema decimal de Dewey. Es posible que a usted le haya disgustado la vida de monja o pastora que una vez sugirió la palabra «bibliotecaria». Puede que esté resentida porque la han dejado fuera de la «acción» en el sentido moderno del término: la acción erótica, narcótica, dramática, peligrosa, picante. Quizás haya odiado distribuir los éxtasis ilegales de otras personas, o tratar con libros malvados (que en su mayoría eran falsos, créame, señorita Rose). Pero permítame suponer que es usted lo bastante anticuada como para no estar furiosa por haber llevado una vida útil. Si no es usted una persona anticuada no la habré herido tanto. Después de todo, ninguna mujer moderna guardaría durante cuarenta años la herida causada por una broma estúpida. Al contrario, diría: «¡Piérdete ya!».

¿Quién es el que me acusa de haberla herido? Eddie Walsh, ése es. Eddie se ha convertido en inspector jefe de las escuelas superiores de humanidades del estado de Missouri, o eso me dicen. En ese trabajo es maravilloso, un genio. Pero, aunque ahora vive en Missouri, parece que no piensa en otra cosa más que en el Massachusetts de los viejos tiempos. No puede olvidar todo el mal que

yo hice. Él estaba allí cuando lo hice (sea lo que sea lo que hice), y me escribe: «No puedo evitar recordar cómo heriste a Carla Rose. Es tan característico de ti, cuando ella sólo trataba de ser agradable, no sólo no apreciar sus amables intenciones sino encima darle una patada en la cara. Da la casualidad de que yo sé que la traumatizaste para toda la vida». (Obsérvese cómo se utiliza el vocabulario liberal americano como instrumento de tortura: por «característico» hay que entender: «No eres una *buena persona*, Shawmut».) Ahora bien, ¿la traumatiqué realmente, señorita Rose? ¿Cómo «da la casualidad» de que Walsh lo sabe? ¿Se lo contó usted? ¿O sólo se trata, como imagino, de los rumores? Me pregunto si recuerda la ocasión siquiera. Sería una bendición que no la recordara. Y no quiero arrojarle a la cara unos recuerdos no deseados, pero si de verdad la herí de manera tan cruel, ¿hay alguna manera de evitar el recordar?

Volvamos entonces al Ribier College. Walsh y yo éramos muy amigos por entonces, jóvenes profesores, él de Literatura y yo de Bellas Artes: mi especialidad era la historia de la música. Como si esto fuera una novedad para usted: mi libro sobre Pergolesi está en todas las bibliotecas. Es imposible que no se haya tropezado alguna vez con él. Además, hice aquellos programas sobre musicología en la televisión pública, que eran bastante populares.

Pero volvamos a los años cuarenta. El trimestre había empezado justo después del Día del Trabajo*. Era mi primer puesto como enseñante. Después de siete u ocho semanas seguía muy excitado. Déjeme que empiece recordando el hermoso paisaje de Nueva Inglaterra. Yo acababa de llegar de Chicago y de Bloomington, Indiana, donde había conseguido mi título. Nunca había visto abedules, helechos a los lados de la carretera, profundos bosques de pinos, pequeños campanarios blancos. ¿Qué podía ser yo más que un desplazado? Me hacía llorar de risa el que me llamaran «doctor Shawmut». Me sentía absurdo, como un camello en un campo de césped. Soy un hombre alto y de piernas largas, susceptible de tener imágenes paradójicas y ridículas de sí mismo. Tampoco había empezado a conocer Ribier realmente. No era la auténtica Nueva Inglaterra, era una escuela bohemia para niños ricos de Nueva York

* En Estados Unidos se celebra el 1 de septiembre. (N. de la T.)

que eran demasiado nerviosos para ir a escuelas mejores, niños inadaptados.

Pero bueno: Eddie Walsh y yo paseábamos junto a la biblioteca de la escuela. Era un día cálido de otoño con el fondo del frío de los bosques que nos rodeaban: lo recuerdo como si fuera ayer. La biblioteca era un edificio de imitación del estilo clásico griego y la luz del porche recordaba al musgo y al sol: un musgo verde brillante, la luz del sol reflejada en él, y el liquen en las columnas. Yo estaba muy excitado, casi volando. En aquella época mis relaciones con Walsh son fáciles de describir: muy alegres, sin ningún problema a la vista, ningún indicio de oscuridad. Yo estaba deseoso de aprender de él, porque nunca había visto una escuela progresista, nunca había vivido en el este y nunca había estado en contacto con el sistema del este del que tanto había oído hablar. ¿De qué hablábamos? Una chica a la que me habían asignado como pupila pidió a otra persona porque a mí no me habían psicoanalizado y ni siquiera me conocía. Y esa misma mañana había pasado dos horas en una reunión de profesores para decidir si la clase de historia debía ser obligatoria para los alumnos que se especializaban en Bellas Artes. Tony Lemnitzer, profesor de Pintura, había dicho: «Está muy bien que los niños lean la historia de los reyes y reinas pero ¿qué les importa eso a ellos?». El bueno de Tony, que se había criado en Brooklyn, y había huido de casa para dedicarse al circo, después se dedicó a pintar carteles y por último fue un expresionista abstracto. «No sientas pena por Tony —me aconsejó Walsh—. Se casó con una millonaria. Ella le construyó un estudio digno de Miguel Ángel. A él le da vergüenza pintar allí, sólo hace esculturas. Esculpió dos bolas de madera dentro de una jaula de pájaro». El propio Walsh, antiguo hippy que había estudiado en Harvard, sospechó al principio que mi ignorancia era fingida. Era un hombre bajo que cojeaba ligeramente. Cuando me miraba, hacia arriba, era con auténtica astucia y una mueca de incredulidad en la boca. Soy de Chicago y tengo un doctorado de Bloomington, Indiana. ¿Puedo ser tan idiota como parezco? Pero soy buena compañía, y por fin él me cuenta (¿acaso era un secreto?) que, aunque viene de Gloucester, Massachusetts, no es un auténtico yanqui. Su padre, americano de segunda generación, es maquinista de tren jubilado, sin estudios. En una de las cartas del viejo dice: «Tu pobre madre, el médico dice que tiene un tumor en la vagina y que tendrá que operarla. Cuando entre en el quirófano espero que tú y tu hermana estéis allí a mi lado».

Había dos hombres que cojeaban en aquella comunidad, y sus nombres eran similares. El otro era Edmund Welch, juez de paz, y llevaba bastón. Nuestro Ed, que padecía de desviación de la columna, no quería llevar bastón, mucho menos un zapato con alza. Su comportamiento era despreocupado y divertido, y desafiaba a los ortopedas que lo advertían de que su espina dorsal se vendría abajo como un montón de fichas de dominó. Su estilo era desenfadado y ágil. Había que tomarlo como era, sin concesiones. Yo lo admiraba por eso.

Ahora, señorita Rose, ha salido usted de la biblioteca para respirar un poco de aire fresco y se apoya, con los brazos cruzados y la cabeza en una de las columnas griegas. Para parecer más alto, Walsh lleva el cabello peinado hacia arriba. No se podría meter un sombrero en esa cabeza. Pero yo llevo puesta una gorra de béisbol. Entonces, señorita Rose, dice usted, sonriendo: «Oh, doctor Shawmut, con esa gorra parece usted un arqueólogo». Y yo, antes de pensarlo, le respondí: «Y usted parece algo que acaban de desenterrar».

¡Espantoso!

Nosotros dos, Walsh y yo, nos apresuramos por continuar nuestro camino. Eddie, con sus caderas desaliñadas, hizo un esfuerzo por caminar más deprisa, y cuando nos habíamos alejado lo suficiente de su pequeño templo bibliotecario vi que me sonreía, su cálido rostro mirándome con alegría, con admiración acusadora. Había sido testigo de algo extraordinario. Lo que pudiera ser esto, si entraba dentro de la diversión, de la psicopatología o de la maldad, todavía nadie podía juzgarlo, pero él estaba contento. Aunque no perdió tiempo en descargarse de toda culpa, aquél era precisamente su tipo de broma. Le encantaba hacerse el Groucho Marx, o darle a sus frases un tono del estilo de S. J. Perelman. En cuanto a mí, me había puesto muy serio, como generalmente me pongo después de uno de mis chistes. A mí me sorprenden tanto como a los demás. Puede que sean síntomas histéricos en el sentido clínico. Yo solía creer que era absolutamente normal, pero hace mucho tiempo que me di cuenta de que en determinados momentos mi risa bordea la histeria. Yo mismo era capaz de oír la nota anormal en aquel asunto. Pero Walsh sabía muy bien que a mí me daban aquellos ataques y, cuando sentía que se acercaba uno, me azuzaba. Después de haberse divertido solía decir, con una sonrisa de sátiro: «Qué hijo de puta eres, Shawmut. ¡Las puñaladas sádicas que eres capaz de dar!». Como ven, siempre tenía buen cuidado de que no lo acusaran de complicidad.

Y mi broma ni siquiera había sido inteligente, sólo malvada, no había ninguna excusa, desde luego no tenía nada que ver con la «inspiración». ¿Por qué tenía que ser tan idiota la inspiración? Era simplemente idiota y malvada. Walsh solía decirme: «Eres un surrealista a pesar de ti mismo». Su interpretación era que yo me había elevado a mí mismo con dolorosos esfuerzos de mis orígenes inmigrantes de clase media pero que me vengaba de aquellos tormentos y falsificaciones de mis saludables instintos, deformidades que me había impuesto esta adaptación a la respetabilidad, la presión del trepado social. En aquella época era popular en Greenwich Village hacer análisis inteligentes e intrincados como aquél, y Walsh había adoptado la costumbre. Su carta del mes pasado estaba llena de análisis de ese tipo. La gente rara vez abandona el capital mental acumulado en sus «mejores» años. Con sesenta y tantos, Eddie sigue siendo un juvenil habitante del Village y se junta con jóvenes sobre todo. Yo he aceptado la vejez.

No es fácil escribir con artritis en los dedos. Mi abogado, cuyo fatal consejo seguí (es el hermano menor de mi mujer, que falleció el año pasado), me animó a que fuera a la Columbia Británica, donde, gracias a la corriente del Japón, crecen las flores en mitad del invierno y el aire es más puro. Es verdad que es primavera en medio de la nieve. Pero mis manos están impedidas y temo que me tengan que poner inyecciones de sales de oro si no mejoran. Sin embargo, enciendo el fuego y me siento en la butaca para concentrarme porque necesito que para usted valga la pena examinar estos hechos conmigo. Si de verdad tengo que creer lo que dice Walsh, desde aquel día usted ha estado temblando como una llama en un altar de clase media de humillación no merecida. Es usted uno de los insultados y heridos.

Por mi parte tengo que admitir que me resultó duro adquirir unos modales decentes, no porque fuera naturalmente grosero sino porque sentía la presión de mi posición. Durante un tiempo llegué a creer que no podía continuar viviendo hasta que yo también tuviera una personalidad falsa como todos los demás y por tanto me esforcé especialmente para ser considerado, deferente y educado. Y por supuesto exageraba las cosas y me limpiaba dos veces cuando la gente de mejor educación que yo sólo se limpiaba una vez. Pero ningún programa de mejoramiento podía durarme mucho tiempo. Yo lo establecí y luego lo rompí y lo quemé en una hoguera ardiente.

Debo confesar que Walsh me regaña duramente en su carta. Me pregunta por qué, cuando la gente vacilaba en las conver-

saciones, yo introducía las palabras que faltaban y terminaba sus frases con pedantería burlona. Él afirma que yo sólo estaba fanfarroneando, desprendiéndome de mis orígenes vulgares, fingiendo ser gentil y acumulando méritos como un judío aceptable (justo) para la sociedad cristiana de los sueños de T. S. Eliot. Walsh me pinta como un paria socialmente ascendente y que busca unos lazos que me sujeten como otros buscarían la salvación. Según él, en reacción a esto yo experimentaba ataques de rebelión y me ponía tremendamente insultante. Esto lo señala con gran claridad, pero nunca me lo dijo en los años en que estuvimos más próximos. Lo guardó todo para después. En Ribier College nos agradábamos el uno al otro. De algún modo éramos amigos. Pero al final, también de algún modo, él trató de ser para mí un enemigo mortal. Todo aquel tiempo estuvo haciendo los gestos de un amigo cercano y valioso pero en realidad estaba preparando mi alma para que estuviera lista para ser asesinada. Quizá fue mi éxito en la musicología lo que fue demasiado para él.

Eddie le contó a su mujer lo que yo le había dicho a usted (en realidad se lo contó a todo el mundo). Desde luego, todo el campus lo sabía. La gente se reía, pero yo estaba deprimido. Remordimientos: usted era una mujer pálida con brazos delgados, que absorbía los colores del musgo, el liquen y la piedra en su piel. Las pesadas puertas de la biblioteca estaban abiertas, y allí dentro había lámparas de lectura verdes y pesadas y pulidas mesas, y libros apilados hasta la galería y más arriba. Algunos de esos libros eran elevados, otros eran útiles e informativos, pero la mayoría de ellos sólo eran capaces de bloquear la mente. Mi querida ancianita swedenborgiana dice que los ángeles no leen libros. ¿Por qué deberían hacerlo? Como tampoco pueden ser los bibliotecarios grandes lectores, imagino yo. Tienen demasiados libros, y la mayoría de ellos son pesados. Las abarrotadas estanterías despiden un halo atrayente, consolador y seductor que también está ligeramente teñido de algo pernicioso, de veneno y fatalidad. Los seres humanos pueden perder la vida en las bibliotecas. Alguien debería avisarlos. Y usted, una suma sacerdotisa de este templo, salía para mirar el cielo, y el señor Lubeck, su jefe, un amable refugiado que siempre estaba tropezando con su gran perro senil y pidiéndole disculpas al animal: «¡Ay, perrdone!» (pronunciando con fuerza la erre).

Nota personal: la señorita Rose nunca fue bonita, ni siquiera lo que los franceses llaman une belle laide, o belleza fea, una mujer cuyo control sobre las fuerzas sexuales hace que la propia frialdad contri-

buya a su poder erótico. Una belle laide (¡tenta que ser una idea de los franceses!) ha de ser una especie de molino de pasiones. Sin embargo, en ella esa fuerza no se encontraba. No había ninguna base orgánica para ello. Cincuenta años antes la señorita Rose se habría encontrado tomando el compuesto vegetal de Lydia Pinkham. No obstante, aunque su aspecto era verroso, era posible que un hombre la hubiera amado, por su tímida calidez o por el valor que había tenido que reunir para felicitarle por mi gorra. Hace treinta y cinco años yo podría haber rechazado esa timidez con cumplidos y decirle: «Piense usted, señorita Rose, cuántos objetos de rara belleza han sido desenterrados por los arqueólogos: la Venus de Milo, los toros alados de Asiria con el rostro de los grandes reyes. Y Miguel Ángel incluso llegó a enterrar una de sus estatuas para que adquiriera el aspecto de antigüedad y después la desenterró». Pero ahora ya es demasiado tarde para galanterías retóricas. Me daría vergüenza. Ni bonita ni casada, y además la desagradable pequeña comunidad aprovechando mi broma. Y la pobre señorita Rose debía de estar desesperada.

Eddie Walsh, como ya le he dicho, se negaba a hacerse el inválido aunque tenía la espalda retorcida. A pesar de que no iba derecho y caminaba con el pie izquierdo hacia fuera, tenía un cierto estilo. Llevaba ropa de buen tejido inglés y zapatos de cuero de Lloyd & Haig. Él mismo decía que había tantas mujeres masoquistas como para animar a cualquier hombre a acicalarse y ponerse guapo. Los hombres discapacitados tenían mucho éxito con las chicas de cierto tipo. A usted, señorita Rose, le habría convenido más guardarse su cumplido para él. Pero en aquella época su mujer esperaba ya un hijo; y yo era soltero.

Durante los primeros días soleados del trimestre, salíamos a pasear casi todos los días. Por aquel entonces yo encontraba a Eddie misterioso.

Solía pensar: pero ¿quién es este hombre, este amigo tan bueno (de repente)? ¿Quién es esta figura tan extraña, con la gran cabeza muy baja a mi lado, cuyo cabello crece espeso y alto? También le crece en las orejas, en un estilo diferente, como los hilos de la pana. Una de las señoras del campus me ha sugerido que le diga que se las afeite, pero ¿por qué tendría que hacerlo? A ella no le gustaría mucho más si lo hiciera, sólo se imagina que sería así. Él tiene una especie de risa hueca, más parecida al sonido del oboe que al del clarinete, y la imparte tanto desde la nariz como desde la boca tallada en forma de calabaza. Sonríe como Alfred E. Neuman desde la portada de la revista *Mad*, el sucesor del chico malo de Peck.

Sin embargo, sus ojos son cálidos y me incitan a acercarme cada vez más, pero retienen lo que más deseo. Yo deseo su afecto, desconfío de él y al mismo tiempo lo amo, por eso intento ganármelo con mis bromas. Porque es un tipo listo a su manera posmoderna, existencialista y taimada. También parece amable. Parece toda suerte de cosas. Le gustan Brecht y Weill, pero canta *Mackie Messer** y destroza la melodía muy derecho al piano. Esto, sin embargo, son simplemente las cosas de la época: el jazz del cabaret alemán de los años veinte, la respuesta de Berlín ante la guerra de trincheras y la explosión del humanismo. ¡Y pillar a Eddie dejándose pillar de esa manera haciendo algo anticuado! Porque él siempre ha estado en la vanguardia. Fue uno de los primeros admiradores de los poetas Beat, y el primero en citarme el maravilloso verso de Allen Ginsberg: «América, estoy arrimando mi extraño hombro».

Eddie me contagió el gusto de leer a Ginsberg, del que aprendí mucho sobre el ingenio. Puede que usted lo encuentre extraño, señorita Rose (a mí mismo me lo parece), pero sigo enganchado con Ginsberg desde hace muchísimo tiempo. Permítame, sin embargo, que le cite un ejemplo de uno de sus libros más recientes, que es memorable y también encantador. Ginsberg escribe que Walt Whitman se acostaba con Edward Carpenter, el autor de *La mayoría de edad del amor*. Después Carpenter se convirtió en amante del nieto de uno de nuestros presidentes más oscuros, Chester A. Arthur; cuando ya era muy viejo Gavin Arthur fue amante de un homosexual de San Francisco, quien, cuando se enredó con Ginsberg, completó el ciclo y puso al sabio de Camden en contacto con su único y auténtico sucesor y heredero. Todo se parece un poco al relato que hace el doctor Pangloss de cómo se contagió de la sífilis.

Por favor, perdóneme esto, señorita Rose. Me parece que vamos a necesitar el mayor fondo humano posible para esta investigación que puede afectar tanto a sus emociones y a las mías. Usted debería saber con quién estaba hablando aquel día cuando reunió el valor, sonriendo y temblando, para hacerme un cumplido: para darme, darnos, su bendición. Y yo se lo pagué con una ocurrencia mala que había sacado, típicamente, de lo más profundo de mi naturaleza, ese pozo de extrañas formulaciones. De modo que había olvi-

* *Mackie Messer* (o *Mac el Cuchillo*) es una canción muy popular de principios del siglo XX.

dado aquel suceso cuando recibí en Canadá la carta de Walish. Para escribir esa carta (una extraña *megillah* de la que yo fui el chamán) debió de reflexionar con resentimiento durante décadas sobre mi carácter, dibujando el perfil de mi alma más profunda una y otra vez. Reunió una lista de todos mis defectos y mis pecados, y los detalles son tan sutiles, y el inventario tan amplio, el resumen tan condensado, que debió de dedicarse a coleccionar, archivar, formular y pulir furiosamente durante los años más cálidos y dorados de nuestra amistad. Recibir un documento así y —le pido que imagine, señorita Rose, cómo me afectó en un momento en el que yo sufría dolor y me hacía mucho daño, estaba de luto por mi esposa (y, lo que es bastante gracioso, también por el sinvergüenza de mi hermano)—, y experimentar *La edad con sus desgracias*, descubrir que ya no podía estirar el dedo corazón, recibiendo la carga del trabajo y la pena de los setenta años (que pronto llegarán). A nuestra edad, querida, nadie puede inclinarse ni sorprenderse cuando el mal se manifiesta, pero yo me pregunto una y otra vez: ¿por qué saca ahora Eddie Walish mis defectos de treinta y tantos años para echármelos en cara? Esto es lo que excita mi mayor interés, tanto que me hace gritar por dentro. La supina comedia que representa me asalta por las noches con la intensidad de los dolores del parto. Estoy acostado en la habitación de atrás de esta pequeña casa canadiense en forma de caja, que apenas está aislada, y me aguanto con fuerza para no gritar. Lo que me faltaba es que los vecinos oyeran esos ruidos a las tres de la mañana. Y no hay ni un alma en la Columbia Británica con la que yo pueda hablar de esto. Mi única conocida es la señora Gracewell, la anciana (y es muy anciana) que estudia la literatura oculta, y no puedo molestarla con una rama tan distinta de la experiencia. Nuestras conversaciones son completamente teóricas... Sin embargo, ella hizo un comentario que me ayudó, que fue: «La conciencia más baja es aquello a lo que el salmista se refería cuando decía: "Soy un gusano y no soy un hombre". La conciencia más elevada, poca gente puede observarla. Por eso es por lo que las personas hablan tan mal unas de otras».

Más de una vez en el documento de Walish (su denuncia) se hace referencia a la poesía y la prosa de Ginsberg, de manera que por fin me decidí y envié un pedido a City Lights, la librería de San Francisco, y desde entonces he pasado muchas veladas estudiando libros suyos que no había leído: publica tantos y tan pequeños... Ginsberg defiende la auténtica ternura y la inocencia plena. La inocencia plena significa la literalidad de los excrementos y los genitales.

Lo que Ginsberg elige es la calidez de una comunidad que copula libremente, como hombre, como mujer, como camarada, en una «carretera abierta», pero que no descuida la meditación ni el rezo. Habla con horror de nuestra «cultura de plástico» que relaciona de algún modo obsesivamente con la CIA. Y además de la CIA hay otros nidos de espías, relacionados con la Exxon, la Mobil, la Standard Oil de California, el siniestro Occidental Petroleum con sus contactos en el Kremlin (eso desde luego es extraño, sin duda). El supercapitalismo y su tecnología petroquímica cancerígena están relacionados a través de James Jesus Angleton, alto funcionario de la comunidad de espionaje, con T. S. Eliot, su amigo. Angleton, que en su juventud fue editor de una revista literaria, tenía el objetivo declarado de revivir la cultura de Occidente contra los «llamados estalinistas». El fantasma de T. S. Eliot, entrevistado por Ginsberg en la proa de un barco en algún lugar de las aguas de la muerte, reconoció haber hecho pequeños trabajos de espionaje para Angleton. Por el contrario, el Hijo de la Oscuridad, Ginsberg en persona, mete en el mismo saco a los gurús, los meditadores con barba, los poetas leales a Whitman y Blake, a esos «asquerosos santos» y a los homosexuales líricos y poco sofisticados cuyos pequeños grupos investiga la policía secreta en sus computadoras, y entre ellos mete también a los provocadores y a los que tratan de corromper con heroína. Esta visión psicópata, tan enternecedora porque, desde un punto de vista realista, hay tanto que temer, y también por el hombre de bondad que refleja, es una defensa de la belleza que yo valoro más de lo que la valora mi acusador, Walish. Yo la comprendo plenamente. Ante los fuegos de artificio sexuales del 4 de julio de Ginsberg me entra la risa, pero después pienso con simpatía en sus obsesiones, mientras me atuso el bigote con los dedos, y mis ojos sienten la ansiedad mientras trato de imaginármelo. Yo soy un admirador de Ginsberg más desinteresado de lo que es Eddie. Eddie, por así decir, se acerca a la mesa con el rastrillo del croupier. Trabaja para la casa. Le saca punta a la poesía.

Uno de los problemas de siempre de Walish era que tenía un aspecto indistintamente judío. Algunas personas no se fiaban y se ponían en contra de él con una hostilidad gratuita, sospechando que intentaba pasar por un americano completo. A veces decían, como si descubrieran la fuerza que les daba el ser descarados (la fuerza siempre gusta), «¿Cuál era su nombre antes de ser Walish?» (ésta es una de las típicas preguntas que les hacen siempre a los judíos). Pero sus padres venían del norte de Irlanda. En realidad eran

protestantes, y el nombre de la familia de su madre era Ballard. Él siempre ha firmado como Edward Ballard Walish. Pero siempre fingió que lo del nombre no le importaba. El gusto por la persecución lo convertía en cercano a los judíos, o eso decía él. Y yo, como estaba encantado con su amistad, prefería creerlo.

Resulta que, después de muchos años de tambalearse en secreto, Walish llegó a la conclusión de que yo era tonto. Fue precisamente cuando el público empezó a tomarme en serio cuando él perdió la paciencia conmigo y su defecto se convirtió en rencor. Mis programas de televisión sobre historia de la música fueron la gota que colmó su vaso. Esto puede imaginarse: Walish mirando la pantalla con un viejo batín de lana, agarrándose un codo con la mano y chupando un cigarrillo, mientras me ataca y yo en la pantalla sigo hablando sobre los últimos días de Haydn, o sobre Mozart y Salieri, o mientras surgen temas del clavicémbalo: «¡Superestrella! ¡Menudo idiota!». «¡Dios! ¿Hasta dónde vas a llegar?» «¡Mequetrefe!»

Evidentemente, mi propio nombre, Shawmut, también había sido objeto de bromas. Esto se hacía ya muchos años antes de que mi padre pusiera el pie en América. Era su hermano Pynie, el que llevaba quevedos y copiaba música para Sholom Secunda. Es probable que llamaran a la familia Shamus, o, incluso más degradante, *Untershamus*. Los *untershamus*, lo más bajo de lo bajo en la antigua sinagoga, eran incompetentes y perezosos, con la barba enredada y malditos por afecciones cómicas como una gran hernia o una escrófula, los pobres entre los pobres. *Orm*, como diría mi padre, *auf steiffleivent*. *Steiffleivent* era el tejido tieso de lino y crin que los marinos ponían en el forro de las chaquetas para darles forma. No había nada más barato. «Era tan pobre que se vestía con tela tonta.» Era más barato que un sudario. Pero en América resulta que Shawmut es el nombre de una cadena bancaria de Massachusetts. ¿Qué le parece eso? Puede que haya oído usted cosas encantadoras y sentimentales sobre el yídish, pero se trata de un idioma *duro*, señorita Rose. El yídish es severo y te ataca sin compasión. Sí, es verdad que a menudo es delicado, tranquilo, pero también puede ser explosivo. «Tienes la cara como un orinal» o «Tienes la cara como un cubo de comida para cerdos». (Las connotaciones relacionadas con cerdos les dan una fuerza especial a los epítetos yídish.) Si hay un demiurgo que me inspire a hablar salvajemente, puede que le haya atraído este lenguaje violento sin piedad.

Mientras le cuento todo esto, quiero creer que me está siguiendo de buen grado, y siento por usted el mayor de los afectos. Estoy muy solo aquí en Vancouver, pero eso es mi propia culpa, también. Cuando llegué aquí, los músicos locales me invitaron a una fiesta, y no les gusté. Me hicieron la prueba canadiense para los visitantes de los Estados Unidos: ¿era yo seguidor de Reagan? Yo no podía serlo, pero la cuestión clave era si El Salvador no podía ser otro Vietnam, y yo perdí la mitad de mi público en un momento con mi respuesta: «Nada de eso. Los vietnamitas del norte son soldados experimentados con una tradición militar de muchos siglos: gente realmente dura. Los salvadoreños son campesinos indios». ¿Por qué no mantuve la boca cerrada? ¿Qué me importa a mí el Vietnam? Permanecieron a mi lado dos o tres invitados amables, pero a éstos los aparté de mí de la siguiente manera: un profesor de la Universidad de Berkeley observó que coincidía con Alexander Pope en lo referente a la irrealidad suprema del mal. Desde el punto más elevado de la metafísica. Para una mente racional, nunca pasa nada realmente malo. Estaba diciendo tonterías. ¡Bobadas!, pensé yo. Y le dije: «¿Ah? ¿Quiere usted decir que cada cámara de gas tiene un forro plateado?».

Eso acabó conmigo, y ahora doy mis paseos diarios completamente solo.

Esto es muy hermoso, con montañas nevadas y puertos tranquilos. Dicen que las instalaciones portuarias son limitadas y que los cargadores tienen que esperar (a un precio diario de diez mil dólares). Es agradable verlos anclados. Me recuerdan la *Invitation au Voyage* y también «En cualquier sitio, en cualquier sitio. ¡Fuera del mundo!». Pero ¡qué ciudad tan limpia y civilizada, con sus aguas claras del norte y, más allá, el sentido de una naturaleza salvaje e ilimitada que empieza donde se revisa el bosque, y se extiende hacia el norte durante millones de kilómetros cuadrados y termina con voluntad de hielo alrededor del polo!

Los académicos provincianos se ofendieron con mis comentarios. Mala suerte.

Pero, para que no le parezca que siempre me estoy buscando problemas, déjeme decirle, señorita Rose, que otras veces me han dado palos a mí, que otros virtuosos han podido conmigo, artistas mayores que yo, en la misma línea. El difunto Kippenberg, príncipe entre los musicólogos, una vez que estábamos en una conferencia en la Villa Serbelloni, a orillas del lago Como, me invitó una noche a sus habitaciones para que le ofreciera un ade-

lanto de mi conferencia. Bueno, en realidad no me invitó. Yo estaba deseando hacerlo. Se lo sugerí y él no tuvo el valor de negarse. Era un hombre enorme vestido de terciopelo, con un traje suntuoso, de color verde oscuro, encima del cual su gran, pálida e inteligente cabeza parecía haber sido depositada por una explosión. Aunque necesitaba dos bastones para caminar, era una especie de *diable boiteux*, no había nadie más rápido con la palabra. Había publicado la mayor obra sobre Rossini, y el propio Rossini había hecho bromas inmortales (como la famosa sobre Wagner: *Il y a de beaux moments mais de mauvais quarts d'heure*). También hay que imaginar la suite que ocupaba Kippenberg en la Villa, habitaciones dieciochescas, sofás de tafetán, brocados, frías estatuas, cálidas lámparas de seda. Los criados ya habían corrido las cortinas para la noche, de manera que la sala estaba muy cerrada. En todo caso, yo estaba allí leyéndole al mundano y sabio Kippenberg, todo hinchado y enfundado de verde, con la larga boca agradablemente sosegada. Aquel hombre tenía también unos ojos graciosos, colocados a los lados de la cabeza como si tuviera visión lateral, y unas cejas como gusanos del Árbol del Bien y del Mal. A medida que yo avanzaba en mi lectura noté que empezaba a mover la cabeza. Le dije: «Temo que lo estoy adormeciendo, profesor». «No, no, por el contrario, me mantiene despierto», respondió él. Aquello era genio, y además a mi costa, y era un privilegio haberlo provocado. Había estado sentado, con su enorme mole y sus dos bastones, como si estuviera en una ladera, esquiando hasta llegar a un profundo sueño. Pero incluso en el borde, cuando se estaba durmiendo, el tesoro único de su conciencia aún podía deslumbrar. Yo habría recorrido medio mundo para que me dijeran aquello.

Déjeme, sin embargo, que vuelva a Walish por un momento. La familia Walish vivía en una pequeña casa de campo que pertenecía a la escuela. Estaba abajo en el bosque, que en aquella estación estaba lleno de polvo. Puede que usted recuerde, ahora que está en Florida, cómo son los bosques de Nueva Inglaterra en un otoño seco: polen, humo, hojas muertas y harinosas, telas de araña, quizá el polvo de las alas de las polillas muertas. Al llegar a los pilares de piedra de la puerta de los Walish, si encontrábamos botellas que había dejado el lechero las agarrábamos por el cuello y, dando un grito, las tirábamos a los arbustos. La leche la pedían para Peg Walish, que estaba embarazada pero odiaba aquel líquido y de todas formas no se lo bebía. Peg estaba socialmente por encima de su marido. Cualquiera podía estarlo en aquella época; Wa-

lish únicamente tenía por debajo a los negros y a los judíos, y, por su aspecto judío, ni siquiera estaba seguro de esta última ventaja. Por tanto, la bohemia le daba fuerza. A la señora Walish le gustaba el estilo bohemio de su marido, o por lo menos eso decía. Mi Pergolesi y mi Haydn me hacían menos inaceptable para ella de lo que podría haberlo sido en caso contrario. Además, yo era una compañía agradable para su marido. Créame, él necesitaba esa compañía. Estaba deprimido; su mujer estaba preocupada. Cuando me miraba a mí yo veía que se le encendía una luz en los ojos pidiendo ayuda.

Como Alicia después de haberse bebido la botella con la etiqueta BÉBEME en el país de las maravillas, Peg era muy alta; huesuda pero delicada, se parecía a una estrella del cine mudo llamada Colleen Moore, una ingenua de ojos redondos con flequillo. En su cuarto mes de embarazo, Peg seguía trabajando en File-ne's, y Eddie, que no tenía ganas de levantarse por las mañanas para llevarla en el coche hasta la estación, se pasaba los días en la cama bajo los descoloridos edredones de retales. El rosa, cuando no es fresco y vivo, puede ser un color de desesperación. El rosa de los edredones de Walish cuando yo iba a verlo me partía el corazón. La casita estaba revestida con paneles de color de avellano, y las habitaciones eran oscuras, especialmente la cocina. Yo lo encontraba arriba durmiendo, con la boca abierta y el labio prominente como un judío. La impresión que daba era tanto brutal como inocente. Dormido no tenía la confianza en sí mismo que le costaba tanto esfuerzo mantener. No muchos de nosotros estamos plenamente despiertos, pero Walish se enorgullecía en especial de estar siempre alerta. Su principal premisa era que él no era ningún tonto. Pero dormido no parecía inteligente.

Yo lo levantaba. Estaba avergonzado. Después de todo no era un bohemio completo. El estar tan embotado a una hora tan tardía le molestaba, y gruñía, sacando las piernas de la cama. Íbamos a la cocina y empezábamos a beber.

Peg insistía en que fuera a ver a un psiquiatra en Providence. Esto me lo ocultó mucho tiempo, y al final admitió que necesitaba un arreglo, algunos ajustes menores. El ser padre lo agitaba. Al final su mujer dio a luz a dos gemelos varones. Estos hechos son triviales y no siento que esté traicionando ninguna confianza al revelárselos. Además, a Walish no le debo nada. Su carta me ha disgustado mucho. ¡Vaya momento que escogió para mandarla! Treinta y cinco años sin cruzar palabra. Me permite que cuente con su

afecto y entonces me larga la patada. ¿Cuándo se traiciona a un amigo, cuándo se le ofrece la copa de veneno? No mientras sigue siendo lo suficientemente joven como para recuperarse. Walish esperó hasta el mismo final: *mi* final, por supuesto. Él sigue estando joven, según me escribe. Como prueba de ello se interesa verdaderamente por las jóvenes lesbianas allí en Missouri, sólo él conoce sus sentimientos más profundos y ellas le permiten hacerles el amor: a Walish, la única excepción masculina. Como el explorador McGovern, que fue a Lhasa disfrazado, y fue el único occidental en penetrar en los sagrados recintos. Ellas sólo confían en la juventud, pero confían en él, de manera que no debe de estar viejo.

Pero esta carta suya me destroza por completo. Y estoy de acuerdo, objetivamente, en que mi carácter no es un éxito absoluto. Soy poco atento, espiritualmente perezoso, me desconecto. He tratado de hacer que esta indolencia mía tenga un lado bueno, me dice él. Por ejemplo, nunca comprobaría la cuenta de un camarero; me negué a calcular mis propias devoluciones de impuestos; y era demasiado «poco realista» para gestionar mis propias inversiones, por lo que contraté a expertos (léase «sinvergüenzas»). El realista de Walish no era demasiado bueno como para pelear por unas monedas; lo que contaba era el principio, como contaba el honor para los grandes soldados de Shakespeare. Cuando empezaron a usarse las tarjetas de crédito, Walish, después de contar los intereses y los costes de servicio hasta el cuarto decimal, destrozó las tarjetas de Peg y las tiró por el retrete. Todos los años se peleaba con los recaudadores de impuestos, tanto federales como del Estado. Nadie iba a ser más listo que Eddie Walish. Con esos malos ratos se conectó con los ricos más roñosos: Rockefeller, el fundador, que nunca daba una propina de más de diez centavos, o Getty el multimillonario, en cuya mansión se obligaba a los invitados a utilizar teléfonos con monedas. No es que Walish fuera mezquino, era duro, estricto, más estrecho que el culo de una rana. No era simplemente el capitalismo básico. En la medida en que Walish era admirador de Brecht, se trataba también de dureza leninista o estalinista. Como si yo fuera, o pareciera ser, confuso en lo tocante al dinero, era posible que fuera una «estrategia semiinconsciente», según merecía. ¿Quería decir que yo trataba de destacar como un judío que desdeñaba el sucio dólar? ¿Quería que me confundieran con alguien mejor que yo? En otras palabras, ¿era

aquello asimilacionismo? La única pega era que yo nunca admití que los antisemitas de ningún tipo fueran mejores que yo.

No estaba tratando de ser un buenazo distraído en lo tocante a mis finanzas. De hecho, señorita Rose, ni siquiera les prestaba atención. Mi ineptitud con el dinero formaba parte del mismo síndrome histérico que me hacía meter la pata siempre. Ese síndrome lo padecía de verdad, y sigo padeciéndolo. El Walsh de hoy en día ha olvidado que, cuando fue un psiquiatra para que le curara el dormir dieciocho horas de golpe, yo le dije lo bien que comprendía su problema. Para consolarlo, le dije: «En un día bueno yo puedo ser agudo durante alrededor de media hora, entonces empiezo a declinar y cualquiera puede quedarse conmigo». Le estaba hablando de la condición soñadora o estado de turbulencia en el que existimos la mayoría de nosotros, con momentos aislados de claridad. Y nunca se me ocurrió adoptar una estrategia para corregirme. Ya le he dicho antes que en un momento dado me pareció una necesidad adoptar una personalidad falsa, pero que pronto abandoné la idea. Walsh, sin embargo, supone que todo hombre moderno e inteligente es su propia invención de vanguardia. Estar en la vanguardia significa alterarte a ti mismo, tener un proyecto personal que requiere una rutina histriónica: en resumen, actuar. Pero ¿qué tipo de actuación consiste en confiar en un pariente cercano que resulta ser un delincuente, o dejar a mi difunta esposa que me convenza para poner mis problemas legales en manos de su hermano pequeño? Fue mi cuñado el que me engañó. Cuando otros eran simplemente sinvergüenzas y delincuentes, él, además, estaba loco. Paciencia, ya voy a llegar a eso.

Walsh escribe: «Me pareció que ya era hora de que supieras lo que eras en realidad», y me larga un sermón de tales proporciones que pocos hombres habrán sufrido. Yo insultaba y me reía de todo el mundo. Yo no podía soportar que la gente se expresara (esto lo irritaba especialmente; lo menciona varias veces) sino que les ponía yo mismo las palabras en la boca, terminaba por ellos sus frases, haciéndoles olvidar lo que iban a decir (yo suministraba las tonterías que ellos buscaban decir). Según dice, yo era «un almacén móvil de piezas sueltas de la clase media», con lo que quiere decir que yo estaba lleno de la información tonta y realmente loca que hace que la odiosa maquinaria social siga avanzando hacia un pozo sin fondo. Y continúa en ese tono. En cuanto a mi incondicional devoción por la música, eso era únicamente una tapadera. El auténtico Shawmut era un promotor astuto cuya *Intro-*

ducción a la apreciación de la música fue adoptada por un centenar de escuelas («cosa que no se produce por sí sola»), lo que le valió un millón de derechos de autor. Me compara a Kissinger, un judío que se hizo fuerte en el sistema, que no tenía ni clase política ni electorado pero logró colocarse gracias a su genio político, actuando como si fuera alguien famoso... Para Walsh es imposible comprender la fortaleza de carácter, incluso la fuerza constitucional y biológica que necesitaría un logro de ese tipo; como apreciar (con el oído cubierto de pelo hundido en la almohada, y la pequeña figura doblada tres veces, como una pequeña salida de incendios, bajo los pliegues del rosado edredón) lo que necesita un hombre educado para lograr una posición de fuerza en medio de unos políticos semianalfabetos. No, la comparación es muy exagerada. Dedicarse a la música del siglo XVIII en la PBS* no es lo mismo que hacerse cargo de la política exterior de los Estados Unidos y hacer frente a borrachos y mentirosos en el Congreso o en el ejecutivo.

¿Un judío honrado? Ése podría ser Ginsberg el Confesor. Sin ocultar ni un solo hecho, Ginsberg agrada a los que odian a los judíos porque exagera todo lo que ellos les atribuyen a los judíos en sus fantasías patológicas. Los engaña, a mi parecer, con una simpleza absurda, con sus sueños reales de encontrar el ano de alguien en su sándwich o con sus poemas sobre clavarse un consolador a sí mismo. Ese erotismo materialista esencial atrae mucho a los estadounidenses, porque es prueba de sinceridad y autenticidad. Es a este nivel al que te dicen que se encuentran «al mismo nivel» que tú, aunque las deformidades y extremidades que se perciben deban asignarse por supuesto a otra persona, a algún marica morfinómano o a un yonqui raro. Cuando te dicen que están «a tu nivel», mi consejo es que escondas inmediatamente tu dinero.

Yo, sin embargo, veo que en Ginsberg hay algo más que eso. Es cierto que hace un papel de judío tradicional con su autodegradación cómica, exactamente como se hacía en la Roma antigua, y probablemente antes. Pero hay algo más, igualmente tradicional. Debajo de todo ese candor revelador (o de su autodestrucción con agravantes) se encuentra su pureza de corazón. Como judío americano que es debe afirmar y justificar también la democracia. Los Estados Unidos están destinados a convertirse en uno de los

* PBS: Public Broadcasting Service, empresa de radio y televisión pública de Estados Unidos. (N. de la T.)

mayores logros de la humanidad, una nación hecha con muchas naciones (sin excluir a la nación rara: ¿cómo puede dejarse a nadie fuera?). Los propios Estados Unidos han de ser el mayor de los poemas, como profetizó Whitman. Y el único representante vivo auténtico del trascendentalismo americano es ese gordo, calvo y barbudo homosexual con gafas sucias, inocente en su suciedad. La pureza procede de la suciedad, señorita Rose. Ese hombre es un microcosmos judío de esta tierra de Midas cuyos cadáveres enterrados hacen surgir frutos dorados. No se trata de un judío que va a Israel para luchar con el Levítico en la mano a fin de justificar su homosexualidad. Es un marica con una profunda fe budista en América, su tierra natal. El enemigo capitalista petroquímico (un enemigo que necesita redención sexual y religiosa) está justo aquí, en casa. ¡Quién puede dejar de amar a un comediante así! Además, Ginsberg y yo nacimos bajo el mismo signo, los dos teníamos madres locas y nos gustan las frases inspiradas. Yo, sin embargo, me niego a dar demasiado valor a la vida erótica. No creo que el camino de la verdad tenga que pasar por todas las zonas de la masturbación y la sodomía. Pero él es coherente; hay que decir en su descargo que va hasta el final, cosa que no puede decirse de mí. De los dos, él es el más americano. Él es miembro de la Academia Americana de las Artes y las Letras, y a mí ni siquiera me han propuesto como candidato; y, aunque él haya insinuado que algunos de nuestros más recientes presidentes eran imbéciles, nunca le han pedido que devuelva sus premios y medallas nacionales. Mientras más habla en contra de ellos (¿utilizaba LBJ* el LSD?), es probable que le den todavía más medallas. Por tanto tengo que admitir que él está más cercano a la corriente principal de pensamiento americano de lo que lo estoy yo. Yo ni siquiera tengo aspecto americano. (Ginsberg tampoco, si vamos a eso.) Yo nací en Hammond, Indiana (justo antes de la ley seca mi viejo tenía allí un saloon), pero podría venir directo de Kiev. Desde luego no tengo el cuerpo de un nativo de Indiana: soy alto pero encorvado, y mis nalgas están más arriba que las del resto de la gente. Siempre he tenido la impresión de que mis piernas eran desproporcionadamente largas: haría falta un ingeniero para averiguar la dinámica de este cuerpo. Aparte de negros y paletos, en Hammond hay sobre todo extranjeros, muchos de ellos ucranianos y finlandeses. Éstos, sin embargo, tienen un aspect-

* LBJ: Lyndon Baines Johnson, presidente norteamericano entre 1963 y 1969. (N. de la T.)

to completamente americano, mientras que yo reconozco rasgos como los míos en las decoraciones de arte de las iglesias rusas: los rostros compactos, con ojos pequeños y redondos, las cejas arqueadas y las cabezas calvas de los iconos. Y, en las situaciones sumamente delicadas en las que se requieren rasgos primordiales del americano como son la prudencia y la discreción, yo siempre pierdo el control y soy, como dicen los árabes, esclavo de mi propia lengua.

Hasta aquí ha sido divertido, con lo que quiero decir que he evitado un examen riguroso, señorita Rose. Pero necesitamos acercarnos más al tema. Tengo que disculparme con usted, pero también hay aquí un misterio (quizás de karma, como sugiere la vieja señorita Gracewell) que está pidiendo a gritos que lo investiguen. ¿Por qué dice nadie unas cosas como las que yo le dije a usted? Bueno, es como si un hombre fuera a salir en un día hermoso, un día tan hermoso que lo presionara de manera incomprensible a hacer algo, a llevar a cabo una acción acorde con el día, porque si no se sentiría como un inválido en una silla de ruedas junto a la orilla del mar, un-hipocondriaco cuya enfermera le dice: «Quédese aquí sentado y observe las olas».

Mi difunta esposa era una mujer amable, delgada, bastante pequeña, construida según un principio medieval estricto. Tenía una manera especial de juntar las palmas de las manos bajo la barbilla cuando yo la molestaba, como si estuviera rezando por mí, y su color rosado se volvía más intenso, casi rojo. Sufría muchísimo con mis ataques y asumía el deber de reparar lo que yo había hecho, protegiendo mi reputación y convenciendo a la gente de que en realidad yo no quería hacer ningún daño. Era morena y su cutis era fresco. Si debía ese color a su salud o a su excitabilidad era algo discutible. Tenía los ojos ligeramente prominentes, pero no había en ellos ninguna deformidad; por lo que a mí respecta aquél era uno de sus rasgos más bellos. Era de origen austriaco (de Graz, no de Viena), refugiada. Nunca me atraieron las mujeres de mi propio tamaño: dos personas altas formarían al juntarse un lío incomprensible. Además, yo prefería tener que buscar lo que quería. Cuando estaba en la escuela, nunca tuve ningún intetés sexual por mis profesoras. Me enamoré de la chica más pequeña de la clase, y seguí con mis gustos primigenios casándome con una mujer pequeña del tipo de Van der Weyden o Lucas Cranach. El color rosado no se limitaba a su rostro. Tenía en la piel algo que no era exactamente de

nuestra época, y su idea de la gracia también se remontaba a una época anterior. Había en ella un estilo inclinado: su figura se inclinaba cuando caminaba, las manos se inclinaban en la muñeca mientras cocinaba, comía así también, inclinaba la cabeza atentamente cuando se le decía algo serio y abría un poco la boca para instarte a que tuvieras más sentido común. En las cosas de principio, aunque fuera profundamente irracional, también era obstinada. La muerte ha puesto a Gerda fuera de la circulación, y ya la han envuelto y enviado lejos de manera definitiva. Ya no queda nada de aquel cuerpo rígido y sonrosado ni de los rosados pechos, como tampoco queda nada de aquellos ojos saltones y azules.

Lo que le dije a usted al pasar por la puerta de la biblioteca a ella la habría horrorizado. Le sentaba muy mal que yo fuera desagradable con la gente. Le pondré un ejemplo. Esto se produjo años después, en otra universidad (esta vez auténtica), una noche que Gerda organizó una cena para un gran grupo de académicos: los tres estamentos sociales estaban reunidos alrededor de nuestra mesa de cerezo escandinavo. Yo ni siquiera sabía quiénes eran los invitados. Después del plato principal, se mencionó a un cierto profesor Schulteiss. Era uno de aquellos tipos polivalentes y fanfarrones que molestaban a todo el mundo. Ya podía tratarse de cocina china o de física de las partículas o de las relaciones entre el bantú y el suahili (si es que había alguna), o de la razón por la que Lord Nelson amaba tanto a William Beckford o del futuro de la ciencia de las computadoras, uno no era capaz de interrumpirlo lo suficiente como para quejarse de que no te dejara meter ni una palabra. Era un hombre grande con barba, con un estómago que desafiaba los asaltos y las puntas de los dedos retorcidas, de manera que, si yo hubiera sido dibujante, lo habría retratado cantando al estilo tiroles, con unos mostachos negros y las puntas de los dedos echadas hacia atrás. Uno de los invitados me dijo que Schulteiss estaba terriblemente preocupado porque nadie sería lo bastante sabio como para escribir una esquila cuando él muriera. «No sé si yo estoy cualificado para ello —dije—, pero me encantaría hacerlo, si eso lo conforta en algo». A la señora Schulteiss, que yo no podía ver por las flores que había encima de la mesa, le estaban sirviendo el postre en aquel momento. No importaba si me había oído o no, porque de inmediato cinco o seis de los invitados repitieron lo que yo había dicho, y la vi mover a un lado las flores para mirarme.

Por la noche traté de convencer a Gerda de que no se había hecho ningún daño real. Anna Schulteiss no era fácil de herir.

Ella y su marido estaban siempre peleados... ¿Por qué si no había venido sin él? Además, era difícil de imaginar lo que pensaba y sentía; algunas de sus partículas (en referencia a los conocimientos de Schulteiss en el campo de la física de partículas) estaban seguramente fuera de sitio. Este tipo de comentarios sólo empeoraba las cosas. Pero Gerda no me dijo eso, sólo se quedó muy rígida en su lado de la cama. Era una artista consumada en lo tocante a respiración nerviosa por la noche, y cuando suspiraba con fuerza no había forma de dormir. Yo me dejé dominar por la misma rigidez y sufrí con ella. El adulterio, que rara vez me tentó, no me habría provocado más culpa. Mientras yo me tomaba mi café por la mañana Gerda telefoneó a Anna Schulteiss y quedó con ella para comer. Más tarde, fueron juntas a un concierto. Antes de que pasara un mes ya estábamos cuidando a los niños de los Schulteiss en su pequeña y sucia casita de la universidad, que habían convertido en un montón de escombros de la edad de piedra. Cuando habíamos llegado a aquella fase de reconciliación, Gerda se sintió mejor. Sin embargo, lo que yo creía era que un hombre que se permitía hacer aquellas bromas debería ser lo suficientemente desenvuelto como para llegar hasta el final, y no sucumbir ante la conciencia tan pronto como las palabras salían de su boca. Debía llevar las cosas hasta el fin como el principesco Kippenberg. En todo caso, ¿quién era el auténtico Shawmut, el hombre que gastaba bromas insultantes o el que se había casado con una mujer que no podía soportar que nadie resultara herido por sus insultos?

Se preguntará usted: con una mujer deseosa de luchar hasta la muerte para preservarlo de la venganza de las personas que usted quiere, ¿no se sentía perversamente tentado a causar problemas, sólo para seguir avanzando? La respuesta es no, y la razón no es sólo que yo amaba a Gerda (mi amor se vio terriblemente confirmado por su muerte), sino también que cuando yo decía las cosas las decía sólo por el arte, es decir, sin perversidad ni malicia, ni tampoco como si la malicia tuviera un efecto parecido al alcohol y a mí me emborrachara esa maldad. Eso lo rechazo. Sí, tiene que haber algo de provocación en todo ello. Pero lo que sucede cuando me provocan sucede porque la tierra cede bajo mis pies, y entonces, aunque procedentes de lados opuestos de los cielos, recibo golpes simultáneos en ambos oídos. Me quedo sordo, y tengo que abrir la boca. Gerda, con su forma simple de ver las cosas, trataba de neutralizar los malos efectos de las palabras que salían de mi boca y trazaba planes para recuperar la amistad de todo tipo de

personas poco probables cuyas partículas fundamentales faltaban y que no tenían capacidad para la amistad ni interés por ella. A esas personas les enviaba azaleas, begonias, flores cortadas, y llevaba a las mujeres a comer. Volvía a casa y me decía en serio cuántos hechos fascinantes había aprendido sobre ellos, lo poco que les pagaban a sus maridos, o que sus padres eran viejos y estaban enfermos, o que había locura en la familia, o chicos de quince años que robaban casas o que estaban enganchados a la heroína.

Yo nunca le dije nada malo a Gerda, sólo a la gente que me provocaba. El suyo es el único caso que recuerdo en el que no hubo provocación. Señorita Rose..., de ahí esta carta de disculpa, la primera que he escrito nunca. Usted es la causa de mi examen de conciencia. Tengo intención de volver a esto más tarde. Pero ahora estoy pensando en Gerda. Por ella intenté controlarme, y al final empecé a aprender el valor de mantener la boca cerrada, y cómo puede fortalecer a un hombre el bloquear las palabras inspiradas y dejar que la maldad (si en efecto es maldad) se absorba de nuevo en el sistema. Como el «discurso correcto» de los budistas, me imagino. Lo del «discurso correcto» es pura fisiología. Y ¿tenía mucho sentido escoger las palabras que uno iba a pronunciar en un momento en que las palabras se habían hundido en la grosería y la decadencia? Si volviera por aquí La Rochefoucauld, la gente se volvería de su lado a mitad de frase, y bostezaría. ¿Quién necesita máximas ahora?

Los Schulteiss eran colegas, y Gerda se dedicaba a ellos, tenía acceso a ellos, pero había ocasiones en que no podía protegerme. Por ejemplo, una vez estábamos en una cena formal de la universidad, y yo estaba sentado junto a una anciana que donaba millones de dólares a compañías de ópera y orquestas. Aquella noche yo era algo parecido a la estrella y llevaba frac con corbata blanca, porque acababa de dirigir un concierto del *Stabat Mater* de Pergolesi, seguramente una de las obras más conmovedoras del siglo XVIII. Uno podría haber pensado que esa música me había ennoblecido, por lo menos hasta la hora de irme a la cama. Pero no, pronto empecé a buscar problemas. No era por accidente que yo estuviera a la derecha de la señora Pergamon. Estaba destinada a recibir un empujón para que hiciera una gran contribución. Alguien había imaginado una *schola cantorum*, y se suponía que yo era el que tenía que convencerla (con tacto). El asunto se introdu-

ciría más tarde. Francamente, a mí no me gustaban los tipos que estaban detrás de aquel plan. No eran mala gente, pero una gran subvención les habría dado más poder del que era bueno para nadie. El viejo Pergamon le había dejado a su mujer una fortuna prodigiosa. Tener tanto dinero era casi un atributo sagrado. Y yo también había dirigido música sacra, de manera que era lo sacro contra lo sacro. La señora Pergamon me hablaba de dinero, ni siquiera había mencionado el *Stabat Mater* ni mi interpretación. Es cierto que en los Estados Unidos el dinero predomina sobre todos los demás temas en una proporción de mil a uno, pero en aquella ocasión no se debía haber dejado de hablar de la música. La vieja me explicaba que los grandes filántropos tenían un acuerdo entre ellos, y cómo se repartían por campos entre Carnegie, Rockefeller, Mellon y Ford. En el extranjero estaban los diversos intereses de los Rotschild y la fundación Volkswagen. Los Pergamon se dedicaban fundamentalmente a la música. Mencionó las sumas gastadas en compositores electrónicos, música de computador, que yo detesto, y todo aquel tiempo yo estaba rabioso aunque a ella le dirigiese una mirada de perfecta cortesía desde Kiev. Había visto en la calle su limusina con los guardias del campus montando guardia, ayudando a la policía de la ciudad. Los diamantes en su pecho yacían como los lagos Finger entre las montañas. Me veo obligado a decir que aquella conversación sobre dinero tuvo sobre mí unos efectos curiosos. Llegó a lugares muy profundos. Mi difunto hermano, cuya vida estuvo enteramente dedicada al dinero, había sido el favorito de mi madre. Sigue siendo su favorito, y ella ya tiene más de noventa años. Al final oí cómo la señora Pergamon planeaba escribir sus memorias. Entonces le pregunté (y Nietzsche podría haber descrito aquella pregunta como surgida de mi *fatum* interior): «¿Utilizará usted una máquina de escribir o una calculadora?».

¿De verdad era necesario que yo dijera eso? ¿De verdad dije eso? Era demasiado tarde para preguntar, la rempestad había estallado. Me miró con bastante calma. Ella era una gran dama, y yo era de Bedlam. Como no había ninguna reacción visible en su viejo rostro difuso, y el azul de sus ojos estaba maravillosamente aclarado y aumentado por sus gafas, me sentí tentado a creer que no me había oído o que no me había comprendido. Pero no coló. Cambié de tema. Yo tenía entendido que, a pesar del interés casi exclusivo por la música, de vez en cuando ella había apoyado la investigación científica. La prensa informaba de que había dotado de fondos un proyecto para la investigación sobre la epilepsia. In-

mediatamente traté de hablar de epilepsia. Mencioné el ensayo de Freud en el que se formulaba la teoría de que un ataque de epilepsia era una dramatización de la muerte del padre de uno. Por eso es por lo que te ponía tieso. Pero, dándome cuenta de que mi esfuerzo por escapar sólo estaba empeorando las cosas, opté por dejarlo y me quedé allí en silencio y frío. Me concentré con toda mi alma en el *fatum*. *Fatum* significa que en cada ser humano hay algo inaccesible al examen. Ése no puede aprender nada. Quizás está basado en la Voluntad de Poder, y esa Voluntad de Poder no es nada menos que el Ser en sí. Conmovido, o, como dirían los jóvenes, acarajotado por el *Stabat Mater* (la madre gloriosa que no me había defendido a mí), yo había sentido el impulso de hablar desde las profundidades de mi *fatum*. Me parece que no entendí en absoluto a la vieja señora Pergamon. Hablarme a mí de dinero era por su parte amabilidad, incluso magnanimidad: un hombre que conocía a Pergolesi era como si fuera rico y una podía dirigirse a él casi como a un igual. Y, a pesar de mí, hizo una donación a la *schola cantorum*. Uno no penaliza a una institución porque en una cena un imbécil le hable como un salvaje. Era tan sumamente vieja que ya había visto a todos los tipos de maniaco que existen. Quizás yo me sorprendí a mí mismo más que a ella.

Se estaba comportando con gracia, señorita Rose, y yo traté de ser más listo que ella, de adelantarla en una curva peligrosa. ¿Un concurso de fuerza? ¿Qué podía significar aquello? ¿Por qué necesitaba yo fuerza? Bueno, es posible que la necesitara porque desde una posición de fuerza uno puede decir lo que sea. Los hombres poderosos ofenden a quien quieren con impunidad. Por ejemplo pongamos lo que dijo Churchill sobre un miembro del Parlamento de nombre Driberg: «Es el hombre que hizo que la pederastia cayera en descrédito». Y Driberg, en vez de sentirse ofendido, se sintió halagado, de manera que, cuando otro miembro del Parlamento proclamó que aquel comentario había sido hecho sobre él, insistió en que era su nombre el que había pronunciado Churchill, Driberg le dijo: «¿Tú? ¿Por qué reconocería Winston la presencia de un marica insignificante como tú?». Esta pelea divirtió a Londres durante varias semanas. Pero, claro, Churchill era Churchill, el descendiente de Marlborough, su gran biógrafo, y también el salvador de su país. Que él te insultara te garantizaba un lugar en la historia. Sin embargo, Churchill era un vestigio de una era más civilizada. El caso de Stalin era menos civilizado. Stalin, una vez que recibió a una delegación de comunistas polacos en el Kremlin, dijo: «Pero ¿qué ha sido

de aquella mujer tan inteligente, la camarada Z?». Los polacos se miraron los pies. Porque, como el propio Stalin había ordenado el asesinato de la camarada Z, no había nada que decir.

Eso es desprecio, no ingenio. Es despotismo oriental, directamente, señorita Rose. Churchill era humano, Stalin sólo un coloso. En cuanto a nosotros, aquí en América, somos una civilización demótica, híbrida. Tenemos nuestras virtudes pero no conocemos el estilo. Únicamente porque en la sociedad americana no hay lugar para el estilo (en el sentido del estilo de Voltaire o Gibbon, estilo al modo de Saint-Simon o Heine) es por lo que es posible para un hombre como yo hacer esas declaraciones, con las que no perjudica a nadie más que a sí mismo. Si la gente se siente ofendida, es por la «intención hostil» que incluyen, no por la agudeza de las palabras. Entonces me clasifican como una curiosidad filosófica, una personalidad retorcida. Nunca se les ocurre tener una visión completa o biográfica. En el sentido auténtico de la palabra, la biografía se ha apartado de nosotros. Todos revoloteamos como pollos recién nacidos entre los pies de los grandes ídolos, los monumentos del poder.

De manera que ¿qué son las palabras? Un abogado, el primero, aquel que me representó en el caso contra las propiedades de mi hermano (el segundo fue el hermano de Gerda), el abogado número uno, que se llamaba Klaussen, me dijo cuando hubo que redactar una carta importante: «Hágalo *usted*, Shawmut. Usted es el hombre que tiene las palabras».

—¿Y usted es la puta con diez coños!

Pero esto no lo dije. Él era demasiado poderoso. Yo lo necesitaba. Yo tenía miedo.

Pero era inevitable que lo ofendiera, y al final lo hice.

No sé decirle *por qué*. Es un misterio. Cuando traté de hablar del ensayo sobre epilepsia de Freud con la señora Pergamon, quería indicarle que yo mismo era objeto de extraños ataques que recordaban a la enfermedad. Pero no era sólo patología cerebral, lesiones, o química con Q mayúscula. Era una especie de perversa *gaieté de cœur*. ¿Elementos de venganza, o blasfemias? Bueno, quizá. ¿Y dónde dejamos la inspiración demoniaca, los energúmenos, o al dios Dionisos? Tras un inquietante almuerzo con Klaussen en su formidable club, donde me intimidó en un comedor lleno de bravucones, una escena de Daumier (a mí me había vencido diez o doce veces, había echado abajo todas mis sugerencias, y yo le había pagado una fianza de veinticinco mil dólares, pero Klaussen

todavía no se había molestado en enterarse de los hechos elementales del caso), después del almuerzo, como digo, cuando caminábamos por el vestíbulo del club, donde unos jueces federales, políticos de la gran máquina, vendedores de alimentos y presidentes de juntas diversas, conferenciaban en voz baja, se oyó un gran ruido. Unos obreros habían echado abajo todo un muro. Le dije a la recepcionista: «¿Qué sucede?». Ella contestó: «Están cableando todo el club de nuevo. Hemos estado teniendo problemas con el suministro de electricidad por culpa del viejo sistema eléctrico». Yo fui y le dije: «Mientras lo hacen podrían aprovechar para electrocutar a la gente del corredor».

Al día siguiente Klaussen me notificó que, por una u otra razón, ya no podía representarme. Yo era un cliente incompatible.

El intelecto del hombre que declara su independencia del poder mundano: muy bien. Pero yo había ido a Klaussen en busca de protección. Lo elegí porque era grande y arrogante, como los tipos que había contratado la viuda de mi hermano. Mi difunto hermano me había engañado. ¿Quería yo recuperar mi dinero o no? ¿Estaba luchando o gateando? Porque en los tribunales uno necesita descaro, o es muy arrogante o no consigue nada. Y con Klaussen, como con la señora Pergamon, no había nada que Gerda pudiera hacer: no les podía enviar flores ni los podía sacar a comer. Además, ella ya estaba enferma. Se moría pero le preocupaba mi futuro. Discutía conmigo.

—¿Por qué tenías que pincharlo? Es un hombre orgulloso.

—Cedí ante mi debilidad. ¿Qué me pasa? ¿Es que soy demasiado bueno para ser un hipócrita?

—La hipocresía es una gran palabra... Más bien se trata de dar un poco de coba.

Y, una y otra vez, yo decía lo que no debía, especialmente teniendo en cuenta su estado de salud:

—Hay muy poca distancia entre dar coba y besar un culo.

—Ay, mi pobre Herschel, ¡nunca cambiarás!

Entonces se estaba muriendo de leucemia, señorita Rose, y tuve que prometerle que pondría mi caso en manos de su hermano Hans. Ella creía que por ella su hermano me sería leal. Es cierto que a ella la quería. Quería a su hermana. Pero como abogado era un desastre, no por nada sino porque era en esencia un timador malo. Además, simplemente estaba loco.

Abogados, abogados. ¿Por qué necesitaba yo todos esos abogados?, me preguntará usted. Porque quería mucho a mi hermano. Porque hicimos negocios juntos, y no se pueden hacer negocios sin abogados. Se han construido una posición en el centro mismo del dinero: la fuerza en el centro de aquello que es más fuerte. Algunos de los pasajes más alegres de la carta de Walsh se refieren a mi horrible litigio. Me dice: «Siempre supe que eras un tonto». Él mismo se preocupó mucho por no serlo nunca. Y no es que cualquier hombre pueda estar siempre absolutamente seguro de que su prudencia es perfecta. Pero contratar abogados es una prueba firme de que es uno un primo. En eso reconozco que Walsh tiene razón.

Mi hermano, Philip, me había ofrecido una propuesta de negocio, y aquello también fue culpa mía. Cometí el error de decirle cuánto dinero me había aportado mi libro sobre la apreciación de la música. Esto lo impresionó. A su mujer le dijo: «Tracy, ¡adivina quién está cargado de dinero!». Y entonces me preguntó: «¿Qué vas a hacer con ese dinero? ¿Cómo te proteges contra los impuestos y la inflación?».

Yo admiraba a mi hermano, y no porque fuera un «hombre de negocios creativo», como decía él en la familia (eso para mí significaba bien poco), sino porque..., bueno, de hecho no hay ningún «porque», está sólo lo *dado*, un sentimiento de toda la vida, un misterio. Su interés por mis finanzas me excitó. Por una vez me habló en serio, y eso me volvió loco. Le dije: «Yo ni siquiera he intentado nunca hacer dinero, y ahora estoy hundido en él». Una declaración así era muy poco ingenua. Si lo prefiere, era una mentira. Adoptar ese tono también era un error, porque significaba que el dinero no era tan difícil de ganar. El hermano Philip se había vuelto loco por ganarlo mientras que el hermano Harry lo había ganado a montones, como por casualidad, mientras tocaba el violín. Esto, ahora lo reconozco, era una provocación. Tomó nota de ello con mala cara. Incluso vi cómo tomaba esa nota mentalmente.

De niño, Philip era muy gordo. Teníamos que dormir juntos y era como compartir la cama con un manatí. Desde entonces, había adelgazado bastante. De perfil su rostro era ancho, con bolsas bajo los ojos, un rostro astuto y serio encima de un cuerpo fuerte. Mi difunto hermano era un hombre habilidoso. Era capaz de hacer planes a largo plazo. Sobre mí tenía la suprema ventaja de la

distancia. Mi debilidad era mi cariño por él, despreciable en un varón adulto. Él recordaba ligeramente a Spencer Tracy, pero era más astuto y agudo. Tenía un bronceado de Texas, el peinado «a la moda», no simplemente del barbero, y llevaba anillos mexicanos en todos y cada uno de sus dedos.

Nos invitaron a Gerda y a mí a visitar sus propiedades cerca de Houston. Allí vivía por todo lo alto, y cuando me mostró el lugar me dijo:

—Todas las mañanas cuando abro los ojos me digo: «Philip, vives justo en medio de un parque. Tienes todo un parque para ti».

Yo le respondí:

—Desde luego, es tan grande como el Douglas Park de Chicago.

Él me detuvo porque no deseaba oír hablar del viejo West Side, de nuestros deprimentes orígenes. Roosevelt Road con sus puestos de pollos apiñados en las aceras, el molinillo de rábano del Talmud en la puerta de la pescadería o el drama diario de la cocina de los Shawmut en Independence Boulevard. Él odiaba aquellos recuerdos míos, porque él estaba plenamente americanizado. Por otro lado, él no pertenecía más a esta ciudad de Texas que yo. Quizás era eso: nadie pertenecía a este lugar. Numerosos empresarios fracasados lo habían precedido en este parque privado, petroleros y promotores inmobiliarios que habían hecho que este monumento se construyera. Uno tenía la sensación de que todos debían haber muerto en refugios para los sin techo o en manicomios del Estado, maldiciendo el grandioso destino que ahora pertenecía a Philip, o parecía pertenecerle. La verdad era que a él tampoco le gustaba; no tenía más remedio que aguantarse con él. Lo había comprado por diversas razones simbólicas, y por la presión de su mujer.

En confianza me dijo que tenía una inversión estupenda para mí. La gente se acercaba a él con cientos de miles de dólares para que los dejara participar, pero él los rechazaba a todos por mí. Por una vez estaba en posición de hacer algo por mí. Después me expuso sus condiciones. La primera condición era que nunca lo iba a cuestionar, así hacía él los negocios, pero yo podía estar seguro de que me protegería como un hermano y de que no había nada que temer. En aquellos jardines fragantes, pasó por un instante (no más) al yidish. Nunca iba a dejar que apoyara mi cabeza sensata en un lecho de enfermo. Entonces volvió a cambiar. Me dijo que su mujer, que era la mejor mujer del mundo y la propia

alma del honor, respetaría sus compromisos y llevaría a cabo sus deseos con fanática fidelidad si algo le fuera a suceder a él. Su fidelidad fanática para con él era fundamental. Según él, yo no entendía a Tracy. Era una mujer difícil de conocer pero auténtica, y él no iba a consentir que hubiera ninguna cláusula en nuestro acuerdo que la obligara a ella formalmente. Ella se ofendería y él también. Y no creará usted, señorita Rose, cómo me impresionaron todos estos clichés. Respondí como si fuera el acelerador que estaba bajo sus gordos y elegantemente calzados pies, un acelerador que introducía sangre, y no gasolina, en mi motor mortal. Yo estaba loco por mis sentimientos y le dije que sí a todo, ¡sí, sí! El plan era crear una fábrica de piezas de repuesto de automóviles, la mayor de Texas, que suministraría piezas a todo el sur y también a América Latina. Los grandes exportadores alemanes e italianos buscaban piezas de repuesto, como todo el mundo sabía; yo había experimentado esto por mí mismo, ya que una vez tuve que esperar cuatro meses a que me enviaran un estabilizador de la rueda delantera para mi BMW que no se podía obtener en los Estados Unidos. Pero no fue la propuesta de negocio lo que me embolsó, señorita Rose. Lo que me afectó fue el hecho de que mi hermano y yo estuviéramos realmente asociados por primera vez en nuestras vidas. Como nuestra empresa conjunta no podría ser nunca algo relacionado con Pergolesi, tenía que ser necesariamente algún negocio. A mí me movían de manera irracional emociones que habían esperado toda una vida para expresarse; debieron introducirse en mi corazón a una edad muy temprana, y ahora salían con toda su fuerza para arrastrarme hasta el fondo.

—¿Qué tienes tú que ver con las piezas de automóviles?
—dijo Gerda—. ¿Y la grasa, y el metal, y todo ese ruido?

Yo le dije:

—¿Qué ha hecho nunca el Servicio de Impuestos por la música para poder quedarse con la mitad de mis ganancias?

Mi mujer era una mujer culta, señorita Rose, y lo que hizo fue empezar a releer algunos libros y a contármelos, especialmente a la hora de acostarnos. Repasamos gran parte de la obra de Balzac. *Père Goriot* (lo que las hijas pueden hacerle a un padre), *Le cousin Pons* (cómo un inocente anciano fue hundido por sus parientes que ambicionaban su colección de arte)... Un pariente tímido detrás de otro, y todos ellos sin piedad. Me relató la destrucción del pobre César Birotteau, el confiado perfumista. También me leyó pasajes de Marx sobre la destrucción del parentesco por el

capitalismo. Pero nunca se me ocurrió que esos males pudieran afectar a un hombre que los había leído. Yo había leído sobre las enfermedades venéreas y nunca había contraído ninguna. Además, ya era demasiado tarde para hacer caso de un aviso.

En mi último viaje a Texas visité los enormes y humeantes terrenos de demolición de automóviles y, de vuelta en la mansión, Philip me contó que su mujer se dedicaba ahora a criar pit bulls. Puede que hayan leído ustedes algo sobre estas criaturas, que han escandalizado a los americanos amantes de los animales. Son los más terroríficos de todos los perros. Parte terrier, parte bulldog inglés, de piel suave y amplio pecho, inmensamente musculosos, atacan a todos los extraños, sean niños o adultos. Como no ladran no hay ningún aviso. Su intención es siempre matar, y una vez que han empezado contigo no hay nadie capaz de hacer que se retiren. La policía, si llega a tiempo, tiene que dispararles. En el foso, los perros luchan y mueren en silencio. Los aficionados apuestan millones de dólares en las peleas (que son ilegales, pero ¿qué importa?). Las sociedades de protección de animales y los grupos de defensa de las libertades civiles no saben muy bien cómo defender a estos animales asesinos o los derechos legales de sus propietarios. En Washington hay un grupo que trata de exterminar esta raza, y mientras tanto los entusiastas siguen experimentando y haciendo todo lo posible para crear el peor de todos los perros.

Philip estaba sumamente orgulloso de su mujer.

—Tracy es una joya, ¿verdad? —decía—. Estos animales te dan la posibilidad de ganar mucho dinero. Siempre confío en ella cuando se interesa por una nueva moda. Hay gente que viene de todo el país para comprarle cachorros.

Me llevó a las perreras para mostrarme los pit bulls con orgullo. Cuando pasábamos a su lado, colocaban las patas en las rejas de metal y nos enseñaban los dientes. No me gustó aquella visita. Mis propios dientes temblaban. El propio Philip no estaba cómodo con los animales en absoluto. Él era su propietario, eran activos que tenía, pero no era el amo. Tracy, apareciendo en medio de los perros, me saludó en silencio con una inclinación de cabeza. Los empleados negros que llevaban la carne eran tolerados.

—Pero Tracy —dijo Philip— es su diosa.

Es posible que me paralizara el miedo, porque no se me ocurrió decir nada satírico ni irónico. Ni siquiera fui capaz de recordar ninguna impresión graciosa para contarle luego a Gerda, cuya diversión me preocupaba mucho en aquellos tristes días.

Pero como un eco, que es mi verdadera naturaleza, traté de conectar la crianza de estos terribles perros con el tono general del país. Los pros y los contras de la cuestión añaden algunas líneas curiosas al perfil espiritual de los Estados Unidos. No hace mucho, una señora escribió al *Boston Globe* que había habido un error de juicio en los Padres Fundadores al no considerar el bienestar de los perros y gatos en esta democracia, teniendo en cuenta cómo es la gente. Los fundadores fueron demasiado blandos con la maldad del hombre, según ella, y en la Carta de Derechos se tendría que haber previsto la seguridad de esos inocentes que están obligados a depender de nosotros. El primer contacto que se me ocurrió era que el igualitarismo se estaba extendiendo ahora a los perros y los gatos. Pero no era simple igualitarismo, sino una fusión de distintas especies; la línea entre el hombre y los demás animales se estaba volviendo confusa. Un perro te va a dar más autenticidad de la que sacarás nunca de un amante o de un padre. Me parece recordar que en los años treinta (¿habré leído esto en las memorias de Lionel Abel?) el surrealista francés André Breton quedó escandalizado cuando visitó a León Trotsky en su exilio. Mientras ambos hombres hablaban de la revolución mundial, el perro de Trotsky se acercó para que lo acariciaran y Trotsky dijo: «Éste es mi único amigo auténtico». ¿Qué? ¿Un perro el amigo de este teórico marxista y héroe de la Revolución de Octubre, el organizador del Ejército Rojo? Los actos simbólicos surrealistas, como es disparar al azar a una muchedumbre en la calle, Breton podía recomendarlos públicamente, pero ponerse sentimental por un perro como cualquier burgués era algo chocante. Los psiquiatras de hoy en día no se escandalizarían. Si se les pregunta a quién quieren más, sus pacientes responden cada vez más a menudo: «A mi perro». A este paso, se está convirtiendo en una auténtica posibilidad lo de ver a un perro en la Casa Blanca. No un pit bull, desde luego, pero sí un hermoso y dorado perro doméstico cuyo veterinario sería entonces el secretario de Estado.

No le comuniqué estas reflexiones a Gerda. Como tampoco le dije que Philip también estaba enfermo, porque habría sido inquietante para ella. Había estado yendo a un médico. Tracy lo había metido en un programa de forma física. Por las mañanas entraba en el anexo del dormitorio principal, en el que se había montado el equipo de gimnasia más moderno. Con unos calzones de boxeador de seda más largos de la cuenta (me parece que estaban decorados como un whisky amargo, porque tenían dibujos de trozos de naran-

ja parecidos a ruedas), se colgaba con sus gordos brazos del brillante aparato, corría en una rueda con un metro, y tiraba de los pesos. Cuando se ejercitaba en el Exercycle, las ruedas como gajos de naranja de sus calzones ampliaban la fantasía del vehículo, pero no iba a ninguna parte. Qué cosas tan extrañas hacía ahora que era rico, ¡qué posición más falsa tenía! Sus hijos adolescentes eran sureños reaccionarios. El druídico musgo español vibraba al son de la música rock. Los perros criados para la crueldad esperaban su momento. Daba la impresión de que mi hermano era únicamente el administrador de su mujer y de sus hijos.

Y, sin embargo, le gustaba que yo lo observara mientras hacía sus ejercicios e impresionarme con su fuerza. Cuando hacía flexiones, sus caídas tetas tocaban el suelo antes de que lo hiciera su barbilla, pero su serio rostro censuraba cualquier comentario cómico que yo me pudiera sentir inclinado a hacer. Me llamaba para que presenciara que debajo de la grasa había un bloque de fuerza primitiva, en su torso un corazón fuerte, unas grandes venas en su cuello, y en toda su espalda bandas de músculo. «Yo no soy capaz de hacer nada de eso», le dije, y era verdad, señorita Rose. Mi trasero es como una mochila que ha perdido las correas.

No hacía ningún comentario porque yo era un socio general que había invertido seiscientos mil dólares en el despiece de automóviles oxidados. Tres kilómetros detrás de aquel parque privado había grúas y compactadores, y cientos de hectáreas llenas de restos metálicos y polvo. Para entonces yo entendía que la auténtica fuerza detrás de esta empresa era la mujer de Philip, un trozo redondo y bajo de rubia autosuficiencia, tan denso como un meteorito y que, de algún modo, estaba también en las nubes. Pero no, era yo quien estaba en las nubes, mientras que ella era sumamente astuta.

¡Y la mayoría de mis ideas conyugales procedían de la gentileza y atención de mi querida Gerda!

Durante esta última visita a mi hermano Philip, traté de hacerle hablar de nuestra madre. El interés que él se tomaba por ella era mínimo. Los sentimientos familiares no eran de su gusto. Todo lo que tenía era para la familia nueva; para la familia vieja, nada. Me dijo que no recordaba Hammond, Indiana, ni Independence Boulevard.

—Tú eras el único que me importaba —me dijo.

Él era consciente de que había dos hermanas que ya no estaban con nosotros, pero no se le ocurrieron sus nombres. Sin intentararlo siquiera a medias, estaba por encima de André Breton,

y nunca nadie lo podría superar. Para él el surrealismo no era una teoría, era una visión del futuro.

—¿Cuál era el nombre real de Chink?

Yo me eché a reír.

—Cómo, ¿has olvidado el nombre de Helen? Estás fanfarroneando. La próxima cosa que me digas será que no recuerdas tampoco a su marido. ¿Y qué pasa con Kramm? Fue él quien te compró tu primer par de pantalones largos. ¿Y Sabina? Fue ella la que te encontró el trabajo en la tienda de cubos del Loop.

—Se apagan en mi mente —respondió él—. ¿Para qué voy a mantener esas memorias polvorientas? Si quiero detalles puedo hacer que tú me los des. Tú tienes una memoria prodigiosa... ¿Para qué te sirve?

A medida que me hago viejo, señorita Rose, no discuto ese tipo de opinión o juicios sino que tiendo en vez de eso a estudiarlos. Es cierto que yo contaba con la memoria de Philip. Quería que él recordara que éramos hermanos. Yo había esperado invertir mi dinero de manera segura y vivir de los ingresos procedentes de las piezas de los coches: veranos en Córcega, viajes a Londres al comienzo de la temporada musical. Antes de que los árabes hicieran que se pusieran tan caros los edificios en Londres, Gerda y yo habíamos de comprar un apartamento en Kensington. Pero esperamos y esperamos, y no llegaba nada de aquella asociación.

—Estamos ganando mucho —decía Philip—. Para el año que viene podré comprar la hipoteca, y entonces tú y yo tendremos más de un millón para repartirnos. Hasta entonces, tendrás que conformarte con los descuentos en los impuestos.

Y empecé a hablar de nuestra hermana Chink, creyendo que mi único recurso consistía en conmover los sentimientos familiares que pudieran haber sobrevivido en esta atmósfera entre el musgo español electrónicamente preparado por la música rock (mientras, por detrás, los pit bulls se ahogaban en silencio en la violencia de sus instintos sanguinarios). Yo recordaba que en Independence Boulevard habíamos oído una música muy diferente. Chink tocaba por ejemplo *Jimmy tenía diez centavos* al piano, y todos los demás cantábamos a coro, o gritábamos. ¿Recordaba Philip que Kramm, quien conducía un camión de refrescos (era debido al afecto, porque quería mucho a Helen, por lo que la llamaba Chink), podía colocar exactamente una caja llena de botellas en una pequeña abertura en la

* Chink significa «tintineo» en inglés. (N. de la T.)

mismísima cima de la pirámide? No, el camión no estaba exactamente lleno como una pirámide, era un zigurat.

—¿Qué es un zigurat?

Una construcción asiria o babilonia, le expliqué, con terrazas que no llegaban a una cima.

Philip dijo:

—Fue un error enviarte a la universidad, aunque no sé para qué otra cosa habrías servido. Ninguno de los demás pasamos del instituto... Kramm estaba bien, supongo.

Sí, le dije, Chink hizo que Kramm pagara los gastos de mi educación. Kramm había sido soldado de infantería, ¿lo recordaba Philip? Kramm era bajo pero fuerte, con la cara redonda, la piel suave como un tipo de Samoa, y llevaba el pelo negro aplastado contra la cabeza al estilo de Valentino o de George Raft. Él nos mantenía a todos, pagaba la renta de la casa. Nuestro padre, durante la Depresión, vendía por las casas alfombras a las extranjeras del norte de Michigan. Él no podía pagar el alquiler. De arriba abajo, aquella gran casa se convirtió en la responsabilidad de mi madre, y si antes había estado un poco tocada, un poco melodramática, después de los cincuenta parecía que se había vuelto loca. Había algo militar en la manera en que se hacía cargo de la casa. Su puesto de mando era la cocina. A Kramm había que alimentarlo porque nos alimentaba a todos, y comía desmesuradamente. Ella cocinaba bañeras de coles rellenas y de chop suey para él. Él era capaz de comer litros de sopa, o de tragarse entero él solo un pastel de piña. Mamá compraba, pelaba, troceaba, freía, hervía, asaba, horneaba, servía y fregaba. Kramm comía hasta que no podía más y entonces, por las noches, era capaz de salirse de los pantalones del pijama, andando sonámbulo. Iba directo a la nevera. Recuerdo una noche de verano en que lo vi cortar naranjas por la mitad y atacarlas con los dientes. En medio de su sonambulismo se tragó alrededor de una docena, y entonces lo vi volverse a la cama, siguiendo a su barriga hasta la puerta de la habitación.

—Y jugaba en un tugurio llamado La herradura de diamantes. Kedzie y Lawrence —dijo Philip. Sin embargo, no tenía intención de que yo lo arrastrara a ningún recuerdo. Empezó a sonreír un poco, pero siguió básicamente serio y reservado.

Por supuesto. Había empezado uno de sus golpes más grandes.

Cambió de tema. Me preguntó si no admiraba yo la manera en que Tracy administraba su gran fortuna. Era una maga. No

necesitaba decoradores, lo había hecho todo ella misma. Toda la ropa de casa era portuguesa. Los jardines eran maravillosos. Las rosas que ella cultivaba ganaban premios. Los aparatos eléctricos nunca daban problemas. Era una cocinera de primera. Es cierto que los niños eran difíciles. Pero era así como eran los niños de hoy en día. Ella era una psicóloga maravillosa, y en lo esencial aquellos pequeños monstruos estaban bien controlados. Simplemente eran jóvenes americanos. Su mayor satisfacción era que todo fuera tan americano. Y es verdad que lo era: una producción americana de principio a fin.

Para el desayuno, si yo llamaba con insistencia a la cocina, podía tener un café al lado y una rebanada de pan de molde. Me los traía a la habitación una persona negra que no respondía a ninguna pregunta. ¿Había huevos, una tostada, una cucharada de mermelada? Nada. A mí me hiere profundamente que no me den de comer. Mientras, estaba allí esperando que el criado viniera con aquel café helado y el pan comió algodón absorbente, preparando los comentarios que podría hacerle a ella, examinando cómo podía equilibrar la sátira y el atractivo humano. Era una pérdida de tiempo intentar alcanzar un nivel humano con los criados. Estaba claro que yo era un invitado de poca importancia, señorita Rose. Nadie me escuchaba. Casi podía oír cómo se daban instrucciones a los criados para que «descansaran por servicios anteriores» o «utilizaran toda la negligencia que les diera la gana»: las palabras de Goneril en *El rey Lear*. Además, la habitación que me habían asignado había sido ocupada por una de las niñas, que ahora era demasiado grande para ella. El papel de las paredes, ilustrado con Simón el Simple y el Ganso Goosey, en aquel momento me pareció inapropiado (ahora me parece agudamente pertinente).

Y encima estaba obligado a escuchar las alabanzas que hacía mi hermano de su mujer. Una y otra vez me contó lo buena y sabia que era, lo inteligente y buena madre, lo brillante que era como anfitriona y cómo la respetaban los mejores propietarios de las fincas de mayor tamaño. Además, era una consejera astuta. (¡Eso sí que podía creerlo!) Además era cálida cuando él estaba nervioso, era una amante enérgica y le daba a él lo que nunca antes había tenido: paz. Y yo, señorita Rose, con seiscientos mil dólares hundidos allí, me veía obligado a escucharlo, asintiendo como un bobo. Obligado a asentir ante todas aquellas mentiras, a dar mi visto bueno a todas aquellas bondades que él vendía, yo murmuraba las palabras que él necesitaba para terminar sus frases. (¿Cómo se habría reído Walsh!) La muerte exhalaba su aliento sobre ambos her-

manos, tan distintos, con la pura fragancia del aire subtropical: magnolia, madreleiva, azahar, o lo que fuera aquello, golpeando en nuestros rostros. Lo más extraño de todo fue la última confidencia de Philip (¡farsante!). Sólo para mí, susurró en yidish, que nuestras hermanas habían gritado como papagayos, que por primera vez en su vida tenía silencio aquí, tranquilidad doméstica. No era verdad. Allí había música rock amplificadas.

Después de esta pausa, salió con una venganza. Para una cena familiar, fuimos en dos Jaguar a un restaurante chino, un enorme lugar construido en círculos, o pozos para cenar, con mesas elevadas como timbales sinfónicos. Allí Philip montó una escena. Pidió demasiados aperitivos, y cuando la mesa estaba llena de platos llamó al director para quejarse de que lo estaban presionando, él no había pedido porciones dobles de todos aquellos wan-tun fritos, rollitos de primavera y costillas asadas. Cuando el director se negó a retirarlos, Philip fue de mesa en mesa con los platos diciendo: «¡Tengan! ¡Gratis! ¡Yo invito!». Es cierto que los restaurantes siempre lo excitaban, pero aquella vez Tracy tuvo que llamarlo al orden. Le dijo: «Ya basta, Philip, hemos venido para comer, no para elevarle a todo el mundo la presión sanguínea». Pero a pesar de todo unos minutos más tarde él fingió que había encontrado una piedrecita en su ensalada. Yo ya había visto esto antes. Llevaba la piedrecita en el bolsillo adrede. Hasta los chicos estaban hartos de él, y uno de ellos dijo: «Siempre está haciendo lo mismo, tío». A mí me sobresaltó el oírme llamar tío.

Permítame un momento, señorita Rose. Estoy tratando de contarle todo lo antes posible. En toda Vancouver no hay ni un alma con la que poder hablar a excepción de la anciana señora Gracewell, y con ella me tengo que mover por los campos esotéricos. Philip fingió que se había roto un diente, con lo que pasó del americanismo de las revistas femeninas (mujer perfecta, hermosa casa, el más alto nivel de normalidad) al de los reaccionarios sureños de clase baja. Pegándoles gritos a los orientales, ordenándoles a sus hijos que llamaran a su abogado. La idiosincrasia ignorante de una bestia rica americana. Pero ya no se puede ser un ignorante sin sofisticación, hay que ponerse a la altura de lo que uno odia.

Sin embargo, no sirve de nada hablar de «falsa conciencia» o de nada de toda esa basura. Phil se había puesto en manos de Tracy para una americanización plena. Para lograr este privilegio (obsoleto), pagó el precio de su alma. Pero, de todos modos, puede que nunca haya estado absolutamente seguro de que haya al-

guien así con alma. Lo que le molestaba de mí era que yo no dejara de indicar que las almas existían. ¿Qué era yo, un rabino reformista o algo así? A excepción de la ceremonia de un funeral, Philip no habría soporrido a Pergolesi ni dos minutos seguidos. ¿Y acaso yo —olvidándonos de Pergolesi— no andaba buscando una buena inversión?

Cuando Philip murió poco después, puede que haya leído usted en los periódicos que estaba mezclado en negocios sucios en el Medio Oeste, con ladrones que robaban coches caros y los desgastaban para exportarlos por piezas a América Latina y todo el Tercer Mundo. Sin embargo, el delito de Philip no era ése. Con el crédito conseguido con mi dinero, la sociedad compró y revendió tierras, pero muchas de aquellas propiedades carecían de un propietario claro, había derechos en contra. Los compradores defraudados pusieron pleito. Hubo muchos problemas. Cuando lo condenaron, Philip apeló, y después se saltó la fianza y huyó a México. Allí lo secuestraron mientras hacía deporte en el parque de Chapultepec. Sus secuestradores eran buscadores de fortuna. Las compañías que él había dejado a cargo de la Bolsa cuando escapó habían ofrecido un rescate por su devolución. Existen especialistas que son capaces de secuestrar a la gente, señorita Rose, si la recompensa es lo suficientemente grande como para hacer que el riesgo valga la pena. Después de que devolvieran a Philip a Texas, el gobierno de México inició el proceso de extradición basándose en que lo secuestraron ilegalmente, cosa que era cierta. Mi pobre hermano murió mientras hacía flexiones en la prisión de San Antonio durante la hora de los ejercicios. Aquél fue el fin de sus pintorescas aventuras.

Después de que hicimos luto por él, y yo tomé medidas para recuperar mis pérdidas de sus bienes, descubrí que sus bienes personales se elevaban a cero. Había entregado toda su riqueza a su mujer y sus hijos.

No me podían acusar de los delitos de Philip, pero, como él me había hecho socio general, sus acreedores me persiguieron. Conservé los servicios del señor Klaussen, y los perdí por el comentario que hice en la entrada de su club sobre electrocutar a las personas en el comedor. Aquella broma era dura, lo admito, aunque no más dura de lo que suele pensar la gente a menudo, pero el nihilismo también tiene sus escrúpulos, y los profesionales no pueden permitir que sus clientes gasten esas bromas. Klaussen trazó la

línea. Por eso, después de la muerte de Gerda, me encontré en manos de su enérgico pero desequilibrado hermano, Hansl, quien decidió, con motivos suficientes, que yo era un incompetente, y como él creía en la acción rápida, adoptó medidas dramáticas y pronto me colocó en mi posición actual. ¡Menuda posición! Dos hermanos a la fuga, uno al sur y el otro al norte y haciendo frente a la extradición. Por mí ninguna compañía ofrecerá una recompensa. No lo valgo. E, incluso aunque Hansl me prometió que en Canadá estaría seguro, él mismo no se molestó en comprobar la legislación. Fue uno de sus estudiantes el que lo hizo, y como era una chica inteligente y sexy no le pareció necesario examinar sus conclusiones.

Los simpatizantes que saben de lo que hablan, cuando me preguntan quién me representa, quedan impresionados cuando se lo digo. Me respondén: «¿Hansl Genauer? Un tipo realmente listo. Todo va a salir bien».

Hansl se viste de manera muy agresiva, con trajes y camisas de Hong Kong. Es un hombre delgado, y tiene el estilo de un violinista de concierto y unos movimientos que, para un abogado, son plenamente convincentes. Por su hermana («Ella tuvo una vida maravillosa contigo, eso lo dijo hasta el fin»), era, o trataba de ser, mi protector. Yo era un pobre viejo, de luto, incompetente, próspero por casualidad, confiado de manera tonta, al que habían estafado por completo.

—Tu hermano te jodió bien. Él y su mujer.

—¿Ella participó?

—Trata de pensar un poco. ¿Ha contestado ella a alguna de tus cartas?

—No.

Ninguna, señorita Rose.

—Déjame que te diga cómo lo reconstruyo yo —dijo Hansl—. Quería impresionar a su mujer. Le tenía miedo. Por terror, quería hacerla rica. Ella le dijo que ella era toda la familia que necesitaba. Para demostrar que la creía, él tenía que sacrificar a su propia carne y sangre ante la nueva familia. Algo así como: «Yo te doy la vida que soñabas, todo lo que tienes que hacer es cortarle la garganta a tu hermano». Él hizo su parte, apiló pasta sobre pasta sobre más pasta —de todas formas, supongo que no le gustabas— y puso todo el botín a nombre de ella. De manera que, cuando murió, cosa que *nunca* iba a suceder...

La inteligencia es el instrumento de Hansl: lo utiliza como un desconocido, y se inclina con elegancia, como si estuviera

plantando la estructura de una sonata, frase a frase, para su retrasado cuñado. ¿Para qué necesitaba yo todo aquello? Dios mío, ¿es que no hay nadie de mi lado? Mi hermano me engañó por el afecto ciego que yo le tenía como levanta uno a un conejo por las orejas. Hansl, que ahora se hacía cargo del caso, analizó para mí aquella traición, hasta las fibras más finas de sus lazos fraternos, y esto demostraba que él estaba totalmente de mi lado..., ¿verdad? Examinó los libros de mi asociación, cosa que yo nunca me había molestado en hacer, y señaló los engaños de Philip.

—¿Ves? Le alquilaba tierras a su mujer, como propietaria nominal, para su uso por parte de la empresa de desguace, y todos los años ese cerdo se pagó a sí mismo una renta de noventa y ocho mil dólares. Ahí están tus ganancias. Y hay más tratos de ese tipo en todas estas hojas de balance. Mientras tú planeabas pasar los veranos en Córcega...

—A mí no me hicieron para hacer negocios, eso lo entiendo.

—Tu querido hermano era un sinvergüenza a tiempo completo. Podría haber creado un servicio de fraudes a domicilio. Pero tú también provocas a la gente. Cuando Klausen me entregó tus expedientes, me contó las cosas ofensivas y malvadas que decías. Entonces decidió que no podía representarte más.

—Pero no me devolvió la parte sin utilizar del grueso depósito que yo le había entregado.

—Yo me voy a ocupar de ti ahora. Gerda ya no está, y eso me deja a mí para vigilar que las cosas no empeoren: yo soy el único adulto de los tres. De mis clientes, los mayores lectores son siempre los que más problemas tienen. Si quieres que te diga la verdad, lo que se suele llamar cultura provoca más bien confusión e impide su desarrollo. Me pregunto si alguna vez comprenderás por qué dejaste que tu hermano te engañara de esa manera.

El mundo malo de Philip me tomó prestado para sus fines. Sin embargo, yo me había acercado a él esperando obtener ganancias, señorita Rose. Yo no estaba exento de culpa. Y si él y su gente —contables, directores, su mujer— me obligaron a sentir lo que yo sentía, me colonizaron con sus realidades, incluso con sus humores cotidianos, procuraron que yo sufriera todo lo que ellos tenían que sufrir, después de todo fue idea *mía*. Yo traté de utilizarlos a *ellos*.

Nunca volví a ver a la mujer de mi hermano, ni a sus hijos, ni la casa en que vivían, ni a los pit bulls.

—Esa mujer es un genio desde el punto de vista legal —me decía Hansl.

Hansl me lo decía a mí:

—Será mejor que transfieras lo que te queda, la cuenta del fondo de inversiones, a mi banco, donde yo pueda cuidarlos. Tengo muy buenas relaciones con ese banco. Son eficientes, y no hay engaños. Se ocuparán de ti.

De mí ya se habían ocupado antes, señorita Rose. Walsh tenía muchísima razón sobre «la vida de los sentimientos» y la gente que la vive. Los sentimientos son parecidos al sueño, y el sueño generalmente se hace en la cama. Era evidente que yo siempre estaba buscando un lugar seguro en el que acostarme. Hansl me ofreció buscarme un lugar seguro para que yo no tuviera que cansarme con las finanzas y los litigios, que me ponían demasiado nervioso, eran complicados y me molestaban; de manera que acepté su propuesta y nos encontramos con un empleado de su banco. En realidad el banco tenía aspecto de ser una institución antigua y correcta, con alfombras orientales, pesado mobiliario tallado, cuadros del siglo XIX y docenas de metros cuadrados de atmósfera financiera por encima de nuestras cabezas. Hansl y el vicepresidente que se iba a ocupar de mí empezaron a hablar casualmente del mercado de los productos básicos, los asuntos del ayuntamiento, las posibilidades de triunfo de los Chicago Bears, con la intimidad de un par de chicas en un bar de la calle Rush. Yo comprendí que Hansl necesitaba urgentemente los puntos que le iban a dar por conseguir mi cuenta. No le iba muy bien. Aunque se suponía que nadie tenía que decirlo, yo me di cuenta de ello. Pusieron delante de mí muchos impresos, y yo los firmé. Entonces extendieron delante de mí dos tarjetas definitivas justo cuanto mi ritmo de firma parecía irreversible. Pero apliqué el freno. Le pregunté al vicepresidente lo que eran y me dijo:

—Si está usted ocupado, o no está en la ciudad, estas tarjetas le darán al señor Genauer poderes para negociar por usted: comprar o vender existencias por cuenta suya.

Yo deslicé las tarjetas en mi bolsillo y dije que me las llevaría a casa y las enviaría por correo. Pasamos al siguiente punto de las negociaciones.

Hansl hizo una escena en la calle, arrastrándome fuera de las grandes puertas del banco y por una estrecha callejuela del Loop. Detrás de la cocina de un local de hamburguesas me echó la bronca. Me dijo:

—Me has humillado.

Yo le dije:

—Antes no habíamos hablado de un poder notarial. Me cogiste por sorpresa completamente. ¿Por qué me lo sacaste de ese modo?

—¿Me estás acusando de tratar de sacar un beneficio fácil? Si no fueras el marido de Gerda te mandarían a la porra. Me has hecho perder valor ante un socio. Así lo hiciste con tu propio hermano, y yo estoy más cercano a ti por afecto de lo que él lo estaba por sangre, idiota. No habría comerciado con tus valores sin avisarte.

Se le habían saltado las lágrimas de rabia.

—Por Dios, alejémonos del ventilador de esta cocina —dije yo—. Estoy asqueado con estos humos.

Él me gritó:

—¡Tú estás fuera! ¡Fuera!

—Y tú estás dentro.

—¿Y dónde demonios se puede estar si no?

Señorita Rose, usted nos ha entendido, de eso estoy seguro. Estábamos hablando del torbellino. Una palabra más agradable para nombrarlo es la francesa, *le tourbillon*, o la vorágine. Yo no estaba fuera de él, sólo era mi proyecto salir de él. Ha sido un problema de desorientación, querida. Yo sé que existe un estado ideal para cada uno de nosotros. Y, mientras yo no esté en el estado adecuado, el estado de visión en el que se supone que estaba destinado a estar, debo asumir las responsabilidades por la infelicidad que otros sufran por mi desorientación. Hasta que esto termine sólo puede haber errores. Para decirlo de otro modo, mis sueños de orientación o de visión auténtica me tientan al sugerirme que el mundo en el que yo vivo —junto a otros— es una invención, un parque de atracciones que, sin embargo, no me divierte. Se parece, para que nos entendamos, al parque privado de mi hermano, que se supone que debía demostrar por signos externos que él consiguió llegar al propio centro de la realidad. Philip había preparado el escenario, lo había pagado con engaños, pero no tenía nada que poner en él. Se vio obligado a huir, perseguido por cazadores de fortuna que lo secuestraron en Chapultepec, etcétera. Con su peso, en aquella altura, en medio de la niebla de Ciudad de México, el salto era suicida.

Entonces Hansl se explicó, porque cuando yo le dije: «De todos modos esos valores no pueden negociarse. ¿Comprendes?»

Los acreedores han hecho una lista de todas mis posesiones», él estaba preparado para hablarme.

—Sobre todo son obligaciones —me dijo—. Ahí es precisamente donde yo puedo ser más listo que ellos. Esa lista la copiaron hace dos semanas, y ahora está en el expediente de sus abogados y no la comprobarán durante meses. Creen que te tienen en un puño, pero esto es lo que vamos a hacer: vamos a vender esas viejas obligaciones y compraremos nuevas para ponerlas en su lugar. Cambiaremos todos los números. Todo lo que te costará son los honorarios de los agentes de Bolsa. Entonces, cuando llegue el momento, se darán cuenta de que lo que tienen apuntado son unas obligaciones que ya no son de tu propiedad. ¿Cómo van a averiguar los nuevos números? Y para entonces tú ya estarás fuera del país.

En este punto la piel de mi cabeza se puso insoportablemente tirante, lo que quería decir un error aún más grave, aún un mayor horror. Y, al mismo tiempo, la tentación. Hasta entonces, la gente me había pateado sin piedad y sin represalias. Mi idea era: es hora de que haga un movimiento atrevido. Estábamos allí en aquel callejón entre dos enormes instituciones del centro (el sitio de las hamburguesas estaba apretado en medio). Un camión blindado de la Brink difícilmente podría haber pasado entre aquellos dos colosales muros negros.

—¿Quieres decir que sustituya las viejas obligaciones por otras nuevas y que las venda desde el extranjero si lo necesito?

Viendo que yo empezaba a apreciar la exquisita sutileza de su plan, Hansl me dedicó una sonrisa terrorífica y me dijo:

—Y lo harás. Vivirás de esa pasta.

—Es una idea confusa —dije yo.

—Puede que lo sea, pero ¿quieres pasar el resto de tu vida peleando en los tribunales? ¿Por qué no vivir en el extranjero tranquilamente de lo que queda de tus bienes? Elegir un lugar en que el dólar sea fuerte y pasar el resto de tu vida estudiando música o lo que te dé la gana, maldita sea. Gerda, que Dios la bendiga, ya no está entre nosotros. ¿Qué es lo que te ata aquí?

—Nadie más que mi anciana madre.

—¿Con noventa y cuatro años? ¿Y siendo ya un vegetal? Puedes poner los derechos de tu libro a su nombre y esos ingresos servirán para mantenerla. De manera que lo siguiente que tenemos que hacer es comprobar algunas de las leyes internacionales. En mi oficina hay una chica sensacional. Ha salido en el *Yale Law Jour-*

nal. No las hacen más inteligentes. Ella te encontrará un país. Haré que me haga un informe sobre Canadá. ¿Qué te parece la Columbia Británica, donde se retiran los viejos canadienses?

—¿Y a quién conozco yo allí? ¿Con quién voy a hablar? Y ¿qué pasa si los acreedores vienen a buscarme?

—No te queda tanto dinero. Tampoco les interesas tanto. Te olvidarán.

Le dije a Hansl que estudiaría su propuesta. Tenía que ir a visitar a mi madre en el asilo.

El asilo estaba decorado con la intención de hacer que todo pareciera normal. La habitación era como cualquier habitación de hospital, con helechos de plástico y sábanas a prueba de incendio. Las sillas, con aspecto de sillas de jardín de hierro fundido, eran también sintéticas y ligeras. Yo tenía problemas con los helechos. Me desagradaba tener que tocarlos para ver si eran auténticos. Era un reflejo de mi relación con la realidad el hecho de que no pudiera decirlo sólo con mirarlos. Pero bueno, mi madre tampoco me reconocía, lo cual era un asunto más complejo que lo de los helechos.

Yo prefería ir a las horas de las comidas, porque había que alimentarla. Para mí el alimentarla era muy importante. Me ocupaba personalmente cuando estaba allí. Hacía mucho tiempo que había renunciado a decirle: «Yo soy Harry». Como tampoco pretendía establecer un contacto al darle de comer. Yo solía creer que había heredado algo de su carácter rico y loco y de su amor por la vida, pero ahora resultaba inútil tener aquellas ideas. Trajeron la bandeja y el ordenanza le ató el babero. Se tragó voluntariamente la sopa de crema de zanahoria. Cuando yo la animaba, ella asentía con la cabeza. De reconocimiento, nada. Dos rostros de la antigua Kiev, como bultos similares en la frente. Vestida con su bata del hospital, llevaba incluso un hilo de lápiz de labios en la boca. La agrietada piel de sus mejillas también le daba color. En absoluto estaba en silencio, hablaba de su familia, pero no me mencionaba a mí.

—¿Cuántos hijos tienes? —le pregunté.

—Tres: dos hijas y un hijo, mi hijo Philip.

Los tres estaban muertos. Quizá ella ya estaba en comunicación con ellos. Le quedaba poco de realidad en su vida; quizás habían tomado contacto en otra. A mí no me contaba entre los vivos.

—Mi hijo Philip es un inteligente hombre de negocios.

—Lo sé.

Ella me miró fijamente pero no me preguntó cómo lo sabía. Mi inclinación de cabeza parecía decirle que yo era un tipo con muchos contactos, y eso le bastaba.

—Philip es muy rico —prosiguió.

—¿De verdad?

—Es millonario, y un hijo maravilloso. Siempre me daba dinero, y yo lo ahorra. ¿Tiene usted hijos?

—No, no tengo.

—Mis hijas vienen a verme. Pero el mejor es mi hijo. Él es el que paga todas mis facturas.

—¿Tienes amigos en este lugar?

—Nadie. Y no me gusta. Me duele todo el tiempo, especialmente las caderas y las piernas. Lo paso tan mal que hay días en que pienso en saltar por la ventana.

—Pero no lo harás, ¿verdad?

—Bueno, siempre pienso: ¿qué van a hacer Philip y las chicas con una madre impedida?

Yo dejé que la cuchara se deslizara en la sopa y solté una risa. Fue tan abrupta y aguda que la incitó a examinarme.

En una época nuestra cocina de Independence Boulevard había estado llena de aquellos gritos de cacarúa, sobre todo femeninos. En los viejos días las mujeres Shawmut se sentaban en la cocina mientras se cocinaban enormes comidas, bañeras enteras de coles rellenas, trozos de pecho de ternera. Del horno salían pasteles de piña glaseados con azúcar moreno. En aquel lugar no había ninguna voz baja. En aquella jaula de pájaros uno no podía hacerse oír si no gritaba también, y cuando yo era niño había aprendido a gritar como el resto, como una de aquellas mujeres pájaro. Esto es lo que ahora oyó mi madre de mí, el sonido de una de sus hijas. Pero yo no tenía un peinado ahuecado, ya estaba calvo y tenía bigote, y en mis párpados no había lápiz de ojos. Mientras me miraba fijamente yo le sequé la cara con la servilleta y seguí dándole de comer.

—No saltes, madre, te harás daño.

Pero allí todo el mundo la llamaba madre; no había nada personal en ello.

Me pidió que encendiera la televisión para que pudiera ver *Dallas*.

Yo le respondí que aún no era la hora, y la entretuve cantándole trozos del *Stabat Mater*. Canté: *Eja mater, fonsamo-o-ris*. La música de cámara sacra de Pergolesi (distinta de sus misas for-

males para la iglesia napolitana) no era de su gusto. Por supuesto, yo quería a mi madre. Y ella me había querido en un tiempo. Recuerdo muy bien cómo me lavaba el pelo con una pastilla gruesa de jabón y lo que le molestaba que yo llorara porque tenía jabón en los ojos. Cuando me vestía con un traje de chino (pantalones cortos de seda china) para enviarme a una fiesta sorpresa, me bebaba con éxtasis. Son acontecimientos que podrían haberse producido justo antes de la época de la rebelión Boxer o en las callejas de Siena hace seis siglos. El baño, el peinado, el vestido, los besos: ahora son todas antigüedades remotas. A medida que me fui haciendo mayor no hubo forma de mantenerlas.

Cuando estaba en la universidad (me enviaron a estudiar ingeniería eléctrica pero yo me dediqué a la música) solía gustarme decir, cuando los estudiantes bromeaban sobre sus familias, que, como yo nací justo antes del Sabbath, mi madre estaba demasiado ocupada en la cocina para perder tiempo, y fue mi tía la que tuvo que darme a luz.

Besé a la vieja, y me pareció más liviana que si fuera de mimbre. Pero me preguntaba qué había hecho yo para merecer su olvido, y por qué Philip, con su culo gordo y sus manejos dudosos, tenía que ser su favorito, su auténtico hijo. Es cierto que él no le mentía sobre *Dallas*, ni intentaba por su propio bien resucitar sus emociones, o apelar a su memoria materna con música cristiana (latín del siglo XIV después de Cristo). Mi madre, con dos tercios de su personalidad borrados, y mi hermano —¿quién sabe dónde lo habría enterrado su mujer?— habían sido los dos fieles al mundo americano presente y a sus más livianos intereses materiales. Por tanto, Philip le hablaba al entendimiento de ella. Yo no. Al sacudir mis largos brazos, dirigiendo la *Gran misa* de Mozart o el *Salomón* de Händel, yo me había alejado hacia lo sublime. De manera que durante muchos años yo no había tenido lógica, le había hablado a mi madre de cosas extrañas. ¿Qué tenía ella para recordarme? Hace medio siglo yo me había negado a formar parte del teatro de su cocina. Ella había pertenecido al regimiento universal de madres de Stanislavski. Durante los años veinte y los treinta esas mujeres se hicieron fuertes en miles de cocinas en todo el mundo civilizado desde Salónica hasta San Diego. Habían advertido a sus hijas de que los hombres con los que se casaran serían violadores a cuya voluntad tendrían que someterse por deber. Y cuando yo le dije que me iba a casar con Gerda, mi madre abrió el monedero y me dio tres dólares, diciendo: «Si de verdad lo necesi-

tas tanto, ve a una casa de putas». Por supuesto, no era todo más que una escena.

«Al darme cuenta de cómo sufrimos», como escribió Ginsberg en *Kaddish*, yo me sentía profundamente atormentado. Había llegado a tomar una decisión sobre mamá, y era posible que estuviera jugando con el mazo de cartas, amontonándolas, diciéndome a mí mismo, señorita Rose: «Siempre fui yo el que se ocupó de esta vieja madre, loca, afligida y calamitosa, no Philip. Philip estaba demasiado ocupado trepando para ser un americano imperiaalista». Sí, así es como yo lo veía, señorita Rose, pero llegaba incluso más lejos. La consumación del proyecto de Philip era hundirme. Consiguí ponerme en una posición comprometida, debajo del agua, y después, con un golpe directo, acabó con mi fortuna, como sacrificio para con Tracy y sus hijos. Y ahora se supone que me tienen que remolcar para reparar el viejo buque.

Le digo la verdad, señorita Rose, me enloquecía aquella injusticia. Me parece que tendrá que reconocer conmigo no sólo que yo había sido una figura estúpida y grotesca, sino que lo seguía siendo. Yo podría haber sido el modelo para Simón el Simple, el de la cancioncilla infantil, y decorar las paredes de la niña en Texas.

Como fui brutalmente ofensivo con usted sin provocación, es posible que estas revelaciones, el relato de mi situación actual, le agraden. De este modo cualquier anciano, elegido al azar, puede proporcionar ese tipo de satisfacción a aquellos a quienes ofendió en otro tiempo. Uno sólo tiene que observar la lista de hechos auténticos, el doloroso inventario. Déjeme añadir sin embargo que, mientras yo también tengo motivos para desear venganza, no he experimentado la intoxicación dionisiaca de la venganza. De hecho, he experimentado sentimientos de una calma y de una fortaleza cada vez mayores: mi desarrollo emocional ha sido firme y constante, no desigual.

La asociación de Texas, o lo que quedaba de ella, estaba siendo administrada por el abogado de mi hermano, que respondía a todas mis peticiones de información con papeles impresos por una computadora. Al menos en el papel había ganancias de capital, pero yo estaba obligado a pagar impuestos por ellas también. Los trescientos mil dólares que quedaban se gastarían completamente en el proceso, si yo seguía adelante, de manera que decidí

seguir el plan de Hansl aunque me llevara al *Götterdämmerung* de los bienes que me quedaban. Si no entiende usted estas explicaciones, mejor para su inocencia y para la paz de su mente. Según Hansl, era el momento de golpear yo. Su aspecto astuto era una pose. Que un hombre que se las arreglaba para parecer tan astuto no fuera en realidad un genio de la intriga era lo más improbable del mundo. Las arrugas que se le formaban cuando sonreía con profunda astucia hicieron que yo confiara en Hansl. Las obligaciones que los acreedores tenían anotadas se cambiaron en secreto por otras nuevas. Se cubrieron mis huellas y yo me fui al Canadá, un país extranjero en el que se habla mi propio idioma, o algo que se le parece. Allí me iba para acabar mis días en paz y disfrutar de un tipo de cambio favorable para mi dinero. He desarrollado una cierta simpatía por el Canadá. No es fácil compartir frontera con los Estados Unidos. La principal diversión de Canadá —no tiene elección— consiste en observar (desde un escenario maravilloso) lo que ocurre en nuestro país. La desgracia es que sólo hay un espectáculo. Una noche tras otra se sientan en la oscuridad para contemplarnos en la iluminada pantalla.

—Ahora que ya has hecho tus preparativos, puedo decirte —dijo Hansl—. Estoy muy orgulloso de que te atrevas a responder al golpe. Si hubieras seguido dejando que te castigaran esos estúpidos habría sido una pena.

El siempre ocupado Hansl estaba realmente loco, incluso antes de que yo me fuera a Vancouver empecé a comprenderlo. Me dije a mí mismo que sus rarezas privadas no se extendían a su vida profesional. Pero, antes de marcharme, él vino con media docena de cosas inquietantes que yo tenía que hacer por él. Estaba un poco resentido porque, según él, yo no le había dejado hacer uso de mi prestigio cultural. Eso me sorprendió y le pedí un ejemplo. Me dijo que, para empezar, yo nunca le había ofrecido recomendarlo como miembro del Club de la Universidad. Lo había llevado a comer allí y resultó que le impresionó profundamente la clase de la Ivy League, la dignidad de la procesión judicial, los asientos de cuero y los grandes ventanales del comedor, decorados con los sellos de las grandes universidades en vidrieras. Yo me había graduado en DePaul, en Chicago. Él esperaba que yo le preguntara si le gustaría unirse al grupo, pero yo había sido demasiado egoísta o demasiado esnob para hacerlo. Como ahora él me estaba salvando la vida, lo menos que yo podía hacer era usar mi influencia con el comité de admisión. Yo comprendí esto y lo propuse de todo corazón, incluso lo disfruté.

Lo siguiente que me pidió fue que le ayudara con una de sus mujeres.

—Son gente de los Kenwood, una fortuna antigua, hecha con ventas por correo. La familia es musical y artística. Babette es una atractiva viuda. Su primer marido tuvo la gran C, y, si quieres que te diga la verdad, me pone un poco nervioso el llegar detrás de él, pero puedo luchar contra eso. No creo que yo lo coja también. Ahora bien, Babette está impresionada contigo. Ha oído decir que eres director de orquesta y ha leído algunas de tus críticas y te ha visto en el Canal 11. A ella la educaron en Suiza, sabe idiomas, y en este caso podría venirme bien su cultura. Lo que te sugiero es que nos lleves a Les Nomades, donde se puede cenar privadamente sin ruido de platos. Ya le ofrecí la mejor comida italiana de la ciudad en el Roman Rooftop, pero allí no sólo voltean los platos sino que la envenenaron con glutamato de sodio en la ternera. De manera que danos de comer en Les Nomades. Puedes deducir el importe de la cuenta de mi próxima factura. Yo siempre he creído que la clase con la que impresionabas a la gente la tomaste de mi hermana. Después de todo vosotros erais una familia de vendedores ambulantes rusos y tu hermano era un maldito delincuente. Mi hermana no sólo te quería, también te enseñó algo de estilo. Algún día se reconocerá que si ese maldito Roosevelt no le hubiera cerrado las puertas a los refugiados judíos de Alemania hoy en día este país no tendría tantos problemas. Podríamos haber tenido a diez Kissinger, y nunca sabrá nadie cuánto talento científico se difundió en el humo de los campos de concentración.

Bueno, pues en Les Nomades lo volví a hacer, señorita Rose. En vísperas de mi fuga era comprensible que yo estuviera nervioso. Si yo hubiera sido un recipiente, me empujaban hasta la última gota. La joven viuda con la que él tenía pretensiones era atractiva, de maneras con las que uno se tenía que reconciliar. Para mí resultaba fascinante que cualquiera con una boca de los Hapsburg hablara con tanta rapidez, y yo también habría dicho que era un poco demasiado alta como para estar cómodo con ella. Gerda, sobre cuyo modelo se había formado mi gusto, era una mujer baja y deliciosa. Sin embargo, no había ningún motivo para hacer comparaciones.

Cuando hay preguntas musicales yo siempre trato con mucho interés de contestarlas. Algunas personas me han dicho que resulta cómico lo testarudo que me vuelvo a este respecto, un hombre muy estricto. Babette había estudiado música, y su familia era

patrocinadora de la ópera lírica, pero, después de que me hubiera pedido mi opinión sobre la producción de *La coronación de Poppea* de Monteverdi, tomó ella la palabra y se contestó sus propias preguntas. Es posible que su reciente pérdida le hiciera hablar demasiado. A mí siempre me alegra dejar que otro lleve el peso de la conversación, pero esta Babette, a pesar de sus grandes labios, era demasiado para mí. Conversadora incansable, repitió durante media hora lo que había oído de labios de parientes influyentes sobre la política relativa a las franquicias de la televisión por cable en Chicago. A esto le siguió una larga conversación sobre películas. Yo voy rara vez al cine. A mi mujer no le gustaba. También Hansl estaba perdido en todo este debate sobre directores, actores, novedades en el tratamiento de las relaciones entre los sexos, el progreso de las ideas sociales y políticas en la evolución del medio. Yo no tenía nada que decir. Pensé en la muerte y también en los mejores temas de reflexión apropiados para mi edad, la apertura agradable en general de las cosas hacia el final de la línea, los suburbios de la Ciudad de la Vida. No me importaba mucho la charla de Babette, admiraba su gusto para la ropa, las curvadas líneas blancas y ciruela de su encantadora blusa de Bergdorf. Ella estaba bien hecha. Puede que sus hombros fueran demasiado pesados, en proporción a la boca de los Hapsburg. A Hansl no le importaría; él estaba pensando en Cerebro Casado con Dinero.

Yo esperaba que no me diera un ataque en Canadá. No habría nadie para cuidarme, ni una discreta y gentil Gerda ni una charlatana Babette.

No era consciente de que se aproximaba uno de mis ataques, pero cuando nos encontrábamos a la altura de la puerta medio abierta del guardarropa y Hansl le decía al empleado que el abrigo de la señora era un tres cuartos de color arena, Babette dijo:

—Ahora me doy cuenta de que he monopolizado la conversación, he hablado sin parar toda la velada. Lo siento mucho...

—Exacto —le respondí yo—. Además, no ha dicho nada.

Usted, señorita Rose, ocupa la mejor posición para juzgar los efectos de un comentario así. Al día siguiente Hansl me dijo:

—Simplemente no se puede confiar en ti, Harry, has nacido para traicionar. Yo sentía lástima por ti, porque te veías obligado a vender tu coche y tus muebles y tus libros, y porque tu hermano te engañó, y por tu anciana madre, y mi pobre hermana fallecida, pero no hay en ti ni un ápice de gratitud ni de consideración. Tú insultas a todo el mundo.

—No me di cuenta de que iba a molestar a la dama.

—Yo podría haberme casado con esa mujer. Lo tenía todo preparado. Pero fui un idiota. Tuve que meterte *a ti* en ello. Y ahora, déjame que te diga que te has hecho un nuevo enemigo.

—¿Quién, Babette?

Hansl prefirió no contestar a eso. En lugar de ello dejó caer sobre mí un silencio pesado y ambiguo. Sus ojos, estrechándose y dilatados por su descubrimiento de mi mal hábito, me enviaban ondas de locura. El mensaje que llevaban esas ondas era que los cimientos de su buena voluntad habían desaparecido. En todo el mundo, yo sólo lo había tenido a él para pedirle ayuda. Todos los demás se habían alejado de mí. Y ahora tampoco podía contar con él. No fue una novedad agradable para mí, señorita Rose. No puedo decir que no me preocupara, aunque yo ya no creyera en la fiabilidad de mi cuñado. Si se lo medía con los niveles de estabilidad que formaban el núcleo duro de la sociedad americana de los negocios, Hansl mismo era un bicho raro. Aparte de sus extraños hábitos mentales, lo descalificaban la pose de violinista que adoptaba, las nobles manos y las uñas color avellana con la manicura hecha, y sus ojos, que eran como los ojos que se adivinan en los caldeados rincones púrpura de la jaula de los pequeños mamíferos en la que se reproduce la penumbra de las noches tropicales. ¿Habría sido cliente suyo cualquier funcionario de la ARAMCO? Hansl no tenía ningún plan razonable, sólo fantasías astutas, inquietos planes. Se hinchaban como la garganta de un lagarto y después explotaban como una pompa de chicle.

En cuanto a los insultos, yo nunca insulté a nadie queriendo. A veces pienso que no tengo que decir ni una palabra para que la gente se sienta insultada por mí, que mi propia existencia los insulta. Llego a esta conclusión a regañadientes, porque Dios sabe que me considero un hombre de instintos sociales normales y que no soy consciente de ninguna voluntad de ofender. He estado tratando de decirle esto de diversas maneras, utilizando palabras como ataque, embeleso, posesión demoniaca, frenesí, *fatum*, locura divina o incluso tormenta solar: a escala microscópica. Mientras más buena es la gente, menos se ofende ante este don, o maldición, y yo tengo la impresión de que usted me juzgará con menos dureza que Walsh. Sin embargo, él acierta en una cosa: usted no hizo nada para ofenderme. Usted era la más dócil, la única entre

todos aquellos a los que herí contra la que yo no tenía absolutamente ninguna razón para herirla. Eso es lo que más me apena. Pero aún hay más: la escritura de esta carta ha sido la ocasión de descubrimientos importantes sobre mí mismo, de manera que estoy aún más endeudado con usted, porque veo que me ha devuelto usted bien por el mal que yo le hice. Yo abrí la boca para hacer una broma de mal gusto a sus expensas y treinta y cinco años más tarde el resultado es una comunión.

Pero, para volver a lo que soy yo literalmente: un viejo básicamente sin importancia, achacoso, apartado de mis amistades, citado para una extradición, y con un futuro del que la visión más borrosa se justifica (¿debería quizá hacer que pongan otra cama en el dormitorio de mi madre y alegar enfermedad e incompetencia?).

Mientras paseaba por Vancouver este invierno, he considerado la posibilidad de editar una antología de dichos agudos. Sacaría así algún provecho de mi destino. Pero estoy demasiado desmoralizado para hacerlo. No consigo ponerme a ello. En vez de eso, me vienen constantemente fragmentos de cosas leídas o recordadas mientras voy y vengo de mi casa al supermercado. No están organizados como los nuestros. Tienen menos marcas. Productos como la lechuga o los plátanos tienen precios por las nubes mientras que artículos de lujo como el salmón congelado son baratos en comparación. Pero ¿qué iba yo a hacer con un gran salmón congelado? No cabría en mi horno, y ahora, con las manos artíficas, ¿podría cortarlo en trozos? Fragmentos persistentes, epigramas inspirados, o expresiones espontáneas de mala voluntad van y vienen. Clemenceau diciendo de Poincaré que era un hidrocefálico con botas de cuero. O Churchill respondiendo a una pregunta sobre la reina de Tonga mientras ella pasa en una carroza durante la coronación de Isabel II:

—¿Es ese pequeño caballero con uniforme de almirante el consorte de la reina? Parece más bien que es su almuerzo.

Disraeli en su lecho de muerte, cuando lo informaron de que la reina Victoria ha venido a verlo y está en la antecámara, le dice a su criado:

—Su Majestad sólo quiere que le lleve un mensaje a su querido Albert.

Todos esos detalles podrían ser deliciosos si no fueran tan repetitivos ni fueran acompañados de un desesperante sentido de que yo ya no controlo nada.

—Parece usted pálido y exhausto, profesor X.

—He estado intercambiando ideas con el profesor Y me siento absolutamente seco.

Peor que esto es el juego de palabras nervioso al que no logro dejar de jugar.

—Ésa es la mujer que puso el «día» en «diabólico».

—Ése es el hombre que puso la «ración» en «racional».

—El «oso» en «infructuoso».

—El «timo» en «timorato».

Son todas recreaciones de una mente que se derrumba, señorita Rose. Quizás síntomas de la elevada presión arterial, o pequeños indicios de resistencia privada a la mano gigante y pública de la ley (esa mano que se retirará sólo cuando yo muera).

No es extraño, por tanto, que pase tanto tiempo con la anciana señora Gracewell. En su salita con el tictac de Meissen y las incómodas sillas. Yo me siento como en casa. Ella lleva cuarenta años viuda y sostiene unas opiniones curiosas, pero le gusta mi compañía. Pocos visitantes quieren oírle hablar del Espíritu Divino, pero yo estoy preparado en serio para reflexionar sobre las misteriosas e intrigantes descripciones que ella da. El Espíritu Divino, me dice, se ha retirado en nuestro tiempo del mundo externo y visible. Podemos ver lo que hizo en otro tiempo, estamos rodeados de las formas que creó. Pero, aunque los procesos naturales continúan, la Divinidad en sí está ausente. Su labor es brillante y divina pero la Divinidad ya no está activa dentro de ella. La grandeza del mundo se está disolviendo. Y éste es nuestro escenario humano, vacío de Dios, me dice ella muy en serio. Pero en medio de esta desierta belleza el propio hombre sigue viviendo como un ser invadido por Dios. Dependerá de él —de nosotros— traer de vuelta la luz que se ha ido de estos moldes a su imagen, si no nos lo impiden las fuerzas de la oscuridad. El intelecto, al que todos adoran, nos lleva hasta la ciencia natural, y esta ciencia, aunque muy grande, está incompleta. La redención de la *mera* naturaleza es que trabaja para el sentimiento y el ojo despierto del Espíritu. El cuerpo, según ella, está sujeto a las fuerzas de la gravedad. Pero el alma la gobierna la levedad, que es pura.

Yo escucho todo esto y no siento ningún impulso malicioso. Echaré de menos a la pobre anciana. Después de tantas tonterías, querida señorita Rose, estoy dispuesto a escuchar palabras de gravedad definitiva. No me queda mucho tiempo. El jefe de la policía federal, cualquier día de éstos, emprenderá camino desde Seattle.

Algo por lo que recordarme

Cuando están pasando muchas cosas, muchas más de las que eres capaz de soportar, puedes decidir imaginar que no está pasando nada en particular, que tu vida gira y gira como la platina de un tocadiscos. Y entonces un día te das cuenta de que lo que creíste que era una platina, suave, plana y nivelada, era en realidad un remolino, un torbellino. Mi primer momento de conciencia de la oculta labor de los días tranquilos se remonta a febrero de 1933. La fecha exacta no importa mucho. Sin embargo, me gusta creer que tú, mi único hijo, querrás oír hablar de esta oculta labor porque tiene relación conmigo. Cuando eras niño te gustaba la historia de la familia. Pronto comprenderás que no podía contarle a un niño lo que voy a contarte a ti ahora. Uno no le habla a un niño de muertes y torbellinos, no en estos días. En mi época mis padres no dudaban en hablar de muertes o de moribundos. Lo que rara vez mencionaban era el sexo. Ahora lo tenemos todo al revés.

Mi madre murió cuando yo era un adolescente. Muchas veces te lo he dicho. Lo que no te he dicho es que yo quería olvidar que se estaba muriendo al no permitirme a mí mismo pensar en ello: qué te parece. Era el mes de febrero, como ya te he dicho, y añadiré que la fecha exacta no significará nada para ti. Debo confesar que yo mismo evité fijarla.

Chicago en invierno, con su armadura de hielo gris, el cielo bajo y el avanzar pesado. Yo estaba en el último curso del instituto, un estudiante indiferente, en general no muy popular, una figura de fondo de la escuela. En público sólo destacaba como saltador de altura. Y no es que tuviera mucha forma: un curioso salto o convulsión de último minuto me elevaban por encima de la barra. Pero esto era lo que a la escuela le gustaba ver. Aunque no tenía muchas ganas de estudiar, sin embargo me gustaban los libros. En familia no hablaba mucho de mi vida. La verdad es que no quería hablar de mi madre. Además, no tenía palabras con las que expresar la peculiaridad de mis extraños gustos.